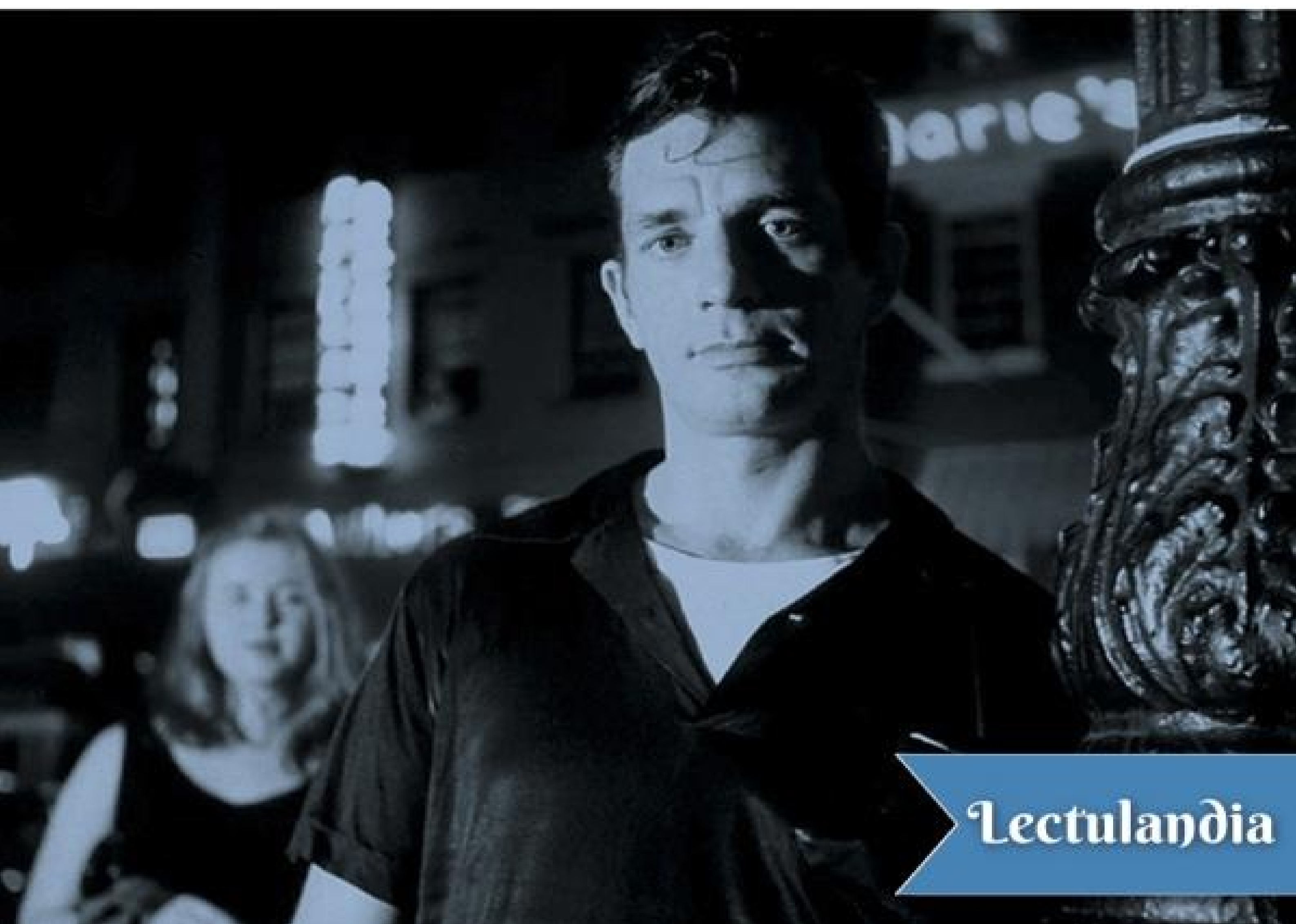
Joyce Johnson

Personajes secundarios

Traducción de Marta Alcaraz



A finales de los años cincuenta, un puñado de artistas procedentes de los círculos contraculturales de Nueva York y San Francisco que coincidían en sus postulados artísticos y en su rechazo a las convenciones de su tiempo, y entre los que se encontraban Jack Kerouac, Allen Ginsberg, Gregory Corso, Willem de Kooning y William S. Burroughs, se convirtieron en símbolo del malestar de toda una generación de jóvenes norteamericanos.

Aunque no era una figura central de la generación beat, sino más bien un personaje secundario, Joyce Johnson pareja de Jack Kerouac en aquella época se convirtió, años después, en una de sus mejores cronistas.

Johnson se hizo adulta durante la posguerra, cuando las jóvenes únicamente abandonaban el hogar paterno para casarse y cuando sólo quienes se atrevían a romper las reglas podían llevar una vida que hoy parecería normal. Sin embargo, desde muy joven, ella se atrevió a desafiar las convenciones y a descubrir los riesgos y el vértigo de vivir tan libremente como había soñado. En estas evocadoras y sabias memorias, que le valieron el National Books Circle Award, Johnson relata no sólo sus vivencias con los beats y sus turbulentos años al lado de Kerouac, sino también la lucha por su propia independencia.

«Ésta es la versión de la historia de la musa. Y descubrimos que la musa puede escribir tan bien como cualquiera».

Angela Carter

«Las memorias de Joyce Johnson nos permiten descubrir la cara más humana de cuantos autores formaron la beat generation».

Álvaro Colomer, Yo Dona

«Johnson abarca de forma excepcional, en su forma de indignación literaria, íntima y sociológica el fenómeno beat y lo que constituyó ese grupo de artistas que escandalizó a la sociedad americana en los años 50.[&] El testimonio visceral y luminoso de Joyce Johnson conserva intacto su interés y su capacidad de seducir».

Toni Montesinos, La Razón

«Mezcla de realismo crítico, pasión devota y escalofríos que erizan la piel».

Robert Saladrigas, La Vanguardia

«Realista más que extravagante, Johnson retrata acertadamente los beats no como rarezas o celebridades sino como individuos».

The New Yorker

«Personajes secundarios brilla tanto cuando aparecen los Kerouac, Cassady, Ginsberg etc., como cuando Joyce Johnson habla de su familia castradora y esa horrorosa madre que trata de inculcarle el valor por la dedicación al piano. Ella mientras soñaba con guitarras eléctricas». **Peio Riaño, Público**

«Personajes secundarios es un retrato fiel de los deseos y los miedos de la generación beat».

Elena Sierra, El Correo

«El mejor libro que se ha escrito sobre la generación beat».

The Washington Post

«Un magnífico documento que contribuye a conocer mejor un destacado fragmento de la cultura norteamericana del siglo pasado».

José Mª Latorre, Imágenes

«Una novela exquisita, publicada al fin en nuestro país».

Marc Charles, MauMau Underground

«Unas memorias de primer orden, muy bellas».

E. L. Doctorow

Lectulandia

Joyce Johnson

Personajes secundarios

ePub r1.0
Castroponce 07.05.2017

Título original: *Minor Characters*
Joyce Johnson, 1994
Traducción: Marta Alcaraz
Fotografía de cubierta: Jack Kerouac y Joyce Jonhson (Jerry Yulsman / Globe Photos Inc.)
Diseño de cubierta: Enric Jardí

Editor digital: Castroponce
ePub base r1.2

Agradecimientos

Las siguientes personas han desempeñado un papel muy importante en la redacción de este libro:

Le estoy profundamente agradecida a Berenice Hoffman, quien entendió con una perspicacia extraordinaria lo que me proponía incluso antes de que yo misma encontrara las palabras para hacerlo.

Nan A. Tálese ha sido la editora más receptiva y solícita que un escritor pueda desear.

Hettie Jones y Anita Feldman siempre se han mostrado encantadas de compartir conmigo su versión personal de nuestra historia común.

John Diamond y Alan Hruska me han brindado consejos jurídicos útiles y claros.

Y, por último, tengo que darle las gracias a Juris Jurjevics por su oído implacable.

HURRY UP PLEASE IT'S TIME[1]

T. S. Eliot

Momma may have
Poppa may have
But God bless the child
That's got his own[2]

Billie Holiday

Prefacio

Cuando iba a la universidad a principios de los años cincuenta, no sentíamos demasiado aprecio por aquella época. Éramos la generación silenciosa, pero nos hubiera gustado muchísimo más pertenecer a la generación perdida. Las chicas más guapas, las más lanzadas, bailaban el charlestón en las fiestas; los novios salían en pareja y bebían demasiada ginebra e intentaban emular a Scott y Zelda; T. S. Eliot era el poeta de moda. Entonces los años veinte nos quedaban muy cerca, casi los podíamos tocar; en los armarios de nuestras madres todavía podíamos encontrar viejos vestidos de flecos.

Los jóvenes resucitan periódicamente a la generación *beat*. En 1993 hubo un renacimiento *beat* en Manhattan, donde los recitales poéticos llenaron los cafés y llegaron a la portada de la revista *New York*. Un buen día, en un anuncio de pantalones Gap, me topé con Jack Kerouac. En una cálida noche de septiembre, posaba a la puerta de un bar de la calle MacDougal llamado Kettle of Fish. Habían recortado una parte de la fotografía. De haber estado entera, se hubiera podido apreciar en segundo plano, muy al fondo, de brazos cruzados y de negro —por supuesto—, a una anónima jovencita cuya mirada delataba la espera. Resultaba extraño saberlo todo de aquella mujer que ya no estaba allí; resultaba muy extraño estar viva y ser el fantasma de una leyenda.

Las mujeres *beat*… En París, a caballo entre el siglo XIX y el XX, Rilke identificó a sus predecesoras: las chicas que iban solas al museo de Cluny y se sentaban delante de los tapices del Unicornio para dibujar las flores bordadas. «Lo esencial es dibujar —escribió en *Los cuadernos de Malte Laurids Brigge*—; pues que para esto han salido un día de sus casas, de modo bastante violento. Son de buena familia. Pero cuando levantan los brazos para dibujar, parece que su vestido no está abrochado en la espalda, o por lo menos no lo está por completo. Hay algunos botones sin abrochar. Pues cuando se hizo este vestido no se había pensado aún en que debía ir de prisa, completamente sola».

A Rilke le resulta evidente que de esos dibujos no saldrá gran cosa. Todo está cambiando, y estas pobres chicas vulnerables, sin un céntimo y algo despeinadas, sucumbirán al cambio. Conocerán a hombres que no les convienen —artistas de todo tipo— y se echarán a perder. «No están lejos de realizar el abandono de sí mismas […] Y eso les parece un progreso».

A finales de los años cincuenta, otras jóvenes —pocas, al principio— salieron un día de sus casas de un modo bastante violento. Éstas también eran de buena familia, y sus padres no iban a comprender por qué las hijas que con tantos cuidados habían criado optaban, de repente, por una vida tan precaria. Una chica tenía que quedarse en casa de sus padres hasta que se casara, aunque trabajara de secretaria un año o dos

para adquirir un poco de mundo, el justo. Ni la experiencia ni la aventura eran cosas de jovencitas. De todos era sabido que tanto la una como la otra entrañaban contacto con el sexo. El sexo era cosa de hombres; para las mujeres resultaba tan peligroso como la ruleta rusa; un embarazo no deseado amenazaba la existencia misma en más de un modo. Y por lo que al arte se refiere, esas decorativas jovencitas desempeñaban los papeles de musa y admiradora.

Las que abandonamos el nido carecíamos de un modelo a seguir. No queríamos ser como nuestras madres, ni como nuestras maestras solteronas, ni como las curtidas profesionales que salían en las películas. Y nadie nos había enseñado a convertirnos en artistas o escritoras. Aunque sabíamos algo de Virginia Woolf —poco—, no nos parecía una referencia válida. Sus privilegios nos resultaban incómodos: había conocido la literatura, los contactos y el dinero desde la cuna. La «habitación propia» de la que había escrito presuponía que su ocupante dispondría de una pequeña renta familiar. Nuestra formación universitaria nos permitía ganar, a golpe de tecla, cincuenta dólares a la semana que a duras penas nos bastaban para comer y pagar el alquiler de un diminuto apartamento en Greenwich Village o North Beach; lo poco que sobraba se nos iba en unos zapatos o en la factura de la luz. No habíamos oído hablar de la novelista Jean Rhys, una precursora nuestra que desertó de las filas de la respetabilidad y se entregó a un peligroso vagabundeo por la bohemia del París de los años veinte. Quizá nos habríamos identificado con las reticencias que le suscitaba su propia obra; quién sabe si en la corrosiva pasividad de sus relaciones con los hombres habríamos identificado una advertencia que debíamos tomar muy en serio. Ninguna advertencia, sin embargo, nos hubiera frenado, tan ansiosas estábamos por abrazar la vida y la realidad en todas sus facetas. Estábamos dispuestas a disfrutar incluso de las penurias.

Nos enamoramos de hombres que eran unos rebeldes, por supuesto. Caímos rendidas enseguida, convencidas de que nos llevarían con ellos en sus viajes y sus aventuras. No contábamos con ser rebeldes por nuestros propios medios; no contábamos con la soledad. Y en cuanto encontramos a nuestros homólogos masculinos, nuestra fe ciega nos impidió desafiar las antiguas reglas que regían las relaciones entre los hombres y las mujeres. Éramos muy jóvenes, y la situación se nos escapaba de las manos. Pero sabíamos que habíamos hecho algo muy valiente, casi histórico: éramos las que se habían atrevido a irse de casa.

Los que quieran entender a las mujeres *beat* deberán considerarlas de transición: un puente a la siguiente generación, la que en la década de los sesenta —cuando el derecho de la mujer a irse de la casa de sus padres ya estaba fuera de discusión— cuestionaría todas las ideas preconcebidas que limitaban la vida de la mujer y asumiría la larga tarea, jamás acabada, de transformar las relaciones con los hombres.

«Sólo debemos tener miedo del miedo mismo» fue el eslogan más famoso de la

segunda guerra mundial. Después de la guerra, sin embargo, en los años cincuenta, el miedo se apoderó de Estados Unidos: miedo a la Bomba, miedo a los comunistas, miedo a caer en desgracia o al mínimo cambio en el *statu quo*, miedo a la desviación y la diferencia. El núcleo familiar del país se encerró en sí mismo e intentó dejar el mundo afuera. Aquéllos fueron años de mezquindad nacional, de pobreza de espíritu y, para los jóvenes como yo, de opresiva insipidez. Teníamos la impresión de habernos perdido algo, de haber nacido demasiado tarde. Nos habían arrebatado la energía y el coraje de la juventud.

En aquellos años a los libros todavía se los tomaba en serio y los escritores podían —de verdad— cambiar las cosas. Se diría que en 1957 Allen Ginsberg y Jack Kerouac salieron de la nada, aunque desde principios de los cincuenta, de manera subterránea, escribían poesía y narrativa. Lo que pasaba era que, hasta aquel momento, nadie se había atrevido a publicarlos. Ellos dieron voz al desasosiego y al descontento espiritual que tantos experimentaban sin poderlo expresar. Y aquellas palabras de ritmo irresistible e hipnótico desamarraron el deseo imperioso de vivir una vida libre. Los escritores *beat* se encontraron con un público tan maduro, tan en su punto, que el impacto fue inmediato.

La represión engendra intensidad. Para mí, los últimos años de la década de los cincuenta tuvieron una intensidad particular que jamás ha sido igualada. El movimiento *beat* duró cinco años y empujó a muchos jóvenes a imitar a Jack Kerouac y lanzarse a la carretera. A las chicas, la lucha por la libertad les resultó mucho más complicada. Con todo, aquélla fue mi revolución.

Yo no me moví de Nueva York. Tan sólo dejé el barrio en el que había crecido y me mudé al sur de Manhattan. Y, por accidente, terminé acompañando a Jack Kerouac en el centro del escenario, donde estaba la acción, aunque siempre me sentí en los laterales. Me sumergí en el papel de observadora mucho más de lo que hubiera deseado. Y, aunque no tomé apuntes, me repetía: «Acuérdate de esto».

En 1981 Jack Kerouac llevaba doce años muerto. Cuando una noche fui al Pizza Express, un club de jazz de Londres, no pensaba en escribir un libro de memorias. El nombre del local da una idea de lo poco sofisticado del mismo: un club anodino alojado en un sótano de techo bajo y lleno de humo cerca de Hyde Park. En la penumbra, ni las pizzas conseguían distraer a la joven clientela de rostro absorto y embelesado. El desfase horario había hecho mella en mí. Quizá por eso me sentí transportada a 1957 y recordé un nombre —The Open Door— y también que estaba de pie al lado de Jack, enamoradísima, esperando el último *set* de Miles Davis.

Aquella noche de 1981 había ido a escuchar a Jay MacShann tocando el piano al otro lado del Atlántico. Él estaba muy lejos de Kansas City, donde había descubierto a Charlie Parker, un chico de instituto con un don para el saxofón. Parker también había actuado en el Open Door, pero cuando Jack me llevó allí, un ataque al corazón

ya se había llevado a Bird a los treinta y cuatro años.

Vi a MacShann subir al escenario con la banda, músicos ancianos con impecables trajes negros. En sus dedos refulgían los diamantes mientras sus manos volaban sobre el teclado y, con sus acompañantes, creaba una música alegre. Jay MacShann ya tendrá sus setenta años, pensé, y aquí está, de gira, al pie del cañón.

El desfase horario, como decía, me había afectado. Mi mente flotaba, libre, estableciendo extrañas conexiones. Pensé en los años en los que había conocido a Kerouac, en los extraordinarios hombres y mujeres que habían participado en mi revolución, en los supervivientes y en los que se habían quedado en el camino. Pero sólo podría contar su historia contando la mía.

Nueva York, 1994

Para mi hijo y amigo,
Daniel Pinchbeck

Uno

La fotografía sale en un libro. Cuatro jóvenes en el campus de Columbia un día de 1945. Tal vez sea a principios de primavera, porque tres llevan el abrigo desabrochado y el árbol del fondo está pelado. No son más que chicos.

A medida que envejezco, las figuras de la foto rejuvenecen. Visten con esa rara formalidad de la época que tan inocente nos parece hoy: cabello corto, abrigos largos. Burroughs lleva incluso un bombín negro que le da un aire de banquero inglés; es un disfraz deliberado. Quiere desaparecer tras el traje. Hal Chase, a quien nunca conocí —el que les presentó a todos a Neal Cassady—, parece el típico chico listo que, con una broma, es capaz de salvar cualquier situación. Allen es puro desgarbo y amargura adolescentes. Ha cerrado los ojos, como si el acto mismo de sacarle una fotografía le resultara una intrusión intolerable. Y en el centro está Jack. Sin abrigo, sólo lleva un traje demasiado grande con el que sus espaldas de estrella de fútbol americano parecen enormes y una corbata chillona y torcida. Con los brazos abiertos, agarrando a Chase y Allen, toca el hombro de Burroughs con la punta de los dedos. De la boca le cuelga un cigarrillo; parece un pianista de jazz o uno de esos periodistas curtidos y trasnochadores de las películas. Le dedica una sonrisa cálida y directa al fotógrafo mientras el obturador se cierra. De los cuatro, él es el único que, de verdad, está ahí.

En este retrato de grupo faltan dos personas. Lucien Carr, que a sus diecinueve años es una belleza rubia y demoníaca, está cumpliendo condena por lo que los periódicos del verano anterior habían descrito como un «crimen de honor». En la confluencia de la 116 y Riverside Drive, en la estrecha lengua de césped que se extiende entre West Side Highway y el río, había matado al hombre que quería hacerle el amor ahí mismo, que había ido pisándole los talones, que desde sus días de infancia en Saint Louis lo perseguía y lo asustaba. Con su navaja de *boy scout*, Lucien le asestó a Dave Kammerer dos puñaladas en el pecho, le ató las manos y los pies con cordones de zapato y, tras lastrar el cuerpo con piedras, lo empujó a las sucias aguas del Hudson. Unas horas más tarde fue a buscar a Jack y juntos enterraron las gafas de Kammerer en Morningside Park y tiraron la navaja por una alcantarilla. El resto del día lo pasaron como si el tiempo se hubiera detenido, en el extraño limbo que suele suceder a la catástrofe: vagaron por la ciudad y fueron a ver *Las cuatro plumas* antes de que Lucien se entregara.

Los periódicos insinuaron que Lucien había actuado bajo el influjo de la literatura. En el *Journal-American* aparecieron referencias a *Una visión*, de Yeats y a *Una temporada en el infierno*, de Rimbaud. Diez años más tarde, cuando el acto gratuito se puso de moda, en los relatos apócrifos del incidente que me llegaron ya se advertía cierto regusto a Gide. «Si no me amas, mátame», cuentan que dijo Dave Kammerer mientras se arrodillaba en la hierba, y Lucien le «hizo la gracia» de

matarlo.

Por lo que respecta a las dos chicas, Edie Parker y Joan Vollmer, nunca he visto fotos suyas. Eran amigas íntimas, compartieron piso durante un tiempo y ejercieron de hilo conductor entre Jack y Burroughs, y Allen y Lucien. Desde 1941 Jack y Edie habían vivido juntos a temporadas. Fue Edie quien le pidió dinero a su familia y pagó la fianza de Jack cuando lo detuvieron como presunto cómplice de Lucien; alegó que estaba embarazada y que iban a casarse ese mismo día. Salieron corriendo hacia el ayuntamiento, y en una hora, y con el permiso de la policía, celebraron la ceremonia de matrimonio. Más adelante terminaron instalados en la casa de los padres de Edie en Grosse Point, Michigan, mientras Jack saldaba su deuda con los Parker trabajando en una fábrica de cojinetes. En enero de 1945, sin embargo, ya no quedaba nada entre ellos, y Edie se esfuma —o al menos eso cuentan las fuentes literarias— tras escribirle a Allen Ginsberg una carta patética en la que le suplica que le envíe una lista de libros «como los primeros que leíste», como si convirtiéndose en una réplica intelectual de Allen pudiera demostrarse digna de Jack y recuperarlo. Su dolor es tan desesperado, que incluso amenaza a Allen con poner al descubierto su homosexualidad en caso de que no la ayude.

A pesar de la carta, siempre he imaginado a Edie como a una de esas chicas que se esfuerzan tanto por mostrarse comprensivas, que su empeño termina resultando casi contraproducente. Y sin embargo, no puedes evitar que te guste. Seguro que incluso es mona, tendrá aquella gracia que las chicas de hoy han perdido: una chica con jersey ceñido, zapatos de golf y el cabello rubio recogido en un tupé. Hay algo decididamente valiente en su manera de enfrentarse a circunstancias insólitas, como si se enfundara un vestido, el de la vida, que no acaba de sentarle bien. ¿Qué se habrá hecho de Edie? Ya han pasado treinta y cinco años; se habrá recuperado, espero.

Sí que sé lo que se hizo de Joan Vollmer. En 1944 y 1945 su apartamento de la calle 115 era un prototipo de lo que en la generación siguiente se conocería como un «agujero». Un apeadero entre el Village y Times Square o entre el distrito universitario de Morningside Heights y los bajos fondos de Gorki marcado en el mapa mental de todos los que se conocieron, vivieron, hicieron el amor, sufrieron y experimentaron con las drogas en aquellas seis habitaciones enormes en las que Joan vivió sola con un bebé hasta que Edie le presentó a Jack. Y Jack —que advirtió la afinidad entre el ingenio agudo y brillante de Joan y el de Bill Burroughs— le presentó a Bill. Y Burroughs, que se había quedado sin piso, se mudo allí. Se instaló en una de las habitaciones; en ocasiones prefería dormir acompañado. Luego llegaron Allen, Hal y Jack, y también Edie, poco antes de que su matrimonio se viniera abajo.

Joan igualaba a Burroughs en ingenio, y también en otras cosas. Según parece, se había convertido en una ávida lectora de Korzybski —y de Spengler, y de Kafka…— que, para desconcierto de los hombres, era capaz de participar en sus discusiones sin amilanarse. También compartía con Burroughs un creciente interés por las drogas. Andaba todo el día colocada con la bencedrina que impregnaba el algodón de los

inhaladores nasales. Quizá fue Bill quien le enseñó a cascar el tubo del inhalador como una nuez para extraer un algodoncillo que podría tragarse con el primer café de la mañana para transformar la grisácea luz de invierno que llegaba del patio, y la cocina llena de basura, y el llanto agotador del bebé mojado.

Allí, en la calle 115, en las habitaciones que antes de que Bill y los otros llegaran no habían sido más que seis conchas vacías, reinaba ahora una eterna intensidad mágica, un fulgor que se reflejaba en otro fulgor. En ocasiones, la electricidad de Joan debió de parecer casi palpable, su resplandor interno debió de desbordarse; incluso a un desconocido como Herbert Huncke —un drogadicto que rondaba por aquellos bares de la calle 42 que Bill acababa de descubrir y que se había llevado al apartamento— le impresionó aquel resplandor. Más tarde recordaría a Joan como «una de las mujeres más bellas que he conocido jamás».

Huncke también se convirtió en un miembro de la familia que Joan creó en aquel legendario apartamento, en el cicerone de una forma de vida subterránea que a todos les fascinaba cada vez más. En aquel traicionero mundo de camellos y drogadictos, de ladrones y putas, tenía que esconderse, por fuerza, alguna verdad fundamental a la que no se llegaba leyendo a Dostoievski o a Céline; había que experimentarla de primera mano.

Burroughs, el aristócrata del grupo, el heredero de los millones de la Burroughs Adding Machine Company, se sumergió en aquel mundo hasta unas profundidades que ni Jack ni Allen alcanzaron jamás. Se compró una metralleta y comenzó a trapichear con cápsulas inyectables de morfina. Se casó con Joan en enero de 1945. Por entonces la bencedrina ya la había dejado un poco paranoica, y es posible que también hubiera comenzado a pincharse morfina. Habría secundado a Bill en cualquier cosa. Y lo hizo.

Murió en 1951, mucho antes de que yo hubiera ni siquiera oído hablar de ella. Su muerte, sin embargo, vino precedida de otra: la de su antiguo esplendor. Un invitado al rancho de New Waverly, Texas, en el que en 1950 Bill y Joan Burroughs vivían y cultivaban marihuana, recuerda a una Joan desaliñada, renqueante, sin sujetador, con el cabello ralo recogido hacia atrás de cualquier manera. Parecía, según él, una ama de casa dejada, y también, en cierto modo, una niña. No podía pasar sin ocho inhaladores al día, y como conseguirlos en Texas era difícil, se mudó con Bill a Ciudad de México pocos meses antes de morir.

La muerte de Joan Vollmer Burroughs es mucho más famosa que su protagonista. Como la historia de Lucien, forma parte de la prehistoria de los *beats*. Y aun descontextualizándola, sigue siendo la típica anécdota macabra y extravagante que, cuando te la han contado —a mí me llegó a través de ciertos círculos de la Universidad de Columbia a mediados de los cincuenta—, no la olvidas jamás. Como en la historia de Lucien, había algo fríamente estilizado en el relato; una falta de compasión rayana en un humor negrísimo.

¿Te han contado la del hombre que se puso a jugar a Guillermo Tell con su mujer

y falló?

Quizá fue el antiguo espíritu ingenioso y arrojado de Joan el que brilló por última vez en Ciudad de México aquella calurosa tarde de septiembre. Bill y Joan habían pasado varias horas bebiendo ginebra en su piso con dos nuevos amigos, dos veteranos expatriados. ¿Le recordaría aquella reunión a la calle 115 y a los viejos tiempos, muchísimo más felices? De repente, aquella gris ama de casa se puso el vaso encima de la cabeza y, juguetona, desafió a Bill a que diera en el blanco con su calibre 38. Era un experto tirador, y quizá ya habían hecho el número de Guillermo Tell en otras ocasiones. O quizá no. Quizá aquél fue un acto suicida clarividente e intencionado por parte de Joan, un último juego nacido de la desesperación más absoluta.

Pero mirémoslo de otro modo. También pudo haber sido una prueba de su entrega y de su confianza, de su fe y adoración ciegas. Un último regalo para Bill, al que aquella noche le falló la puntería.

Todo esto lo supongo porque es muy probable que, de haber conocido a Joan, la hubiera querido. Me resulta tan familiar como otra mujer que se le parecía mucho y a la que hace tiempo conocí y quise; tan extraña como la persona que todavía vive en lo más profundo y peligroso de mi interior.

Busco en el índice del libro en el que sale la foto de Jack y Allen y los demás, y encuentro: Joyce Glassman. Y media docena de números de página que remiten a más o menos una vigésima parte de mi vida, entre 1957 y 1959, cuando yo me llamaba así.

Mil novecientos cuarenta y cinco fue el año en el que nos mudamos a Manhattan, no demasiado lejos del apartamento de Joan Vollmer. La calle 116, en la que crecí, es una calle amplia y ventosa flanqueada por edificios de apartamentos que baja hacia Riverside Drive. Mirando hacia arriba se ve el Barnard College en una esquina, y cruzando hacia Broadway, la alta verja de hierro de la universidad, la biblioteca, con su bóveda y sus columnas de templo romano, y los caminos enladrillados que tan poco se parecen al pavimento de la zona.

Solía entrar en el campus e imaginar a la gente preguntándose lo que yo, tan sólo una niña de diez años, estaría haciendo allí. ¿Me tomarían por una genio que se había matriculado en algún curso? A veces, de nuevo niña, patinaba entre las fuentes de la biblioteca. Qué lástima que me perdiera su poética metamorfosis en manantiales de vino cuando, cerca de un año antes, Allen Ginsberg había echado colorante rojo en el sistema de cañerías.

A veces patinaba por Riverside Drive o me sentaba por allí, en un banco, a leer *Ivanhoe*, *Mujercitas*, *Hombrecitos*, a llorar con *Belleza negra*. Nunca me dejaron ir sola hasta las escaleras de piedra que conducían a los parajes más agrestes del parque, descuidados y llenos de maleza, a los que mi madre —seguro que se había enterado del asesinato cometido el año anterior cerca del río— llamaba «Allá Abajo», el mismo nombre que empleaba para referirse a una, por lo demás anónima, parte de mi anatomía.

Pero lo que me atraía del parque de Allá Abajo era, precisamente, lo poco que se parecía a un parque. Y un día me salté las reglas. Bajé corriendo por las colinas de hierba alta, trepé por una verja baja de madera, esquivé el tráfico de West Side Highway y llegué al río. Lo que encontré me decepcionó. No había más que unas rocas planas y grisáceas, y una lenta corriente de agua parduzca, y un olor dulzón muy penetrante que me recordaba al de un sótano. Pero disfruté de mi hazaña secreta. Tardé mucho en volver por ahí.

Resulta extraño pensar que todos vivíamos en el mismo barrio; pensar en el apartamento de la 115, mucho más cerca de lo que mi madre podía imaginar, en la posibilidad de que nos cruzáramos cientos de veces en nuestras idas y venidas cotidianas. En que Joan es la mujer delgada y aturdida que empuja un cochecito de bebé por Broadway; en que aquél es Jack, comprando cerveza y cigarrillos en Gristedes cuando mi madre me manda a por zumo de tomate; en que ese otro es Allen, con el cuaderno de sus primeros poemas en el bolsillo llamando a la puerta del célebre profesor Lionel Trilling, un hombre tan anticuado como su nombre que vive en la planta baja de nuestro edificio.

Aunque no resulta más extraño, supongo, que estar en un avión entre Londres y Nueva York unos treinta años más tarde formulando teorías subversivas acerca del deprimente conservadurismo de la juventud mientras observo al chico del asiento de

al lado —un chico de cara atontada con dos cámaras carísimas al cuello, de punta en blanco con un tres piezas de *tweed* que, salta a la vista, se ha comprado en Inglaterra —, para descubrir que este mismo chico saca un libro que resulta ser *Lonesome Traveler*, de Jack Kerouac.

Simultaneidad. Como el West End, por ejemplo: todavía está allí, ahora que lo pienso, en la esquina de Broadway con la 113. En aquella época era una mezcla de bar y cafetería. Cubetas de acero con comida barata. Carne en conserva con col, salchichas con puré de patata. Una sencilla barra de madera oscura sin gracia alguna, filas de botellas en los estantes de vidrio. Un suelo de baldosas blancas por el que se ha esparcido serrín. Uno de esos lugares anónimos de cuando no se estilaban las paredes blancas ni las macetas de helechos ni las lámparas modernistas de imitación y que, no sé muy bien por qué, siempre resultaban los mejores para reunirse.

En 1944 a Edie Parker le gusta dejarse caer por ahí. Jack, que se ha enrolado en la marina mercante, suele pasar varios meses en el mar, y Edie no tiene nada que hacer. Al bar va cada noche un joven estudiante de Columbia tan guapo que ella no puede sacarle los ojos de encima. Es un niño mimado, un borracho con el cabello lacio y rubio que le cae por la frente hasta los ojos, verdes y achinados. Hay en él algo salvaje que Edie reconoce. Quizá algo en Lucien Carr le recuerda a Jack. En todo caso, es a Lucien a quien Edie escoge de entre todos los congregados en el West End, y es de él de quien se empeñará en hacerse amiga. No se enamora de él. Se diría que se guarda esta amistad para regalarla más tarde. «Jack, tienes que conocer a este chaval, Lucien». (A fin de cuentas, ella es algo mayor que Lucien, tiene su propio apartamento y un par de años de experiencia: el tono maternal se lo ha ganado).

En junio, cuando Jack ya está de vuelta, Edie hace que la acompañe una noche al West End. Él no está muy convencido, quizá sienta celos de este Lucien al que no conoce, de este niño rico de Saint Louis, de este deslenguado al que ya han expulsado de Bowdoin y de la Universidad de Chicago y que a sus diecinueve años arrastra todo un historial de vida disoluta. Pero Lucien quizá sea lo que está buscando, el amigo que, como un espejo, le devuelva una imagen más oscura. Edie no le basta. Probablemente Edie lo sabe; ésta es una pena que ella se calla. Por mucho que sueñe con el matrimonio, por muchos «viviremos unos años de bohemia y luego sentaremos la cabeza y él escribirá sus libros y nos querremos para siempre» que imagine, Jack es inaprensible. Pero Edie es una mujer de recursos, incluso ha vivido sus propias aventuras trabajando de estibadora y vendiendo cigarrillos en la calle 42 mientras Jack estaba embarcado. Si envuelves a un hombre en una atmósfera suficientemente estimulante, no será capaz de adivinar que ha quedado atrapado en ella.

Edie estaba en lo cierto con Lucien.

Jack Kerouac y Lucien Carr se reconocen el uno en el otro y, como fuegos de artificio, estalla la amistad. Ocultan su vergüenza con insultos: Lucien es «el

aristócrata, querido mío», Jack, un «deportista paleto» y un «torpe campesino canadiense». Así se tratarán durante los próximos veinticinco años. En esto Lucien es el auténtico genio: rápido cuando se trata de localizar los puntos más débiles, ducho en el arte de hacer sangrar al adversario. ¿Está torturando a Jack o delatando sus complejos secretos?

Al principio, una incrédula Edie pensará que estos dos acabarán peleándose, armando una de aquellas broncas del West End que siempre terminan con todo el mundo fuera del local, en la calle. ¡Dios!, ¡nada más tonto que un hombre!

La cabeza de Jack cede bajo el aluvión de epítetos. Pero él no oye lo que oye Edie. En las palabras de este chico perverso, Jack ha detectado una especie de música que le hace reír, maravillado. Levanta la cabeza, todavía riendo, y le canta a Lucien —y no a Edie— la última canción de moda: «You Always Hurt the One You Lo ve»[3].

«Vamos a casa ya, Jack». Edie ve aquí algo poco claro, pero es probable que todavía no esté celosa. Quién sabe si «Oh, Take me Home Again, Kathleen»[4] es la canción que Lucien le dedica a voz en grito, desafiante.

Johnny el camarero se acerca a título profesional y dice: «¡Cállate la boca, hijo!». Sin embargo, le dedica una sonrisa a Jack, con el que sostiene unas conversaciones sobre fútbol magníficas; hay que ver la de cosas que recuerda el chico, cada pase, cada jugada. A la próxima ronda invita la casa.

Ya es casi de día cuando Lucien Carr y Jack Kerouac salen del West End tambaleándose, es de suponer que seguidos de Edie Parker. Pero esto no lo cuentan los libros; a partir de este momento los hechos dejarán paso a la leyenda, parca en detalles. A fin de cuentas, se trata de un acontecimiento trascendental para el futuro de los *beats*, de un encuentro que propiciará la aparición inminente de otros personajes principales. Allen Ginsberg, el poeta de Paterson que está en su primer curso en Columbia y al que Jack también conocerá esa misma semana. Burroughs, que resulta ser uno de los pintorescos conocidos de Saint Louis de Lucien. El crimen de Lucien del 14 de agosto. La literatura y la química de influencias mutuas y la saga de Duluoz/Kerouac, en la que todos aparecerán y reaparecerán y se reencontrarán bajo nombres inventados. Recuerdo que Jack dijo en una ocasión que escribía libros para tener algo que leer cuando fuera viejo. Nunca llegaría a viejo, por supuesto; quién sabe si lo presintió.

No obstante, todo esto lo puso en marcha la pequeña Edie Parker, que aquella noche de junio de 1944 todavía tenía la esperanza, vana e inútil, de quedarse con Jack.

Una noche Lucien Carr encontró un barril vacío y, con Jack metido dentro, lo hizo rodar hasta su casa; éste es un hecho documentado. Mientras el barril va rodando por las calles calurosas y desiertas de Broadway y Lucien trata de empujarlo cada vez más deprisa, imagino a Edie Parker corriendo rezagada, apartándose un poco hacia un lado. Se convence a sí misma de que se lo está pasando de miedo mientras, por

encima del hombro, vigila por si aparece la policía.

Algunas tardes de verano ociosas y claras paseaba con mi padre por Broadway hasta el quiosco de la 110. Era el mismo paseo que él solía dar después de cenar, cuando se fumaba el puro del día a una distancia prudencial de la sala de estar de mi madre y se entregaba a su único vicio: las apuestas. Apuesta con moderación, con la misma moderación que imprime en todo lo que hace, confiando los dos dólares diarios al quiosquero. Esto yo no tendría que saberlo, pero lo sé. Y siempre que pregunto «¿Has ganado, papi?», me responde que ni ha ganado ni ha perdido. Nunca parece ocurrir nada espectacular, nunca he visto a papi tirar la casa por la ventana y comprar regalos para todos o perder hasta la camisa. A veces va a las carreras con la comida en una bolsa y luego dice con aire triste: «Bueno, he recuperado mis gastos». Con todo, esta parte de la vida de mi padre parece teñida de glamour: algo vaguísimamente ilícito que, de forma misteriosa, le pertenece. ¡Es tan emocionante que la comparta conmigo! Me cuelgo de su brazo, orgullosa: la hija del jugador. Observo con un interés lleno de admiración la transacción que tiene lugar en el quiosco: la inocente compra del *Daily News*, las discretas instrucciones de papi, los billetes que van a parar al bolsillo del delantal de lona del corredor de apuestas. «¿Quieres un helado?». Mi padre me guiña un ojo y me da una moneda de diez centavos.

Un día —y nunca se lo cuento a mi madre ni a mis tías—, de vuelta a casa, hace un alto en el West End Bar y me pide que me espere fuera. «Éste no es un lugar para las niñas pequeñas». Miro por la ventana: se ve oscuro, grande, con mesas sombrías llenas de hombres en mangas de camisa y ni rastro de niños, y un olor a cerveza frío y húmedo que se escapa a través de la puerta abierta por la que mi padre desaparece. Y al instante me siento mucho más cohibida que en el campus, como si en el momento menos pensado pudieran llamarme a declarar para justificar mi presencia en la puerta de un lugar en el que, de tan malo, no puedo ni entrar. «Estoy esperando a mi padre», explicaría, pero tengo la sensación de que esta respuesta no es del todo buena, de que papi ha ido demasiado lejos dejándome aquí afuera; se ha convertido en alguien a quien no conozco. Pasados unos minutos está de vuelta, como prometió. «¿Ya te has terminado el helado?», me pregunta cariñoso mientras doblamos Broadway y caminamos en dirección a casa.

Dos

Pienso con dolor en una habitación. En ella hay un sofá rojo con una funda verde, una silla dorada tapizada de granate, una banqueta de piano de *petit point* y protegida por otra funda verde; «verde cazador», se llamaba. La alfombra oriental, comprada justo antes de la Depresión, es roja y azul, y se le pasa el aspirador a diario. La mesa de patas curvadas —que sólo se usa en las grandes celebraciones familiares— es del estilo que se conoce como «provincial francés». Encima de la mesa, sobre diminutos pies de madera, reposa una lámpara china con la pantalla de seda cubierta de celofán.

El piano —de media cola, lo compró mi madre cuando todavía trabajaba, antes de que yo naciera— lo domina todo. Es un Steck, una desconocida marca de pianos que, al parecer, son tan buenos como los Steinway. Había pasado muchos años ahorrando parte de su modesto salario de secretaria para comprárselo. Sobre la tapa barnizada, que sólo se abre cuando viene el afinador, está su fotografía de joven en un pesado marco de plata, adornado con motivos primitivos, que mi tío nos trajo de Perú. Es esbelta y muy guapa, sonríe con gracia y lleva un vestido largo de organza que se ha hecho ella, camelias blancas prendidas en el volante del hombro. Parece lo que nunca llegó a ser, una concertista, pero se ha prometido con mi padre, de pie junto a ella con su traje oscuro. Es un hombre pequeño, de cara redonda, como la mía, y una mirada seria y tierna. Sobre el piano reposa un retrato al óleo que me hizo un vecino cuando yo tenía ocho años, los años dorados de mi carrera de hija. Tuve que mantener la cabeza en la misma posición durante horas, soñando con el *éclair* de chocolate que me darían al final de la sesión. Tantas horas de posado inmóvil para que luego nunca me gustara el retrato de la niña impasible con un pichi de flores y dos gruesas trenzas rubias.

Qué patetismo más terrible el de esta habitación de caprichos siempre pospuestos, de refinamiento tenso. Se diría que todos estos objetos —el piano, la alfombra, el retrato— están inquietantemente cautivos, rehenes de la ambición. Si las fundas llegan a caerse, si los pesados cortinajes quedan abiertos dejando entrar la luz del día, todas estas cosas conservadas con tanto esmero quedarán irremediablemente expuestas, raídas y descoloridas.

Más les hubiera valido mandarlo todo a paseo y haber disfrutado de la tapicería desnuda desde el principio.

Vi mi primer apartamento a los veinte años. Era el último piso de un edificio de seis plantas sin ascensor en Yorkville: cuatro habitaciones en fila india, cada una comunicada con la siguiente, igual que un vagón de tren, con paredes agrietadas y viejos techos de zinc algo combados. Mi mejor amiga, Elise, que acababa de mudarse allí, lo había pintado todo de blanco, hasta el linóleo del suelo. Lo que recuerdo es la extraordinaria luz del lugar, el modo en que la luz lo invadía como si no existiera una

separación real entre el interior y el exterior, y todo —lo poco que había— parecía flotar en ella. Una luz casi mediterránea que confería a las paredes cuarteadas y llenas de pegotes un grosor calizo, como el de los muros de las villas griegas, y que beatificaba el colchón del suelo y la mesa del Ejército de Salvación y las sillas que había recogido en la calle.

Vi la misma luz extraordinaria en los primeros pisos de otros amigos. ¿Por qué allí? Por la provocadora desnudez de las ventanas, supongo. Quizá no fuera más que eso.

Cada día me siento dos horas en la banqueta tapizada y toco sonatas de Scarlatti, el *Para Elisa* de Beethoven, escalas de Czerny. *Para Elisa* —nombre profético, ahora que lo pienso— es mi favorita. Esta pieza la toco con algo más de placer y seguridad que el resto, y con esta pieza suspendo el examen de entrada a la Escuela Superior de Música y Arte.

Aun así, mi madre la optimista se niega a reconocer que no soy lo que se dice muy musical. En cualquier caso, en sus planes no entra que me convierta en una simple pianista. Me espera un futuro más grandioso: seré una gran compositora, fama que me habré ganado, si es posible, antes de los veintiuno o antes de que lo haya echado todo a perder con el matrimonio, institución que confía en que evite por tanto tiempo como pueda. Quizá cambie de estado civil más adelante, después de haber compuesto varias operetas. Entretanto, y por suerte, soy una niña de doce años que ya ha compuesto la letra y la música de una comedia musical. ¡Una Rodgers y Hammerstein en miniatura!

Mientras me siento al Steck, ella pasa el aspirador por otras habitaciones de la casa, el monótono contrapunto de mi pieza. Cuando comienzo a tocar y ataco una nueva melodía, apaga el aparato y escucha. «¡Muy bonito, cariño!». Sólo tengo doce años, pero ya me siento incómoda con mis composiciones, como si éstas apenas me permitieran salirme con la mía y agradar a mi madre. ¿Cómo voy a convertirme en una compositora famosa si no soy capaz de inventarme melodías? Ni siquiera consigo leer las notas de la partitura y traducirlas en sonidos. Debo limitarme a lo poco que consigo arrancar a las teclas del piano, y aquí me topo con mis limitaciones como pianista. Me da miedo que, hasta el momento, mi profesor particular, el señor Bleecker, no me haya descubierto. «¡Precioso, cariño!», me anima mi madre, entusiasmada. «¡Vas por el buen camino!». Lo cree a pies juntillas. Vuelve a poner en marcha el aspirador y en este instante, quizá, es totalmente feliz. Está viviendo su segunda vida.

Una mañana, mi madre se presenta en el colegio de improviso. Tengo que salir de clase de historia y bajar al despacho del director, donde me está esperando. Bajo los

dos tramos de escaleras con mucho miedo. Y la cosa es que no recuerdo qué infracción habré cometido.

Lleva el abrigo de mutón marrón y está sentada en el banco de las visitas, agarrada a su enorme bolso. Cuando entro en el despacho le sonríe a la secretaria del director con aquella sonrisa que reserva para los momentos de crisis, cual June Allyson en *Mujercitas*, esbozando una sonrisa entre lágrimas. «Muchas gracias», le dice en voz baja a la secretaria. Me coge del brazo y, con delicadeza, me saca de allí.

En el pasillo susurra: «Tenemos que ir al servicio». Cuando le pregunto por qué, se pone muy colorada. «Ahora te lo explico».

Ya en el baño de las chicas, me comunica una noticia que no consigo descifrar: «Esta mañana he encontrado sangre en tu cama».

¿Sangre? Pero si no me he cortado, que recuerde.

Ahora mi madre abre el bolso y saca una cosa envuelta en muchos clínex. «Te he traído esto para que te lo pongas». También ha traído una especie de cinturón de goma rosa; imagino que todo esto tendrá algo que ver con Allá Abajo.

De momento, la cosa está yendo muy mal. Pero mi madre no es capaz de controlarse. El amor que siente por mí es una pasión que la consume. Para ella no existen barreras entre nuestros dos seres individuales. Lo único que quiere es protegerme; también quería protegerme de morir ahogada cuando decidió no enseñarme a nadar, y fue para protegerme de quedar marcada de por vida con cicatrices por lo que insistía en que no trepara ni correteara por el parque ni montara en bici. Sin embargo, esto es distinto. Me he convertido en mujer, y no hay protección que valga, por mucho que ella se empeñe.

Observa mi cara de pasmo azoradísima. «Sólo es el sistema natural del cuerpo para deshacerse de la sangre mala».

Intento digerir esta información que tanto me supera. Nunca había oído que el cuerpo hiciera algo tan inquietante.

Me cuenta que esto me pasará durante el resto de mi vida. «Pero no es algo por lo que tengas que preocuparte», dice.

Según una escuela filosófica, el método más eficaz para perder a una persona consiste en aferrarse a ella en exceso, teoría que queda demostrada a la perfección en las separaciones de los amantes, pero también en las de padres e hijos. Las últimas, sin embargo, son mucho más complejas. Los amantes, que antes de conocerse eran dos extraños, retoman esa condición cuando se separan; el vínculo entre padres e hijos, por su parte, se estira y se encoge para el resto de nuestras vidas, adoptando las formas más caprichosas.

¿Quién habría dicho que Jack Kerouac hallaría la muerte a los cuarenta y siete en casa de su madre, en Saint Petersburg, Florida, con *The Galloping Gourmet* en la pantalla del televisor? Dejó la lata de cerveza, fue al baño y vomitó sangre. Al cabo de unas horas, después de haberse negado a recibir asistencia médica hasta que ya fue demasiado tarde, expiró en un hospital lleno de ancianos. Su madre, paralizada desde hacía años por un derrame cerebral, le sobrevivió. Jack era el segundo hijo al que enterraba. El primero, Gerard, había muerto a los nueve años, cuando Jack sólo tenía cinco.

Hay pérdidas para las que ningún consuelo basta. Me figuro cómo debió de aferrarse a su hijo pequeño, cómo, noche tras noche, debió de llevárselo a su cama para consolarse, violando todos y cada uno de los preceptos freudianos. Pero ¿qué sabía Gabrielle Kerouac de sutilezas de ese género? Se trataba de sus necesidades, del calor del cuerpecito de su hijo pequeño acurrucado contra el suyo, de la maravillosa fragancia de su cabello.

No soy capaz de imaginarme sobreviviendo a la muerte de mi propio hijo más que como una cascara vacía. ¡Cualquier cosa menos eso! Aunque ya tiene catorce años y me saca una cabeza, me sorprendo agarrándole de la mano sin pensar siquiera mientras cruzamos la calle. Y la mano, que conserva algo de su blandura infantil, todavía me recuerda a la de un bebé grande.

Mi hijo ya había cumplido nueve años la primera vez que le dejé ir al colegio en transporte público. Recuerdo que aquella mañana me quedé de pie al lado de la ventana observando cómo ocho pisos más abajo aquel personajito de cabello claro, de azul marino de los pies a la cabeza, cruzaba muy serio la avenida West End y luego subía por Broadway. Me sentí como cuando el avión en el que viajas despega y sabes que, pase lo que pase, no puedes cambiar de opinión y bajarte. Así es como nos desprendemos de los hijos y los entregamos al mundo: pactamos a ciegas con el destino.

En el piso de la 116 nunca se oyó una palabra más alta que la otra; aquél era un motivo de orgullo. La nuestra era una buena familia, éramos refinados. Gentiles, casi, no como los primos de mi madre, que todavía vivían en Flatbush y con los que, después de viajar en metro cargados con cajas de pasteles, nos reuníamos en algunas fiestas judías. Eran toscos y ruidosos; se gritaban, ahora afables, ahora violentos, a

través de las montañas de comida que se alzaban sobre la mesa, y siempre te llenaban el plato con más de lo que eras capaz de terminarte, empeñados en ahuyentar el fantasma de los días de escasez. Comían, acumulaban carne, engordaban brazos y muslos, traían al mundo rechonchos niños miopes de mejillas coloradas que después del colegio estudiaban hebreo; hijos responsables, hijas que a una edad temprana aprenderían las verdades de la vida en el lecho conyugal.

Aquélla era la vida de la que mi madre había luchado por escapar desde jovencita. En busca de la cultura y de un universo más refinado, estudió los *lieder* de Schubert hasta que, después de que la Depresión truncara sus frágiles sueños de convertirse en algo más que una simple secretaria, entendió que el matrimonio con un hombre tranquilo que la adoraba la liberaría de la estenografía. Fue su voz lo que primero atrajo a mi padre. Mi madre estaba sentada en un bote de remos en el lago de un modesto centro turístico que solían frecuentar jóvenes oficinistas en la treintena. Estaba sola; cantaba y dibujaba surcos en el agua con los dedos, rodeada de nenúfares. Él estaba de pie en la orilla, embelesado.

Era el caballero más perfecto que mi madre hubiera conocido nunca, quién sabe si porque no se había criado en Estados Unidos sino en Inglaterra. Su trabajo —contable de una empresa llamada Metropolitan Tobacco Company— no encajaba en absoluto con su aspecto. Pero aquello sólo era algo temporal, por supuesto. Con su personalidad y su talento para las matemáticas llegaría más lejos, sin duda. Aquel trabajo fue tan temporal como su vida —abandonó el uno y la otra en 1960— y tan permanente como la decepción de mi madre.

Treinta y cinco fueron los años que mi padre pasó en aquella empresa. De ocho a cinco, media jornada en sábados alternos, dos semanas de vacaciones en verano, sin un solo ascenso, eternamente mal pagado. Fue el primer empleo que encontró cuando llegó a Estados Unidos. No termino de explicarme su falta de ambición. Poco después de que emigrara llegó la Depresión, y con ella, el final de las oportunidades. Te agarrabas a lo que tuvieras, no te arriesgabas. Le bajaron el sueldo justo después de que yo naciera, y aun así se quedó en la empresa. Aunque parezca extraño, creo que la lealtad y el orgullo tuvieron mucho que ver con su decisión. Llevó la contabilidad de la Metropolitan Tobacco Company de un modo impecable, rellenando infinitas columnas de números con su letra elegante. Cuando cumplí los diez años él ya sufría de úlcera. Con el tiempo, a un hombre como mi padre hubiera acabado sustituyéndolo un ordenador.

Vivía de placeres modestos. Un puro que otro, las carreras. El béisbol pasa zumbando a través de mi infancia como la aspiradora de mi madre. En mis recuerdos de aquella casa puedo identificar el afecto, pero no la pasión. Veo dos camas individuales, castamente cubiertas con colchas de felpilla, y, en medio, la lámpara de arce de estilo colonial. De noche, me despierto en el silencio más absoluto. En su dormitorio, de puertas permanentemente abiertas, no se oye nada. Él le da un beso a mi madre cuando va al trabajo y otro cuando vuelve. Cuando tenía siete años le

propuse a mi padre que nos escapáramos juntos. Me pegó; luego, torturado por el remordimiento, me pidió perdón, aunque me advirtió que nunca, nunca más, volviera a decir una cosa así.

«La mayoría de los hombres llevan una vida de queda desesperación». Cuando leí esta frase por primera vez en una clase de Literatura Inglesa en Barnard pensé en mi padre. También pensé en mi madre. Y pensé que, personalmente, preferiría morir a ser «como la mayoría de los hombres». Pero los adolescentes piensan en extremos, en absolutos.

Hasta que cumplí los trece, di por sentado que los tres éramos felices. Basaba aquella convicción en una fe ciega en la capacidad reparadora del amor. No teníamos tanto dinero como otra gente, es cierto, pero al menos nos queríamos, igual que los March en *Mujercitas*. Se diría que mi madre era una pintora que utilizaba el ahorro como diluyente. Con celo manifiesto, peinaba los grandes almacenes en busca de oportunidades, recorría los supermercados de la zona a la caza de «promociones especiales». Era experta en comparar los precios de las distintas marcas de zumo de tomate. De su máquina de coser salían prendas todas confeccionadas a partir de tejidos de buena calidad; nunca compró ninguno que no fuera «de primera». Todos mis jerséis estaban hechos a mano. Mis vestidos, todos de su creación, eran mucho más formales —y, por lo tanto, «mejores»— que los de las otras niñas. Yo no tenía aquel aire «ordinario» de las otras niñas, con sus vestidos comprados en tiendas. Pero yo quería ser como ellas. En el fondo, es lo que quería.

Hace poco me confesó que durante todos aquellos años había sacado la casa adelante con veinte dólares a la semana. Consiguió apañárselas con eso durante el *boom* de la posguerra e incluso durante los prósperos años cincuenta. Y con el paso del tiempo, el esfuerzo le iba consumiendo cada vez más energías; el desgaste intelectual era tremendo. Casi nunca tocaba el piano, y cuando lo hacía, era para sacarle el polvo.

Vivíamos en una especie de oasis cultural del que comencé a apercibirme con nitidez a medida que crecía y tomaba conciencia de las cosas. Era como si mi madre tuviera el poder de detener el tiempo, de congelarnos en una opereta de Victor Herbert de música y decorado vagamente «clásicos», de valores sentimentales y posvictorianos.

Era una severa jueza de toda novedad que entrara en aquella casa: de las ideas, de los artículos de moda, de las amigas del colegio que muy de vez en cuando traía a casa. Y muy poco de lo que veía reunía los requisitos que mi madre imponía. Estábamos muy por encima del chabacano mundo que quedaba de puertas para afuera, de aquel zoco de objetos chillones y de modas pasajeras que no nos podíamos permitir. Mi madre tenía que protegerme de la contaminación de lo «popular», del chicle, de los refrescos, de los cómics, de los Bobbsey Twins y de Frank Sinatra («Es disonante», solía decir mi madre, preocupada, mientras sintonizaba en el dial la WQXR para escuchar a Schubert). Lo exclusivo de mi naturaleza no se debía tan sólo

a los vestidos de factura exquisita que ella me ponía: nacía, sobre todo, de las esperanzas que ella había depositado en mí, de mis imposibles éxitos de niña prodigio. Yo sabía que mi altísimo valor emanaba de ella. Sin el concurso de mi madre, yo no sería más que un jarrón vacío, quincalla, nada más que una persona común y corriente, quizá.

Tres

Jack Kerouac se echó a la carretera en el verano de 1947; salió exactamente de Ozone Park, Queens, rumbo al Pacífico, y paró en Denver para visitar a su amigo Neal Cassady. Cuenta la leyenda que viajó ligero de equipaje. Nada que ver con los equipos especializados de los trotamundos y los autoestopistas de nuestros días. Tenía unos cincuenta dólares, los ahorros del subsidio de veterano, un saco de lona «en el que había metido unas cuantas cosas fundamentales»; los zapatos que llevaba no eran los adecuados: huaraches mexicanos, el distintivo de los intelectuales bohemios del Nueva York de aquellos años.

El viaje lo emprendió, al parecer, de forma empírica, con una mezcla de esperanza y desesperación, en busca de una realidad completamente nueva que estuviera a la altura de sus sueños. Andaba buscando, dijo, «chicas, visiones, de todo; sí, en algún lugar del camino me entregarían la perla».

Pensándolo bien, eso de ir buscando visiones es raro. Son éstas las que se apoderan de uno, las que lo pillan por sorpresa. Si las buscas, tienden a recular, a jugar contigo. Por lo que respecta a las chicas, su presencia a la cabeza de la lista denota cierta frivolidad incómoda. Con todo, buscar chicas, en ese sentido, no es tanto ir en busca del amor como en busca de la experiencia. El «de todo» no lo encontraría, por supuesto. Aunque Jack sí encontraría algo ahí afuera: la dicha pura del movimiento. Si hubiera podido permanecer en movimiento para siempre, sin cansarse jamás, acelerando para alejarse de cada nuevo encuentro antes de que la excitación inicial lo marchitara, habría sido feliz. Tan feliz como Neal Cassady, quien, poco tiempo atrás, había pasado por el abotargado ambiente de Columbia como una ráfaga de viento del oeste. Neal robaba coches para ir a dar una vuelta y luego los abandonaba; era un delincuente encantado de la vida, un consumidor inocente y voraz de filosofía, de literatura, de mujeres (de todo tipo de sexo, en realidad). Neal parecía un álter ego desprovisto del carácter decadente de Jack. Incluso tenían un parecido asombroso: Jack, oscuro; Neal, dorado como Lucien, pero muy diferente de él o del resto de la pandilla de Columbia. A Jack le resultaba tan familiar como los chicos con los que había crecido en Lowell antes de llegar a la ciudad. «Y en su animado modo de hablar yo volvía a oír las voces de viejos compañeros y hermanos debajo del puente, entre las motocicletas, junto a la ropa tendida del vecindario y los adormilados porches donde por la tarde los chicos tocaban la guitarra mientras sus hermanos mayores trabajaban en el aserradero».

Jack pasó los meses que precedieron a su partida retirado en la casa de su madre; un retiro que anunciaba los que vendrían más tarde, en otras casas a las que llevaría consigo a Mémère y todos sus cazos, sus sartenes y sus muebles, como si un hogar se pudiera plantar como quien planta una tienda. Denver, Colorado; Orlando, Florida; Rocky Mount, Carolina del Norte; Berkeley, California; Northport, Long Island; incluso de vuelta a Lowell. En Ozone Park las tardes eran tan somnolientas como sus

recuerdos de niñez. En el orden eterno e impecable de la cocina de su madre, a muchas estaciones de metro de los bares de Times Square abiertos toda la noche, desplegaba mapas sobre la mesa cuando ya se habían retirado los platos y, cual navegante, trazaba la ruta de aquel viaje tan esperado. Los topónimos del Oeste eran las palabras mágicas de un conjuro: Cimarrón, Council Bluffs, Platte, Cheyenne. En su interior la imagen de Neal se mezclaba con otras, románticas, de llaneros y pioneros. El Cassady que se aparecía en sus ensoñaciones era un arquetipo: era tanto el hermano perdido desde hacía tanto tiempo como, en su desarraigo y energía, el mismísimo espíritu del Oeste.

Jack nunca logró desarraigarse del todo. Sus raíces eran, de hecho, grilletes que le sujetaban el alma y lo amarraban a Mémère para siempre, que lo paralizaban durante los periodos entre viaje y viaje, cuando regresaba a ella para intentar convertirse en el hijo que ella quería. En los primeros pasajes de *En el camino*, cuando Jack se refiere a Burroughs, Allen, Joan y a otros miembros del círculo de Columbia como criminales o intelectuales desdeñosos y negativos, puedo oír a Mémère mascullando con desconfianza entre bastidores. Tras haber compartido su vida con ellos durante la frenética temporada que acaba de dejar atrás, Jack los ve ahora con culpa y rabia; ahora es otro el que los ve. En el camino que le llevaría de Mémère a Neal lo que buscaba era, quizá, la redención.

Era julio cuando se largó. La carretera que había escogido era la Ruta 6. En el mapa, una línea roja de Cape Cod a Ely, Nevada; la ruta más recta y directa. En realidad, encontrar la carretera resultó imposible, todos los accesos a la misma estaban cortados. Pero Jack ya se había marcado un rumbo y estaba decidido a seguirlo. Llegó a perder un día por intentarlo, lamentándose por los buenos momentos que estaba perdiéndose. Los visionarios son tipos tozudos.

Quince años más tarde, en el contexto que Jack y otros les habían preparado, manadas de jóvenes se echaron a la carretera. Pero en 1947 ser un autoestopista universitario era ser anacrónico. En la memoria popular, la década de la Depresión —durante los años en que el paisaje de Estados Unidos se vio invadido por millones de hambrientos, desempleados y vagabundos que se montaban en trenes de carga y dormían al raso— seguía viva, cargada de tristeza y desprovista de toda nostalgia. La seguridad y el estatus eran algo muy reciente y, todavía, muy frágil. Nadie caminaba por la carretera a menos que el coche que condujera —el último modelo, a ser posible— hubiera pinchado o se hubiera quedado sin gasolina. En Council Bluffs, donde en el siglo XIX se congregaran las grandes caravanas, Jack se encontró con un deprimente panorama de «jodidas casas de campo de diversos tipos y tamaños». En Cheyenne vio cómo celebraban la Semana del Salvaje Oeste «hombres de negocios gordos con botas altas y sombrero de alas anchas» ante cuyos ojos la conversión deliberada de un joven en un descastado habría constituido, de haber tenido este joven otras opciones, un acto de incomprensible perversidad; al cabo de unos años más, dicha conversión les parecería absolutamente antiamericana.

Lo que quedaba del auténtico Oeste que Jack había imaginado en Ozone Park ya no debía buscarlo en los lugares de nombre legendario, sino en los intersticios abiertos y vacíos; aquel espíritu lo cazaría al vuelo en la parte trasera de un camión cargado de temporeros que cruzaba las praderas a medianoche.

Es la primavera de 1949 y tengo trece años y medio. Mi mejor amiga, María, y yo estamos sentadas en los asientos de la primera fila del piso de arriba de un autobús. El autobús baja por el último tramo de la Quinta Avenida hacia Greenwich Village. La última parada, me han asegurado: no tiene pérdida. De repente lo veo: el famoso arco que, dicen, es la entrada a Washington Square y a un montón de cosas más, quién sabe si a una vida de amor y aventura. Me han hablado de él cuatro chicas trotskistas, mayores y muy bien informadas, a las que he conocido en el sótano del instituto Hunter. Son del penúltimo curso y no se dignan a subir a un lugar tan burgués como la cafetería; se comen un yogur a escondidas en el fondo del vestuario. Bajo las bolsas de punto que llevan ocultan los ejemplares del *Militant* que reparten por la calle Catorce casi cada día después de clase. Tienen novios trotskistas para los que tejen jerséis y calcetines de rombos y de los que se pasan el día hablando. Nunca me explican del todo qué significa exactamente trotskista, pero parece que serlo te garantiza líos no sólo con los fascistas, sino también con los detestables estalinistas que han estado acosando a los vendedores del *Militant* y que han llegado a pegarles. Admiro enormemente la valentía de estas chicas; admiro su estilo, en definitiva: la ropa negra y los pendientes largos, los cigarrillos que fuman en secreto, las muchas tazas de café que, aseguran, necesitan para aguantar. Son simpáticas, sí, pero nunca me invitan a que me una a sus rondas. Con indiferencia olímpica, delimitan un territorio que tendré que explorar por mi cuenta.

Cuando el autobús pasa por debajo del arco dando bandazos, Maria y yo nos encogemos en el asiento y nos agarramos de la mano. Éste es el momento en el que las fantasías y las ilusiones se dan de bruces con la realidad, el momento en el que resulta que lo que te han contado que existe está ahí mismo; no es como lo habías imaginado, pero se le acerca bastante. Aquí está el arco tal y como me lo describieron las trotskistas, y allí está la fuente, el círculo en la plaza donde, según ellas, la gente se reúne los domingos para cantar canciones folk. Había imaginado una multitud, una ciudad entera rasgando banjos y guitarras, la música resonando por el parque. Pero en el fondo, no había confiado del todo en el encanto de aquella imagen mental; creía que no encontraríamos a nadie.

Hoy serán unos seis: unos chicos con viejas chaquetas del ejército, una chica rubia con vaqueros desteñidos, un hombre en silla de ruedas. Parecen un poco sosos, la verdad; será porque ha empezado a llover. Cuando corremos hacia ellos desde la parada del autobús empezamos a mojarnos. Washington Square se está vaciando muy deprisa. Era de esperar: hemos llegado demasiado tarde. De un momento a otro empezarán a recoger sus instrumentos.

Con todo, resisten. Los hombres se suben el cuello de la chaqueta. Mientras van quedándose sin público entonan una nueva canción muy a propósito, «Let the Circle Be Unbroken»[5], y la cantan tan alto como pueden en medio de un viento que amortigua sus voces y las dispersa como el humo. La lluvia repiquetea con más fuerza. No me movería de aquí por nada del mundo.

Me he enamorado de todos. Es como si, de repente, hubiera cristalizado un deseo que albergaba en mi interior: compartir mi soledad con otras soledades.

Los observo atentamente, sobre todo a la chica rubia, como si, con sólo desearlo, pudiera convertirme en ella. No puede ser muchísimo mayor que yo, tendrá unos dieciséis años, pero estos hombres que parecen adultos la han aceptado. (En este momento de mi vida tengo la extraña convicción de que una chica tan joven sería la última persona en la que un adulto podría estar interesado). Gafas, pelo largo, claro y desgreñado, un cuerpo flacucho que esconde dentro de una camisa de hombre varias tallas grande y con un hombro roto. Mi madre nunca me dejaría salir de casa con algo roto. Por el modo en que se comporta, uno pensaría que es muy guapa. Y puede que lo sea. Cuanto más la miro, más me lo parece.

Está bajo la lluvia estremeciéndose de frío y riendo, retorciéndose el pelo como si fuera una cuerda, como si estuviera escurriendo la colada. Uno de los hombres se abre la chaqueta y ella corre a refugiarse en su interior, pegándose a su costado con un afecto que sólo puedo imaginar con desesperación. Sigo aparentando once años; ésta es mi maldición. Como mi exterior no refleja mi interior, nadie sabe quién soy de verdad.

Mi amiga María es otra historia. Su exterior parece no tener edad, enigmática cualidad que algunas chicas adquieren rápida y misteriosamente y que, de la noche a la mañana, las transforma en niñas-mujeres. La redondez infantil de Maria ha dado paso a rasgos más definidos: pómulos, pechos pequeños y puntiagudos; sus ojos, un poco achinados, sugieren experiencias que todavía no ha vivido. Es Maria quien establece contacto con este grupo de desconocidos.

La lluvia arrecia, el cielo está definitivamente negro. Los jóvenes se dan por vencidos, deciden que ya basta por hoy y guardan las guitarras en las fundas. Maria se acerca a uno.

—¿Por qué os vais ahora? —le pregunta—. ¿Os vais a cantar a otro lado?

Si de mí hubiera dependido, no habría sido capaz de articular palabra.

Él la mira y le dedica una sonrisa a esta niña morena, entusiasta, esbelta y algo exótica. («¿Te han dicho alguna vez —le preguntan a Maria cada vez más a menudo — que eres igualita que Gene Tierney?». «Es porque tengo una cara muy rusa — explica, modesta—. Mis padres son rusos, ¿sabes?»).

—¿Volveréis el sábado que viene? —continúa Maria—. Mi amiga y yo estamos aprendiendo a tocar la guitarra.

—¿Ah, sí? Podríais traerla la próxima vez.

—Es que aún no tocamos muy bien.

El joven sigue sonriéndole a Maria con una simpatía extraordinaria.

—¿Por qué no venís a tomaros un café? Ahora vamos al Art Center. Que también venga tu amiga.

Así de fácil.

Aquel primer domingo llegué a casa justo a tiempo para la cena. ¿Qué les conté a mis padres aquella noche? ¿Que Maria y yo habíamos pasado la tarde haciendo los deberes? ¿Que habíamos ido al cine? ¿Repasé mentalmente —bajo el peso de la culpa — las películas en cartel mientras decidía cuál habíamos visto? Sabía que la verdad resultaría fatal. Habíamos cogido el autobús de la Quinta Avenida hasta Washington Square. Habíamos hablado con desconocidos. Nos habíamos ido con ellos al Art Centre, que no era un centro de arte, como había pensado en un principio, sino un cafetería de la calle Ocho, el típico establecimiento de comida barata que un par de años más tarde rebautizarían con el nombre, menos engañoso, de The Griddle[6]. Allí habíamos tomado café, bebida que en casa me tenían prohibida. Beber café me pareció tan atrevido como beber Martini. Para tragármelo tuve que echarle seis azucarillos. En realidad, era con Maria con quien los hombres hablaban, más que conmigo. Aunque lo que hacían era, sobre todo, hablar entre ellos de versiones de canciones folk que anotaban en libretitas, y alguien mencionó a Pete Seeger, y luego oí un chiste que acababa con «¿Y cuál es la postura del partido?» y que los hizo reír a todos. La chica rubia se besuqueaba con su novio; se quitó los zapatos debajo de la mesa. El hombre de la silla de ruedas era un desdichado millonario que vivía en Park Avenue. Era hemofílico, una palabra que yo no conocía. Maria me susurró al oído que quería decir que hasta el más leve rasguño haría que se desangrara hasta morir. Estaba hinchado, tenía un tez pálida de tono verdoso y ojeras marrones. Y era bastante irritable, lo que me pareció comprensible dadas las circunstancias. Coleccionaba cosas: guitarras, banjos, cientos de discos de blues y folk, y también personas, aquellas personas a las que, según nos enteramos, agasajaba con fiestas en la parte alta de la ciudad, invitados con los que dejaba de piedra a los estirados porteros. ¿Iríamos Maria y yo a alguna de sus fiestas?

Todo aquello auguraba algo que nunca había experimentado en mi vida de niña, algo que, me dije, era la Vida Auténtica. Aquélla no era la vida que habían vivido mis padres, sino otra dramática, impredecible y posiblemente peligrosa. Y por lo tanto, real e infinitamente más valiosa. Cuando intento identificar el origen de este descubrimiento, acabo en un callejón sin salida. Llegó a mí de repente, sin más, totalmente desarrollado, como una enfermedad que acabara de contraer. El aire lleva ideas que, como los gérmenes, sólo infectan a algunos.

No iba a encontrar la Vida Auténtica en las calles de mi barrio ni, para el caso, en el Upper West Side, ni en mi colegio de niñas que se esforzaban sin alegría para sacar buenas notas y se ponían histéricas por los exámenes de latín o los deberes de griego, y que coqueteaban, patéticas, con el ascensorista de diecisiete años, el único varón a la vista en el recinto.

La Vida Auténtica era sexual. O, más bien, parecía adoptar la forma del sexo. Y el sexo era el campo en el que vivir la aventura más arriesgada, un campo en el que podías adentrarte o no. El deseo era una cuestión menor. El sexo era como un castillo

prohibido cuyo nombre no se podía ni siquiera pronunciar en mi casa, tan temido era su poder. Sólo manteniéndose siempre alerta se libraba uno de quedar atrapado en su campo magnético. La alternativa: invadir el castillo y hacerse con el poder que alojaba.

Bajamos hasta Washington Square el domingo siguiente, y el otro, y el otro. Ya empieza a hacer más calor; por fin han dado el agua de la fuente de la plazoleta. La gente sale de sus apartamentos sin agua caliente para ponerse al sol. Llegan nuevos músicos que terminan convirtiéndose en habituales o que se limitan a ofrecer una única actuación, memorable. Como el hombre que llegó desde Harlem con su bajo, un balde invertido con una escoba como mástil y una sola cuerda, o como el mandolinista italiano de bigotes blancos que durante una tarde fue encadenando los trémolos de «Oh Mary, Don’t You Weep, Don’t You Mourn» y «Take This Hammer», y prácticamente el repertorio entero de Woody Guthrie. Los músicos proletarios despiertan un entusiasmo especial. Aunque nosotros cantemos la música «del Pueblo», son sólo ellos, a fin de cuentas, los auténticos.

En la monotonía de la semana, mi ser entero gira alrededor de estos domingos. Por la noche, para zafarme del oído crítico de mi madre, me encierro en la habitación y rasgo la guitarra sin descanso cantando entre dientes las canciones que he aprendido. «¿Por qué te entretienes tanto con esto? Sí quieres llegar a algo, tendrías que dedicarle más tiempo al piano». Pero es la guitarra, y no el piano, mi pasaporte a un mundo que está en el centro de la ciudad.

Además de la música, estoy aprendiendo un montón de cosas muy rápidamente, cosas como que Estados Unidos es un país de enormes injusticias y desigualdades en el que los hijos de los mineros se mueren de hambre en sus casuchas y en el que a los negros se los lincha o se los encierra por crímenes que no son crímenes siquiera, como silbarle a una mujer blanca. En el Sur, uno de estos prisioneros se enfrenta a la pena de muerte; se llama Willie McGee. De camino al colegio pego pegatinas que dicen «Salvad a Willie McGee» en las paredes de todas las paradas de metro. Aprendo que un piquete es algo que no debes cruzar jamás, no vaya a ser que te conviertas en un esquirol; y que como el espresso es negro y amargo, es mucho mejor pedir un capuccino con leche bien caliente y espumosa y con canela. Y que besar con el alma —actividad de la que he oído hablar pero que nunca he practicado— consiste en dejar que el hombre te meta la lengua en la boca en una violación flagrante de todas las normas de higiene como la de no dejar que otro utilice tu cepillo de dientes. Y que en el Village volverse loco no está mal visto; de hecho si el que se vuelve loco es un artista, es algo respetado.

Sueño con convertirme en bohemia, pero me falta la ropa adecuada. Esos cinturones…, los veo en Sorcerer’s Apprentice, la tienda que, cual taller de zapatero de cuento de hadas, está encajada en un rincón de un patio que da a la calle Ocho.

Allí es donde todo el mundo se los compra. Están de moda dos tipos de cinturón: uno se ata por delante, como el cinturón de la pastorcita de los gansos del cuento; el otro tiene un cierre espectacular, una espiral de latón del tamaño de un platito de café. Un cinturón así, además de realzar tu aspecto —a lo que, estaba convencida, debía de contribuir enormemente—, es una insignia, el distintivo de los que han desertado de las filas de la normalidad. A la portadora de este cinturón se le abren todas las puertas, efecto que también producen las faldas anchas de lana de punto tosco que suelen acompañar al cinturón; por no hablar de las sandalias de tiras cruzadas hasta el tobillo, o del toque final de una joya de formas abstractas, como un test de Rorschach, que cuelgue de una correa hasta el estómago. Y si se le abren las puertas es porque, gracias a este sencillo método que sólo requiere una pequeña inversión, el problema de que el interior y el exterior encajen queda resuelto. Si alguien me hubiera dicho que el deseo de poseer aquellos artículos equivalía, en un contexto distinto, al deseo de poseer una sudadera de béisbol determinada, me habría sentido humillada.

No sé muy bien cómo, pero no tardo en apañármelas para comprarme un par de pendientes largos de cobre. La más ligera de las brisas hace que choquen contra el *cuello* con un ruido metálico muy reconfortante y que me tiren del lóbulo de la oreja. Los llevo siempre encima, por si los pudiera necesitar. Son mi «disfraz del centro». Me miro en el espejo sucio de una máquina de chicles de la estación del metro de la calle Cuatro oeste para comprobar su efecto transformador mientras me los pongo antes de dirigirme a Washington Square.

Soy fría y lista como un agente doble. En la calle 116 nadie podría adivinar cuál es mi destino. Ahora cojo el metro, mucho más rápido que el autobús. Me permite llegar al Village media hora antes y esperar hasta el último minuto para volver a casa y cumplir el toque de queda de las siete. Domingo a domingo, el «último minuto» se retrasa cada vez más, ejerciendo presión sobre los límites externos de mi seguridad. A las 19.15 todavía puedo entrar por la puerta de casa y soltarle a mi madre alguna excusa inofensiva; si llego a las 19.30, me caerá encima un aguacero de dóndestabas. Lo que yo quiero es quedarme en el terreno intermedio.

Nada me parece más cruel que este toque de queda. Tengo la impresión de que me lo estoy perdiendo Todo. Aunque como este Todo siempre pasa después de las siete, todavía no sé muy bien en qué consiste. Maria siempre va a sitios distintos a tomar capuccinos porque a su madre, una antigua actriz divorciada, no parece importarle la hora a la que llega a casa.

A las 18.15 ya empiezo a prepararme para desgajarme de la plaza y extrañarla durante una semana entera. Mientras los minutos van destilando segundos, entro en un peculiar estado de nostalgia y ansiedad agudas. Al cabo de muchos años sentiré algo parecido cada vez que me separe del hombre al que amo. No es la despedida lo que me angustia, sino la sensación de que, de un momento a otro, perderé mi identidad.

Aquel otoño, en una fiesta en un *loft* de la calle Catorce decorado con tela de las banderas rojas que habían sobrado de la Fiesta del Trabajo, conocí al invitado de honor: un auténtico minero de Tennessee. Se llamaba Tommy Geraci y lo había traído al Norte no sé qué grupo con ánimo de recaudar fondos. Tenía el cuello ancho y era fornido y muy moreno. Pero su moreno no parecía producto de la exposición al sol; era un color grisáceo, como si el polvo del carbón se le hubiera incrustado en los poros de la piel.

La fiesta era como otras a las que ya había ido. La gente llegaba y se sacaba los zapatos; sentados en el suelo desnudo con las piernas cruzadas, todos se aplicaban a cantar el contenido del *People's Song Book* o, para variar un poco, las *Old English Ballads* de Cecil Sharp. No sé qué habría esperado encontrar Tommy Geraci en su viaje a Nueva York y al Greenwich Village, pero estoy segura de que no se parecía en absoluto a esta velada —tan ñoña, ahora me doy cuenta, como una reunión de la parroquia— por la que Tommy deambulaba con aire perdido y algo agresivo, consolándose con los tragos que iba echando de una botella pequeña de bourbon. Caminaba hacia los invitados, se quedaba mirándolos con ferocidad, sin soltar palabra, y luego pasaba a otra cosa. Para mi alborozo y alarma, enfiló hacia mí. Tambaleándose un poquito, me examinó con solemnidad, con unos ojos negros como el carbón. Las costuras de la camisa le tiraban de los hombros. Alargó una mano grande con los bordes de las uñas negros y, sin previo aviso, me dio un apretón en la cadera derecha. «Algún día —dijo—, serás una mujer».

Aunque aquella deducción suya no tenía nada de extraordinaria, me pareció la cosa más amable y más profunda que nadie me había dicho jamás. ¡Que te vieran como una mujer, una futura mujer, por lo menos! Tardé semanas en reponerme.

Me he convertido en la custodia/carabina de María, a quien, huelga decirlo, no protejo con la fuerza bruta. Es mi presencia, incómoda e insignificante, la que actúa como elemento disuasivo ante las insinuaciones de los diversos adultos que sucumben a sus encantos y se comportan sin recato alguno. El motivo de que esto suceda tan a menudo es inexplicable. Antes de toda aquella atención, ella era simplemente Maria. Y ahora se diría que el halo brillante que desprende la separa de mí. En algunas circunstancias, más le valdría que no brillara tanto, pero no se trata de algo que ella pueda opacar a voluntad. Con este nuevo poder se ha vuelto más indefensa. Tengo que acompañarla a donde vaya: «¿Puedo traerme a mi amiga?». Dos son compañía, tres son multitud. Yo soy la multitud.

Ojalá Maria les dijera que no de una vez a un par de aspirantes a novios, pero nunca lo consigue. Dice que tiene miedo de herir sus sentimientos. El más siniestro es Billy. Es un ex presidiario, hecho que contribuye a que ella le tenga más lástima. Lleva un pendiente de oro pequeño, la cara marcada por una cicatriz que le recorre la mejilla izquierda y una navaja en el bolsillo que, según él, necesita a efectos de

protección. Hay calles en la zona italiana del Village por las que no puede andar a salvo, y nos cuenta que esto le pasa por ser negro. Y también por ser negro Maria debe amarle. Tiene que hacerlo, debe hacerlo; si no, en cierto modo, no sería justo. Él asegura que un día de éstos robará un coche y subirá a su barrio y se la llevará, porque ella le vuelve loco. Es él quien nos enseña que el deseo de un hombre es un dolor físico y real. Y al haberlo provocado, aun involuntariamente, parece que recae sobre ti la responsabilidad de aplacarlo.

«No sé qué hacer con él —me susurra Maria en clase de álgebra—. No sé lo que siento realmente». Cuando salimos del colegio juntas escrutamos la calle, convencidas de que lo encontraremos esperando en su coche.

A veces, entre semana, haber ido al Village y haber conocido a alguien como Billy no nos parece más que un sueño. Al igual que me quito los pendientes de cobre, también puedo quitarme el Village de encima para preocuparme por cosas como perder el uniforme de gimnasia en el autobús que atraviesa la ciudad.

En clase de inglés estamos leyendo la *Odisea*, y el sarcástico ingenio de la señorita Kirschenbaum, nuestra profesora, nos tiene a todas encandiladas. «¡Pobrecito Ulises, qué pena! ¡Completamente solo en una isla de bellísimas mujeres!». Si ni Homero se libra de las críticas, todavía queda la esperanza de que nada sea sagrado.

En materia de gramática, sin embargo, la señorita Kirschenbaum se atiene a la más estricta ortodoxia. Siente un particular desprecio, por ejemplo, por las frases incompletas; «pueden utilizarse única y exclusivamente para llamar la atención del lector», nos dice. Así, para no confundirnos, nunca menciona a los escritores que se saltan la regla. Que nosotras sepamos, Joyce, Stein, Woolf no han nacido. ¡¡¡Fl!!!, escribe en rojo en los márgenes de las redacciones, ¡¡¡Fl!!!, ¡¡¡Fl!!!, cazándolas como a cucarachas. La atención del lector es algo a lo que las chicas no tienen derecho. Solamente después de haber arropado durante muchos años cada frase con sujeto y predicado, como si de paraguas y botas de agua se trataran, podremos aspirar a la atención del lector. Y eso con suerte.

En clase de gimnasia, en la que jugamos a baloncesto y ensayamos bailes tradicionales turnándonos para «hacer de chico», las más atrevidas —las que tienen buen tipo— se arremangan los bombachos de gimnasia hasta bien arriba del muslo y se remeten el elástico por debajo de las bragas; llevan la camisa muy abierta, casi hasta el sujetador. Para conseguir este llamativo aspecto no se arredran ante los posibles castigos. Las oigo cuchichear entre ellas, hablar de citas y novios, repasar al detalle cada tocamiento en un lugar prohibido o en las inmediaciones del mismo. Cuando una cuenta que descubrió que su novio llevaba en la cartera «uno de esos chubasqueros asquerosos», les entra un ataque de risa tonta. Que alguien pueda guardar un chubasquero en la cartera es todo un misterio para mí, pero preguntar equivaldría a delatar que mi sofisticación tiene algunas lagunas. Maria dice que es probable que todo eso se lo haya inventado.

Aun así, sigo dándole vueltas. ¿Llevarán encima todos los hombres pequeños

chubasqueros secretos?

Si quieres ir en busca de la Vida Auténtica, debes mantenerte siempre alerta para que no se te escapen fragmentos de lo que, a primera vista, podría parecer información carente de sentido. A partir de estos trozos sueltos que sólo pueden cazarse al vuelo se puede llegar a construir unidades de significado.

Frígida, por ejemplo, es una palabra que Billy comienza a emplear contra mí cuando, semana tras semana, son siempre tres —y nunca dos— las personas que se sientan a la mesa del café Waldorf de la esquina de la calle Ocho. Siempre quiere que Maria lo acompañe allí: ya que no puede tenerla, al menos podrá lucirla. ¿No tengo nada mejor que hacer que pegarme a ellos y fastidiarle el plan? «¿Qué te pasa, niña? ¿Eres frígida?». Por el desdén de su tono, sé que no se le ocurre nada peor que soltarme; es una palabra tan cruel que si supiera qué quiere decir rompería a llorar y le dejaría a solas con mi amiga. Aunque odio a Bill, siento por él un respeto embelesado. ¿Sabrá algo horrible acerca de mí que ni yo misma conozco?

Estar con él y con Maria va pareciéndose cada vez más a una especie de examen extraño. Como estar encaramada a lo alto de una escalera mientras alguien va sacudiéndola por la base para que te marees y te caigas. El equilibrio reside en algún lugar de tu interior donde no sientes nada, sólo ves. Llegas incluso a verte la cara, a ver que estás cada vez más roja y sofocada. Y dices «No, no lo estoy», y no te bajas, y el equilibrio se convierte en algo parecido a la euforia.

«Te voy a buscar un novio —amenaza, por fin—. Y luego ya veremos. La semana que viene traeré a Russell. ¿Quieres conocer a Russell? Seguro que no sabes lo que es estar con un hombre. Tú es que eres muy frígida, eso lo nota cualquiera».

Es una prueba, y no me queda más remedio que acceder a conocer a Russell. A mis catorce años todavía no me he estrenado sola en una cita, sólo he ido a las de Maria. Russell es un viejo amigo de Billy de la cárcel. Tiene treinta y dos años, y es tan guapo que no le haría ninguna falta buscarse a alguien como yo, pero hará lo que él le mande, añade Billy.

Aunque no tengo ganas de conocer a Russell, albergo secretas esperanzas acerca de esta cita. Imagino que Russell será alguien bueno, igual que Tommy Geraci, al que encarcelaron injustamente. Cuando llega el domingo siguiente y Maria y yo caminamos hacia Washington Square, estoy nerviosa y también tengo miedo de no gustarle.

Al lado de Billy espera un hombre alto con el pelo raro: amarillo, de aspecto metálico y muy tieso, como si se lo hubiera pintado con algo. Su rostro es de color rosa brillante y hay algo extraño en sus rasgos. No es que no sea guapo; es, simplemente, que se me hace difícil no pensar que, de algún modo, tiene la cara muerta.

—Ho… la —dice con cuidado, sin dirigirse a nadie en particular, como si aquélla fuera una palabra que acabara de aprender. Mira a Billy para ver si lo ha hecho bien.

—Tío, ésta es la amiguita que te he conseguido —dice Billy alzando la voz.

Con una concentración infinita, Russell sonríe.

Antes frígida que ir a donde sea con este Russell.

Le echo un vistazo a la plaza, y aunque el sol brilla y la gente canta, de repente todo me parece siniestro. Este resplandor no es más que la capa superficial de algo muy oscuro. Se diría que, hasta ahora, tenerle miedo a Billy era sólo un juego, como asustarse escuchando *La sombra* por la radio.

Recuerdo que comencé a alejarme de ahí y antes de que pudiera darme cuenta ya tenía a Maria detrás. Y luego echamos a correr con las guitarras traqueteando dentro de la funda. Perdí un pendiente en la calle Ocho, no sé a qué altura. Corrimos hacia el metro y tardamos dos semanas en volver a la plaza.

Se mire por donde se mire, el café Waldorf, adonde Billy nos llevó por primera vez a Maria y a mí y por donde comencé a dejarme caer entre semana, por las tardes, y también los domingos, era un lugar de aspecto lúgubre. Recuerdo que un marrón grisáceo y uniforme lo dominaba todo. Carecía de los cromados y los bronces *art déco* del Automat y de la opulencia de cafeterías judías como Hector’s de Times Square. Hector’s tenía fuentes de soda, y al otro lado de las mesas calientes en las que, dispuestas cual nutritivo arco iris —del naranja y el rojo de las zanahorias y la remolacha al blanco lechoso de la coliflor y el puré de patata—, te esperaban mil y una «guarniciones surtidas», riachuelos de jugo de pavo corrían por las tablas de cortar de madera. No; a pesar de lo lujoso de su nombre, el Waldorf era decididamente pobre.

¿Fue el nombre de aquel lugar el responsable de su éxito? ¿Y fue su éxito como centro de reunión el responsable del fracaso financiero que se le avecinaba y de su desaparición?

El propietario era un hombre de negocios apellidado Waldorf, sin duda. Pero preferiría creer que el nombre lo eligieron a propósito durante la Depresión, en la época dorada de las cafeterías, cuando el Waldorf abrió sus puertas a una clientela culta pero arruinada necesitada de un lugar calentito donde matar el rato.

Durante los dos años que frecuenté el lugar, no había tarde en la que el Waldorf no estuviera llena de adultos interesantes sin una fuente de ingresos evidente: artistas, poetas, comunistas y anarquistas, guitarristas, delincuentes habituales, gorrones.

Ahora que lo pienso, nunca comí allí. Una amiga mía que entonces, en sus años bohemios, estudiaba en el City College, dice que tampoco comió allí; es más, entre sus recuerdos no figura el de la campanilla de la caja registrando las monedas que, sin duda, debió de pagar por incontables tazas de café aguado.

Yo revoloteaba entre las mesas abarrotadas, escuchando, mirando, sin participar realmente. Las ideas pasaban volando como trenes de mercancías plateados que, en vez de parar en tu estación para descargar, seguían su camino hacia un punto que se desvanecía en la distancia. ¿Qué era junguiano? ¿Y existencialista? ¿Y el expresionismo abstracto? Cerca de mi casa, dentro de un cubo de basura, encontré una revista que alguien había mencionado en el Waldorf: *Partisan Review*. Nunca había visto una revista sin fotografías. Me la leí entera, de la primera página a la última, turbada, abatida y mortalmente aburrida. Era indudable que mis diez años de colegio no me habían preparado para eso. ¿Llegaría algún día a ser lo bastante sabia como para entender la *Partisan Review* y, quién sabe, incluso para que me gustara tanto como David Copperfield?

Mucho tiempo después de aquel hallazgo me enteré de que «claro, ¡todo el mundo iba al Waldorf!». Aquel «todo el mundo» del que nunca fui plenamente consciente hace que el Waldorf parezca el Deux Magots de la calle Ocho: e. e. cummings, W. H. Auden, Maxwell Bodenheim, Delmore Schwartz. Pintores como Hans Hofmann, Jackson Pollock y Franz Kline. También había jóvenes desconocidos

como Allen Ginsberg, que se mudó del centro al Lower East Side antes de seguir a Jack en su ruta hacia el Oeste tras los pasos de Neal Cassady. Y sin duda, antes de sus vagabundeos, el mismo Jack, quien en la saga de Duluoz tantas veces, y tan maravillosamente, celebró las cafeterías baratas capturando el tono preciso de la luz, la densidad del vapor en las ventanas en invierno, la vajilla blanca, gruesa y descascarillada, el aroma de los huevos y las patatas fritos en grasa.

Pero para los jóvenes que luchaban por abrirse camino, como Allen y Jack, y también para muchos clientes de la generación anterior, el Waldorf no era más que un apeadero temprano en la ruta de la tentadora vida nocturna del Village, en el circuito trazado por bares a los que el toque de queda impuesto por mi madre me impedía acceder. Después del Waldorf, uno podía seguir en el San Remo de la calle MacDougal, donde la cafeína del día se cargaba de un alcohol que calentaba tanto las discusiones que no era raro que estallaran peleas que, tras la erupción, se desbordaban hasta la acera. También estaba el peligroso Pony Bar, un garito para lesbianas de rudeza legendaria que protegía un mafioso. O el Julius, el preferido de la concienzuda pandilla de los cantantes de folk, decorado con ruedas de carreta cubiertas por el polvo de veinte años. Y después de todos aquellos lugares, la última parada, la parada para despejar la borrachera cuando llegaba la madrugada, era el Jeff (Jefferson) Diner de la Sexta Avenida donde, sentado en un taburete —quizá al lado de una de aquellas figuras tóxicas y lacónicas para las que estaba a punto de inventarse el nombre de *hipster*[7]—, uno podía observar, a través de ventanas mugrientas, la llegada del alba sobre los tejados del Village.

Más de diez años después de que el Waldorf cerrara, un hombre al que estaba segura de no haber visto jamás se acercó a mí en la fiesta de un pintor y me preguntó: «¿Por qué no te mezclas con los demás?».

Era Jim Johnson, con quien me iría a vivir poco después y con el que me casaría al cabo de nueve meses. En 1950 tenía veinticuatro años y era un superviviente —todavía algo aturdido— de dos meses y medio de bombardeos continuos a bordo de un dragaminas en Anzio. Estudiaba pintura en la Art Students League con Reginald Marsh. En aquella época vivía en una minúscula habitación amueblada en la calle Ocho y tenía que contentarse con una comida caliente al día. Las noches en que podía permitírselo se pasaba por el San Remo, donde mantuvo algunas conversaciones incoherentes, si bien extrañamente inspiradoras, con un pintor alcohólico de mediana edad llamado Jackson. En una ocasión lo acompañó a casa agarrándolo por la axila —«Llevaba una taja tan grande que no habría podido llegar solo»—. Unos años más tarde, Jim se dio cuenta de que había conocido a Jackson Pollock.

Juntos haríamos un descubrimiento parecido que se nos antojó igual de maravilloso. Solíamos mantener conversaciones similares acerca de nuestro pasado; daba la impresión de que teníamos que contárnoslo todo de una vez. Durante una de

aquellas conversaciones calculamos, comparando fechas, que habíamos frecuentado el Waldorf exactamente en la misma época. Allí era donde Jim iba a por su comida diaria. Quizá incluso llegáramos a sentarnos a la misma mesa.

La cafetería Waldorf fue uno de los lugares en los que empecé a adquirir la costumbre de mezclarme con la gente y, al mismo tiempo, mantenerme al margen del grupo, costumbre que, para mi sorpresa, mi marido supo advertir con su mirada de desconocido.

La invisibilidad se había convertido en la solución —insatisfactoria, para mi gusto— del problema entre exterior e interior. Yendo y viniendo entre mundos antitéticos separados por trayectos de metro, nunca fui del todo lo que parecía o lo que quería ser. Tenía la sensación de que pasaba el tiempo haciendo novillos; no me escapaba del colegio, sino de la persona que mi soso aspecto exterior representaba: la única hija del señor y la señora Glassman, mediocre identidad bajo la que sacaba siempre buenas notas, excepto en matemáticas, seguía estudiando piano y composición con el señor Bleecker, seguía alimentando los delirios de grandeza de mi madre, convencida de que alcanzaría la fama antes de los veinte años componiendo, infatigable, comedias musicales cuya imitativa sensiblería ya empezaba a avergonzarme. Más realista, ahora mi madre le había echado el ojo al Barnard College, donde, decía, muy pocas chicas judías habían conseguido entrar y adonde estaba decidida a mandarme antes de que terminara mis cuatro años de instituto. ¿Por qué no iba yo a dejar mi impronta en el mundo lo antes posible?

Pero en la Vida Auténtica que había descubierto sin que mi madre se enterara, una chica joven como yo no tenía ninguna importancia; yo no era ni lo bastante inteligente ni lo bastante guapa como para dejar impronta alguna.

Con la esperanza de descifrar el secreto del atractivo de Maria, comencé a copiar algunos de sus gestos: el modo en que, siempre que no entendía algo, encogía un poquito los hombros en un ademán encantador; la inflexión ligeramente cantarina de su voz. «Empiezas a hablar como tu amiga», decía mi madre en tono desdeñoso.

Billy nos había dejado tiradas y se había esfumado. En una ocasión, para una redacción de inglés sobre «personajes pintorescos», quise describir a Billy y a algunos de los habituales del Waldorf; también quise describir una pelea a puñetazo limpio que había visto en la calle MacDougal; pero la señorita Kirschenbaum me dijo que sólo debía escribir acerca de lo que yo conociera.

El último novio del Village de Maria era tan estupendo que ya no hizo falta que la acompañara para protegerla. Era poeta y miembro de la Liga de los Jóvenes Trabajadores, y se llamaba Brian; tenía el pelo castaño y rizado, los ojos azules y la cara picada de acné, característica que, curiosamente, le daba un aire algo rudo. Nos dijo que tenía veinticinco años. Le regaló a Maria una de sus camisas de cuadros escoceses de franela, que ella llevó fielmente incluso cuando empezó a hacer más

calor. Sus sentimientos llegaron a tal punto, que comenzaron a hablar de matrimonio. Muy correcta, Maria decidió que convendría que él conociera a su madre, lo que terminó resultando un gran error. La madre de Maria le echó un vistazo a aquel Brian de veinticinco años y, abandonando la política de *laissez faire* que antes adoptara, mandó a Maria a pasar el resto del verano haciendo de canguro de tres niños pequeños en Glen Cove, Long Island. Otros Romeo y Julieta. Yo hacía de fray Lorenzo: le enviaba a Maria las cartas de Brian metidas dentro del sobre de las mías, y a Brian, las de Maria.

Algunos domingos Brian y yo dábamos un paseo largo, silencioso y fúnebre. «Eres una chica genial», me dijo una vez. Estábamos en la calle Gay, que era uno de mis lugares favoritos del Village porque estaba escondido y lleno de recovecos, y sus casas, que a mí me parecían muy antiguas, estaban cubiertas de glicinias. Quería vivir allí cuando fuera mayor, pero todavía no he cumplido mi sueño. Fue justo allí, en la calle Gay, donde Brian me besó. Deslizó suavemente la lengua entre mis labios y casi me la metió en la boca, pero luego lo pensó mejor y se echó atrás. ¡Casi me besó con el alma!

Pero aquél no había sido un beso de verdad.

Estoy refugiada en mi habitación, delante de la máquina de escribir Royal que mi tía me regaló cuando terminé la secundaria, escribiéndole a Maria —que sigue en su exilio de Glen Cove— una crónica de las memorables vacaciones de dos semanas que acabo de pasar con mis padres. Con el dedo índice de la mano derecha tecleo sin parar mientras la carta va desembarazándose, sin que yo me dé cuenta, de lo que, estrictamente, podría considerarse la «realidad». Ateniéndome a una verdad más sublime, le cuento la historia de cómo, por fin, encontré el amor en un hotel-granja para parejas de mediana edad de Nueva Jersey. Lo hallé en Aaron, el socorrista, la única persona —yo no cuento— que no era de mediana edad.

Era un estudiante universitario de veinte años que vigilaba el lado profundo de la piscina. (En la carta lo describo, simplemente, como «mayor»). Agarrándome por la cintura y contando mientras yo hundía la cara en el agua y aguantaba la respiración, me dio mis primeras clases de natación. También hicimos cosas como arrastrarnos bajo un porche para buscar gatitos recién nacidos, y le conté que yo era muy bohemia, pero que con mis padres pegados a los talones no podía serlo, y me sacó una foto con mi guitarra y me preguntó si podríamos vernos en la ciudad. Cojeaba mucho por la polio, y tenía una pierna mucho más delgada que la otra. Yo me ponía enferma cada vez que alguna de las parejas de mediana edad decía «Qué chico tan agradable, qué lastima», porque sabía que él se enfadaría si llegaba a oírlo.

Le escribo todo esto a Maria permitiéndome un montón de frases incompletas. Voy progresando hacia el climax, que llega cuando mis padres y unas parejas más dan su paseo de la tarde por un camino de tierra mientras anochece y espantan los mosquitos y encienden sus linternas, y Aaron me coge de la muñeca y dice: «Cojamos un atajo». Va tirando de mí, y saltamos una valla y atravesamos un campo oscuro lleno de boñigas y algunos bosquecillos todavía más oscuros. Lo único que pasó es que terminamos en el otro lado del camino. Pero esto no se lo cuento. «Y Aaron me llevó a los bosques», escribo, y tecleo una elipsis de seis puntos.

Cuando paro y miro la página en la máquina de escribir, el poder de estos puntos me maravilla. ¡Lo que se puede llegar a decir sin decirlo todo! Y en este preciso momento mi madre me llama al salón, donde mi padre y ella han pasado una hora escuchando en la WQXR el programa *Sinfonía de la tarde*. Quiere que les lleve algo a mi abuela y a mis tías, que viven arriba, en el mismo edificio.

No me acuerdo de cuánto me demoré; diez o quince minutos, a lo sumo. Pero cuando estoy de vuelta, la radio ya no suena y mis padres están sentados en el sofá del salón, uno al lado del otro, con una extraña cara de aflicción, como si hubieran esperado a que regresara para darme una mala noticia. Les doy no sé qué recado de mi abuela y ellos desvían la mirada de un modo ostensible. «Ve a tu cuarto», dice mi padre aclarándose la garganta.

Voy a mi cuarto, pero me parece el mismo de siempre. Entonces miro hacia la mesa y las páginas de mi carta están extendidas encima, y en la que está en la máquina de escribir, garabateadas en lápiz negro, descifro las palabras: HEMOS LEÍDO

ESTO. Y ES MUY INTERESANTE.

Me quedo mirando las marcas gruesas y negras de las letras sobre la página sin creerlas. Me siento aturdida, atontada, como si alguien hubiera dejado el mundo sin aire. Pero ellos han entrado detrás de mí y están chillando. «¿Qué hiciste? ¿Qué hiciste con él?». Están saltándose todas sus reglas de no levantar la voz nunca. «¿Qué hiciste? ¿Se lo permitiste? ¿Le dejaste?».

Tiemblo y sollozo.

—¡No hice nada! ¡No hice nada!

—¡Sí!

—¡No! ¡No hice nada! —No paro de repetirlo tapándome la cara con las manos mientras lloro. Ellos gritan. Yo grito. Mi carta ha hecho que en ellos se desate una energía terrible. La rabia contenida de toda una vida los ha hinchado monstruosamente. No reconozco a mis padres en estas personas.

Calmándose un poquito, mi madre se convierte en una fría interrogadora.

—¿Y entonces por qué has escrito estas cosas? ¿Te importaría contármelo?

—¡No lo sé!

Fue mi madre, de esto me entero más tarde, quien leyó la carta. Sentada en el salón, había oído muy complacida las teclas de la máquina de escribir y pensó que estaría haciendo algo «creativo». Cuando subí, no pudo dejar pasar la oportunidad de echar un vistazo.

—¿No sabías que estabas mintiendo?

Silencio.

—Si no mentías, es que algo hiciste con ese chico.

Ya no lloro. Empiezo a darme cuenta de que pronto nos acostaremos todos y de que cuando nos levantemos por la mañana todo seguirá como antes. Lo único que tengo que hacer es decir que estaba mintiendo —hasta ellos quieren que diga que estaba mintiendo—, y lo digo, digo que sí, que mentí.

—Así que tenemos una hija mentirosa —dice mi madre, aliviada.

Mi padre va al cuarto de baño y vomita.

Aquel otoño Aaron vino a verme un domingo por la tarde. Traía la foto que me había sacado en verano y que él mismo había revelado. Esforzándose por sonreir, como si quisiera aparentar que, secretamente, se divertía, mi madre puso en la mesa una bandeja de pastelitos de higo y un jarro de limonada rosa, y salió de la habitación casi de puntillas. Aaron se interesó por el colegio, yo traté de pensar en cosas de la universidad que preguntarle. Como si hubiera sido mi monitor de campamento, me dijo que, con lo bien que había empezado, debería seguir con la natación. El calor de principios de otoño achicharraba la alfombra oriental. Nos comimos los pastelitos de higo, que estaban cada vez más blandos. Del Aaron de mis elipsis no quedaba ni rastro.

Aquel otoño Maria se cambió a un instituto mixto, el Bronx Science. El primer día de clase entró en la cafetería y se quedó de piedra cuando vio a Brian. «¿Qué haces aquí?», le preguntó, aunque sospechó al instante. «Soy profesor de inglés». ¡Vaya con el profesor! Maria no tardó en descubrir la verdad: Brian sólo tenía diecisiete años. Naturalmente, rompió con él de inmediato. Y estuve de acuerdo en que no podía ser de otra manera. Habíamos puesto el listón muy alto.

Cuatro

Entré en Barnard unas semanas antes de mi decimosexto cumpleaños. Era el otoño de 1951. Me puse una falda escocesa que se cerraba al frente con un imperdible grande, unos calcetines verde botella que me llegaban a la rodilla y un jersey de lana (no era cachemira, por desgracia) del mismo color; preparé una cartera pequeña y crucé la calle 116 en dirección a Hewitt Hall, rumbo a los tres días de orientación para los nuevos. Exhausta tras mis esfuerzos por llevar una doble vida que mis padres no pudieran descubrir, empezaba a dejar de lado la bohemia, que ahora me parecía infantil. Creía que ya estaba lista para una transformación instantánea gracias a la cual me convertiría en «universitaria». Lo que no quería, de ninguna manera, era parecer rara. Iría a los bailes de la facultad con vestidos de tul de color pastel sin tirantes, y quizá incluso aprendería a interesarme por el fútbol, aunque aquello ya era ir demasiado lejos, pensé. Mi idea de la vida que me esperaba en la universidad era un *collage* de imágenes que había recabado de tres fuentes principales: las obras de E Scott Fitzgerald, la revista *Mademoiselle* y la tienda de Lord and Taylor del campus.

Barnard parecía apaciblemente pintoresco, casi bucólico, con sus árboles y sus caminos enladrillados. Tenía una Jungla, nombre con el que se conocía la zona que quedaba detrás de la pista de tenis, deliciosamente llena de maleza, y salas de visita en las residencias, que eran diminutos cuartitos sin puerta en los que las chicas podían sentarse con los chicos con los que salían. Era como una ciudad jardín; no podías imaginar su existencia hasta que atravesabas la verja y quedabas tras aquellos muros que, como por arte de magia, creaban una ilusión de distancia. Los autobuses y los vagones de metro que bajaban zumbando por Broadway rumbo a destinos menos elevados quedaban muy lejos, igual que los confines de Harlem, a tan sólo seis manzanas, y la calle Ocho, donde acababan de clausurar el Waldorf. El primero de mis puntos de referencia perdidos. Quedaba lejos incluso de Columbia y de sus conflictivos hombres que, una vez al año, para celebrar la llegada de la primavera, avanzaban en tropel por Broadway, echaban abajo la verja de madera verde que rodeaba las residencias de Barnard y luego pagaban para que se levantara una nueva.

En aquellos años la universidad seguía recluida en su torre de marfil, y la versión femenina de aquella torre estaba en Barnard. Un general retirado llamado Dwight D. Eisenhower era el rector de la Universidad de Columbia. Milicent Macintosh, comandante retirada del Servicio Voluntario de Emergencia, era la decana de Barnard. Eran los años del senador Joseph MacCarthy, de Roy Cohn y de G. David Schine. Podías comprar un ejemplar de *Red Channels*[8] en la tienda de chucherías de la esquina. En la casa en la que vivía con mis padres corría la especie de que al portero le pagaba el FBI para que rebuscara entre la basura de ciertos profesores de universidad. Aquéllos eran también los años en los que empezaba la televisión. Un televisor encendido en un escaparate cualquiera podía congregar a una multitud fascinada. Mis tías se compraron el suyo un año antes que mis padres, más o menos.

En la penumbra de su salón, rodeada de estanterías llenas de las obras ya olvidadas de George Bernard Shaw y Henrik Ibsen —cada colección encuadernada con sus tapas a juego— y de rarezas como libros de Lafcadio Hearn, los *Cuentos libertinos* de Balzac y *Mi vida* de León Trotski, la familia se reunía para ver a Milton Berle y la *Amateur Hour* de Ted Mack. En el campus, sin embargo, la tradición reinaba, triunfal. Profesores timoratos recorrían los caminos enladrillados con sus anodinos trajes de *tweed*. No había estudiante de Literatura Inglesa de Barnard que se preciara que no hiciera gala de su pasión por el siglo XVII. En Columbia, dos cursos —el de los poetas románticos de Lionel Trilling y el de Mark Van Doren, de Shakespeare— reunían a los estudiantes más brillantes y ambiciosos. Ambos fueron profesores de Allen Ginsberg y Lucien Carr durante los años más turbulentos de la guerra. A su nueva cosecha de estudiantes —mi generación— la llamaron «la generación silenciosa». Nuestro silencio era de sobra conocido; solía aparecer citado en las páginas de *Time y Life*, y en la revista dominical del *New York Times*. David Riesman, en *La muchedumbre solitaria*, también nos llamó «los individuos dirigidos por otros». Se nos consideraba pasivos, conformistas, poco individualistas o dados a actos de rebeldía. Para nosotros, aquel verso del hombre maduro de T. S. Eliot —¿se comería el melocotón?—, revestía un especial patetismo. Para vergüenza nuestra, sabíamos que no solíamos atrevernos a hacerlo.

Justo cuando arrancaban los años cincuenta tuvo lugar un hito de escaso interés para la generación silenciosa y de importancia menor para la crema de la intelectualidad. Aquel hito —fiasco, en realidad— fue la publicación de una novela titulada *La ciudad y el campo*, obra de un desconocido escritor llamado John Kerouac. El John Kerouac de la foto de la sobrecubierta cumplía con todos los requisitos de la joven promesa de las letras de la época: acicalado, con un traje oscuro, camisa blanca y corbata perfectamente anudada; su rostro, bello y poéticamente melancólico, delataba la fuerza interior del escritor. «Dispares» es la palabra que mejor describe las críticas que cosechó el libro: para el editor, ésta es una palabra maldita que equivale a «elogios desganados que le hacen al libro un flaco favor» y que se traduce en ventas reducidas. El gran público no tiene por qué andar a la caza de un «diamante en bruto», expresión con la que el crítico del *New York Times* describió *La ciudad y el campo*; prefiere reservarse su dinero para gemas más brillantes.

«Diamante en bruto» es una expresión que suele emplearse para describir a los jóvenes prometedores (nunca a las jóvenes prometedoras, es curioso) de clase trabajadora. (El joven minero gales rescatado del pozo gracias a los esfuerzos de la cultivada maestra de escuela del *best seller* de 1940 *Qué verde era mi valle* era, sin lugar a dudas, uno de aquellos diamantes). En la década de los cincuenta, después de que los movimientos proletarios de los años treinta y la nivelación social de los tiempos de guerra hubieran dado paso a una frenética carrera en pos de cierto refinamiento, ser un diamante en bruto no era algo por lo que alegrarse.

Norman Podhoretz, antiguo compañero de clase de Allen Ginsberg, un chico de las barriadas judías de Brownsville que estudió en Columbia con una beca, lo confesó con un pudor estudiado y algo descarado en su autobiografía *Making It*. Se autoproclamó miembro «del país» llamado clase media alta «no tanto en virtud de mis ingresos como en virtud de cómo hablo, de cómo me visto, de cómo decoro mi casa, de cómo recibo a mis invitados y ellos me reciben a mí, de cómo educo a mis hijos; de, sencillamente, mi aspecto y mi estilo de vida». Podhoretz reveló a continuación: «Me horroriza pensar en la tremenda transformación a la que decidí someterme para convertirme en lo que soy». A principios de los años cincuenta, cuando gracias al apoyo de Lionel Trilling pudo ingresar en el Clare College de Cambridge para pulirse e integrarse en la élite blanca, anglosajona y protestante, aquello no le horrorizó tanto, evidentemente.

Podhoretz declara: «Uno de los viajes más largos del mundo es el de Brooklyn a Manhattan». Para llegar a Morningside Heights desde su barrio de obreros franco-canadienses de Lowell, Massachusetts, Jack Kerouac (otro estudiante becado de Columbia) tuvo que hacer un viaje aún más largo. Pero él nunca lograría salvar aquella distancia psicológica y cultural. El John Kerouac al que podías ver conversando con Gore Vidal y Alfred Kazin en los cócteles literarios de la primavera de 1950 también era en todo momento, orgulloso y a la vez algo angustiado, el Jack de Lowell. Y también fue el Jack de Lowell, con sus valores conservadores, con su veta puritana, incluso, quien cogió el dostoievskiano metro de medianoche con Herbert Hunck rumbo a los bares de mala muerte de Times Square. Mientras que a Podhoretz le obsesionaba mantener las distancias, John Kerouac sabía que todas las realidades, incluso la vida y la muerte, son contiguas.

Yo me contaba entre los millones de personas que no leyeron *La ciudad y el campo*. Hacia la época en que se publicó, yo leía las novelas de Thomas Wolfe. Me las leí todas; su extensión no me amilanó. En los anhelos adolescentes de Eugene Gant por librarse de los opresores lazos familiares yo veía mis anhelos. Mientras flotaba a la deriva en el alborotado mar del lenguaje de Wolfe, me conmovía el ritmo de frases como «una piedra, una hoja, una puerta ignota». Atesoré la palabra *incoar* —tan wolfiana—, que evocaba una oscuridad terrosa, confiando en que viniera a cuento en algún pasaje de mis escritos. Pero si me hubiera topado con el libro de John Kerouac en la biblioteca pública, quizá también me habría conmovido «Un niño, un niño escondido en un rincón, envuelto en velos, en mantos y misterios sinuosos», y la novela me habría sorprendido: estaba ambientada en mi anodino barrio, y también en Galloway (Lowell). Todavía me habría emocionado más descubrir que en la ciudad existía un universo bohemio al que podías llegar enseguida: el universo al que ahora renunciaba con tanta determinación, aunque también con la sensación de haber dejado las cosas a medias.

Durante aquel primer fin de semana en Barnard conocí a una chica a la que mi instinto me aconsejó evitar inmediatamente. Estaba casi segura de haberla visto en la estación de la calle Cuatro oeste, o un par de veces en el café Waldorf, o en Washington Square. Incluso llevaba un delator cinturón de Sorcerer's Apprentice —el de la espiral— en el que había embutido una falda sosa y nada favorecedora y una recatada blusa blanca de cuello redondo —de esas que las madres te ponen a los doce años— que le ceñía el generoso busto. Una cinta de goma le despejaba de la frente el negro pelo con muy poca gracia. Detrás de las gafas de montura negra unos ojos tristes y feroces te miraban.

No quería conocer a Elise Cowen; no parecía la típica universitaria, y me bastó con mirarla para darme cuenta de que no iba a esforzarse por serlo. Se presentó hablando en voz tan baja que tuve que pedirle que me repitiera su nombre. Pero sus ojos insistían: «Yo sí que te conozco. Hemos estado en los mismos sitios. ¿Y no es ridículo que estemos precisamente aquí?». Y pensar que, con mi falda escocesa y mi jersey de lana, yo estaba convencida de haberme integrado en Barnard a la perfección.

Me resistí a su amistad cosa de un mes. Durante aquel tiempo fui a todas las reuniones de los novatos; bailé el foxtrot, muy tiesa, pegada a los trajes de chicos de Columbia que me preguntaban en qué me había matriculado. Incluso llegué a ir, por probar, a una reunión de la organización sionista de Columbia, donde todos los nombres y los verbos parecían estar en hebreo y donde el presidente me humilló cuando, estrechándome la mano en la puerta, me dijo: «Gracias por haber venido. Las personas de otras religiones son siempre bienvenidas».

En casa, en mi habitación, practicaba el charlestón en secreto, por si se diera el caso de que alguna vez tuviera que bailarlo. Me había dado cuenta de que entre las pandillas más glamourosas de Barnard y de Columbia lo último era imitar las costumbres de los locos años veinte. Aquella moda, charlestón aparte, consistía en beber mucho y de forma extravagante y en organizar fiestas espléndidas y desenfrenadas. La primavera anterior, treinta estudiantes habían vendido sangre para organizar una «Fiesta del vino» como la de Cape May en la exclusiva Essex House, de cuyo rótulo de neón —según la leyenda que correría más tarde— se habrían apagado la primera E y la primera S. Sangre y vino; algo del absurdo hedonismo de aquella fiesta hechizó mi imaginación. Nunca había pensado que perseguir el placer pudiera ser algo tan serio.

A Elise sólo la vi en una de las reuniones a las que fui. Estaba de pie, en un rincón del gimnasio de Barnard, frunciendo el ceño con la vista baja, concentrada en algo que hacía con las manos. Más tarde, mientras me acercaba al ritmo de un foxtrot, vi que intentaba liarse un cigarrillo sujetando entre los dientes una bolsa de Bull Durham. Cuando lo hubo liado advertí que el cigarrillo era una cosa de pinta horrible

con hebras de tabaco que colgaban de un extremo. Encendió una cerilla y lo prendió sacudiéndose chispas diminutas de la pechera de la blusa.

Nos hicimos amigas porque un día me quedé sin papel pentagramado. Salíamos juntas de la clase de inglés de primer curso y le comenté que debía ir corriendo a Broadway a comprar papel antes de mi siguiente clase, que era de contrapunto. «Cuando se te acabe ya no compres más —dijo—. Mi padre lo fabrica». Cuando volví a ver a Elise, me dio una bolsa con resmas de papel pentagramado. Demasiado, en realidad: la idea de tener que llenar todas aquellas páginas con mis odiadas composiciones me deprimió.

Fuimos a tomar un café, creo que en una sala para los estudiantes externos de Barnard. Faltaba una hora para la siguiente clase, que terminamos saltándonos; no queríamos interrumpir aquella conversación de inagotable intimidad. Durante los diez años que duró nuestra amistad, casi todas nuestras conversaciones fueron así; incluso ahora, recordar que Elise está muerta y que no puedo coger el teléfono y hablar con ella me causa una impresión fortísima.

Su segundo nombre era Nada, un nombre de augurios tan negros que la idea de que alguien pueda imponérselo a una recién nacida resulta increíble. (El mío, por ejemplo, era Alice, y evocaba la niña del espejo y meriendas en el césped con un mandil). «Quiere decir *nada*, literalmente; *nada* y la *nada*», decía Elise con un punto de orgullo melancólico. ¿Fue su madre o su padre quien lo escogió? Su padre, creo. Conociendo al hombre, sin embargo, parecía imposible pensar que hubiera sido el responsable de aquel Nada. Grande y campechano, tenía bigote, una belleza osuna y un aire ligeramente teatral que quizá se debiera a la naturaleza de su negocio —el de la música— y a sus contactos con los compositores y los músicos de Tin Pan Alley. La madre era una mujer flaca, puro nervio y aristas, con el pelo teñido de color caoba. «Mi mamaíta», solía llamarla Elise durante las épocas de arrepentimiento que seguían a sus peleas.

Los Cowen eran lo que mis padres hubieran llamado «una pareja agradable». Vivían en un apartamento «agradable» en la avenida Bennet, en Washington Heights, en el séptimo piso de una casa de ladrillo amarillo edificada justo antes de la guerra. Todavía recuerdo la distribución de aquel lugar: la salita hundida a un nivel más bajo que hacía que el dormitorio de Elise, tres peldaños más alto, pareciera terriblemente expuesto, como si se hallara sobre un escenario. El salón tenía una gran ventana; no era de guillotina, sino de esas con hojas de vidrio que se abren como postigos. Las paredes estaban pintadas de marrón rosado; todo en aquella estancia era otoñal, los tonos parecían obra de un decorador, y sobre las mesitas habían colocado jarrones de cosas secas.

Los Cowen tenían mucho más dinero que mis padres. Estaban los viajes a Miami, las visitas de su hija a dentistas y dermatólogos, noches de gala «en la ciudad» con parejas parecidas. Pero levantaban la voz, y mucho. El señor Cowen era dado a proferir amenazas y a sufrir ataques de ira; la señora Cowen, a los reproches y las lágrimas. Elise era el centro de sus alteradas emociones y hasta de sus peleas. Era la oveja negra, el enemigo en casa que privaba a sus padres de la dicha que, a su edad, les correspondía por derecho propio.

Las cosas no habían sido siempre así. En el salón de los Cowen había una foto de Elise en color; se la habían hecho en su «buena época», época que terminó poco después de que cumpliera trece años. Un rostro fino y delicado de ojos asustados e inteligentes enmarcado por un cabello castaño y lacio que en la frente, todavía tersa, formaba unas entradas perfectas. ¿Quién no iba a querer a una niña así? Quizá se equivocaron con el nombre de *Nada* pensando que tenía resonancias románticas, que, como Ondina, evocaba el atractivo nihilismo del amor y la muerte.

El final de la buena época, que Elise podía situar con absoluta precisión, fue súbito y catastrófico: una fiesta improvisada para sus amigos del instituto. Se los trajo todos a casa y, aunque nunca había utilizado el horno, decidió hacer unos *brownies*. Abrió la puerta después de que hubieran estado horneándose un rato, para ver si estaban listos, y el horno le explotó en la cara; se le chamuscaron las cejas y un poco

de pelo. Después de aquello, siempre se vio fea.

El pelo volvió a crecerle, pero ahora su nacimiento era irregular, extraño; se había quedado sin entradas. La adolescencia se mostró cruel con Elise: con ella llegaron los kilos de más y los granos, y unos pechos demasiado grandes y la rabia de su padre contra la desconocida que había suplantado a su hija. Una chica callada y obstinada que no quería ir a Florida. Una chica que fumaba y que no se preocupaba de su aspecto, a la que él acusaba de andar con malas compañías y de acostarse con cualquiera, como una pequeña golfa. Lo que él había querido era una princesa judía; la habría adorado, nada habría sido lo bastante bueno para ella.

Cuando tenía dieciséis años Elise se acostó con un chico, llegó hasta el final, fue más allá de aquella misteriosa fase que seguía a las caricias. Pero no se había acostado con cualquiera. Aquello había sido la culminación de una pasión prolongada y resuelta, de meses de angustia e introspección y desnudez progresiva. El chico era uno de su clase (Elise había ido al Bronx Science, y conocía un poco a Maria). Era el más brillante del instituto, decía. Tanto que se había convertido en presidente de la Organización de Estudiantes. Aquello sí que me sorprendió: no podía imaginarme a Elise enamorada del presidente de nada. Años más tarde, sin embargo, una compañera de clase los recordaba como a la pareja de instituto perfecta, «estaban geniales juntos»; a Elise la recordaba «muy guapa, entonces, y muy popular». Aunque ella no era sionista, lo había acompañado a un campamento sionista en Poughkeepsie, y lo hicieron allí, en un saco de dormir. Pero la cosa se quedó ahí. A él le daba miedo meterse en una relación demasiado seria.

A los dieciséis años yo ya sabía que, al igual que la chicas protegían su virginidad, los chicos protegían una cosa menos tangible a la que solían referirse como su «personalidad». Parecían convencidos de tener una misión en la vida de la que la exposición a una emoción excesiva podría desviarlos muy fácilmente.

Elise no le guardaba rencor a aquel chico. Es más: aceptó el dolor con una humildad desconcertante. Hablaba de él, de su belleza y de su deslumbrante inteligencia, como si hubiera sido la buena suerte la responsable de que ella hubiera conocido a una persona así.

La humildad: aquél era su lado Nada.

«Humilla tu vanidad, digo, humíllala…». Fue ella quien, triunfante, me leyó por primera vez aquel verso de Ezra Pound en la biblioteca de Barnard.

No le iba bien en el colegio. Aprender significaba centrarlo todo en un solo objetivo, pero ella no era capaz de reconciliar sus inquietudes intelectuales con la exigencia de ir aprobando, de ir superando metas impuestas. Su ensayo de Inglés de primer curso fue una exégesis de los *Cuatro cuartetos* de T. S. Eliot. Si había algo de vanidad en ella, se hallaba en ese tipo de elecciones: siempre algo fatalmente difícil.

Leía y releía aquellos poemas localizando todas y cada una de las referencias

imaginables que pudieran asociarse a una imagen; y sin embargo, no accedían a desvelar su significado. Permanecía sellado en el interior de las palabras de Eliot. «En el barro, ajo y zafiros…». ¿Qué se podía decir de modo taxativo acerca de aquello? Entregó el ensayo cuando el curso ya había terminado; el tutor le cambió el «Incompleto» por un «Suspenso».

Y luego estaba Psicología I, con la que bajo el influjo de Pavlov y Skinner se convenció de que sería posible condicionar a la mimosa para que sus hojas sensibles reaccionaran al sonido retrayéndose. Aquello lo lograría asociando el tacto humano al toque de una campanilla durante un tiempo; luego recurriría al tacto con una frecuencia cada vez menor. Aquél era el más delicado y el más poético de los experimentos. Quizá podría haber llegado a tener éxito. Pero Elise no había contado con la mortalidad de las mimosas, y sus resultados nunca fueron concluyentes.

Su tutor de Filosofía, sin embargo, era comprensivo. Alex Greer ya constituía en sí mismo una anomalía en Barnard, un pez fuera del agua. Para empezar, era joven. Rayaba la treintena, aunque a unas chicas tan jóvenes como nosotras aquello ya nos parecía ser viejo. Era simpático con las estudiantes —quizá demasiado, opinaban en su departamento—; solía abandonar el aula rodeado de un grupo de chicas excitadas que le seguían hasta el despacho o hasta las cafeterías de Broadway ofreciéndole confidencias o, más exactamente, ofreciéndose a ellas mismas. Ojalá se hubiera dado cuenta. Pero estaba casado. Mal casado. Un atractivo aire de desastre inminente le envolvía como el humo perpetuo de aquellos cigarrillos que siempre se le terminaban y que siempre les pedía a sus alumnas con una simpatía arrebatadora. Caminaba arrastrando los pies con un no sé qué dolido. Sus rasgos, materia de discusión, eran extrañamente disparejos, y también indefinidos: lo recordabas más feo de lo que era, o mucho más guapo. Tenía una palidez de noches en vela, y ojos grises y achinados, y un modo especial de doblar la chaqueta y colgársela del hombro mientras andaba por el campus. Una chica descubrió un desgarrón enorme en su camisa que le recorría toda la espalda.

Había pasado cinco años terminando su tesis sobre Kierkegaard, sometiéndola a heroicas revisiones a medida que nuevos enfoques le obligaban a reexaminarla. El doctorado le esquivaba; su puesto en Barnard estaba en peligro. Se rumoreaba que su mujer tenía un lío. Era un profesor estimulante, un sintetizador nato: en una sola clase era capaz de invocar a Platón y a Freud, a Proust y a F. B. Skinner, incluso a Mahler y Hesse. Un día, en clase, hizo una revelación sensacional: su madre lo había educado en la religión de la Ciencia Cristiana, y si su padre no hubiera intervenido ni llamado al médico, él habría muerto de meningitis a los siete años. Remitía a las estudiantes preocupadas a psicoanalistas que cobraban honorarios bajos y las consolaba con uno o dos versos de Yeats: «que tan sólo estaba en manos de Dios quererte a ti por ser quien eres y no por tus cabellos leonados». Elise era Jane la Loca, y él le recitaba: «porque lo que no ha sido desgarrado, no puede estar solo o entero».

Y ella se enamoró de él, naturalmente. Pero mientras que las otras alumnas de Alex Greer se tomaban su encaprichamiento con calma, como si de un jueguecito mental se tratase —un juego ligeramente menos fantasioso que el de escoger como objeto a una estrella de cine—, la pasión de Elise se volvió dolorosamente real: por ella llegó a renunciar a sí misma. Y puesto que resultaba inconcebible que Alex pudiera desearla, ella le ofreció sus servicios.

Su hogar estaba sumido en el caos, y su matrimonio, roto. Las ausencias de su mujer eran cada vez más prolongadas; necesitaba una niñera para su hijo de dos años. No podía permitirse pagarle mucho, le advirtió. Eso daba igual, dijo Elise con aquella voz suya, baja y azorada. Tenía que salir de casa de sus padres de todos modos. «Lee lo que quieras, aquí —le dijo él—. Coge el libro que te apetezca. Come lo que encuentres en la nevera».

Su piso estaba en la planta baja de un edificio en la calle 112. Parecía que se hallara en el fondo de un pozo: por muy soleado que fuera el día, allí siempre era medianoche. La puerta nunca estaba cerrada. Nunca sabías con quién te ibas a encontrar: psicólogos, músicos de dixieland, poetas, alguna chica que se había escapado de su casa, un loco llamado Carl Solomon, al que un antiguo compañero de Alex de Columbia había conocido en un psiquiátrico. En aquel lugar reconocí, al instante, un Waldorf privado. Todos entraban y salían incluso cuando Alex no estaba. Dejaban ceniza y posos de café; llamaban por teléfono a psiquiatras y padres ya distantes y sufrían crisis nerviosas en el maltrecho sofá del salón. En el fregadero se acumulaban los platos de una semana. En el tocadiscos sonaba «Songs of a Wanderer» y Billie Holiday y Stravinski. El bebé, con el culo al aire, corría de una habitación a la otra arrastrando un osito de peluche sucio que agarraba de la oreja; miraba por la ventana y decía: «Está oscuro en la corre-corre». Se colgaba del cuello de Elise, le retorcía el cabello con las manitas cerradas y repetía «Mamá dónde mamá dónde mamá dónde».

A veces se organizaban fiestas de última hora y llegaba más gente. Y se terminaba la cerveza y todo el mundo bailaba y Alex saltaba sobre los muebles agitando los brazos, dirigiendo con ademán borracho sinfonías enteras. O se dedicaba a perseguir chicas con una insistencia absurda; nunca a Elise, sino a chicas esquivas con aire de debutante y nombre afrancesado como «Folie» o «Bichette» que —misterio— siempre acababan de llegar de París. Alex no era inmune a la atmósfera gatsbiana de la época, aunque él se veía más como Dick Diver. A Elise y a mí, que leímos el ejemplar de *Suave es la noche* de Alex la misma semana, nos impresionó muchísimo la suerte de Dick Diver, diluyéndose en los cada vez más recónditos pueblos del norte del estado de Nueva York. ¿Sería aquélla, al final, la suerte de Alex?

En ocasiones la mujer de Alex volvía unos días. Entonces intentaban reconciliarse; se encerraban en casa, ajenos al resto del mundo, o decidían probar a salir juntos, como una pareja en una cita. Y Elise bajaba desde Washington Heights para quedarse con el bebé. Sally era hija del decano de una facultad. Tenía aquel

encanto nervioso que imprimen los colegios privados para señoritas —característica común a todas las chicas a las que Alex perseguía en las fiestas—; aquello, sin embargo, no era sino un disfraz bajo el que ocultaba su angustia. Solía sentarse en su propio salón como si fuera una invitada a charlar distraída sobre las últimas aventuras que le había deparado la búsqueda de un piso; o durante un par de minutos, obligándose a preguntarte con interés acerca de tus estudios, podía ser la perfecta esposa del profesor de universidad. Un fin de semana, con la ayuda de Elise, pintó de rojo el interior de todos los armarios de la cocina, pero el domingo por la noche se marchó de repente porque el bebé se le había escapado cuando intentó sentárselo en el regazo.

Amaba a Alex, pero estaba empeñada en dejarlo; nadie terminaba de entender por qué. Su grupo de amigos de Columbia siempre había considerado su matrimonio como uno de los más exitosos. Se diría que en su situación había algo de premeditación, de voluntad de echarlo todo a perder; había algo que a las otras parejas que se habían formado en la universidad les resultaba amenazador. Como cuando te enteras de que unos amigos han sufrido un accidente y, de pronto, te das cuenta de cuan vulnerable eres. Ni siquiera dejaba a Alex por otro, sino por algo tan absurdo e inexplicable que la había empujado a psiconalizarse —por supuesto— para llegar a la raíz del asunto: la necesidad de estar sola.

Hubo una noche de invierno, que ahora, con los años, me parece inevitable.

Cubierta con una vieja manta del ejército, vestida tan sólo con su jersey y unas enaguas, Elise está acostada en el sofá del salón de Alex. La falda que mañana llevará a clase está doblada en el respaldo de una silla; sus gafas, en la mesita de centro. Al final, decide quitarse también el jersey. Lo decide y se incorpora para sacárselo, temblando cuando vuelve a cobijarse bajo la manta. Es tan tarde que hace horas que han apagado la calefacción, demasiado tarde para ir en metro a casa. Le ha dicho a sus padres que volvía a cuidar al niño de los Greer, pero sólo será Alex quien entrará por la puerta.

La suya había sido una llamada desesperada. ¿Podría ir para allá para quedarse con el niño? Él tenía que salir de casa, tenía que reflexionar, ponerse en marcha. Ella piensa en él, en su cara gris vagando por las calles de la ciudad bajo la nieve que golpea suavemente las ventanas.

Tiene un poco de miedo; eso le pasa porque no es capaz de medir sus ansias. A veces le basta con hablar con él para sentirse desfallecer; en secreto, su cuerpo se abre ante él. Hasta el momento sólo se ha acostado con una persona, y eso fue hace dos años; además, esta vez será distinto. Muy distinto. Nada de esperanzas, sólo un acto.

Esta lucidez la protege, cree ella.

Se entregará sin pedir nada. El amor debe ser total. Si amas a alguien, también

debes amar a aquellos a los que él ama; ella, por ejemplo, ama a Sally; no siente celos.

La ama, Elise es capaz de sentir este afecto desmesurado. Aquí reside su pureza, éste es su orgullo secreto.

Cinco

Hice una redacción, un ejercicio de descripción para Exposición, Estructura y Estilo, asignatura en la que me matriculé en segundo.

> ESCENARIO: La habitación de una amiga.
>
> AMBIENTE: Sórdido, dejado; refleja el asco y la apatía de la propietaria.
>
> DETALLES RELEVANTES:
>
> Colillas en el suelo.
>
> Pintura azul chillón un poco descascarillada; por debajo asoma la pintura blanca sucia.
>
> Asiento de la butaca lleno de bultos, los muelles empiezan a salirse; en algunos lugares, el estampado de flores de la funda se ha descolorido y se ve de un amarillo indefinido.
>
> En la pared que queda sobre el quemador de gas oxidado hay manchas parduzcas.
>
> Espejo barato que distorsiona todas las imágenes; cerca del marco, el cristal está casi negro.
>
> Fotos pegadas a la pared con celo; una, pegada sólo por una esquina, se balancea sin entusiasmo.
>
> DETALLES SIN IMPORTANCIA:
>
> Edredón rosa sobre la cama.
>
> Máquina de escribir portátil en una esquina.
>
> Foto de la madre y el padre en Miami sobre la cómoda.

Era un profesor de la vieja escuela; a su apellido compuesto le seguía un numeral romano, y vestía trajes de *tweed* de un curioso gris rosado que resaltaba con chalecos de terciopelo de botones plateados. En los márgenes de nuestras redacciones escribía: «¿Es que la vida no te da alegrías? ¿Te crees que eres una pequeña existencialista, o qué?».

La escena que describí se desarrollaba en el último piso de una pensión de la calle 108. Aquél era el lugar al que Elise acababa de mudarse. Mi concepto de la «relevancia» —ahora me doy cuenta— no estaba del todo formado: nada más relevante que la foto de los señores Cowen.

La habitación de Elise significaba para mí más que asco y sordidez. Simbolizaba una valentía que yo envidiaba. Las chicas de diecinueve años sólo salían de casa derechas a la residencia de estudiantes o al matrimonio. Si querías una vida libre, lo que no podías esperar era que también fuera cómoda. Ingresabas en un mundo en el que los conserjes se negaban a darte sábanas limpias y las putas puertorriqueñas chillaban en el patio. Corrías el riesgo de celebrar el día de Acción de Gracias con un

triste «Especial de pavo» en la cafetería Bickford's de Broadway.

En la calle 108 Elise fue sumiéndose en un estado amorfo, como si sus ensoñaciones hubieran absorbido la realidad cotidiana y no fuera capaz de despertar sin realizar un esfuerzo sobrehumano. Parecía perder días enteros; se saltaba las clases, se olvidaba de reunirse conmigo para comer en Chock Full o' Nuts, se olvidaba de las estanterías que tenía que atender en la biblioteca de Columbia, trabajo con el que iba a tener que pagarse la comida y el alquiler de 7,50 dólares a la semana.

El cuarto de Alex era el lugar más seguro para encontrarla. Se acostaban juntos, pero aquélla no era una historia de amor. Eran como amigos que a veces se acurrucaban juntos para entrar en calor. También había otros hombres; me hablaba de ellos, pero yo nunca los vi. Recién conocidos que descubría en el West End o en otros bares de Broadway y a los que se llevaba a su piso de la calle 108 porque se sentía sola, sobre todo.

Columbia había dado lugar a una población de marginados muy numerosa: estudiantes que habían cortado sus vínculos oficiales con la universidad —algunos desde hacía años— pero no eran capaces de abandonar la zona. Vivían en pensiones baratas como la de Elise, o en inmensos hoteles de apartamentos como el Yorkshire, que quedaba en la esquina de Broadway y la calle 113. Tenía habitaciones pintadas de color azul eléctrico y luces fluorescentes y una mugrienta cocina común en cuya nevera cada litro de leche tenía un nombre distinto escrito en el cartón. Carl Solomon, el amigo de Alex, vivía en el Yorkshire. Era un hombre grande y de una amabilidad alarmante que en una ocasión, en una de las fiestas de Alex, se me acercó y me preguntó «Dime, ¿cuánto pesas?» como si aquélla fuera una cuestión de vital importancia. Había publicado unas impresiones de la temporada que pasó en el psiquiátrico en una revista llamada *Neurótica*, que Alex nos enseñó a Elise y a mí. Cuando empezaba a acercarse la primavera, Carl intentó conseguir un trabajo de vendedor de helados ambulante, pero le rechazaron. Poco después, sufrió un ataque de locura en su habitación y se lo llevaron al Hospital Rockland. A partir de entonces, el Yorkshire me aterrorizó. Era el lugar al que la gente iba a derrumbarse, a suicidarse o a abandonarse a la derrota. Juré que nunca viviría ahí, pasara lo que pasase. Sin embargo, aunque al fin había conocido el lado oscuro de mi barrio, en mi vida la emoción y las aventuras brillaban por su ausencia.

No llegué a pertenecer, ni por asomo, a la pandilla del charlestón. Estudiaba mucho, con voracidad, vivía en casa de mis padres y jamás pasé una noche fuera. El chico reprimido al que escogí para enamorarme nunca fue más allá de cogerme de la mano y besarme con más ceremonia que pasión cuando, por la noche, nos despedíamos. Aquel joven que nunca se atrevía a tocarme el pecho ni siquiera durante un segundo me desconcertaba. Yo tenía miedo de animarle, por si pensaba que era una guarra. Los padres de Frank parecían más entusiasmados que él con nuestra relación; eran ellos los que me colmaban de invitaciones para que fuera a cenar a su casa. Empeñados en demostrar que me aceptaban, me hacían preguntas

acerca de mi «fe judía», que debía de resultarles más pintoresca que la suya. Vivían en un apartamento enorme de Park Avenue, y siempre llamaban a una empresa de limusinas para que un chófer me condujera de vuelta a la calle 116.

Un sábado por la noche la limusina nos llevó a Frank y a mí al Village. Nuestro destino: Renzi's, una cafetería de la calle MacDougal donde servían *espressos*. Hacía meses que no me pasaba por ahí; me resultaba extraño caminar por aquellas calles tan familiares con mis zapatos de tacón y mi sofisticación de universitaria. En la esquina con Waverly Place un hombre con un abrigo negro y polvoriento que le llegaba a los tobillos rebuscaba en un cubo de basura. Lo había visto en la cafetería Waldorf; era un trapero de cierta fama al que todos conocían como «Rata de Pantano». Levantó la vista y me sonrió a través de la barba enmarañada. «¡Hola, hola!», soltó, jovial.

«Vaya, hola», mascullé.

Frank, que me había soltado el brazo, estaba ya a media manzana de distancia. «¿Lo conoces?». Había algo desagradablemente retórico en su pregunta, como si siempre hubiera sospechado que me relacionaba con gente de esa clase.

Rompimos después de que lo llevara a una fiesta en casa de Alex. Nos quedamos discutiendo en una isleta en medio de Broadway mientras los coches pasaban zumbando a lado y lado. «A mí me interesa el Crecimiento —dijo, palabra por palabra—. A ti, la Decadencia y la Corrupción».

Aquella acusación tan injusta y despectiva me hizo llorar, pero me di cuenta de que encerraba una verdad. Si la decadencia eran personas como Alex y Elise, entonces a mí me atraía. La respetabilidad me merecía muy poco respeto. Estaba convencida de que sólo la cobardía me impedía desviarme del camino recto.

Aquel otoño Elise se volatilizó durante una semana. Le dejé notas en la pensión y la busqué en casa de Alex, pero ni siquiera él la había visto. Una mañana, bien temprano, me salté la primera clase y bajé hasta la calle 108.

Se veía luz bajo la puerta. No paré de llamar. Al final, oí sus pasos y me dejó entrar. Llevaba un pijama de franela con un estampado de rositas azules. Una de las mangas tenía una mancha de sangre.

—¿Qué te ha pasado en las muñecas? —le pregunté. Las llevaba vendadas.

Me contó que había resbalado en un baño y que se había cortado con unos cristales rotos. Todo muy estúpido, la verdad. Habían tenido que darle puntos. Todo esto lo dijo en un tono acelerado e impaciente. Parecía una segunda voz.

—El médico pensó que había sido un intento de suicidio. Quería llamar a la policía. ¿Te imaginas? ¿No te parece increíble que el suicidio sea ilegal en una sociedad en la que la vida humana importa tan poco?

Asentí. Me parecía increíble.

Antes de que yo llegara había estado durmiendo, dijo, pero en aquella habitación azul todas las luces estaban encendidas. El estor, rasgado, golpeteaba contra el

alféizar de la ventana. Me preguntó qué tiempo hacía fuera. El suelo estaba lleno de ropa; con movimientos lentísimos, recogió unos vaqueros, un jersey y la ropa interior. Así que levantarse en aquella casa era esto. «Lástima que no fumes, Glassmangirl», suspiró. Si quería, bajaba a comprar cigarrillos, me ofrecí; no quería. Rebuscó en un par de ceniceros y al final escogió una colilla larga. «Alex siempre lo hace», me dijo con una sonrisa que delató fugazmente su dolor.

Cuando estás colada por alguien no paras de repetir su nombre, como si fuera un punto de referencia que, aun menor, siempre está ahí. Trate de lo que trate, en la conversación siempre se colará el dichoso nombre. Si alguien a quien quieres no te quisiera, ¿desearías morir?

Elise y yo habíamos hablado del suicidio hacía poco y habíamos coincidido en que, en algunos momentos de la vida, podía considerarse una alternativa honorable. La muerte podía ser tu orgullosa negativa a aceptar una existencia que te había sido impuesta. También habíamos recordado lo que dijo Alex en una ocasión: la autodestrucción podía considerarse lo contrario de la apatía, la prueba final de que todavía eras capaz de demostrar iniciativa. Fuimos recordándonos citas de Dorothy Parker, los distintos métodos de suicidio que proponía, riendo nerviosas.

Mi abuela había muerto un año antes. Fue entonces cuando me enteré de que en mi familia había habido un caso de suicidio. Mi abuelo no había muerto de enfermedad: un día, a los treinta y cinco años, metió la cabeza en el horno. En Varsovia había sido un poeta, un intelectual. En este país no había encontrado identidad alguna, tan sólo trabajos de peón, y no se le daban bien. Hacia 1908 se lastimó las manos, quizá a propósito. Entonces se suicidó y dejó a mi abuela a cargo de cuatro niños.

Mi madre y mis tías siempre me decían: «Eres igual que tu abuelo. Era muy artístico». Pero pasaron cincuenta años avergonzándose de su muerte. Quemaron todos los papeles del difunto que mi abuela había conservado. Eran «privados», comentaron. Y, de todos modos, estaban en yiddish y hebreo. Para saber qué decían tendrían que consultárselo a un desconocido.

Después de aquello pensé mucho en mi abuelo; pero más que a un abuelo, era a uno de los jóvenes trágicos que rondaban por Columbia a quien veía. El misterio de su muerte llegó a parecerme un regalo: era como si hubiera heredado un poema.

Sin embargo, no estaba preparada para creer en la realidad del suicidio. Quería mantenerlo en el terreno de la literatura: un acto lejano y prohibido del que no te llegan más que noticias vagas y que sólo un desconocido podría cometer.

Fuimos a Broadway y nos metimos en Chock Full o' Nuts. Invité a Elise a un café porque a ella sólo le quedaban siete centavos. Le presté un dólar, todo lo que llevaba encima.

Dijo que tenía algo que contarme: dejaba Barnard una temporada y se mudaba a Washington Heights; necesitaba algunas cajas y recoger todas sus cosas, porque su padre pasaría a buscarla aquella misma tarde con el coche. No podía soportar la idea

de que Elise se rindiera así, como si sus padres, convencidos de que terminaría derrumbándose, hubieran tenido razón desde el principio. «¿Volverás, verdad?».

«Antes tengo que hacer una cosa. Voy a psicoanalizarme. Me lo pagan mis padres. Pero sólo si vuelvo a casa. Ellos quieren una hija; no voy a culparles por eso», dijo con aquella sonrisa fugaz y dolorosa.

«¡Lo que deben de estar pasando sus padres!», exclamó mi madre cuando le conté que Elise iba a psicoanalizarse. Y es que, aunque en círculos como el de Alex el psicoanálisis había alcanzado la categoría de culto, la mayoría de la gente lo veía como algo vergonzoso, como algo que no podías contar a los vecinos.

«Muy bien del todo no está, esa chica. Espero que ahora seas lo bastante sensata como para hacer nuevas amigas».

«¿Qué quieres decir con *lo bastante sensata*?», le grité. Y me encerré en mi habitación dando un portazo. Ni siquiera sabía por qué se lo había contado. ¿No estaría intentando, indirectamente, decirle algo acerca de mí misma? Había tan poco de verdadero en nuestra relación que me sentía huérfana.

Durante las primeras semanas que Elise pasó en casa de sus padres, no la vi. Un día se acercó al centro en metro y fue a recogerme a clase. Había engordado en Washington Heights, y tenía la cara llena de granos. Fuimos andando hasta el piso de Alex, donde más tarde se quedaría cuidando al niño, y entramos. El apartamento estaba oscuro y vacío. Buscamos tazas limpias en la cocina y nos preparamos un café instantáneo.

Alex tenía una cita con alguien, dijo como si fuese la cosa más natural del mundo. Pero no pasaba nada. De verdad. Él le prestaría todos los libros que le hicieran falta. Elise quería leerse todas las obras de Freud. ¿Había algo mejor que hacer en Washington Heights? Por las tardes trabajaba en el despacho de su padre. Iba al psicoanalista tres veces a la semana. Se entendía bien con su madre, «pobre mamaíta». Me contaba todo aquello con la distancia del paciente que observa su propia recuperación acercando las manos a una luz para examinarlas, buscando en el espejo los huesos bajo la carne.

La clínica tenía una lista de espera, pero la habían aceptado de inmediato. «Debí de convencerles de que soy una paciente interesante». Cada sesión costaba exactamente lo mismo que el alquiler semanal de su antiguo cuarto. Elise no estaba muy entusiasmada con el analista que le habían asignado, pero sabía que esa clase de pensamientos no eran constructivos. Y de todos modos estaba decidida a estudiar a Freud por su cuenta: aquello compensaría la falta de perspicacia del analista.

Recuerdo que le dije algo de lo que me arrepentí al instante: «Algún día, sólo por hacerme una idea, me gustaría ir a un par de sesiones».

Estaba siendo sincera. Yo nunca iría más allá. Hacerme una idea de la cosas, eso era lo que siempre había querido. Así me protegía de ellas.

Se puso colorada, le temblaba la voz: «No puedes “hacerte una idea”, es imposible. Esto no funciona así, Glassmangirl». Saber a qué se parecía la vida. La vida auténtica. Hasta mí nombre me parecía una metáfora de lo que, a mis diecisiete años, consideraba mi única característica distintiva. *Glassman*, *Glassgirl*[9].

Tiempo después, mi hijo de diez años me impresionó al describirme lo que había sentido durante una excursión en autocar con los niños de su clase. Había pasado algo raro, me dijo, difícil de contar. Más que afectado, parecía desconcertado.

—Todos los de la clase estaban alborotando, haciendo el tonto, ¿sabes? Pero yo me quedaba mirando. Era como si mirara por una ventana y ellos estuvieran al otro lado.

—Eso le pasa a mucha gente —lo tranquilicé.

—¿A mucha? —contestó, con la misma inquietud y la misma intranquilidad que yo habría sentido en su lugar.

La primera vez que leí las palabras *generación beat* estaba en el salón de mis padres. Era la mañana del 16 de noviembre de 1952. Mi padre había salido a por el *Times*, como todos los domingos; esta vez también trajo un bizcocho que había comprado en la panadería para el desayuno. Y, como siempre, me apresuré a coger la revista y a hojearla tan rápido como pudiera antes de que él se la quedara y, armado de atlas y diccionario, se dispusiera a hacer el crucigrama, actividad a la que solía dedicar la mañana entera y, en ocasiones, parte de la tarde. A mi padre le procuraba un placer especial contar con mi colaboración en aquella tarea. Como hija universitaria que era, hacía las veces de asesora literaria. «¿Predecesor de Otelo en el gobierno de Chipre? Tiene una o».

Aquel domingo, el artículo de un escritor llamado John Clellon Holmes me llamó la atención de inmediato. Titulado «Ésta es la generación *beat*», era un acto de fe en un espíritu que, aunque nuevo según el autor, me resultaba tremendamente familiar. «Todos mis amigos —escribía Holmes— sentían, de un modo u otro, aquel afán reprimido de hablar, de experimentar el júbilo, de sensaciones y verdades nuevas. Por el motivo que fuera, todas las personas de mi edad tenían una mirada impaciente y expectante que delataba un amor todavía no concedido, un éxtasis que no había sido liberado, la existencia de un mundo enterrado». Huelga decir que Holmes se refería a gente de la edad de Alex, por lo menos, que hacía cosas que ni Elise ni yo haríamos jamás —como rondar por la calle 42—; además, todos eran hombres. Pero ¿no era precisamente «afán reprimido» lo que nosotras sentíamos? ¿Y si, más que a la generación silenciosa, la que nos correspondía por criterios cronológicos, perteneciéramos a la generación *beat*?

El extraño uso de la palabra *beat* me fascinó de inmediato. Para empezar, se trataba de un error de gramática garrafal. ¿Quería decir *beaten*?[10] ¿Apuntaba acaso a la existencia de una generación que respondía a la vibración de algún ritmo en particular, a un nuevo tipo de música, quizá, como el *bebop* que Alex iba a escuchar a veces al Birdland? Los jóvenes a los que Holmes describía eran perdedores, derrotados —hasta «la raíz misma de la conciencia»— que habían alcanzado una belleza desesperada parecida a un extraño triunfo. Holmes no se arrogaba la autoría de la expresión: se la atribuía, muy escrupuloso, a un amigo escritor y *hipster* llamado Jack Kerouac.

La primavera anterior, el mismo John Clellon Holmes había publicado una novela titulada *Go*. Alex corrió a comprarla en cuanto salió. Pasó una noche en vela, leyéndola, y luego se la prestó a varios amigos, Elise incluida. Resultaba que él había conocido a un par de personajes: el poeta David Stofsky era Allen Ginsberg en la vida real, y también estaba Agatson, álter ego de un hombre que ya había muerto. Se trataba de Cannastra, célebre por sus fiestas salvajes en las que bailaba sobre cristales rotos, y que en 1948, sin que nadie supiera por qué, quiso salir por la ventana de un

vagón de metro en marcha y murió decapitado. Alex nunca nos dijo si había conocido al joven escritor al que Holmes bautizó como Gene Pasternak.

Para Alex, *Go* era mucho más que una novela en clave; algunos libros hacen las veces de espejos en los que vislumbrar reflejos de uno mismo. Confesó que se había identificado con el narrador, Paul Hobbes, un joven intelectual insatisfecho con una vida burguesa a la que se ve incapaz de renunciar, fascinado y, a la vez, amenazado por Stofsky y Pasternak. Y también por un trasunto de Neal Cassady llamado Harte Kennedy que, al parecer, rechaza todos los valores tradicionales. Al final del libro, Hobbes está solo con su mujer en la cubierta de un ferry de Staten Island; acaba de enterarse de la absurda muerte de Agatson. Apoyado en la barandilla, contempla la orilla oscura y las luces infinitas de Manhattan y se pregunta: «¿Dónde está nuestro hogar?». Era la misma pregunta que torturaba a Alex; una pregunta para la que ni la generación *beat* ni las que la siguieron lograron encontrar respuestas válidas.

Quizá a rebufo del estimulante efecto que *Go* había obrado en él, Alex —siempre a la cabeza de la pandilla de Columbia— había planeado una insólita aventura para la primavera siguiente, en la que también participarían algunos amigos.

Tras ser convocados al apartamento de Alex, Elise y otros más, muy solemnes, se pasaron delgados cigarrillos de marihuana que apuraron hasta la colilla atragantándose en las caladas más profundas. Cuando hubieron terminado, Alex les llevó de excursión al parque de atracciones de Palisade, donde se subieron a la montaña rusa y la noria. Luego regresaron a la calle 112 y la hierba volvió a circular. A aquello siguió una discusión sobre qué comer. Se decidieron por una sopa de tomate Campbell’s, pero pasó mucho rato antes de que alguien se levantara para ir a la cocina y prepararla, hecho que suscitó un comentario de uno de los invitados: «La sopa Campbell’s tarda horas en hacerse»; la frase gozó de gran popularidad en Columbia durante una temporada. Más tarde, Elise me explicó muy seria que aquel comentario recogía a la perfección una característica de la marihuana: su extraordinaria y, en ocasiones, divertida facultad de ralentizar el tiempo.

El experimento no se repitió. Fue otra de tantas experiencias que sólo conocí a través de otros.

La memoria es extraña. Si pienso en la primavera de 1953, no soy capaz de recordar con precisión ninguna de mis salidas de sábado por la noche. Y en cambio, me viene a la mente una cita que tuvo Elise. Incluso recuerdo lo que llevaba: un vestido rojo de algodón, largo, sin mangas y de cintura ceñida. Era su vestido favorito, aunque las connotaciones de su color no se le escapaban: «del rojo de los ladrillos de un urinario». Todavía tenía el pelo largo y, por una vez, no lo llevaba recogido.

Había conocido a un chico en una fiesta en casa de Alex. Un poeta. Todos aquellos preparativos tan poco usuales eran por él.

En la cubierta de los diarios que Allen Ginsberg publicó hay una fotografía suya de aquella época. Hace poco vi la obra en una librería y me di cuenta de algo que no había advertido hasta entonces: podrían haber nacido en la misma familia, hermano y hermana. Se parecían muchísimo. La misma frente ancha, la misma cara en forma de corazón, la misma vulnerabilidad que asomaba en las comisuras de los labios, el mismo aire sombrío. Incluso las gafas de pasta negra a través de las que sus ojos, grandes y castaños, absorbían miopemente el mundo eran idénticas.

Él no va a recogerla al centro. Es ella quien coge el metro hasta el Village, donde él la espera, y luego recorren esas calles que antaño conformaron el mapa de mis anhelos adolescentes rumbo al San Remo, donde una asombrosa cantidad de gente parece conocerlo. Allí están los subterráneos, dice Allen con la erudita amabilidad de un guía. Fue allí donde se llevó una decepción con un Dylan Thomas que sólo andaba buscando chicas, demasiado borracho para hablar de poesía con un jovenzuelo. Pero ahí no se acaba la visita turística. Luego van al Fugazi's, en la Sexta Avenida, mucho más oscuro y tranquilo; músicos y *hipsters* sentados en taburetes, impasibles y drogados. Todas las mujeres del lugar son guapas, advierte Elise, de una impasibilidad tan elegante que nunca hablan, jamás; son meras presencias. Sin embargo, lo que a ella la atormenta es su propio silencio. ¿Es que no puede hablar más? ¿Qué va a pensar Allen de ella? Se asfixia dentro del vestido rojo, la emoción la paraliza. La sofisticación le queda muy lejos, lejísimos, cuando enfilan hacia el este, hacia la calle Ocho, mucho más al este de lo que ella ha estado nunca. Cruzan la calle Bowery, una especie de oscura frontera del Village donde la calle Ocho cambia el nombre a Saint Mark's Place y se convierte en una pequeña Europa de edificios de apartamentos de alquiler. Él vive por algún lugar de esta zona ignota.

El año anterior, Allen Ginsberg había escrito en su diario una biografía condensada y autoparódica:

Una novela

A los 14 era introvertido, ateo, comunista y judío, y aún quería ser presidente de los Estados Unidos.

A los 19, con la virginidad ya perdida, era un chupapollas y creía en una realidad suprema, ¡era anarquista, un reichiano *hipster* y totalmente apolítico! Lo

que ahora quería era ser un gran poeta.

A los 22 era un místico alucinado que creía en la Ciudad de Dios y quería ser santo.

A los 23, un año después, ya era un criminal, un pecador desesperado, un drogata; quería palpar la realidad.

A los 24, después de pasar por la trena y por el loquero, follé, chicas y me psicoanalicé.

A los 26 soy tímido, salgo con chicas, escribo poesía, soy agente literario por cuenta propia y estoy afiliado al Partido Demócrata; quiero encontrar trabajo.

¿Y a quién le importa?

Conoció a Elise justo cuando su vida, ya muy rica en cambios, estaba a punto de cambiar de nuevo. Iba a cejar en su empeño de ser «normal», iba a dejar el psicoanálisis, iba a abandonar sus intentos de encontrar un trabajo serio y de vivir una sexualidad decente. Estaba a punto de marcharse a México y luego a San Francisco, donde se enamoraría de un rubio de dieciocho años llamado Peter Orlovsky y donde rompería con la tradición literaria y descubriría, al escribir *Aullido*, su propia voz poética.

Y, sin embargo, algo hay entre Allen y mi amiga Elise, ese reconocimiento instantáneo que sólo se manifiesta como una misteriosa corriente entre dos personas. Él acepta a la Jane la Loca que hay en ella, la arropa, de algún modo; Alex, en cambio, se había limitado a observar.

«Él cree que soy muy profunda, parece», comentó Elise más tarde con cierta ironía y sin darle demasiada importancia: quizá le convenía más no creerle.

Como si siguieran una lenta espiral descendiente en su viaje del San Remo al Fugazi's y luego hacia el este, hace un alto en el Sagamore, una infame cafetería de la calle Bowery abierta toda la noche; un lugar que, como el Waldorf, pronto dejará de existir. Una cafetería para los pobres de verdad. No hay nada intencionado en la miseria de los vagabundos y los viejos que integran el grueso de la clientela, y tampoco en la furtiva desesperación de los delincuentes de poca monta que se pasan por ahí, revientapisos y traficantes de medio pelo.

Allen descubre que Elise conoce a Carl Solomon y le cuenta cómo conoció a Carl tres años antes, en un pasillo del Instituto Psiquiátrico de Nueva York, donde ambos estaban internados. «¿Quién eres tú?», le había preguntado Carl Solomon. «Soy Mishkin», respondió Allen. Carl se presentó como Kirilov.

La locura nunca le ha resultado extraña a Allen. Su madre, Naomi —otrora bella, otrora comunista convencida, una mujer que tocaba el piano a sus hijos—, ha estado entrando y saliendo de psiquiátricos desde que él era un niño; le han aplicado tratamientos de choque, la han lobotomizado. «Mi madre está en Loquilandia», dice Allen, como si Loquilandia fuera un lugar como Brooklyn o la calle 42, un destino

que nunca debes descartar. Quizá ve a Naomi en Elise. «Siempre me han atraído las locas intelectuales», confiesa en su diario seis años más tarde incluyendo a Elise en esta categoría.

Aquella primera noche él se la lleva a su piso de la calle Siete este y hacen el amor, acción que el analista de Allen habría aprobado y que al de Elise no le habría gustado nada. Volvía a caer en el desenfreno, volvía a caer en la falta de amor propio, volvía a caer, incluso, en tendencias autodestructivas; esta desnudez precipitada, esta entrega a un desconocido. Ya lo ha hecho muchas veces, y nunca ha encontrado el amor, tan sólo la confirmación de lo poco que vale.

Pero esta vez es diferente.

Unas semanas más tarde, Elise se refiere a Allen de un modo sorprendente: «Allen es mi intercesor».

En boca de una judía atea, aquélla era una afirmación extraordinaria. Seguía influenciada por T. S. Eliot, aunque faltaba poco para que renegara de él; últimamente también había estado leyendo a un poeta provenzal para quien la figura intercesora era la amada en lugar de la Virgen María. Allen se convirtió para Elise en la figura sagrada que podía interceder en su favor con un Dios encolerizado. En pleno siglo XX, parecía una forma peligrosa de pensar en alguien.

Y sin embargo… intercesor. Ese fue, desde el principio, el papel de Allen en la vida de Elise.

Ella había leído *Go*, por supuesto. Quizá con ese libro, con Stofsky, germinó la idea que se había formado de Allen:

> ¡Una visión! ¡Una visión! Las palabras iban aguijoneándole la conciencia como oleadas de fiebre cada vez más violentas. A medida que avanzaba, casi corriendo ahora, se veía perseguido por el extraño arrebato de lástima y rabia que le había asaltado en la librería. ¡Era amor!, gritó en su interior. ¡Un ectoplasma molecular que lo atravesaba todo como una luz desenfrenada y brillante! Lo había visto con claridad en un instante de lucidez pura: el cálido amor químico que buceaba bajo su terror.

Para Elise, con su terror a que no la amen, con su miedo a no llegar a ser aceptada nunca, a no encajar jamás, a ser una marginada entre los marginados; para Elise, que se cree una sombra, una Nada, un ser sin voz, toparse con este párrafo al pasar página en la soledad de una medianoche es como sentir que una ventana se abre en su interior; sentir una iluminación de esperanza. Si existe un Stofsky, es que ella tiene dobles. Dobles que también se odian y se desesperan; y estos sentimientos constituyen, extrañamente, el germen de sus visiones.

¡Él había tenido visiones! Sabía, por fin, lo que su madre, la triste y loca, «la que

> se había acostado con el diablo», había intentado contarle. ¡Había tenido una revelación! Y de repente sintió miedo de quedarse solo, como si estuviera percibiéndose por última vez. Tener que estar solo ahora le dolía mortalmente, y recuperó parte de su consciencia habitual. A nadie le importaba que un hombre se volviera loco, pensó absurdamente, tristemente; pero no paraba de reír mientras se vestía.

¡Que justo cuando uno parece totalmente acabado, la balanza se incline por fin hacia la vida! ¡Leer aquello y luego conocer a Allen! Elise debió de engañarse, sin duda, cuando sintió que la distancia inicial entre dos desconocidos desaparecía; como un desfase horario del espíritu. Si avanzas demasiado deprisa, puedes terminar desorientado.

Allen Ginsberg veía en la desnudez la mejor defensa contra el mundo. Una desnudez tan pura e indiscriminada, tan absoluta, que no dejara lugar a interpretaciones. La leyenda tan sólo tenía cabida en la realidad del instante efímero.

Así, Elise fue un momento en la vida de Allen. En la de Elise, Allen fue una eternidad.

Seis

Una «carta sueño» que John Clellon Holmes le escribió a Allen Ginsberg en 1954 contiene las siguientes palabras: «La forma social natural del artista es la pandilla de chicos». A lo que Allen, despertándose de repente, añadió severamente en su diario: «Y no el perfumado matrimonio que bendice la sociedad».

Los mensajes del Holmes real no contradecían a los del Holmes onírico. Incluso en 1977, después de años de matrimonio —el segundo— estable y valioso, después de que las consignas del movimiento feminista sacudieran la conciencia de los años setenta, Holmes escribió en el prefacio de una nueva edición de *Go*: «¿Nos parecíamos de verdad a estos jóvenes febriles y a estas mujeres descentradas que intentaban, torpemente, alcanzar el amor y la esperanza, comprender sus vidas y el tiempo que les había tocado vivir?». Y, si bien detalla escrupulosamente los modelos reales en los que se inspiran los personajes masculinos de su novela en clave, las «chicas» no son más que «amalgamas de gente diversa»; «tipos, más que individuos». No las recuerda muy bien; no eran sino pasajeras anónimas del gran autobús de la experiencia. Desprovistas de centro, ¿cómo iban a arder con la fiebre que consumía a sus jóvenes héroes? Lo que ellas hicieron, supongo, fue ocupar los asientos vacíos.

Es una mañana fresca de septiembre, el comienzo de otro curso. El profesor —canoso, rostro curtido, un aire a lo Lincoln que quizá resulte premeditado— entra en la pequeña clase donde sus estudiantes le esperan. Reina un silencio absoluto mientras se sienta tras la mesa de roble de principios de siglo y dispone sus lápices afilados, la lista de las alumnas matriculadas a su asignatura, sus dos delgados volúmenes de esto o lo otro; el último grito en crítica literaria, sin duda. Intimidadas desde hace ya rato, las alumnas estudian los seductores rasgos de este hombre —puritanos, severos, tremendamente americanos— a la caza de humor o compasión. ¿Podrán engatusarlo? Las juzgará este profesor X, el pez gordo de un estanque bastante pequeño, el del Departamento de Inglés de Barnard.

Imaginaos a este hombre de mediana edad que, sin duda, desearía estar en una aula de Harvard; eso sí que tendría mérito. No serán grandes satisfacciones para el espíritu, y no digamos para la vista, las que le depare enseñar a esta pandilla de chicas sin gracia alguna, pálidas y amorfas, que habrán escarbado en la bolsa de la ropa sucia en busca de algo que ponerse para ir a clase. Sólo una lánguida belleza de cabello rojizo y pecas deliciosas —y rodillas sensacionales, acaba de darse cuenta— podrá, quizá, salvar el semestre.

Desvía la vista de su objetivo y comienza. ¡Ajá! A ver si esto lo responden, piensa. Se levanta; su metro ochenta añadirá más dramatismo al momento.

—Bien. —Su tono es tan árido como el semillero cultural estadounidense—.

¿Cuántas de ustedes quieren ser escritoras?

Observa, entre sardónico y divertido, mientras una mano se levanta, vergonzosa, y luego otra, hasta que ondean quince. Aquí y allá refulge algún que otro anillo de compromiso.

En el aire flota la incomodidad de las alumnas. ¿Por qué les preguntará esto el profesor X? Sabe que su asignatura es obligatoria para todas las estudiantes que han escogido la especialización de Escritura Creativa.

—Lo siento mucho por ustedes —dice el profesor X, el experto en Melville y Hawthorne—. Muchísimo, porque, para empezar —ahora hay un destello de acero en sus ojos—, si quisieran ser escritoras no se habrían matriculado en mi asignatura. Ni siquiera se habrían matriculado en la universidad. Estarían viajando en trenes de carga, recorriendo el país.

El dogma de fe de 1953.

Las jóvenes aspirantes a escritora del aula acaban de entender que, por supuesto, no tienen nada que hacer. Una a una, todas las manos han ido bajando.

Yo era una de las que la habían levantado.

«La forma social natural del artista es la pandilla de chicas».

¡Esto es ridículo, vamos, a quién se le ocurre!

En enero de 1954 Allen Ginsberg ya vaga por Yucatán. Primero va a Chichen Itzá; tumbado en una hamaca en las ruinas de El Castillo, colocado de paracodeína, contempla la noche maya y ve «la cara de Naomi, joven y morena, sentada al piano en una fiesta, cerca, mirándome, esbelta y llena de vida». El pasado desfila bajo la forma de sueños mientras el presente se despliega en las junglas y en las solitarias carreteras de montaña y en las pirámides medio desmoronadas de antiguas ciudades donde cada mirada es completamente nueva. En Tacalapán, el sueño de una fiesta en Nueva York, una «reunión de almas» —Jack, Lucien, Bill y otros— «en la que todos posan, terriblemente alegres o trágicos». En Acá vaina, una visión de «la palabra *Tiempo*, como una inmensa pared de plata que tapia el cielo», y el fugaz recuerdo de un joven chapero rubio al que conoció en el Astor Bar, cerca de Times Square.

Sin blanca en Salto de Agua a mediados de mayo. Un jardín lleno de barro donde gotea la carne colgada de ramas de árboles en flor. Y sigue adelante, atravesando el paisaje lunar de Coatzacoalcos rumbo a una Ciudad de México, huérfana ahora de Bill Burroughs y Joan, tan ingeniosa y muerta. La sensación de que Joan ha quedado abandonada allí. Allen camina por la calle Orizaba buscando a su fantasma. En esta fusión germinan nuevas imágenes.

Cuando cruza la frontera hacia California en junio —escribe: «entro en Estados Unidos solo, desnudo con mochila, reloj, cámara de fotos, poema, barba»—, se diría

la encarnación misma del arquetípico vagabundo y escritor que el profesor X imagina; sólo sobra una palabra, angelical y andrógina: desnudo.

En la primavera de 1954 yo tenía dieciocho años y escribía un diario para la clase del profesor X. Llené muchas de sus páginas con descripciones de Alex Greer y de su círculo, al que me refería con el nombre de «la comunidad». La fascinación que había despertado en mí a los dieciséis años empezaba a dar paso a una impresión menos favorable:

> Los miembros de «la comunidad» tienen mucho miedo. Tienen miedo a los cheques devueltos, a los manuscritos rechazados, a las jerarquías institucionales, a su pasado burgués, al fracaso sexual y a la esquizofrenia. Creo que la esquizofrenia es lo que más les asusta; esta amenaza les parece más inminente que ninguna otra. Están convencidos de que es perfectamente posible que, un buen día, alguno de ellos «se vuelva esquizo».
>
> «¿Te has enterado de que D. era esquizo? Su madre también lo era. Cuando él tenía cuatro años ella prendió fuego a las cestas que hacía en terapia ocupacional y quemó la casa entera. ¿No es fabuloso?». La habitación vibra con risas incómodas y alguien dice: «¡Dios, hoy casi se me va la chaveta!».

En otra entrada, declaro:

> No quiero involucrarme demasiado en «la comunidad». La gente me atrae, pero, en cierto modo, todos se están muriendo lentamente, y yo no me quiero morir. Sí, me limitaré a observar. Elise, sin embargo, quiere integrarse. Siempre ha necesitado pertenecer a algo. Elise observa, mira mientras se entregan a sus juegos peligrosos, matando el rato entre el ahora y el desastre final.
>
> El papel de observador tiene sus ventajas. Puedes participar en el grupo tanto como quieras, pero cuando ves que estás implicándote demasiado basta decir: «Bueno, a fin de cuentas sólo soy una observadora» y retirarte otra vez a un lugar seguro.

Hacía algunos meses que salía con un chico que no pertenecía a «la comunidad»; tenía dieciocho años, igual que yo. Parecía que nos pasáramos el rato en los pasillos con las manos metidas en la ropa del otro, atentos al ruido del ascensor.

Como amantes, nuestro mayor problema se reducía a la falta de un lugar adonde ir. Al lado de esta tragedia, hasta la contracepción nos parecía sencilla. Steven, estudiante de Biología de Columbia, se había puesto a investigar la eficacia de los condones, la extraordinaria capacidad de la goma para resistir presiones elevadísimas. Me parece que quería casarse conmigo cuando nos hubiéramos licenciado. No creo que yo pensara casarme con él, aunque en ocasiones sí que me lo planteé. El matrimonio se me antojaba una evolución completamente inevitable: un buen día, sin darte cuenta siquiera, te levantabas y te encontrabas en un piso deprimente en Iowa o Indiana, afuera llovía, y eras la esposa de un licenciado.

Al final, con el pretexto de quedarnos cuidándole el niño, nos acostamos en casa

de Alex. No engañamos a nadie. Esta solución se me ocurrió tras comentarle la situación a Elise. ¿Qué pensaría Alex? Quizá me preocupaba demasiado lo que Alex pudiera pensar. En cierto modo, deseaba que quedara constancia de que ya no era la niña por la que me tomaba. Dentro de mí, en algún lugar, a punto de salir, estaba la persona que yo era realmente.

La noche que Steven y yo llegamos a la calle 112 Elise me esperaba con Alex. Qué oportunidad tan magnífica para ir al cine, dijo Alex. Fuera rugía una tormenta de dimensiones monzónicas. No sabía cómo darnos las gracias. Pasamos unos minutos charlando, formales y nerviosos. Aquello se parecía a la típica charla con los padres: «No llegaremos antes de medianoche», nos dijo Alex al salir de casa. Elise me abrazó y susurró: «Hemos puesto sábanas limpias».

Nunca había visto el cuarto de Alex tan ordenado; era como si esperaran invitados. Al otro lado del pasillo su niño dormía profundamente. Steven cerró la puerta y apagó la luz, y nos desnudamos a oscuras. «No tengas miedo», dijo. Sacó un condón de la cajita que traía y se empeñó en hincharlo hasta formar un enorme globo pálido para que yo pudiera comprobar de forma empírica que no había nada que temer.

Nos exploramos entre las sábanas y él se tumbó encima de mí, como en el parque. Pero ahora la cama y la desnudez de los cuerpos lo revestían todo de un halo solemne. «¿Ahora?», preguntó. Le dije que sí y se introdujo en mí, moviéndose y empujando con una energía que me sorprendió. Y de repente me puse a pensar en *Bodas de sangre*, de Lorca, que acababa de leer, y en las sábanas manchadas de sangre colgadas de la ventana para que el pueblo entero las viera. Se apoyó en mí, se estremeció, gritó un poquito y ahí terminó todo. Tumbada en la cama, me asaltó una duda completamente nueva: ¿aquello era todo?

Aquel verano de principios de julio Nueva York se quedó vacía. «La comunidad» se había dispersado. Se diría que todos tenían un lugar fuera de la ciudad adonde ir. Steven se había marchado a Woods Hole a estudiar Biología Marina. Me escribía cartas de amor con caras de perro triste dibujadas debajo de su nombre. Elise también se había ido, estaba haciendo de tutora en un campamento femenino en el norte del estado; se tomaba un respiro de Washington Heights. Nos escribíamos mucho. Recuerdo que las dos estábamos leyendo a Henry James: *Los embajadores*. Elise perdió su ejemplar y yo le mandé otro por correo para que pudiéramos mantener correspondencia sobre la renuncia de Lambert Strether a madame Vionnet, suceso ficticio que nos emocionó a las dos. La idea de renunciar a una pasión, el éxtasis moral del sacrificio por la «causa justa», nos parecía exquisitamente cautivador. A medida que avanzaba el verano, estaba cada vez más convencida de que el mensaje de James revestía para mí una importancia especial.

Encontré un trabajo de verano en la sucursal de la IBM de la calle 114. Copiaba

cifras en formularios que luego se introducían en máquinas perforadoras. Era una oficina de mujeres de mediana edad que llevaban el almuerzo en una bolsa. Te pagaban por horas. Tomé la costumbre de pasar por casa de Alex, que también se había quedado varado en la ciudad. Nunca había estado a solas con él. De vuelta en la IBM me descubría arrebolada e incrédula, maravillada, en el espejo del baño de mujeres. Me sentaba a la mesa a duras penas consciente de los números que, bajo mi lápiz, nadaban de un formulario al otro mientras el reloj avanzaba arrastrándose rumbo a las cinco.

Mis almuerzos eran cada vez más largos. Sumida en una agonía jamesiana, pasaba horas con Alex hablándole de mis padres, de lo que escribía, de mi ambivalencia respecto a la música; ésta le resultaba particularmente fascinante, y siempre ponía varios discos, como si quisiera dar con uno que pudiera curarla. «¡Escucha!», decía. Hacía un gesto de director de orquesta con la mano, y luego la apoyaba en mi hombro para que me fijara en algún pasaje de Shostakovich o Stravinski. Y yo me esforzaba, de verdad, por escuchar exactamente como él me había indicado; en el fondo, sin embargo, me ahogaba en sus ojos grises, en su boca fina y divertida. A veces me llevaba a dar largos paseos sin rumbo fijo. Caminábamos hasta más allá de Columbia, pasábamos bajo las vías elevadas del metro y llegábamos a la frontera de Harlem.

—Tenemos una relación —bromeó una vez mientras esperábamos para cruzar Broadway— como la de Tennessee Williams y Carson McCullers.

De repente me sentí confusa y decepcionada.

—¿Y qué clase de relación es ésa?

Tiró de mí para tenerme más cerca.

—Ya lo sabes, ¿no? Nos entendemos a la perfección… en algunas cosas.

Un día el almuerzo se prolongó hasta las cuatro; después de fichar me despidieron.

Procuré recordar que estaba enamorada de Steven. Era amiga de Elise, y aunque ahora ella vivía de las crípticas postales que le enviaba Allen Ginsberg, yo tenía la impresión de que Alex todavía le pertenecía. Y, además, Alex tenía veintinueve años, seguía casado, tenía un hijo y no era judío: una combinación de todas las cosas que a mis padres les parecerían inaceptables. Por no mencionar mis dudas acerca de él, que se colaron en un relato que empecé a hilvanar al final del semestre pero que nunca llegué a comenzar. En él, un personaje inspirado en Alex llamado Michael se veía obligado a ejercer una autoridad casi divina ante un grupo de personas bastante desesperadas; con todo, él sabía que no era capaz ni de mantener su vida a flote.

> Jane ama a Michael y cree en él. Es ella quien, más que nadie, logra que se sienta «Dios». Ella se ha vuelto responsable de los aspectos más rutinarios de su vida. Adopta, de hecho, el papel de madre. Él, sin embargo, se ve como una figura paterna.

A finales de agosto el Hotel Yorkshire se incendió en plena noche. Todos abandonaron sus habitaciones tosiendo y salieron a la calle mientras las sirenas de los bomberos resonaban Broadway abajo. Una chica de mi clase de Escritura Creativa se alojaba ahí. También había sido alumna de Alex, y solía bromear acerca de lo mucho que todavía le gustaba. Estaba en la calle 113, descalza y envuelta en un albornoz, cuando él apareció de repente. Se la llevó a la calle 112 y «no sé cómo…, una cosa llevó a la otra». Ella me llamó al día siguiente para contarme aquella noticia tan estupenda.

¿Cómo podía el amor estar tan sujeto al azar?

¿Por qué ella y no yo? Abandonándome a un desconsuelo muy poco jamesiano, le dije a mi madre que había pillado un virus estival y pasé dos semanas sin levantarme de la cama.

Llegó una carta. La habían enviado desde Florida, adonde Alex había ido con su hijo a ver a sus padres. «Joyce», comenzaba. Y después de mi nombre, un gran espacio en blanco. El resto consistía en una minuciosísima descripción del vuelo a Miami que incluía altitudes, vibraciones del motor e incluso las revistas que repartían las azafatas. Una carta dedicada a alguien que nunca había viajado en avión. Me curé del virus y esperé.

Al cabo de una semana me llamó desde una cabina de Broadway. Bajé corriendo a la calle para verme con él en una cafetería muy escondida de la calle 86. Entonces supe que aquél era el principio de mi vida de mujer.

Al final del verano se lo conté todo a Elise. Ya sabía que Alex y yo acabaríamos juntos, me aseguró. «Disfrutad mucho», se despidió. Como si fuera tan fácil.

En los años cincuenta, el sexo —si es que llegabas a practicarlo— era un acto serio y angustioso. A pesar de todo aquel «afán reprimido» que Holmes había descrito, ni las camas de los jóvenes liberados escapaban a los problemas. Una preocupación totalmente nueva, la de correrse o no —que ambos se corrieran era, para el hombre, tanto una obligación como un motivo de orgullo; para la mujer, por su parte, no correrse constituía una vergüenza—, transformaba ahora la pregunta «¿Te has corrido?» en un trámite pavoroso.

Muy a conciencia, la gente experimentaba aquí y allá.

En California vive un matrimonio a tres bandas que unos años más tarde será célebre: Neal y Carolyn Cassady y Jack Kerouac. En aquella época Jack trabajaba en los ferrocarriles con Neal y vivía en la buhardilla de su casa. «Mi colega y mi chica. Que os divirtáis, chicos, hasta luego», dice Neal un buen día al salir de casa. Socialismo emocional.

Compartir lo es todo. Ésta es una idea contra la que Carolyn, que ya ha compartido a Neal con demasiadas mujeres y también con Jack y Allen, lucha con uñas y dientes. Los hombres siempre se le escabullen, se escapan al ático y la dejan con los platos por lavar. Tras el primer susto, reflexiona y decide aceptar el reto de Neal.

> No me equivoqué al confiar en que mi apuesta cambiaría el patrón de nuestras vidas. Todo se me aparecía ahora bajo una luz nueva. Llegaron los buenos tiempos: ya formaba parte de cuanto hacían, y me sentía como la estrella invitada.

La temporada de armonía doméstica que siguió fue, quizá, lo más parecido a la felicidad absoluta que Carolyn Cassady conoció.

> Yo ejercía de mujer, y mis hombres eran hombres. Quizá hacían falta dos donde solía bastar con uno, pero tanto mejor…
>
> Mientras me dedicaba a mis tareas domésticas, los hombres se leían en voz alta pasajes de lo que estaban escribiendo; sus lecturas, acompañadas de encendidas conversaciones y críticas, también incluían a Spengler, Proust o Shakespeare… Escucharlos y llenarles las tazas de café me bastaba para sentirme feliz. Y, sin embargo, nunca me dejaron al margen. Me hacían comentarios y me integraban en el grupo con sonrisas y palmadas cariñosas, se interesaban por mis opiniones y me pedían que mediara en sus discusiones.

Pero al final todo termina explotando: otra utopía fracasada. A pesar de su generosidad, Neal se siente rechazado —«Dile al amigo que se busque otra chica»— y retoma sus frenéticos vagabundeos. No es capaz de quedarse en casa con Carolyn y los niños durante mucho tiempo. Jack se muda a un hotel de adobe en Ciudad de México para estar solo y poder escribirle a Carolyn tiernas cartas en las que le pide que vuelva con él. Pero se marcha antes de que ella llegue.

Sin embargo, serán amigos toda la vida. E incluso después de que los dos hombres hayan muerto, Carolyn nunca conseguirá comprender qué fue lo que pasó exactamente: «Es curioso, se diría que Jack siempre fue el cemento que mantenía unida a nuestra pequeña familia», cavilará, triste, veinticinco años más tarde.

«¡Ya lo tengo!» grita una chica desde la ventana del tercer piso del Hewit Hall en mi último año en Barnard. «¡Subid! ¡Lo tengo!». Lo guarda en un tarro que esconde en un cajón de la cómoda, debajo de la ropa interior. Es un cuenquito de goma marronosa cubierta de maicena, para que no se agriete. Lo levanta y nos enseña a Elise y a mí este artículo prohibido: contrabando. Basta con comprar un anillo en una tienda de saldos antes de ir a la clínica Margaret Sanger, y luego te inventas un nombre de casada, ¿qué hay de malo en eso? Ahora ella está lista. Tiene la llave que lo abre todo.

Elise se corta el pelo unos meses después y se convierte en la amante de una chica muy atrevida que se llama Sheila. Entra decidida en una barbería de puertorriqueños y pide que le hagan «un corte a lo Juana de Arco, *por favor*»[11]. Siempre lleva unos Levi's de tela rígida que le sientan fatal y alguna de las blusas de niña pequeña que su madre le compró cuando iba al instituto; carga con un bolso grande de un negro fúnebre, como los de las señoras mayores, que va columpiando, agarrado del asa, mientras camina por Broadway con la mirada perdida en la distancia, en un destino al que llegará en el futuro.

«Nadie va vestida como Elise —protesta su amiga Sheila—. ¡Ese corte de pelo y ese bolso! ¡Deshazte del bolso! ¿Cómo puede alguien tan brillante resultar tan torpe para estas cosas?». En todo lo demás, Elise es la lista, y ella, la tonta; Sheila sería la primera en admitirlo. No es más que una chica de Shaker Heights del montón. La típica niña de barrio residencial, que todos sepan a qué atenerse. Pasan las tardes tumbadas en la cama de la habitación de Sheila. Algunas noches, acompañadas de su «carabina», se aventuran hasta el Grapevine, un bar en el que las mujeres bailan con mujeres. La carabina es un conocido de Elise, un chico de Columbia un poco raro llamado Leo Skirt que se parece asombrosamente a Kafka y escribe relatos titulados *Leo en México* o *Leo el sionista*. Sheila y Leo se compinchan para meterse con Elise y picarla por su devoción por Allen, al que hace un año y medio que no ha visto.

Más que como amigos, Sheila y Leo, con aquel empeño suyo tan de familia por que Elise entre en razón, con su rechazo a todo lo que no sea la más estricta realidad, se comportan como parientes. Según Leo, la obsesión de Elise es tan trivial como cualquiera de las que hayan podido dominarle a él. En una ocasión, él llegó a pensar en suicidarse por un chico llamado David. «¿Y qué te lo impide?», preguntó Elise. En su lucidez, ella sabe a qué atenerse.

«Ya estoy harta de tanto Allen», dice Sheila; Elise también podría quererla a ella, a fin de cuentas. Pero amando a Sheila, Elise también ama a Allen, se reúne con

Allen en algún lugar de su mente, vive la vida de Allen: ama a Sheila igual que Allen ama a los hombres.

Algunas etapas del crecimiento se parecen al sueño. El durmiente sueña y se revuelve en la cama, pero permanece en su sitio, instalado en un continuo que, más tarde, recordará a duras penas. Así, no consigo recordar mis tres primeros años en Barnard; el último, sin embargo, se me aparece nítido y perfectamente definido. El año de Alex. El año del cambio. El año en el que dejé la música, en el que no me licencié, en el que rompí con mi familia: recuperé a la niña que cogía el metro para ir al Waldorf, a la que ahora una orfandad voluntaria había librado de tener que llegar a casa a las siete.

A los diecinueve años estoy ansiosa por convertirme por fin en la heroína de mi propio drama. La emoción y la novedad del amor llenan mi vida. Me elevo sobre el suelo, arriba, con más fuerza que una burbuja, y sé que me sentiré así para siempre. Cuando miro hacia abajo, percibo algunos obstáculos —mis padres, la atención que debería prestar a mis estudios, la tesis inacabada de Alex, la ambivalencia de sus sentimientos por Sally, el esnobismo de sus amigos, que no pueden entender cómo, después de haber estado casado con ella, puede salir conmigo—, pero si los sobrevuelas dejan de ser obstáculos. Incluso Elise se desvanece un poco, se retira en su propia vida ahora que yo tengo la mía.

Esta euforia es temporal y, por lo tanto, peligrosa. Para mis padres, el peligro equivale a la pérdida de la virginidad. Van desencaminados: ésta es la menor de las amenazas.

Mis padres ven en Alex al ladrón que les está robando a su niña (o a la niña que creen tener). La habilidad con la que hasta el momento he llevado una doble vida ha resultado excesiva. La nueva chica a la que ahora se enfrentan nos resulta una desconocida a todos. Imprevisible, temeraria. Apenas capaz de quedarse en la mesa hasta el final de la cena, corre a la calle sin que medie excusa alguna y regresa Dios sabe cuándo.

Cruzo la puerta de puntillas a las dos de la madrugada; en la habitación de mis padres brilla una luz pálida. Es mi padre, que mira el reloj con su linterna. Mi madre me vigila con el concurso de mis tías. Me siguen por Broadway; me informa de que me han visto. Me han visto entrar en el bar West End con un hombre. Me han visto cargar una bolsa de la compra. ¿A quién se la llevaba? Me han visto girar por la calle 112 con la mano escondida. Yo llevaba la mano escondida en el bolsillo, agarraba la llave que Alex me había dado y me apresuraba hacia su cama, sí, y hacia la desnudez y la oscuridad, y hacia el riesgo. Porque nunca termino de decidirme a ir a la clínica de Sheila. Es curioso: a algunas cosas nos atrevemos y otras, en cambio, nos dan miedo.

Un día llevo a Alex a casa para que conozca a mis padres, como si estuviéramos

prometidos. Casi lo estamos, aunque no tengo nada en común con las chicas de mi clase, con sus rebequitas de colores pastel y sus grandes anillos de compromiso. En nuestro caso, el acto precedió a la promesa. Los cuatro nos sentamos en el salón y mi madre se ofrece a servir un té. Inesperadamente, mi padre le ofrece una copa a Alex y saca esa botella de whisky que no abre más que en contadas ocasiones. Sirve una medida en cada uno de los vasos, como si así Alex y él, hombre a hombre, pudieran apartarse de mi madre y de mí. La visita es un desastre. Mis padres huelen al extraño que se oculta bajo el raído traje de franela que Alex se ha puesto para la ocasión. *No es uno de los nuestros*. Ni siquiera les impresionan sus títulos. Pero es un profesor de universidad, al fin y al cabo, y pronto será el doctor Greer. *Este hombre ha estado casado. No es judío. Es un seductor de ideas raras*. Ellos lo saben, una sabiduría ancestral los guía. Qué doctor ni qué historias. *Él no es decente*. Cual lobo arrimado a una verja, ha metido el miedo en casa. *Aquí hemos sido siempre gente decente*. Se dan cuenta de que se equivocaron con mi educación, pero ya es demasiado tarde. Su hija ha reducido a cenizas todos sus sacrificios, todo aquello a lo que han renunciado, un centenar de dolorosas privaciones. Con sus aspiraciones a una vida más refinada, me han empujado demasiado lejos, fuera de su alcance. *Si no la hubiéramos mandado a la universidad, esto no habría pasado*.

La decencia de mi padre y de mi madre es absoluta, incorruptible. Está cargada de un patetismo terrible; su sentimentalismo es tan heroico y desgarrador que te desarma. Son tan anticuados como el salón de su casa. Su inocencia, el gran logro de sus vidas, está pidiendo protección a gritos. Al final, tendré que irme para mantenerla a salvo.

En realidad, estoy muerta de miedo. Como una niña pequeña, me amparo en Alex. Necesito saber que me querrá para siempre. Al fin y al cabo, no soy tan distinta de mis padres: creo en el compromiso para toda la vida. Alex es el gran libertador de las chicas como yo. ¿No les dice a sus alumnas que se vayan de casa? Éste es el primer paso hacia la liberación sexual que tanto defiende. La represión de la generación de mis padres va más allá del anacronismo, dice él, es una enfermedad. Menciona a menudo las obras de un tal doctor William Reich, que sienta a sus pacientes en extrañas cajas de metal, como de película de ciencia ficción, para recargarlos con partículas eléctricas de energía sexual. Alex ya ha probado su tratamiento, y también el análisis freudiano, al que, tarde o temprano, tendré que someterme yo también. Al parecer, su amor es condicional: está pasando por alto a la niña vacilante que soy para concentrarse en la criatura segura de sí misma y espléndidamente transformada en la que me convertiré —por él— muy pronto, antes incluso de graduarme y de tener mi propio piso. En la cama trabajamos en mi transformación. Y como estoy demasiado consciente, siempre le fallo. Se diría que mis ansias por complacerle impiden que «me deje llevar», justo lo que él me pide. Siempre espero a que *eso* pase, y como *eso* no pasa, me asusto, y un día, cuando me pregunta si esta vez me he corrido, respondo que sí, me he corrido. La mentira le

alivia tanto que ya no me parece tan malo haberla dicho. Y la repito. Este secreto, que no puedo revelarle ni siquiera a Elise, se convierte en un elemento consustancial a nuestra relación. ¿Recurrirán a este subterfugio muchas mujeres? Que yo sepa, soy la única.

El amor ralentizó todas mis constantes vitales. Me saltaba las clases de Psicología Experimental y Novela del Siglo XVIII y Melville y Whitman, y las de Tragedia Griega. Ya casi ni aparecía por el gimnasio. Según una regla estúpida y anticuada, los créditos de asistencia a Educación Física eran un requisito obligatorio para la obtención del diploma final, pero nunca la habían aplicado, que yo supiera. En mi buzón del campus se amontonaban avisos sin recoger; cuando pasaba por delante podía verlos con el rabillo del ojo, apretujados en un casillero con mi nombre.

Una noche mi padre llamó al timbre del piso de la calle 112. De pie en el pasillo, con voz temblorosa, amenazó a Alex con denunciarle ante el decano McIntosh si no me dejaba. Escondida en la habitación de atrás, oí cómo Alex le decía, muy frío: «No puedo hacerlo, señor Glassman», y cerraba la puerta. Mi padre volvió a casa por Broadway, por las calles por las que ya no paseaba con él por las tardes. No mencionó aquella visita cuando, unas horas más tarde, regresé a casa. Sospeché que no le habría contado nada a mi madre. Esperé a que cumpliera su amenaza, pero nunca lo hizo. El único resultado que aprecié fue un cambio en Alex, un retraimiento que ya nunca desapareció. Me había clasificado en la categoría de sus «problemas».

La adversidad no une a la gente. Cobijándome en mi sensibilidad, lloraba en las cafeterías del barrio. Mi tristeza me parecía insoportable pero valiosa: una etapa que debes pasar para alcanzar una sabiduría más profunda.

Algunos días faltaba a clase porque sí. Era como si dentro de mi cabeza una orquesta tocara con sordina, tan lejos que no era capaz de oír su música. Oía tonos y ritmos que todavía no tenían sentido pero que lo sugerían, que lo auspiciaban. Escribía frases en mi cuaderno y, en ocasiones, conseguía acercarme a la orquesta. En otras, sin embargo, la orquesta me esquivaba y se desvanecía por las esquinas dejando tras de sí palabras pisoteadas que emitían ruidos débiles cuando las leía, como silbidos. Entonces me convencía de que la orquesta ya no volvería a tocar jamás, pero luego recomenzaba como si nunca hubiera parado. Se me había escapado, eso era todo.

Ni esta orquesta del lenguaje ni nada que se le pareciera me había acompañado jamás en mis composiciones musicales, a las que seguía entregándome en una especie de vacío, rellenando infinidad de páginas con unas notas que constituyeron mi último regalo a mi madre. Parecían tan profesionales…, decía. Como ya había hecho todos los cursos de composición de Barnard, tomaba clases particulares con el compositor Wallingford Riegger. De las fugas para piano había pasado a los cuartetos de cuerda.

Una vez a la semana iba a casa del señor Riegger y sometía a su juicio mis

últimas creaciones. Era un hombre de casi setenta años al que adornaba un sentido del humor algo irónico que nunca ejercitó a mi costa. Su apartamento era el más sencillo que había visto en la vida. Todo era austero, líneas rectas y desnudez. No había adornos en ningún lado. Los otros profesores de música con los que había estudiado tenían Steinways y alfombras, bustos de compositores famosos y fotos de antiguos alumnos firmadas. El señor Riegger trabajaba en una diminuta habitación para el servicio y tenía un viejo piano vertical sobre el que se amontonaban las partituras. Había creado sinfonías y ballets; hacía más de cincuenta años que componía. En 1925, cuando adoptó el sistema dodecafónico —fue uno de los primeros estadounidenses en hacerlo—, le llamaron *enfant terrible*. «Sentía la necesidad de expresar nuevas ideas para las que las antiguas técnicas ya no resultaban adecuadas», dijo. Fue el primer artista auténtico que conocí. Conocerlo fue un verdadero honor. Me alegraba que mis lecciones, una pérdida de tiempo absoluta, le reportaran algunos ingresos.

Un día le confesé al señor Riegger que sabía que, por mucho que lo intentara, nunca sería capaz de componer una pieza que me gustara de verdad. Lo sabía, dije, porque cuando escribía relatos u obras teatrales experimentaba algo totalmente distinto: la sensación de que, en algún momento, lograría crear algo perfecto. Con la música nunca la tuve.

«Pues entonces deberías dejarlo», respondió, tan amable, tan natural que me quedé atónita. Nunca se me había ocurrido dejarlo. «Déjalo ahora —dijo—. ¿A qué estás esperando?».

Sólo se me ocurría una razón para no hacerlo: decepcionaría a mi madre. Aun así, sabía que aquélla era una razón que el señor Riegger no iba a permitir que tuviera en cuenta. A él no le parecería más que un «extra», una cuestión menor. Cuando uno tiene una vocación, se entrega a ella sin vacilar.

Le pregunté si le parecía bien que lo dejara aquel mismo día. Con todo, la idea de no volver a verlo me entristecía.

Soltó una carcajada y dijo: «¡Bien!» con aquella alegría irónica suya, y me preparó una taza de té para celebrar mi decisión. Un sencillo té de bolsita sin limón ni azúcar.

Mi renuncia a la música fue tan absoluta que nunca volví a tocar el piano; durante mucho tiempo no fui capaz de escuchar un disco sin experimentar una incomodidad y una tristeza agudísimas; me sucedía incluso cuando era Alex quien escogía la música.

Mi madre reunió todas las piezas que había compuesto, las envolvió en plásticos y las metió bajo llave en el cajón en el que guardaba las cosas que más le importaban. Aquello hizo que me sintiera muy mayor, como si mi infancia también hubiera quedado encerrada con ellas y ahora le perteneciera más a ella que a mí. Debía de creer que algún día le pediría que abriera el cajón, pero yo sabía que nunca lo haría.

Siete

Un grupo de mujeres de mediana edad, señoras, matronas, están de pie alrededor de una mesa dispuesta sobre el césped, delante de la residencia del decano de Barnard. Llevan etiquetas identificativas pegadas al pecho con sus nombres de soltera y de casada. De vez en cuando, dos mujeres se acercan, se miran las caras con expresión dubitativa y luego, al leer la etiqueta, sueltan: «¡Oh, Dios mío! ¡Hola!».

Estoy buscando a la promoción de 1955, a la que vi por última vez, con toga y birrete, el día de mi no graduación. Una procesión de chicas que veinticinco años atrás salían en fila del gimnasio para reunirse con unos padres que las esperaban con el abrazo listo y cámara en mano. Mi padre hizo acto de presencia en aquella ambigua ocasión y me sacó fotos, una sola y otra con Sheila. Elise no había venido. Ni a ella ni a mí nos iban a dar el diploma, pero Elise no quiso participar en la ceremonia y pasó la tarde sentada en el bar West End emborrachándose, volvió al Yorkshire y se metió en la cama.

Me acerco a la mesa y me sirvo vino en un vaso de plástico. El tiempo no se ha mostrado benévolo con la promoción del 55: ha orlado de arrugas los ojos de aquellas chicas de cutis terso, ha ensanchado sus cuerpos. Ha despachado sus canalladas biológicas al por mayor. No era muy difícil de prever.

—¿A qué te dedicas? —Una de mis compañeras de clase está saludando a otra.

—Vivo en Scarsdale.

Una ocupación como cualquier otra, imagino.

—¡Estoy tan contenta de estar aquí! —dice.

Yo no estoy contenta. ¿Qué siento, entonces? Una curiosidad subversiva. El tiempo ha convertido mi pelea con Barnard en una comedia. Pasando por alto un par de detalles meramente técnicos, podría decirse que soy una auténtica ex alumna. Me llegan los boletines de la asociación, las colectas de fondos, las invitaciones a las reuniones anuales.

A los diecinueve, cuando conseguí mí primer trabajo a tiempo completo, le dije a mi jefa: «Espere; antes de contratarme tiene que saber algo». Era una agente literaria británica, una mujer afectuosa de una franqueza aplastante; no quería engañarla. «No me he licenciado —confesé—. Suspendí educación física». Hizo un esfuerzo por adoptar la solemnidad que las circunstancias requerían. «Eso a mí no me preocupa, la verdad», contestó.

Aquélla fue mi auténtica ceremonia de graduación. Nunca recuperé las clases que me faltaban.

Siempre me he mostrado reacia a volver a los lugares de los que una vez me marché; me resisto a los aniversarios, a las vacaciones en familia, a peregrinar a los cementerios o a visitar las oficinas en las que trabajé. Mi vida adulta ha sido una vida de interrupciones. Al pasar por delante de una casa en la que he vivido noto un tironeo en las entrañas: siento que podría abrir la puerta, subir por las escaleras, sacar

la llave del bolsillo y deambular por unas habitaciones que siguen exactamente igual que el día antes de la mudanza. Por eso evito algunas calles. Si voy a ver a mi madre al apartamento en el que, veinte años después de la muerte de mi padre, todavía vive, me asalta un sopor inmenso. Tiene un gato que araña los muebles. Una noche vomitó sobre la tapa del piano y estropeó el barniz de la caoba. Mis partituras siguen en el cajón, bajo llave.

Mi madre atesora el pasado con fruición, como algunas de mis compañeras de clase que asisten a las reuniones de la asociación de antiguas alumnas y se esfuerzan por no perder el contacto. Están al día, coleccionan noticias de matrimonios, nacimientos, muertes, divorcios y ascensos. Los de Barnard fueron, obviamente, sus mejores años. Algunas habían llegado en avión desde la otra punta del país para asistir a esta reunión; con ellas habían viajado los maridos, que al día siguiente las acompañarían a la cena de gala en el Club 21.

Francamente, he olvidado a la mayoría de estas mujeres. Si observo una cara durante un tiempo prudencial, el rostro empieza a rejuvenecer y el nombre me viene a la cabeza antes de que me haya fijado en la etiqueta. Recuerdos vagos de cuando me sentaba al lado de su fantasma adolescente en clase de Psicología I, del sol que entraba por la ventana, de aquel maravilloso olor de tiza y madera vieja y reseca de la universidad. Cruzamos una sonrisa educada, la situación no da para más. Hasta este momento, cada una había dejado de existir para la otra, y enseguida volveremos a perdernos de vista.

Observo la puerta por la que, desde Broadway, entran las rezagadas. En el momento menos pensado aparecerá Elise columpiando el bolso, con el pelo entreverado de gris, más corto que nunca, justo como solía amenazar que lo llevaría cuando hubiera cumplido los treinta. Pero quizá haya cambiado de opinión y lo lleve largo, recogido en un moño. Nos reiremos de cuan absurdo resulta haber terminado ahí, de la locura de habernos encontrado, tan adultas, en esta reunión.

«Me estoy dando perfecta cuenta de que no llevas la etiqueta identificativa», le digo, y despego la mía y me la meto en el bolsillo. «Escucha, Elise, hay un verso de Eliot perfecto para esta reunión…».

Seria, que no triste, me mira a través de sus gafas y dice, con su voz baja y cortante: «Date prisa, ya es la hora».

Me fui de la calle 116 el Cuatro de Julio de 1955; no había escogido aquella fecha por su carácter simbólico, sino porque era el primer día de un fin de semana largo. Había alquilado una diminuta habitación de servicio en un apartamento de la avenida Amsterdam, a cinco manzanas de casa. Pensaba llevarme ahí todas mis cosas con el carrito de la compra de mi madre; tendría que hacer muchos viajes.

Aquella mañana me levanté temprano y empecé a meter los libros en bolsas de la compra. Cuando creí que mis padres ya se habrían despertado, entré en su cuarto. Estaban durmiendo cada uno en su cama, separados por el zumbido del ventilador. «Tengo algo que deciros. Hoy me marcho de casa». Me entraron náuseas, como si acabara de matar a aquellas dos personas tan dulces. Hasta veía la sangre en las colchas de verano de color beis.

Había encontrado la habitación dos semanas atrás. Con las primeras pagas de mi nuevo trabajo había comprado una mecedora de madera sin barnizar, un pequeño escritorio, dos juegos de sábanas y un póster del niño azul de Picasso: el decorado de mi recién adquirida libertad. Los niños, eso lo sabía, no tenían muebles propios.

Todo se había llevado cabo en secreto, como los preparativos de un golpe de estado. No diría nada hasta que hubiera llegado la hora de marcharme. No había nada que discutir. Me daba un miedo atroz que lograran convencerme de que cambiara de idea.

—Necesito tu carrito para mi ropa y mis libros —le dije a mi madre.

—Ni se te ocurra —respondió—, ni se te ocurra pensar que puedes presentarte a comer cuando te venga en gana.

Pasé el día entero arrastrando el carrito por las aceras de ladrillo rojo del campus de Columbia. Nadie gritó. Nadie corrió a la puerta de la calle 116 para cerrarme el paso. En el silencio de su casa, mis padres deambulaban lentamente por las habitaciones como sí los hubieran herido.

Terminé antes de que anocheciera. Antes de salir de mi casa por última vez anoté mi dirección en un trozo de papel y lo dejé encima de la mesa de la cocina. Ya en mi piso, llamé a Elise y a Sheila, que compartían habitación en el Yorkshire. «Ya está hecho, supongo».

En los años cincuenta todo el mundo sabía por qué se iba de casa una chica de buena familia. Los motivos que la empujaban a sustraerse de la autoridad paterna estaban muy claros, y lo que haría cuando viviera sola, también.

En la calle 116 el portero lo sabía. Me había visto ir y venir con el carrito. Les contó a los vecinos que la hija de los Glassman era «mala». Llegó a fabricar un embarazo y, para que constara, les escribió una carta a mis padres. Mi madre me llamó por teléfono, llorando, para preguntarme si eso era cierto.

El crimen del sexo era como la «culpa por asociación»: aunque a ojos del observador el delito era invisible, resultaba muy fácil de imaginar. Sus consecuencias

se encargarían de ponerlo al descubierto.

Yo también sabía, y mejor que nadie, por qué me había ido de casa: para estar con Alex. Él era la encarnación concreta de un deseo mucho más abstracto: el deseo de ser «libre». Y con «libre» quería decir —si hubiera tenido que admitirlo— «sexualmente libre». En aquella libertad quedaban subsumidos todos mis anhelos. Para alcanzarla, estaba dispuesta a aventurarme en el mundo a mis diecinueve años, aun a riesgo de que mis cincuenta dólares a la semana me condenaran a vivir en la calle. En realidad, como nunca había llevado más de diez dólares en el bolsillo, cincuenta me parecían una suma considerable. Abrí una cuenta en Lord and Taylor.

No pensaba quedarme en mi habitación por mucho tiempo, sólo hasta que Alex y yo nos casáramos. No tenía más que demostrarle lo distinta que sería a partir de ese momento, ahora que ya no vivía bajo el techo paterno. Le demostraría lo independiente que era, lo poco que, en realidad, esperaba de él. Según mi peculiar esquema mental, la independencia era un requisito esencial para el matrimonio. Y sin embargo, era Alex, y no yo, el beneficiario de mi independencia.

Durante las noches que pasaba en mi habitación —situación que fue volviéndose cada vez más frecuente— me tumbaba en la cama con los ojos abiertos y esperaba a que llegara la hora de irse a dormir. No era añoranza de mi antigua casa lo que sentía, sino más bien abandono, como si yo fuera un abrigo que Alex hubiera colgado después de quitárselo.

Por la mañana volvía a sentirme bien: me levantaba para ir a la oficina y cogía el metro en hora punta. Cuando emergía en la calle Cinco dejaba que me engullera un formidable ejército de secretarias que avanzaba, implacable, hacia la avenida Madison. Aquello me reconfortaba, sentía que dejaba a mis espaldas a la chica de la cama. En las filas de aquel ejército, yo escribía a máquina, leía manuscritos, contestaba al teléfono y almorzaba sándwiches de huevo con ensalada en la cafetería de abajo (aprendí enseguida a identificar el plato más barato del menú).

Mi jefa, Naomi Burton —que, a pesar de mi licenciatura inconclusa, me había contratado—, se interesó por mí. Me dijo que yo tenía talento. Si trabajaba para ella durante unos cuantos años, podría convertirme en agente literaria. Me convenció de que le enseñara un relato que había escrito en Barnard y publicado en la revista literaria de la universidad. «Eres escritora —anunció—. Tendrías que atreverte con una novela». Telefoneó a un amigo suyo, un editor llamado Hiram Haydn que dirigía un célebre taller de novela en la New School for Social Research, y le pidió que me admitiera en su curso.

Era emocionante pero terrorífico; se diría que corría el peligro de cumplir el destino que mi madre había soñado y que tanto me había esforzado por esquivar. Aquello parecía estar sucediéndole a otra persona. Siempre procuré que mi madre no descubriera el relato que ahora Naomi Burton le mandaba a Hiram Haydn, un relato que había empezado en el instituto y que había escrito y reescrito de mil formas distintas. La protagonista era una niña de trece años a quien un buen día su madre le

confiesa que su matrimonio ha sido una amarga decepción.

Aquel año la publicación de *Bonjour tristesse* en Estados Unidos causó sensación. Trataba de la pérdida de la inocencia de una jovencita francesa que mantiene una aventura con un hombre mayor, el marido de una mujer que la ha ayudado mucho. Su autora, Françoise Sagan, sólo era un año mayor que yo. Su prosa era un elegante mohín de indiferencia gala y arrepentimiento sofisticado. La cara de colegiala de Sagan, perspicaz y algo melancólica bajo su corte de pelo a lo *garçon*, invadió durante una temporada revistas y periódicos. El pulgar le rozaba la comisura de los labios en un gesto entre infantil y provocativo. Con todo, parecía haberse acostumbrado a la fama con mucho aplomo. Se lo pasaba en grande, como se suponía que se lo pasaban los jóvenes escritores famosos. Una de las cosas que más le gustaban era conducir a toda velocidad deportivos de lujo; ahora estaba en una fiesta literaria, ahora se iba de fin de semana a un castillo francés, ahora se sentaba en un café para que la fotografiaran con su famoso pulgar. O eso me parecía a mí. Era la chica que F. Scott Fitzgerald podría haber inventado para torturar al pobre Dick Diver. Mis compatriotas le perdonaban su amoralidad porque era francesa.

Cuando Sagan pasó unas semanas en Estados Unidos, Alex devoró todas las entrevistas que le hicieron. Aquella chica tenía algo frenético y descarado que le resultaba totalmente nuevo. No paraba de decirme cuánto le gustaría conocerla. Aquél no era un encuentro muy probable, afortunadamente. Yo quería tanto a Alex que estaba segura de que Sagan lo encontraría irresistible.

En abril Alex se enamoró de una chica llamada Bobbie Weintraub que no se parecía a Sagan en absoluto. Se la robó a Antón, su compañero de piso, un estudiante de postgrado de Física que vivía con Alex para compartir gastos y al que Bobbie solía visitar falsificando los pases de salida de la residencia de Barnard. Era pequeña y decidida. Siempre iba impecable, y quería ser asistente social. Solía ordenar el salón de la calle 112; lo hacía mucho mejor que yo. Las afirmaciones de Alex solían despertar su asombro o su indignación, efecto este último que a Alex también parecía complacerle. Una noche se presentó en el piso cuando Antón estaba en la biblioteca y Alex y ella se acostaron. Antón pasó semanas enteras amenazando con suicidarse.

No me sentía capaz de superar aquella violentísima angustia. Era una angustia que me desgarraba cuando, cada mañana, me levantaba y recordaba que ahora Alex ya no me quería y que quería a Bobbie Weintraub. Yo sabía que, como ya no podría querer a nadie nunca más, me quedaría sola toda la vida. «Quiero que seamos amigos», insistía Alex, pero sólo hablábamos por teléfono. Con un tono invariablemente cortante, apresurado, dejaba claro que, si se reunía conmigo, Bobbie también vendría.

«Ve a terapia —insistía—. Prométeme que irás a terapia».

En junio no me vino la regla. Al principio se retrasó un poco, luego mucho, pero siempre confié en que la cosa terminaría solucionándose. Esperé, y algunas veces incluso sentí que estaba al caer. Pero al final no me vino. Aquél era un hecho tangible e increíble. Mi destino estaba escrito.

Iba a tener un hijo. Pero no podía tener un hijo.

El padre no era Alex. El padre era un chico de mi edad, un pobre desgraciado de Columbia que ya tenía problemas con el alcohol y que lo único que hacía era vivir con sus padres en Connecticut. No le quería. A veces te acostabas con alguien casi por error al final de una de aquellas noches imprecisas que duraban tanto que ya nada importaba; se trataba de no volver a casa. En aquellas noches no tenía cabida la premeditación, no podías tomar precauciones; debías confiar en la prudencia de un desconocido. El chico me había prometido que pararía antes de que fuera demasiado tarde, pero no lo hizo. Y aunque yo había estado a tiempo de recordarle su promesa, tampoco lo hice. Cuando recordé que estaba en la mitad del ciclo, que estaba en una habitación de la calle *96* este que olía a humo y a ropa sucia en la que se colaban, a través de la puerta cerrada, las voces de los últimos invitados, ya era demasiado tarde.

En aquella época ya tenía terapeuta. Cobraba 7,50 dólares la hora y había sido novio de la propietaria del apartamento al que me había mudado. Le conté mi problema. «Ya veo», musitaba, frotándose su gran mentón con la vista perdida en Central Park West.

Sobre la mesita danesa de estilo moderno que me quedaba cerca de la cabeza había un paquete de clínex. Había distribuido estratégicamente cajas de pañuelos en varios puntos del despacho. Pero yo nunca lloré.

Le expliqué al terapeuta por qué creía que no podía convertirme en madre. Dejando de lado que sólo tenía veinte años, vivía con cincuenta dólares a la semana y había perdido el contacto con mi familia. Antes me moría, le dije. Y luego hice lo que Elise me había dicho. «¿Podría prescribirme un aborto terapéutico?». (La primera vez que oí la expresión fue cuando Elise me explicó qué significaba).

«En absoluto, esto queda totalmente descartado», contestó.

Nunca se me ocurrió que lo descartaría.

La vida era, al parecer, algo sagrado. La independencia, sin embargo, podía castigarse con la muerte. Y como no podía ser de otra forma, el castigo reservado al sexo era de naturaleza sexual.

En aquella época algunas mujeres conservaban trocitos de papel, cual talismanes contra el mal de ojo, con los nombres de médicos que practicaban abortos ilegales. Ni Elise ni yo conocíamos a ninguna. Se trataba de ir preguntando. Les preguntabas a tus amigas y ellas les preguntaban a sus amigas, y la onda expansiva iba creciendo hasta que alguien cuyo rostro no llegarías a ver jamás desvelaba la misteriosa información que podía salvarte. Aquello llevaba tiempo, pero sólo tenías dos meses, según decían,

y uno ya lo habías perdido con las dudas iniciales.

El terapeuta llamó a mi compañera de piso y le sonsacó el nombre del chico que me había dejado embarazada. Luego telefoneó al chico y le amenazó con contárselo todo a sus padres a menos que se hiciera cargo de los costes de un aborto ilegal. El chico me llamó a mí, borracho y muerto de miedo. Yo sólo esperaba una cosa de él: que cuando fuera a abortar me acompañara; necesitabas estar con alguien conocido, pensaba. Pero nunca le culpé. Sentía que, en cierto modo, yo había permitido que aquello me sucediera. Había sido un momento, en la calle *96*, un instante de suspensión temporal durante el cual no me importó vivir o morir. Ahora me parecía vital no perder de vista aquel momento. Ahora sabía que el chico nunca me acompañaría.

Fui a ver al terapeuta por última vez para decirle que lo que había hecho estaba muy mal.

—Sí —asintió con aire avergonzado—. Probablemente me he equivocado.

—No voy a volver. Le debo treinta y siete con cincuenta. Atrévase a cobrarme.

Al final alguien dio con una persona que conocía a un médico en Canarsie. Cuando llamara a la agencia de publicidad donde trabajaba no me daría el nombre del doctor, sino que me invitaría a tomar una copa en el Rainbow Room, y entre Martini y Martini accedería a acompañarme al médico. Aquella persona no era una alma caritativa: era un joven con una afición peculiar, la de hacer de acompañante de chicas que abortaban. Me preguntaría si quería recuperarme en su casa de Fire Island. Lo más aconsejable era rechazar la oferta.

Las citas a ciegas eran una actividad social bastante popular en los años cincuenta. Sentada en el *cocktail lounge* del Rainbow Room, observando a través de las puertas con cristalera a los jóvenes de pelo cortísimo y traje de cloqué que salían del ascensor sin la pajarita roja que era mi santo y seña, me di cuenta de que, a pesar de aquel momento en la habitación de la calle *96* este, yo no debía de querer morirme; a fin de cuentas, estaba haciendo un esfuerzo enorme por seguir con vida. Si después de todo resultaba que me moría, habría sido por accidente.

Se presentó con media hora de retraso y un traje azul con rayas blancas. «¡Vaya, eres guapa!», observó complacido. Me dijo que le gustaban las rubias. Cuando nos hubieron traído las copas fue a hacer una llamada; volvió a la mesa y me dijo que el doctor nos atendería aquella misma noche. «Espero que no tengas planes», dijo.

En el metro a Canarsie me ofreció chicles de menta. Aunque había oído chistes acerca de la gente de Canarsie, no había estado en aquella zona de Brooklyn en mi vida.

Canarsie se componía de filas de casitas de ladrillo con escalinatas de cemento y jardines llenos de ropa tendida y santos de escayola. Los niños jugaban al béisbol en la penumbra. En Canarsie uno podía desaparecer.

Al médico pareció irritarle que hubiéramos venido, pero cuando llamamos al timbre nos dejó entrar y encendió la luz de la sala de espera. Era gordo, con los antebrazos poblados de pelo duro y gris. Llevaba una camisa blanca, sudada y arrugada, que le tiraba en la barriga. Aquella sala de espera tenía pinta de no haber alojado más que a gente muy pobre. De la pared colgaban diplomas enmarcados tras un cristal lleno de polvo. Intenté leer el latín. Me miró y me dijo que quería que supiera que él hacía operaciones de amígdalas; lo «otro» —no dijo «abortos»— le repugnaba. Intenté asentir, educada. Mi acompañante tomó la palabra.

—¿Qué le parece la semana que viene?

—Muy bien. El miércoles.

La idea del miércoles me aterrorizó. ¿Y si mi madre llamaba a la oficina y se enteraba de que estaba enferma e iba a verme a mi apartamento?

—No —protesté—. Viernes. Tiene que ser el viernes.

—En viernes cobro un suplemento —dijo el médico.

Aquella noche llamé a Alex y le pedí que, por favor, me acompañara el día del aborto.

«Con la condición de que tú y yo y Bobbie nos tomemos una copa».

Conseguí que una amiga mayor, de casi treinta años, me prestara quinientos dólares. Ella se los había pedido a un hombre casado muy rico que era su amante. Aquel viernes, con los billetes en un sobre cerrado metido en el bolso, pasé una hora entera delante de un estanco de la calle Catorce esperando al joven ejecutivo. Empecé a pensar que no vendría y me asusté muchísimo. ¿Sería capaz de encontrar la casa del médico yo sola entre todas aquellas hileras de casas prácticamente idénticas?

La neblina que flotaba sobre la calle Catorce hacía que incluso el aire cálido pareciera gris. Miré hacia la acera de enfrente, hacia los almacenes Klein’s, donde mi madre me llevaba a comprar saldos, y me imaginé muriéndome un par de horas más tarde, con el rótulo —klein’s— convertido en la última imagen que recordaría antes de perder la conciencia.

Pero al final el joven se bajó de un taxi e hizo acto de presencia. «Siento haberte hecho esperar». Llevaba números atrasados del *New Yorker*; había pensado que, mientras me operaban, podría ponerse al día.

El médico que operaba las amígdalas tenía una habitación en el piso de arriba donde sólo practicaba abortos. Era una habitación recién pintada, con todas las superficies cubiertas con toallas blancas. Él se puso una mascarilla y una bata blanca de cirujano. Se diría que el blanco era el color de su miedo.

«¡No se quite los zapatos!», me ordenó cuando me subí a la mesa de operaciones más vestida que desnuda. ¿Tendría que echar a correr si la policía llamaba a la puerta a mitad de la intervención? Me gritaba que hiciera esto y lo otro, y cuando vio que las piernas me temblaban se puso furioso. ¿Cómo quería que hiciera lo que tenía que hacer? Claro que si yo no quería que lo hiciera, no lo haría, a él le daba lo mismo. Le dije que sí, que quería que lo hiciera. Estaba llorando. Pero él no quería coger el dinero hasta que me hubiera puesto la anestesia local. Antes de acercarme el bolso me concedió un minuto, por si quería cambiar de opinión.

La cosa duró un par de horas, pero con el dolor se me hicieron mucho más largas. Tenía la impresión de que, con todo su miedo, aquel médico estaba siendo extremadamente cuidadoso, de que, después de todo, había tenido suerte al conocerlo. Cuando terminó me dio unas pastillas y me dijo que sólo debía llamarle si algo iba mal. «Pero ¡no quiero volver a verla por aquí, jovencita!».

Bajé la escalera de cemento de la entrada tambaleándome. Ya era mediodía en Canarsie, uno de tantos días de julio. Mi acompañante decía que nos costaría mucho encontrar un taxi y que deberíamos caminar hacia el metro. En una calle llena de tiendas, me apoyé en el escaparate de un supermercado hasta que paró un taxi. El mundo parecía haber recobrado su color. Ante mí desfilaban amas de casa con vestidos de nailon floreados, y en los parabrisas de los coches centelleaban diamantes de sol.

Mientras cruzábamos en el taxi el puente de Manhattan, el joven publicista me puso la mano en el hombro.

—Tengo una casa en Fire Island —se dispuso a tantearme—. Había pensado que este fin de semana…

—No, gracias —le respondí—. Estaré bien en la ciudad.

Retiró la mano y me pidió que le dejara en su oficina. «A menos que prefieras que te acompañe a casa».

Le dije que ya iría sola.

En el estado de Washington hay una montaña que se llama Pico de la Desolación, aunque la desolación no se eleva, sino que, más bien, es una fuerza que tira hacia abajo. Aquel julio Jack Kerouac viajó a la montaña para enfrentarse con el Vacío en una cabaña de vigilante de incendios en la sierra del Hambre. Tenía treinta y cuatro años; era un peregrino zen vestido con ropa del Ejército de Salvación y unas botas de montaña nuevas cuyas suelas, al cabo de sesenta y tres días de soledad, quedarían reducidas a la mínima expresión. En la mochila llevaba sobres de sopa de guisantes Lipton y un ejemplar de *The God That Failed*. Subía por el camino empinado que le había descrito un amigo, el poeta y estudioso del budismo Gary Snyder, que había pasado el verano anterior en la misma cabaña. Solo en la montaña, con el lacónico chisporroteo de las voces que, como inmateriales contactos humanos, le llegaban por la radio del puesto de vigilancia, Jack estaba listo para enfrentarse de una vez por todas con la sensación de mortalidad que cíclicamente lo abrumaba, aquella conciencia terrible de todos-vamos-a-morir, que lograba apartar momentáneamente gracias al sexo o al vino o a la frenética camaradería que buscaba en los poetas y los intelectuales de la ciudad, o a sus enormes esfuerzos por recordar, por dejarlo todo sobre el papel, para que no se esfumara sin dejar rastro. Escribía en hoteles de mala muerte de Ciudad de México, en el ático de Neal Cassady, en la monástica casita de madera que Gary Snyder tenía en la avenida Hillegass, en Rocky Mount, en el porche de la casa de su hermana, donde tenía que escribir en la cama con la máquina encima de las piernas, sobre una tabla; padecía flebitis, unas piernas con venas hinchadas que anunciaban su lenta marcha hacia la muerte.

Él lo sabía, contaba con algo más que señales. Estaban las muertes de su hermano Gerard, de su padre Leo Kerouac, de Joan Burroughs, con cuyo fantasma Jack todavía hablaba. A principios de año había sucedido algo que lo inquietaba más de lo que estaba dispuesto a admitir: el suicidio de Natalie Jackson. Era una de las chicas de Neal, «pelirroja, delgada, guapa, una tía verdaderamente pasada de vueltas y amiga de todos los que contaban en la playa». Así la recordaba Jack en *Los vagabundos del Dharma*. Según parece, Natalie se volvió loca de la noche a la mañana y se hizo un tajo en los brazos con un cuchillo, torturada por la visión de todos sus amigos cazados en una redada de la policía, una policía que llegaba al Greenwich Village e incluso a París. Se tiró desde el tejado pocas horas después de que Jack la dejara sola, incapaz de convencerla de que la vida sólo era una ilusión. Natalie era como el resto de personas a las que él conocía: no había entendido que ni la muerte ni el sufrimiento existían porque *nada* existía. En el periódico salió la foto de una X pintada con tiza en la acera que señalaba el lugar en el que había caído; ella no era más que un sueño en la película, acelerada, incansable, de la vida de Jack.

Pero en el Pico de la Desolación reinaba el gran silencio deshabitado de la naturaleza; la ciudad había quedado atrás. Allí tan sólo la naturaleza alimentaba su visión. El monte Hozomeen se alzaba sobre la cabaña de Jack. Roca negra, implacable. Era el Vacío que había ido a buscar, aunque si se ponía cabeza abajo la

visión aparecía bajo una luz más benigna, las montañas parecían «burbujas en el vacío». A veces la ciudad se deshacía en otra burbuja, «todo cabeza abajo en el vacío». Era un espacio negativo, todo él, frío e intimidante, que lo anulaba. O una Eternidad Dorada, como el sueño de un bebé en el que podía fundirse en una felicidad absoluta. «¡Soy yo quien ha cambiado y hecho todo esto, ido y venido, quejado y lastimado, y alegrado y gritado, no el Vacío!», exclamó Jack en el monte Hozomeen.

Por la noche, en su cabaña, como si estuviera en la cocina de su madre en Lowell, jugaba a un juego de baloncesto que se había inventado de pequeño. O pensaba en San Francisco, neón y ladrillo rojizo, en los bares de North Beach, en una chica de jersey blanco y escote redondo y seductor, en una botella de oporto Christian Brothers que se había bebido en el cine chino de Broadway al atardecer y en el paseo por Chinatown que dio después, un paraíso terrenal con patos dorados que colgaban bocabajo en los escaparates. Pero luego llegó el horror insondable de «Chinatown al amanecer cuando tiran las latas con basura y pasas asqueado y borracho y avergonzado. Horror sin fondo en todas partes». Ante lo que Joan Burroughs, susurrando desde su tumba después de una vida entera de ironía, asintió: todo es absolutamente deplorable, absolutamente prescindible.

No había respuestas concluyentes para esta pregunta. Como un prisionero, contaba los días que faltaban para su descenso. En el espejo veía la cara adormilada y sin afeitar del aburrimiento. Un hombre que, más que por el amor, suspiraba por un helado de cucurucho. Y también un asesino que había ahogado un ratoncito inofensivo en una palangana.

Aquel verano un oso negro gigante rondó por la montaña. Aunque encontró sus rastros, Jack no lo vio nunca. Lo llamó *Avalokitesvara*, bodhisattva de misericordia y compasión. Y lo esperó.

Cuando hubieron pasado los sesenta y tres días ya era septiembre y Jack bajó de la montaña. Pasó por Seattle y luego se dirigió a San Francisco por carretera. Era el otoño del «Renacimiento de San Francisco».

Cuando Jack Kerouac ya era famoso, hablaba a menudo de su deseo de vivir en las montañas como un ermitaño.

> Velada poética de celebración de los buenos tiempos. O vuelves a casa fastidiado o vuelves iluminado del todo. Allen Ginsberg toca *hot*, Gary Snyder toca *cool*, Philip Wahlen sopla la lacónica tuba… La única y definitiva aparición del Apocalipsis actual.

Es una tarde de mayo de 1956. Un pequeño teatro improvisado en Berkeley. El público ha sido convocado con una postal de invitación. Casi todos son jóvenes: poetas y estudiantes, esposas y novias de los poetas y estudiantes. El teatro está oscuro, pero en la pared hay unos extraños dibujos pegados. Si te acercas y los miras con atención, verás a dos hombres desnudos, Allen Ginsberg y Peter Orlovsky, haciendo el amor.

El público permanece imperturbable, igual que el joven flaco y apasionado de jersey negro y arrugado que sube al escenario para leer su manuscrito, todavía inédito. «Vi las mejores mentes de mi generación destruidas por la locura…». Si se produce algún impacto, es el impacto de una identificación que se activa en una serie de sinapsis eléctricas. «… hambrientas histéricas desnudas, arrastrándose por las calles de los negros al amanecer en busca de un colérico pinchazo, *hipsters* con cabezas de ángel».

El poeta lee con aquella voz baja y extrañamente persuasiva que ya tenía cuando, a los diecisiete años, conoció a Jack Kerouac en el campus de Columbia; aquella voz que, en su timidez, alberga un poder oculto. «¡Moloch!», grita, y el poder emerge a la superficie. «¡Moloch cuyo amor es aceite y piedra sin fin! ¡Moloch cuya alma es electricidad y bancos! ¡Moloch cuya pobreza es el espectro del genio!».

Cada carga contra Moloch desencadena abucheos y silbidos. Cual profeta de una revolución inminente, Allen cautiva al público y termina en una apoteosis cromática, en un arco iris de focos, en una avalancha de poetas que se acercan a darle la mano y en el abrazo de Kerouac.

Jack, que le puso el título al poema de Allen, está borracho otra vez, igual que la primera vez que Allen leyó *Aullido* en público; aquella noche de octubre en la que la Six Gallery dio a luz al Renacimiento de San Francisco. Entonces Jack también hizo el payaso, rió a carcajada limpia, regó al público con generosas jarras de vino. Desde 1951 lleva escritos once libros. Allen está decidido a mencionarlos todos en la dedicatoria de *Aullido*, que dentro de poco editará City Lights con la observación irónica: «Todos estos libros están publicados en el Cielo».

Cosa curiosa: esta lectura, a pesar de las apariencias, no es un punto de partida, sino una recreación. Los poetas son los mismos, pero esta vez el público ya sabe qué esperar y, por lo tanto, participa en la *performance*. Es el ritual de un movimiento que apenas ha cumplido un año pero que está madurando muy rápidamente.

Atraído por lo que ve, Richard Eberhart, un poeta que ha llegado de la Costa Este, escribe un artículo para el *New York Times Book Review*. Algo nuevo se cuece en San Francisco, una revolución de la conciencia. Relegando a poetas de la Costa Oeste como Kenneth Rexroth, Robert Duncan y Michael McClure —y sembrando así las semillas de la discordia— dedica buena parte de su artículo, que se publicará a

principios de septiembre, a Allen Ginsberg.

Cuando Jack Kerouac bajó de su montaña, un fotógrafo de *Mademoiselle* ya se había instalado en la ciudad con la intención de reunir a todos los poetas del Renacimiento de San Francisco para un retrato de grupo. Michael McClure y Kenneth Rexroth, que no quieren salir en la foto con Ginsberg y su círculo, acuerdan con el fotógrafo una sesión independiente. «O vamos todos de la mano, o nada», insistió Allen. Empezaba a dudar entre salir de escena o llevarse la revolución a otra parte.

En el otoño del 56, tras haber sobrevivido por los pelos a mis veinte años, estaba a punto de cumplir veintiuno. Aquel curso intensivo de experiencia humana que había seguido hacía que, en ocasiones, me sintiera extremadamente mayor. No era una sensación del todo desagradable, sino nueva y extraña, como pasearse enfundada en una prenda rara, exótica, que te hacía invulnerable a todo y, a la vez, te aislaba de casi todas aquellas personas con las que compartías el día a día. ¿Qué ibas a temer si ya habías tocado fondo? Me sentía sola, pero no tenía miedo. La vida me parecía gris, pero no imposible.

Había encontrado trabajo en otra agencia literaria y ganaba algo más. Me mudé a otro apartamento; estaba a dos pasos del de Alex. Trabajaba en la novela sobre Barnard que había empezado en el taller de Hiram Haydn. Alex y Elise salían en mi novela; al transformar a Alex en un personaje, le despojé de su poder para herirme. Como yo, mi heroína se embarcaría en una relación con el personaje inspirado en Alex y acabaría sola. Según la recreación ficticia a la que había sometido mi vida, sería ella, la heroína, la que le dejaría después de que pasaran una única noche juntos. La premié con un viaje a París. Cada día escribía a máquina cuarenta cartas y soñaba con poder largarme, igual que ella.

Todos mis amigos parecían poseídos por una extraña inquietud. Los viajes estaban al caer. Un día, a la hora del almuerzo, Elise y Sheila fueron al Rockefeller Center para solicitar el pasaporte; se hicieron fotografías, rellenaron los impresos… Ni la una ni la otra, sin embargo, tenían un centavo.

El domingo que salió publicado el artículo de Allen, Elise me llamó y me lo leyó por teléfono con una voz agudísima. Aquello desplazó nuestras fantasías viajeras hacia San Francisco, ciudad de poetas a la que se podía llegar en el autobús de la Greyhound y cuyas empinadas calles adquirieron, en nuestra mente, un perpetuo halo dorado. Pensaba en San Francisco igual que, a los trece años, sin haber siquiera estado allí, había pensado en el Village. ¿Sería de verdad tal y como decían? Imaginaba una comunidad en la que, por fin, encajaría. Porque yo no encajaba en el resto del país, aunque me las apañaba mejor que Elise. Me esforzaba por presentarme en las oficinas de la avenida Madison con el cabello bien recogido, enrollado en un moño que sujetaba en una especie de donut de goma. Mi identidad laboral era tan

precaria como mi peinado. Un día de éstos me descubrirían. Había infringido la ley, me había acostado con hombres, sentía un profundo desprecio por los libros que la Agencia Literaria MCA intentaba venderles a las editoriales. Más que envidiable, la vida de mis superiores me parecía vacía. Tan sólo la publicación de mi novela podría transformar mi existencia y convertirla en lo que yo quería que fuera.

Aunque ella no lo admitiría jamás, los motivos que empujaban a Elise hacia San Francisco eran románticos. Aquello me preocupaba. ¿Y si Allen Ginsberg no se alegraba tanto de verla? Hacía ya tres años de aquella noche en la calle Siete este de la que Elise todavía hablaba. Yo veía en el olvido un instrumento utilísimo para seguir adelante. Los amantes a los que no podías olvidar eran peligrosos. Y Allen Ginsberg, en cierto modo, siempre había sido legendario, incluso antes de que el *New York Times* le hiciera famoso.

Una amiga de Barnard trabajaba en *Mademoiselle*. Un día fui a verla a la redacción y me enseñó las pruebas del artículo sobre el Renacimiento de San Francisco que pensaban publicar. Había una foto de Allen con otros tres hombres: un matón angelical llamado Gregory Corso, un intelectual de nombre Philip Whalen y un escritor con un crucifijo al cuello y una maraña de pelo negro pegado a la frente, como si le hubiera sorprendido la lluvia. Tenía algo salvaje y triste que no resultaba en absoluto adecuado para la ocasión. Era Jack Kerouac, por aquel entonces una celebridad subterránea. Como sus compañeros de foto, frecuentaba North Beach, un barrio venido a menos que, de repente, se había visto invadido por cafeterías, clubes de jazz y bares; allí también había abierto una librería magnífica llamada City Lights que se había convertido en el centro de operaciones de los poetas del lugar. Fue así como a varios miles de jovencitas de edades comprendidas entre los catorce y los veinticinco se les entregó el mapa de una revolución. *Mademoiselle* se preciaba de estar al día.

Recuerdo al hombre de rostro sombrío y angustiado cuyo apellido, de tres ásperas sílabas, no se parecía a ningún otro. Poco después volví a leer aquel apellido en un libro de mi oficina. En la estantería en la que terminaban las obras que la agencia ya había retirado de la circulación reposaba un ejemplar muy estropeado de *La ciudad y el campo*. Cuando pregunté qué hacía ese libro en MCA, me dijeron que se trataba de la obra de un escritor muy prometedor pero absolutamente intratable; no habían logrado colocar ninguna de sus novelas, y aquello le enfurecía. A veces parecía actuar bajo los efectos del alcohol. O de algo peor, quizá. Un buen día, un tal Ginsberg, igual de chiflado, se había presentado en la agencia sin cita previa exigiendo que le devolvieran los tres manuscritos, anunciando que él era el agente de Kerouac. ¡Hasta nunca!

Pregunté si podía tomar prestado el libro de Kerouac. Me lo llevé a casa y nunca lo devolví.

Ocho

Una gélida mañana de noviembre de 1965 un coche cubierto de polvo, sobre cuyo techo se amontona una variopinta colección de bultos y en cuyo interior se apretujan los pasajeros, igual que en un número de circo, entra en el Village y se detiene en una calle cerca de Sheridan Square: Allen Ginsberg ha llegado a Finland Station. Se abre una puerta y él sale del coche y estira las piernas, entumecidas; y luego baja Peter Orlovsky; y luego baja Lafcadio, su hermano de quince años; por último aparece Jack Kerouac. Bajan las mochilas del techo. El coche arranca con los dos desconocidos con los que han recorrido los casi cinco mil kilómetros que separaban Ciudad de México de Nueva York, un puertorriqueño y una maestra que le aconsejaron a Lafcadio que hiciera ejercicio y se enrolara en el ejército.

Sin rumbo, se quedan en la acera soportando el embate del aire frío, encendiendo cigarrillos, decidiendo adonde ir. Jack, taciturno y más delgado de lo que Allen le ha visto nunca, tose mientras fuma. Está sin blanca, aunque cuenta con un dinero que, espera, no tardará en llegar: quizá Grove Press compre *Los subterráneos* a un centavo la palabra. Quinientos dólares le llevarían a Tánger, donde Allen piensa reunirse con Burroughs en cuanto él y Jack y Gregory Corso hayan tomado al asalto Nueva York, victoria que Allen da por segura. Es su momento. América está sedienta de poetas proféticos. «Grandes Oklahomas trémulas necesitan poesía y desnudez», le había dicho Allen a Jack en Ciudad de México para sacarlo de su letargo, del desaliento que está apoderándose de él justo ahora, cuando están a punto de conseguirlo, cuando están a las puertas de la fama. Una fama, quizá, internacional, le repite Allen a Jack; él sabe cuánto la anhela su amigo, y también conoce su vergonzoso secreto: el gusano de la envidia que anida en su corazón.

El desarrapado ejército de Allen, que en esta esquina de Nueva York todavía no ha abandonado el anonimato, necesita dormir en algún sitio. Allen va a la cabina y hace unas llamadas.

«Me robaste el Vacío», le dirá Jack cuatro años más tarde.

Cuando estaba contenta, Elise parecía irradiar un resplandor oscuro; su voz la delataba, como si detrás de sus palabras brillara una luz encendida.

«Allen ha vuelto», dijo.

Había vuelto, pero no para quedarse, por descontado. Se pondría en marcha de nuevo al cabo de un par de meses. Peter estaba con él, Peter era tan guapo… Se instalarían en su casa aquella misma noche. A Sheila no le importaba.

Le pregunté quién era Peter.

«El amante de Allen».

Un día me pasé por ahí a verles. Sería primeros de diciembre.

El apartamento relucía como si no hubiera quedado ni un centímetro por fregar ni

barrer. A Peter le encantaba limpiar, me contó Sheila. Lo hacía así de bien porque había trabajado de celador en un hospital, allí había aprendido. «Lo adoro», dijo, y me enseñó cómo habían cambiado los muebles de sitio. En una de las habitaciones, en el suelo, uno al lado del otro, estaban los dos colchones que Elise y ella consiguieron en el Ejército de Salvación y que tuvieron que cargar por las escaleras hasta el sexto piso cuando se mudaron al apartamento.

Recuerdo que me entró mucha vergüenza.

Perdí la vergüenza con unas cuantas visitas más. Todo me parecía extrañamente normal, como si estuviera en un tipo de familia totalmente nuevo. Me di cuenta de que la normalidad no es un criterio permanente: lo «normal» podría ser, al fin y al cabo, una idea artificial.

Lo cierto es que, ese invierno, aquellas cuatro habitaciones en Yorkville se convirtieron para mí en el lugar más emocionante del mundo. La energía de Allen era una fuerza mágica que atraía a personas, ideas, manuscritos, y los mezclaba en combinaciones siempre nuevas que podían durar una tarde o toda una vida. El cálido y sereno faro de su atención nunca dejó a nadie a oscuras; tomaba en serio al chico que había ido en metro para enseñarle los ripios que traía apuntados en su cuaderno y al crítico célebre por igual.

Aullido acababa de publicarse. Aquel librito cuadrado, blanco y negro, sólo se podía encontrar en dos lugares de la ciudad: la cocina de Elise y la librería de la calle Ocho. Como un general de la guerrilla, Allen tendía sus emboscadas al mundillo literario: se ofrecía al *New York Times*, al *Time*, al *Life* y al *Village Voice* para que lo entrevistaran; se dejaba caer por las editoriales y los cócteles dispuesto a convertir a agentes, editores y críticos en adeptos de su revolución. Los exhortaba, los fascinaba, los insultaba. En alguna ocasión incluso se desnudó para ilustrar lo que trataba de decir, como ya había hecho cuando, durante una lectura en Los Ángeles, alguien del público lo interrumpió. Y cual apóstol rubio o hermano pequeño, Peter Orlovsky siempre estaba a su lado, dulce e infatigable, el punto de equilibrio.

En el apartamento de Yorkville, Elise le esperaba. Planchaba, hacía sopa, le cogía los mensajes, se tumbaba en el colchón a fumarse un cigarrillo y contemplar el horizonte de azoteas que las palomas sobrevolaban en el cielo de invierno. Pasaba mucho tiempo con Lafcadio Orlovsky, que se alojaba en una pensión. Era un chico raro y callado en cuyo rostro la adolescencia había irrumpido en forma de granos. Podía pasarse horas encorvado en un rincón dibujando diminutas escenas de ciencia ficción que luego circulaban de mano en mano; cuando se decidía a hablar solía preguntarte qué habías soñado. A Elise le preocupaba la inactividad del chico. Lo convencía para que la acompañara a dar paseos, se lo llevaba al museo Frick para ver los cuadros de Fra Angélico. Prometió que cuidaría de Lafcadio cuando Allen y Peter estuvieran en Tánger, cuando —eso Elise lo sabía— la espera volviera a ser inmensa y desolada.

Sheila creía que Elise estaba diluyéndose en Allen. «¿De quién es esa idea, tuya o de Allen?», gritaba mientras arrojaba los cacharros al fregadero. Le confesó a Leo Skir que estaba perdiéndole el respeto a Elise. Según Sheila, Peter era el mejor de todos, el único que tenía en cuenta los sentimientos de los demás. Leo se pasó por ahí un día y no le gustó lo que vio: «Fui a Columbia por usted», le confesó a Allen. Él miró a Leo un buen rato y luego dijo, pensativo: «Columbia ha echado a perder a mucha gente». Aquella noche fueron al cine, a la calle 42, y vieron *I Vitelloni*, una película que iba de una pandilla de inadaptados romanos. Leo nos dijo que Lafcadio había creído que transcurría en Nueva York.

Los Orlovsky desconcertaban a la gente. Podías llegar a tomarlos por auténticos ángeles karamazovianos, como los describía Allen, porque no sabías qué más pensar. La inocencia de Peter tenía algo de salvaje. Parecía totalmente virgen, alguien a quien, sin previo aviso, hubieran lanzado a un mundo en el que carecía de referencias y coordenadas. Peter sólo me llevaba un año. Cuando alcanzó la adolescencia era prácticamente analfabeto; había crecido con otros cuatro niños desatendidos y asustados en un gallinero reconvertido en vivienda en Northport, Long Island. Sus padres, inmigrantes rusos, eran alcohólicos. Su padre pintaba motivos en corbatas de seda y vivía sumido en un desempleo crónico. Northport era una ciudad de clase media y, allí, los niños Orlovsky eran unos parias. Julius, el mayor, se volvió loco y lo encerraron en un psiquiátrico; Peter se enroló en el ejército y terminó en San Francisco, donde trabajó de modelo para un pintor y se convirtió en su amante. Una tarde de 1955 Allen fue al estudio de Robert LaVigne y se quedó prendado de un retrato de un joven rubio con cebollas a sus pies. Al cabo de un rato, Peter entró en el estudio. Estuvieron juntos desde entonces. Con la ayuda de Allen, Peter rescató a Lafcadio y se lo llevó a la Costa Oeste.

A finales de la primavera de 1956, seis meses antes de que llegaran a Nueva York, Allen recibió un telegrama que le informaba de que su madre, Naomi, acababa de fallecer en un psiquiátrico estatal. Poco antes, Allen había sufrido un ataque de pánico. Durante un tiempo pensó que lo mejor sería que Peter y él rompieran y empezaran a salir con chicas. Quizá la muerte de Naomi obró, finalmente, un efecto liberador, y Allen se decidió a ser él mismo. Ya no parecía sentirse obligado a escoger. Peter y él podrían compartir a las mujeres o amarlas cada uno por su cuenta o amar a otros hombres. Eso ya no importaba: cada uno tenía el alma del otro. Siempre se querrían.

No sé si aquello le dolió a Elise; ni ella podría admitirlo, ni yo me atreví a preguntárselo. La pregunta parecía delatar una mentalidad cerrada, algo que tendría que esforzarme por superar durante toda mi vida.

Leí *La ciudad y el campo*. A veces intentaba imaginarme al hombre cuyo rostro había visto en la fotografía de *Mademoiselle*. Allen y Peter me presentaron a Gregory

Corso, pero siempre iba al apartamento de Yorkville con la secreta esperanza de que, esta vez, Jack Kerouac terminaría apareciendo. Tenía novia, claro; no se interesaría por mí.

El día que llegaron a Nueva York, Allen le encontró alojamiento a Jack: un apartamento del Village que compartiría con dos conocidas de Allen llamadas Virginia. «Jack está con las dos Virginias», decía satisfecho, como si las Virginias fueran dos guardianas amazonas grandes y fieras. En realidad, no eran más que dos chicas del Medio Oeste que se parecían un poco: eran altas, masculinas y de ojos negrísimos, y ambas se psicoanalizaban. Eran chicas que sabían divertirse: en su nevera nunca faltaba la cerveza, y daban fiestas, y apoyaban los pies en cualquier parte presumiendo de piernas largas, y encendían la radio y hacían que todos bailaran con ellas las canciones de Sinatra y Presley. Una Virginia había estado locamente enamorada de Lucien Carr durante años; como era de esperar, ahora Jack estaba loco por la otra.

Como amante, sin embargo, era extremadamente desorganizado. Noche tras noche llamaba a Allen desde cabinas sucesivas —desde el Fugazi's, el San Remo, el Riviera Bar— en sus vagabundeos por el Village en compañía de ruidosos grupos de bebedores mientras, en casa, las dos Virginias esperaban echando chispas. La Virginia de Jack lo reprendía por su informalidad, le acusaba de aprovecharse de ella, le brotaba un sarpullido y le imponía el castigo supremo: ya no se acostaría más con ella; órdenes del psiquiatra. En Navidad Jack huyó de la furia de Virgina y viajó haciendo autoestop hasta Carolina del Norte para refugiarse, melancólico, con su madre y su hermana.

La noche de Fin de Año, Allen, Elise, Peter, Sheila y yo nos apiñamos en un taxi y fuimos a la fiesta que Lucien Carr daba en su apartamento de la calle Grove. Recuerdo lo que llevaba aquella noche: un vestido de terciopelo negro sin mangas con una faja larga de satén que me había dado el temerario e irresponsable gusto de cargar en mi cuenta —impagada— de Lord and Taylor. Pasarían quince años antes de que volviera a sucumbir a tan burguesa elegancia.

Ya conocía, por supuesto, la famosa historia del acto gratuito de Lucien Carr que circulaba por Columbia, y me resultaba extraño pensar que iba a verle en persona. El Lucien al que conocí era un hombre de treinta y un años (aunque a mí me pareció mucho mayor) que se levantaba por las mañanas para trabajar en una editorial y que tenía una esposa encantadora y dos niños rubios que, con sus pijamas de rayas, nos dieron a todos las buenas noches. Su corte de pelo era extraño, irregular, y llevaba gafas de concha y un traje de *tweed* marrón con el que no se parecía a Rimbaud en absoluto. Metía troncos en la chimenea y echaba hielo en la bebida de sus invitados. Se encaprichó de Elise, su nombre parecía divertirlo enormemente. Elipse, la llamaba. O Eclipse. «¡Bien, Eclipse!, ¡¿qué tomas?!», gritaba desde la otra punta de

la habitación, y su esposa, Cessa, se sonrojaba y decía: «¡Oh, por favor, Lucien!».

Esto dará la medida de lo salvaje que resultó aquella velada, que probablemente habría resultado menos apagada —en eso estuvieron todos de acuerdo— si Jack hubiera estado ahí. Lucien no hacía más que hablar con Allen de los viejos tiempos, de cosas que habían sucedido doce años atrás. Historias del West End y de un apartamento de la calle 115, y de una chica llamada Edie Parker, y de Joan Burroughs, la mujer que había muerto. Parecía que una parte de Lucien hubiera quedado encallada en aquella época, perdida para siempre, y que él hubiera terminado convertido en algo que no tenía que ser.

A medianoche, en la calle algunas personas tocaron silbatos. Ya era 1957.

A fecha de 1982 todavía existe la Escuela Jack Kerouac de Poética Incorpórea, fundada en Colorado en 1976. Se ha publicado *El libro de Jack; Jack Kerouac: América y la generación beat: una biografía* y —éste es mi favorito— *Kerouac: A Chicken Essay*, obra de un poeta surrealista franco-canadiense. Sin olvidar la plétora de folletos, tesis, artículos y capítulos de libros. Una publicación anual rememora a los *beats* y las «Indescriptibles Visiones del Individuo». Se está construyendo su hagiografía. A Jack, que ya ha regresado al Vacío, le sorprendería saber que incluso existe una revista literaria exclusivamente consagrada a su persona, de nombre *Moody Street Irregulars* (bautizada en honor de la calle de Lowel en la que vivió de niño). En uno de los números atrasados, un estudiante de postgrado reunió una cronología algo caprichosa de la vida de Jack Kerouac. En la columna de 1957 aparece una enigmática entrada: «Conoce a Joyce Glassman».

«Hola. Soy Jack. Allen me ha dicho que eres muy simpática. ¿Quieres que quedemos en Howard Johnson's, en la calle Ocho? Estaré sentado a la barra. Tengo el pelo negro y llevaré una camisa de cuadros rojos y negros».

Estoy de pie en la cocina de Elise; en la mano sostengo el teléfono que Allen acaba de pasarme. Es un sábado por la noche, poco después de Año Nuevo.

«Claro», contesto.

Me maquillo mucho los ojos, me pongo el abrigo, cojo el metro a Astor Place y empiezo a caminar hacia el oeste, hacia el otro extremo de la ciudad. Paso por debajo del puente que une los dos edificios de los grandes almacenes Wanamaker's y del ojo de su gigantesco reloj iluminado. Es una noche oscura de enero, hace mucho frío y el asfalto está cubierto de hielo. Hay que ir con cuidado, pero yo marcho ligera. Ésta no es otra de mis desventuras, categoría en la que, hasta ahora, clasifico la mayor parte de los arriesgados sucesos de mi vida. Es una aventura.

Las ventanas de Howard Johnson's están empañadas y no me dejan ver el interior. Empujo la pesada puerta de vidrio y allí está, sin duda, un hombre de pelo negro sentado en la barra con una camisa de leñador un poco deslucida. Levanta la vista y se queda mirándome fijamente con unos ojos de un azul asombroso. Y tiene la cara muy morena. Es la única persona de Howard Johnson's con algo de color. Cuando me acerco a él me entra un poco de miedo. «¿Jack?».

Hay un taburete libre al lado del suyo. Me siento y me pregunta si quiero algo. «Sólo un café». Está muy callado. No somos buenos conversadores, pero entonces no nos conocíamos, ¿qué íbamos a decir? Me pregunta por Allen, por Lafcadio… Me gustaría comentarle que he leído su libro, pero sonaría torpe, obvio, nada *cool*.

Cuando el café llega, Jack parece apesadumbrado. No puede invitarme. No tiene dinero, nada de nada. Aquella mañana pagó con diez dólares en un colmado y le devolvieron el cambio de uno de cinco. Está esperando el cheque de una editorial, dice enfadado.

—Mira, no pasa nada. Tengo dinero. ¿Quieres que te invite a comer algo?

—Sí —responde—. Salchichas de frankfurt. Ya te lo devolveré. Siempre devuelvo el dinero.

Nunca había invitado a un hombre a cenar. Me siento hábil y femenina.

Pide salchichas de frankfurt, patatas fritas caseras y unas alubias con ketchup Heinz. No dejo de echarle miradas furtivas, porque es muy hermoso. Esto no debería decirlo, una mujer no debe decirlo nunca, pero lo es. Me sorprende observándolo y me dedica media sonrisa que luego transforma en mueca, hace una monería, luego otra; y ante mí desfila una sucesión de imitaciones de caras de cómico de película muda, hasta que yo también me río de lo absurdo de esta cita a ciegas que Allen ha organizado. (La idea de Allen Ginsberg organizando citas a ciegas arrancará sonoras carcajadas cuando, años más tarde, me pregunten cómo conocí a Kerouac).

No tengo ni idea de qué vio en mí aquella noche. Una mujer muy joven con un abrigo rojo, cara redonda y pelo rubio. «Una personita interesante», escribió en *Ángeles de desolación*. «Judía elegante, clase media, de aspecto triste y buscando algo. Parecía muy polaca…». ¿Dónde estoy yo, entre todas estas categorías? No me reconozco.

Cuando nuestros caminos se cruzan en Howard Johnson’s, él y yo andamos buscando cosas distintas. Con treinta y cuatro años, Jack está cansado, la energía que lo empujó a tantos lugares distintos se ha esfumado. Un buen día, se da cuenta de que ha esperado durante demasiado tiempo. El cheque por *Los subterráneos* nunca llegará; *En el camino* no se publicará jamás. ¿Por qué no dejar que Allen le rescate? Ya no puede volver con las dos Virginias.

Miro el ojo azul y amoratado de Kerouac e interpreto su melancolía como la mirada de un hombre necesitado de amor porque, entre otras cosas, tengo veintiún años. Creo en el poder curativo del amor, igual que los ingleses creen en el té y los católicos en los milagros de Lourdes.

Me cuenta que ha pasado sesenta y tres días en lo alto de una montaña completamente solo. Comía sopa de guisantes y escribía un diario y cantaba canciones de Sinatra para sentirse acompañado.

No sé si me estará lanzando una advertencia.

—¿Y te gustaba de verdad estar así de solo?

—Ojalá estuviera ahí ahora. Tendría que haberme quedado ahí arriba.

Era capaz de anularte completamente y, a la vez, hacer que le tuvieras lástima. Pero estoy segura de que cualquier cima sería mejor que donde está ahora: el Marlton Hotel de la calle Ocho, el de las persianas sucias en las ventanas y los borrachos acampados en las escaleras.

—¿Y dónde vives? —me pregunta Jack.

Le gusta que esté cerca de Columbia y del West End Bar, por donde solía rondar. ¿Todavía andaba por allí Johnny el camarero? Johnny el camarero se acordaría de sus días de estrella del fútbol en Columbia, pero Jack se rompió la pierna en su segundo

año y se quedó en su habitación leyendo a Céline y Shakespeare, y no volvió a jugar. Así perdió la beca de Columbia. Pero siempre le ha tenido cariño al barrio.

—¿Por qué no dejas que me quede en tu casa? —dice.

—Si quieres —respondo en *Ángeles de desolación*, en una rápida decisión.

Y también sé cómo lo dije. Como si aquél no fuera un momento especial, como si no tuviera deseos propios; seguía la filosofía que había adoptado por aquella época: nada que perder, todo vale.

Nos levantamos, nos pusimos el abrigo y bajamos al metro. Y en una placa de la estación en la que antes no había reparado vi un anuncio de una línea aérea con un eslogan nuevo: VUELE AHORA. PAGUE LUEGO.

—Es un buen título para una novela —observé, y finalmente le confesé a Jack que yo estaba escribiendo una, que no era una simple secretaria.

Él dijo que *Págame el centavo luego* sería un título mejor. «Deberías titular así tu novela». Me preguntó quién era mi escritor favorito. Henry James, respondí. Hizo una mueca y me dijo que suponía que me habría equivocado en la elección de todos mis modelos, pero que, aun así, quizá lograría convertirme en una gran escritora. Me preguntó si solía reescribir mis textos, e insistió en que nunca revisara; no tenía que cambiar nada, ni una sola palabra. Se arrepentía de todas las modificaciones de *La ciudad y el campo*. Ya no dejaba que nadie le obligara a reescribir, me dijo, y por eso nunca conseguía entenderse con los editores. Le echaría un vistazo a mi novela para demostrarme que lo primero que escribes es siempre lo mejor. Dije que bueno. Me sentía culpable por todo lo que había rehecho, pero seguía adorando a Henry James.

En el metro, mientras manteníamos esta conversación literaria, Jack se balanceaba sobre mi cabeza agarrado al tirador. Justo antes de que nos bajáramos, se agachó. Nuestras frentes se rozaron y los dos volvimos los globos oculares hacia el otro: un juego divertido en el que yo ya sabía que, pasara lo que pasase, no había que parpadear.

Aquél fue el principio de «Conoce a Joyce Glassman».

El apartamento en el que vivía en aquella época era oscuro y cavernoso. Estaba en la planta baja de un edificio de piedra marrón que quedaba a media manzana del Hotel Yorkshire. Dos habitaciones amuebladas con esas piezas desesperantemente inmensas y descoyuntadas que se pueden encontrar en los vestíbulos de edificios antediluvianos. Una pequeña nevera y dos hornillos se ocultaban tras un biombo en una esquina del salón, pero tenías que fregar los platos en el lavabo. Las ventanas daban a un infecto patio trasero donde muelles de colchón y botellas rotas nutrían a un ailanto. Siempre me sentí muy pequeña en aquel apartamento. Una noche, en la calle, un gato gris y enorme con la oreja mordida se me restregó contra las piernas. Me lo llevé a casa convencida de que lo estaba rescatando, pero él se pasaba el día entero en el alféizar de la ventana extrañando la calle, intentando abrir la ventana con

una pata; también se encogía en el armario con ánimo vengativo para marcar su territorio y ensuciarme los zapatos. Jack fue el único de mis invitados que supo apreciar la belleza de este animal, al que, poco imaginativa, había bautizado con el nombre de *Humo*. Jack decía que iba a llamarle *Ti Gris*, como un gato que había tenido en Lowell. Al parecer, le gustaba cambiarle el nombre a las cosas. En el trayecto del metro a casa yo ya me había convertido en Joycey; hacía años que nadie me llamaba así, desde que era pequeña. Y me pasó el brazo por encima del hombro apoyándose en mí, juguetón, y dejando que la mano le colgara encima de mi pecho. Así caminaban los hombres con sus mujeres en México, me explicó. «Un día, cuando vayas, lo verás con tus propios ojos».

Tras cruzar la puerta no me pidió que le enseñara mi manuscrito. Me apretó contra él y me besó antes de que pudiera encender la luz. Cuando le devolví el beso, se mostró sorprendido. Me dijo que yo era todavía más callada que él, y que no tenía ni idea de que a las chicas calladas les gustara tanto besar. Y me desabrochó los botones del abrigo y me metió las manos debajo del jersey hasta la espalda. «El problema —me dijo Jack al oído— es que no… me gustan… las rubias».

Recuerdo que me eché a reír y le contesté: «Bueno, en ese caso me teñiré». Me pregunté, sin embargo, si estaría diciéndome la verdad.

Por la mañana Jack salió de casa para ir a buscar sus cosas al Marlton. Volvió con un saco de dormir y una mochila en la que guardaba unos téjanos y unas camisas viejas como la que llevaba y unos cuadernos que había comprado en Ciudad de México. Aquéllas eran todas sus pertenencias. Ni siquiera tenía máquina de escribir; tomaba prestadas las de otra gente, me dijo. Nunca había visto unos cuadernos de aspecto tan extranjero, largos y estrechos, con cubiertas negras y brillantes y un papel fino y azulado por el que los inclinados trazos a lápiz de Jack avanzaban a velocidad de vértigo, página tras página, interrumpidos aquí y allá por dibujitos. Reservaba un cuaderno para sus sueños. Los anotaba cada mañana.

Había algo desgarradoramente atractivo en aquellos pocos útiles a los que Jack había reducido sus necesidades. Me recordaba a un marinero —y no es que yo conociera a ninguno—, y también había algo de marinero en el aspecto que tenía al salir de la ducha, resplandeciente, vigoroso y colorado, con una toalla blanca al cuello.

Pasó muy poco tiempo antes de que no me resultara extraño tenerle conmigo; éramos como dos viejos amigos, «colegas», decía Jack dándome un achuchón cariñoso que despertaba en mí tanto orgullo como una cierta decepción. Por absurdo que parezca, a veces deseaba tener el pelo oscuro, como aquella Virginia a la que tanto envidiaba por haberle vuelto loco. O la chica llamada Esperanza que vivía en Ciudad de México; había estado trágicamente enamorado de ella durante muchísimo tiempo y se había convertido en Tristessa, la protagonista de una novela que había

escrito en uno de sus cuadernos. Pero sólo se habían acostado una vez. Era una puta y una santa, tan hermosa y perdida. Una de sus primeras *fellaheen*[12], primigenias y terrenales.

Yo era civilizada y urbana. Yo era el día a día, el beicon con huevos de la mañana o de mitad de la noche que había aprendido a prepararle como a él le gustaban: los freía en la sartén negra de hierro sin darles la vuelta. Compraba un trozo de beicon en el colmado, como el que tomaba en Lowell —nada de lonchitas finas de paquete— y lo acompañaba de compota de manzana de lata (refinamiento que había copiado de la cafetería Brickford). A Jack no se le habría ocurrido nunca que algo así pudiera mejorar los huevos. Disfrutaba enormemente con pequeñas cosas como aquélla.

Como amante no era intenso, sino extrañamente fraternal, algo reticente, incluso. Escuchaba maravillada sus historias de esas fiestas de Berkeley en las que todos iban desnudos y en las que hombres y mujeres se entregaban a una exótica práctica japonesa llamada *yab-yum* (Jack, sin embargo, nunca me contó que él se sentaba, apartado y meditabundo, completamente vestido, con una botella de oporto en la mano). Cuando pienso en los buenos momentos que Jack y yo pasamos, me veo tumbada con la cabeza sobre su pecho, su corazón palpitando en mi oído. Me rodea con sus brazos suaves y poderosos, y yo hundo la cabeza en ellos porque me encantan, y él se ríe. «¿Qué haces por ahí, Joycey?». Y siempre suena música en la radio. Symphony Sid, a quien Jack me enseñó a localizar en el dial, el que te acompaña al filo de la medianoche para traerte el sonido de Charlie Parker, Lester Young, Miles Davis y Stan Getz y que, según Jack, también es un subterráneo; se nota en su áspera voz, que el humo de extraños cigarrillos ha convertido en un susurro ronco. «Y ahora, después de que os cuente un par de cosas sobre el ma-ra-vi-llo-so vino Mogen David, la gran Lady Day…». En la penumbra de la habitación nos acercamos mientras Billie Holiday llora a sus amores perdidos…

Pero entonces Jack me deja. Se va a la pequeña habitación de atrás, en la que nunca duermo porque no tiene radiador. Sube la hoja de la ventana hasta arriba, cierra la puerta y se tumba en el suelo metido en el saco de dormir. Así se cura el catarro que cogió en Ciudad de México. Por la mañana hará el pino con los pies contra la pared para invertir el flujo de sangre del cuerpo. Me cuenta algo terrible acerca de él: desde hace ocho años sabe que un coágulo de sangre podría matarlo en cualquier momento.

¿Cómo se puede vivir, me pregunto, sabiendo que la muerte puede estar tan cerca? Poco a poco, me olvido de todo lo que aprendí en la mesa de operaciones de la blanca habitación del médico de Canarsie.

Soy buena para él, me dice Jack. No me molesta nada de lo que hace. ¿No me molesta lo del saco, verdad?

Y lo raro del caso es que no me molestaba. Todo parecía tan extraño, tan embrujado, tan transformado. Por la noche, las ráfagas de aire frío se colaban en el cuartito donde Jack dormía y se escapaban por las rendijas de la puerta cerrada; yo

imaginaba que me hallaba en un lugar sin paredes, en un inmenso campamento donde, tumbada y envuelta en mantas, lograba descubrir en mi propio calor la prueba definitiva de mi existencia.

> Soy un imbécil habitual en las casas de citas, esclavizado por la lujuria hacia las mujeres que me odian, tienden su carne de comercio en los divanes, es un montón de carne, locura de todo ello, las maldeciría y devoraría a todas e iría a dar contra el limpio raíl. Me despierto contento de verme a salvo en las montañas desérticas. ¿Por ese abultado rollo de carne iría a sentarme en eternidades de horror en grises alcobas iluminadas por un sol gris, con guardas y alguaciles a la puerta y la cárcel al otro lado? Es una sangrienta comedia. Los Grandes Sabios Estados de la patética comprensión que caracterizan la Gran Religión me evitan cuando se trata de los harenes. Temeridad, todo está ya en el cielo, benditos sean sus corazones balantes. Algunas ovejas son hembras, algunos ángeles tienen alas de mujer, al final todas son madres, y perdonadme la sorna… excusadme por hablar de lo mismo.
>
> (Jo jo jo).

Joyce Glassman no debía leer aquel sombrío pasaje, aquel terrible vínculo metafísico entre el sexo, el nacimiento y la tumba que más tarde escribiría en *Ángeles de desolación*. Odio la misoginia de Jack, la odio, la lamento, la comprendo y, por fin, la perdono.

Una noche faltó poco para que regresara con Virginia. Me llamó desde el Village. Estaba con ella, ya no tenía que quedarme despierta esperándole. Había estado bebiendo en un bar llamado White Horse, a la vuelta de la esquina del apartamento de Virginia, cuando ella apareció paseando al perro de la otra Virginia. El encuentro fue memorable. A pesar de todo lo que le había dicho su psicoanalista, ella le rogó que volviera a su casa. Y allí estaba.

Parecía muy borracho, un poco arrepentido y extrañamente dócil: como si se hubiera montado en el tren equivocado y no pudiera bajarse y pensara que, por lo menos, disfrutaría del paisaje.

Yo apenas abrí la boca al teléfono. Toda aquella historia de que nada me molestaba se había convertido en un nudo de dolor gigantesco. ¿Cómo podía volver con aquella Virginia que le había echado a la calle? Colgué el teléfono, agarré el abrigo y me precipité ciegamente por la puerta hacia la calle. En Broadway paré un taxi. Era la una de la mañana, iba de camino al White Horse. Creía que ahí encontraría a Jack —aunque él ya se había marchado— y que, al verme, se acordaría del destino que había olvidado.

Cuando entré en el White Horse y no lo vi, fui hacia el teléfono del fondo. Sabía el apellido de la chica y conseguí que me dieran su número. Gimoteando, metí la moneda y llamé. «Quiero hablar con Jack Kerouac», dije. Cuando se puso al aparato, le conté dónde estaba y le dije que teníamos que hablar, que me quedaría allí sentada quince minutos esperándole y que si no venía habríamos terminado para siempre. Empecé a llorar mientras le lanzaba este ultimátum que ni siquiera sabía si iba a cumplir.

Parecía perplejo. «¿Cómo has llegado al centro tan deprisa?». Me dijo que lo esperara, que no tardaría nada. Me sequé las lágrimas y me senté en una mesa vacía al lado de la ventana. Y por fin, mientras miraba a la calle, dobló la esquina.

Creía que estaría muy enfadado, pero no lo estaba. Lo que no entendía era cómo había sido capaz de ir a buscarle. Parecía tomarse mi acción como una auténtica proeza, parecía gratamente impresionado por aquel secuestro, y en el taxi de vuelta al West End se puso a cantar «I'm a Fool».

Mientras cantaba en el taxi con la cabeza apoyada en mi hombro, miró por la ventana —cuenta en *Ángeles de desolación*— hacia los barcos atracados en los muelles de North River, que le recordaban que, de todos modos, estaba a punto de reanudar su camino.

En 1957 Jack todavía viajaba empujado por una fe pura e inocente que siempre parecía renovarse antes del embarque siguiente, como si las decepciones que se había llevado en el pasado no lograran hacer mella en él. Me dejaría muy pronto para irse a Tánger. A menudo parecía que ya tuviera la cabeza allí, recorriendo las calles de las mil y una noches bajo un refulgente cielo azul en compañía de su amigo Bill

Burroughs, calles estrechas con casas de color blanco roto, con el aroma dulzón del hachís y la miel y la podredumbre, mujeres veladas que le hacían señas para que las siguiera hasta los misterios de la kasba. Y luego a París, de un gris tan suave y antiguo como las piedras de Notre-Dame. Hablando el *patois* de su infancia, él, Jean Lebris Kerouac, penetraría al instante en el alma de la ciudad cuando, tras varias vidas, regresara para reclamar su herencia ancestral. Buscaría en los archivos de la Bibliothéque Nationale y allí encontraría el nombre Kerouac, el fiero apellido de una extinta familia de nobles bretones que habían emigrado a Canadá para mezclar su sangre con la de los indios.

Le escuchaba con dolor y placer, imaginando aquellas estampas que tan bien pintaba para mí, deseosa de acompañarle. ¿Podría llegar a incluir a una mujer en sus viajes? No veía por qué no iba a hacerlo. Cada vez que sacaba el tema, él me callaba diciéndome que lo que yo quería eran hijos. Eso es lo que todas las mujeres querían, y lo que yo también quería, por mucho que lo negara. Incluso más que convertirme en una gran escritora. Lo que yo quería era traer vida al mundo, ser un eslabón en la larga cadena del sufrimiento y la muerte. Claro que él quería tener hijos algún día, pero todavía faltaba mucho para eso, ahora no. Sabio, triste, Jack sacudía la cabeza.

Nunca me contó toda la historia de su relación con Edie Parker, ni la del bebé que ella había perdido cuando, a los cinco meses de embarazo, se indujo el parto para abortar. Entonces, en 1942, Jack se embarcaba en el *Dorchester* rumbo a Groenlandia.

Un día, sin embargo, me enseñó una foto que llevaba en la billetera. Era la instantánea de una niña preciosa de unos cinco años con trenzas oscuras que agarraba, muy solemne, el manillar de un triciclo. «¿Quién crees que es?», me preguntó. No tenía ni idea. ¿Sería aquella niña su sobrina? El aire de familia era evidente. «Jack, es clavadita a ti», le dije.

Me arrancó la foto y caminó hacia la ventana; se quedó parado allí y la miró a la luz. «Pues no es mi hija. Me da igual a quién se parezca. Yo sé quién es su padre». Aquélla fue la primera vez que oí el nombre de Joan Haverty, la mujer con la que había estado casado durante seis meses en 1951. Pero todo había sido un inmenso error. Ella se había burlado de sus textos, quería que dejara de escribir y la mantuviera, lo había tratado como a un tonto y se había liado con otros hombres. La niña no podía ser suya de ninguna manera, dijeran lo que dijesen los análisis de sangre, a pesar de cualquier parecido accidental. En realidad, él sabía que el amante que su mujer había tenido era moreno, puertorriqueño, creía. Pero guardó la foto en la cartera con cuidado. Me pregunto si la llevó muchos años más.

En ocasiones pensaba en aquella niñita y en que nunca conocería a Jack, quizá no lo vería jamás, ni una sola vez; y sin embargo, pasaría por la vida con la cara de Jack, con unos ojos azules como los suyos. Y entonces pensaba en mi padre y en nuestros paseos por Broadway, y en cuánto me quería todavía aunque yo no le hubiera salido como él esperaba, y también en el niño que me habían arrancado, el niño que podría

haber tenido y al que me había visto obligada a traicionar. ¿Cómo podías vivir sin conocer a tu hijo?

¿Podía culpar a Jack más de lo que me culpaba a mí misma? Quizá no era cuestión de errores y culpas, sino de dolor y pérdida. Para mí, la libertad y la vida también eran equivalentes.

Seis semanas después de que lo hubiera conocido, Jack volvió a llenar la mochila y a enrollar el saco de dormir; estaba listo para ponerse en marcha. Se iba del país justo cuando algunos indicios concretos apuntaban a que sus días de anonimato estaban a punto de tocar a su fin. Tras años de cartas de rechazo de los editores, dos novelas —*En el camino* y *Los subterráneos*— se publicarían aquel otoño en el lapso de unas pocas semanas. *En el camino*, que Jack había escrito en catorce días en un rollo de papel de teletipo cuando estaba casado con Joan Haverty, había quedado retenido en Viking Press tres años durante los cuales los editores discutieron la conveniencia de sacar en aquel momento un libro tan osado. Y de repente llegó el momento de Jack. El «afán reprimido» de los cincuenta estaba a punto de ser liberado. El «buscando algo» que Jack había visto en mí era el ansia psicológica de mi generación. Eran miles los que estaban esperando a un profeta que los liberara de las prudentes vidas de clase media que habían sido educados para heredar. *En el camino* les acercaría la voz de un supremo forajido redimido por su arte, visiones de una vida vivida a una velocidad de vértigo, más allá de cualquier barrera protectora; energía pura y estimulante.

El reportaje de *Mademoiselle* sobre el Renacimiento de San Francisco llegó a los quioscos aquel febrero. Unos días antes de que Jack zarpara rumbo al norte de África en el carguero yugoslavo *Slovenia*, un reportero de un periódico recién creado, *The Village Voice*, entrevistó a Jack, a Allen y a Gregory Corso. La entrevista se publicó con el título: «Tres “cabezas de chorlito” vuelven al redil». Con qué sofisticación se burlaba de aquellos tres bufones de la poesía. Aquello era un aperitivo de la publicidad que más tarde recibiría la generación *beat*. De camino a la entrevista, Jack se puso como una cuba; según el periodista, habría afirmado: «Compadeced a los perros y perdonad a los hombres».

El *Slovenia* zarpó el domingo 15 de febrero. El sábado Jack y yo fuimos a casa de Lucien, y él nos acompañó en coche, con Cessa y los dos niños, hasta el muelle de la marina de Brooklyn. Lucien había comprado dos botellas de champán. Nos lo bebimos en el camarote de Jack, en vasos de cartón, y luego llevamos a los niños a cubierta. Gritando como pajaritos alborotados, se subían a todos los sitios; tenías que agarrarlos de la muñeca todo el rato para evitar que se escurrieran por debajo de la barandilla y se cayeran al agua. Jack se puso unas gafas de sol, tal y como le

correspondía a un viajero trasatlántico solitario y misterioso. Yo pasaría toda la noche a bordo y me iría a la mañana siguiente, antes de que el *Slovenia* zarpara hacia Perth Amboy para repostar fuel. Todo parecía muy romántico, como aquellas películas francesas con Jean Gabin vagando por los muelles entre la niebla; la tristeza de la despedida también formaba parte de la escena.

Hacia el final de la tarde Lucien y su familia se marcharon. Yo me tumbé con Jack en la litera. Los barcos pasaban lentos por el East River, y pensé que podía sentir las corrientes discurriendo por debajo del casco, reverberando en el suelo de acero.

Yo tenía muchas ganas de pasar la noche allí, pero hacia las once Jack se levantó presa de un extraño pánico. Casi toda la tripulación había desembarcado y aquello le parecía demasiado tranquilo. Quería que volviéramos a la ciudad y buscáramos un bar donde hubiera un montón de gente bebiendo cerveza; dormiría una última noche en tierra firme. Nos vestimos, bajamos por la plancha y deambulamos por la orilla. La oscuridad se había cernido sobre el río como tupido terciopelo negro. Aquí y allí, al final de los callejones sin salida, había tabernas mal iluminadas y marrones llenas de estibadores y marineros bebiendo a la luz de bombillas amarillentas. No había mujeres en este universo nocturno. De las chimeneas de los cargueros inmóviles salía un vapor asombrosamente blanco que se recortaba contra el cielo negro. Nunca había visto algo así. Era extraño pensar que, por ser mujer, probablemente no volvería a ver nada de esto; de no haber sido por Jack, no lo habría visto jamás.

Cogimos el metro para ir a la ciudad. En la calle 96 se paró de repente cuando se disponía a entrar en el túnel. Unos minutos más tarde el conductor entró en el vagón y nos dijo a todos que nos bajáramos. Alguien había saltado a la vía y se había matado. El rostro de Jack se volvió pálido y sombrío. Me arrastró escaleras arriba hacia Broadway. Caminamos en silencio hacia el West End, donde a Jack le pareció que Johnny el camarero le miraba de forma extraña, como si leyera la muerte en su cara. «Has estado bebiendo, eso es todo», le dije, pero de pronto sentí miedo por él. El suicidio del túnel también me había parecido un presagio funesto.

Al cabo de muchas cervezas, conseguí llevar a Jack a casa. Se movía y sudaba mientras dormía, murmurando entre dientes. Al alba se sentó en la cama y me contó que había tenido una pesadilla espantosa: «un tren que no se acababa nunca que paraba en un cementerio que no se acababa nunca; los pasajeros no eran monstruos, eran seres grotescos con la cara de mis amigos». Cuando le abracé, estaba temblando.

Dijo que tenía que levantarse, tenía que irse, su barco podría zarpar sin él. Intenté convencerle de que se quedara un poco más, pero no lo logré.

Ya en la puerta, me besó y me dijo que regresara a la cama. «Volveremos a vernos», se despidió.

Nueve

A ocho millas de la costa africana, ante una ardiente puesta de sol tropical, Jack me escribió por primera vez. Confiaba en llegar a puerto antes del anochecer. Por si todavía me sentía decepcionada a causa de su repentina marcha, Jack observó que había hecho bien en no acompañarle al *Slovenia*: de Brooklyn se había dirigido a Perth Amboy para repostar en unos enormes tanques de fuel.

Diez días en el mar estudiando historia y Kierkegaard habían abierto «nuevas grietas» en su mente. Había dormido mucho, caminado al sol en la cubierta, respirado el aire fresco del mar y «ahora vuelvo a ser yo mismo (el Jack saludable que tú nunca viste)». Hablaba de Tánger como de la Ciudad del Vicio, la Perla Azul de las Hespérides. Ardía en deseos de llegar.

Durante toda la travesía había cenado en silencio con el otro único pasajero, una misteriosa Mata Hari yugoslava. El *Slovenia* por poco se fue a pique en medio de una espantosa tormenta, a unas quinientas millas de donde estaba ahora. En todos sus años de marino, nunca había visto unas olas tan descomunales; el barco había ido cabeceando como un bote de remos. Pero en aquel duro trance, un instante de calma luminosa le permitió oír las palabras:

TODO ES DIOS

NUNCA NADA SUCEDIÓ EXCEPTO DIOS

Lo había creído, y todavía lo creía. Yo también podría creerlo, si lo intentaba. Jack me animó a que leyera a Kierkegaard. *Temor y temblor* era el libro adecuado, pensaba, y no *La enfermedad mortal*, una exploración de la desesperación demasiado abstracta. *Temor y temblor* hablaba de Abraham e Isaac y le hizo llorar.

Y a continuación, escribió esta frase: «A veces me ponía triste al recordar tus lágrimas». «Volveremos a vernos», prometía.

La posdata la garabateó en Tánger; en cuanto llegó, Burroughs lo llevó a la kasba para que viera pasar a las mujeres veladas, y Jack iba tan colocado que pensaba que eso ya lo había visto antes. Fumar marihuana en público era legal, podías fumar hasta en los cafés. Aquella ciudad antigua y salvaje lo entusiasmó. Alquilaría una habitación para escribir. Era de mañana, lucía un sol resplandeciente y los vendedores ambulantes árabes gritaban. «Esta noche volveré a la misteriosa kasba y a esa música resonante». Escribe pronto, se despedía. Quería estar al corriente de lo que pasaba en Nueva York.

El sobre azul de correo aéreo había viajado hasta Nueva York sin sello. Cuando llegué del trabajo a casa, encontré un aviso en el buzón: tenía una carta sin entregar. A la mañana siguiente, muy temprano, corrí a la oficina de correos, pagué los veinte centavos que faltaban y, allí mismo, rasgué el sobre y leí la carta varias veces. Hasta aquel momento, nunca había creído del todo que volviera a mí. «A veces me ponía

triste —había escrito— al recordar tus lágrimas…». Era una carta maravillosa, delicada y distante.

Le contesté de inmediato y le puse al corriente de todas las novedades que esperaba; le mandé un recorte del artículo del *Village Voice* y otro de un tono parecido que había publicado *The Nation*. Llamé a Allen y le anuncié que tenía noticias de Jack. En mi carta le escribí: «Te echo de menos, pienso en ti todo el rato». Y era verdad. Se diría que me había desdoblado y que ahora caminaba por aquellas calles deslumbrantes en la otra punta del mundo. Pero le contesté a Jack que no sabía qué decirle acerca de sus visiones de Dios; yo no podía creer en Dios.

En su siguiente carta Jack me sermoneaba un poco: «Cuando hablaba del "Dios" de mi visión en el mar, no me refería al hombre barbudo del Paraíso; quería decir EL QUE LO ATRAVIESA TODO». Y añadía: «Lo que, pronunciado ante un auditorio de universitarios, les entraría por un oído y les saldría por el otro, como debe ser».

Pero yo tampoco creía en este Dios budista; cuando se trataba de estas cosas, me bloqueaba. Lo único que yo veía era el aquí y el ahora. Y quería ser feliz en el aquí y el ahora para un día, si podía, arrastrar a Jack conmigo.

Mi buzón tiene un motivo perforado, y a través de los agujeritos que forman una estrella puedo ver los sobres blancos normales y corrientes y los sobres color mostaza de la factura del teléfono. El azul es el color del correo aéreo. Cuando al final del día abro la pesada puerta de la calle y entro en el vestíbulo, lleno de polvo, busco el fugaz destello azul; vengo del metro jugando al «Azul sí, azul no». En algunas ocasiones, la convicción de que encontraré una carta hace que ésta se materialice. En otras, mi sistema falla; se produce una grieta en el vínculo invisible que me une a Jack y lo pierdo en el Vacío del que tanto habla. Debo convertirme en un malabarista para, a fuerza de concentración, mantenerlo suspendido en el aire.

Me he hecho amiga de un hombre que siempre me pregunta por Jack. «¿Y qué sabes del señor Kerouac?». Tiene gracia, llamar «señor» a un forajido. Odia MCA tanto como yo, es la ironía lo que nos mantiene a flote. Nos reímos de las paredes revestidas de madera y de los grabados ingleses de escenas de caza que decoran los ascensores, y de la lujosa encuadernación en cuero de clásicos como la *Historia de la decadencia y caída del Imperio Romano* que no son más que tapas, sin libro dentro; y de las normas que regulan el vestuario de los empleados y que obligan a las mujeres a llevar medias de nailon y vestidos de cuello cerrado en verano y que a los hombres les permiten llevar chaquetas deportivas los viernes. Toda esta respetabilidad, me asegura él, no es más que fachada. «¿Y qué dice tu amigo Jack de Tánger?». Hay algo ávido y melancólico en su interés. Se ha leído todos los artículos sobre Jack y quiere arrancarme la promesa de que, cuando Jack regrese a Estados Unidos, le organizaré una cita con él. Me invita a su despacho cada día. Cierra la puerta y se pasa horas hablándome de su deprimente vida sin quitarme los ojos de encima, como

si en mi interior se alojara la clave de los secretos del universo y un buen día, cuando por fin cayera en la cuenta de mis poderes, fuera a revelársela. Siempre lleva unos trajes marrones horribles y camisas blancas, y tiene el aspecto apagado de los que no son queridos. A veces, cuando termina la jornada y vuelve a su casa, con su mujer y sus hijos, me dice que me acercará a casa en su taxi. Le manda al taxista que lo espere y me da un beso de buenas noches en la puerta. Siento tristeza en sus besos.

Había sido un héroe de guerra en el Pacífico y luego, antes de casarse, vivió una época salvaje en el Village parecida a la de Jack; por aquel entonces escribió una novela sobre la guerra que un crítico famoso, después de leer algunos fragmentos, le alabó. Un día me dice que ha decidido contarme un secreto suyo, el peor, el más vergonzoso. No quiere que me haga ilusiones acerca él. Resulta que es el rey de los escritores de la revista *True Confessions*, nada más y nada menos. Se dedica a escribir por las noches, después del trabajo. Firma esos humillantes y sensibleros relatos con varios seudónimos, y le cuesta tan poco escribirlos que —y eso es lo más gracioso— sospecha que son algo natural en él, ha llegado a pensar que no es capaz de escribir otra cosa. «Eso no puede ser», le digo. Pero la mirada que me lanza desde su escritorio es tan triste, tan interrogadora —la clave, dame la clave…— que me siento terriblemente culpable, como si estuviera negándole una absolución dostoievskiana, y termino yendo a tomar una copa con él y luego acostándome con él en la media hora que le queda antes de volver a casa con su mujer. Tengo la extraña sensación de que si alguna vez le contara esta historia a Jack, él me entendería, no le daría mayor importancia.

A finales de marzo Jack parece inquieto. No ha encontrado lo que esperaba. «Pocas buenas vibraciones en Tánger, los árabes son muy tranquilos, no mandan vibración alguna», escribe.

Dentro de unos días Allen y Peter atracarán en Tánger y Jack y Burroughs remarán en un bote para ir a buscarlos al barco. Remar en la bahía era una de sus principales actividades. Jack también estaba escribiendo a máquina un manuscrito de Burroughs titulado *El almuerzo desnudo*. Jack solía dar largos paseos para evitar a los aburridos expatriados que poblaban los cafés. Contemplaba el parsimonioso baile de los viejos pescadores recogiendo las redes, o se quedaba pensando en la habitación del hotel. Todo le parecía demasiado lento, incluso el correo; acababa de recibir una carta que le había enviado cuatro semanas atrás. Era como si en Tánger no pudiera escribir, pero aquello podría esperar. «Lo que de verdad hago aquí es pensar en Frisco con nostalgia».

Viajaría a París a primeros de abril, los otros podrían reunirse con él más adelante. Encontraría una buhardilla barata y luego continuaría su viaje hacia Bretaña, Londres, Dublín; entonces se enrolaría en un carguero para volver a casa. Quizá nunca debió marcharse. El ambiente del Viejo Mundo no le interesaba en

absoluto. Tenía cosas más importantes que hacer en Estados Unidos; probablemente nos encontráramos en julio en Nueva York. Confesó que tenía ganas de verme. Ninguna de las chicas a las que había conocido hablaba inglés, y ya estaba cansado de las putas. «En esta siniestra y cosmopolita colmena de reinas abundan los maricas».

Con Burroughs ejerciendo de cicerone, había probado todos los vicios de Tánger: había fumado opio, había comido hachís. Ahora cavilaba en la oscuridad de su habitación, de donde, él lo sabía, más le valdría no salir. La luna, el mar y las límpidas luces de los barcos anclados en la bahía le bastaban.

Deberían haberle bastado, pero no lo hicieron. La energía de los viejos escritores viajeros americanos, de Twain y Muir, lo avergonzaba, como si él no hubiera escrito una línea en su vida. Lleno de amargura, Jack comparaba su «nuevo desaliento apático, la falta de interés por donde estoy, por lo que hago» con el entusiasmo de sus predecesores.

Pero al final resultó que a él y a Burroughs les habían envenenado con hachís rociado de arsénico. «Así que esto explica mi, hasta el momento, descorazonadora visita a Tánger y la impresión de no captar vibración alguna…».

Ángeles de desolación recoge el día que Jack compró el pasaje a Tánger. Primero, Allen le acompañó al centro, a la oficina de pasaportes del Rockefeller Center. Allí, en el gran vestíbulo, saludándolos, se les acercó Elise. Estoy segura de que le dio vergüenza encontrárselos, debió de sonrojarse de placer y bochorno con la inesperada visión de Allen llenándole los ojos; aquello era un regalo que le había robado al inminente vacío del tiempo, al tiempo que ella pasaría sin él. Se detuvo, musitó un par de palabras ya olvidadas y salió por la puerta giratoria hacia la Quinta Avenida.

De hecho, ellos habían estado hablando de Elise. «No quiero esposas judías que me griten por encima de los platos», había dicho Allen, y cambió de tema enseguida señalando a una extraña mujer: «Fíjate en esa asqueada cara que acaba de pasar… Tenía una expresión de disgusto y desesperanza, perdida para siempre, ¡uj!». «¿No la ama Dios?», había preguntado Jack.

Elise es un personaje secundario en la ficción de Jack. En la página siguiente realiza una última aparición inesperada: aquella misma tarde los saluda de lejos otra vez desde la esquina de la calle Doce. En esta ocasión, Allen y ella se quedan un rato riendo, muertos de risa como niños por algún chiste oscuro y misterioso que Jack no termina de entender; una «controversia en yiddish», lo llama, advirtiendo al instante el cómico parecido de este par, de estas «damas ociosas de Manhattan».

No vi mucho a Elise después de que Allen y Peter se marcharan. Dejó el apartamento de Yorkville y se mudó a otro sin teléfono en las afueras del Lower East Side. Trabajaba de noche y dormía de día. Sheila y ella se habían distanciado mucho. Sheila me contó que estaba harta de ver cómo Elise se postraba ante Allen. Si invertías en amor, obtenías beneficios, ¿no? Si no, desistías de tu inversión. ¿Tan difícil era de entender? Ella no estaba dispuesta a perder más tiempo en Nueva York esperando a que Elise recuperara el sentido común; empezó a buscar un trabajo de secretaria en el extranjero. Leo se fue a vivir con ella una temporada.

Lo único que me dijo Elise fue que Sheila no entendía que ella necesitaba estar sola. El trabajo de noche le convenía: mecanógrafa en una empresa que hacía copias de guiones de televisión. Descubrió que podía aliviar el aburrimiento bebiendo vino o fumando marihuana antes de ir a la oficina y que aquello no le impedía escribir a máquina. Se levantaba de la mesa y bebía más vino en el servicio de señoras, aun a riesgo de que la pillaran.

Lo que le gustaba era salir de madrugada. A veces hacía todo el camino a casa andando, contemplando cómo la luz pálida y fría iba tomando color sobre las azoteas negras. En su edificio había una panadería abierta toda la noche que hacía *bagels*; Elise solía parar para comprarse uno caliente, recién salido del horno… Bueno, aquello también era vivir, supongo.

De vez en cuando quedábamos para vernos en una cafetería antes de que entrara a trabajar, pero Leo aparecía muy a menudo, y la conversación no resultaba fácil.

Siempre tuve la sensación de que Leo se mantenía a cierta distancia, observándonos a Elise, a Sheila y a mí como si fuéramos especímenes de algo, tipos de chica de los que quizá podría echar mano en sus escritos. Se diría, casi, que él era el orgulloso propietario de Elise, como si ella fuera un objeto de su invención. Incluso los errores de Elise eran, exactamente, los que él le habría atribuido al personaje. Sheila, tan burguesa, provocaba en él raptos de placer. A mí —estoy convencida— me había clasificado como «la ambiciosa». La ambición de Allen Ginsberg era censurable, sin duda, pero en una mujer aquel rasgo resultaba todavía más inadmisible. Leo me observaba mientras, a punta de tecla, yo subía los peldaños de la escalera de la avenida Madison, dispuesta a encaramarme a un éxito que mi trabajo en la Agencia Literaria MCA —sesenta dólares a la semana— ya prometía.

Una gran editorial cuya sede estaba enfrente de MCA anunció en primavera una vacante para un puesto de secretaria editorial. Fue el puro desasosiego el que me impulsó a presentar mi solicitud. Una mujer con el pelo blanco suelto y el busto exuberante de cantante de ópera entró en la sala de espera, me examinó con los labios prietos y me acompañó a su oficina.

—¿Qué hace usted aquí?

Había visto el anuncio, contesté, y le entregué mi currículo. Le echó una mirada y me lo devolvió.

—Se equivoca usted, señorita Glassman. No tenemos vacantes en este momento. —Me quedé mirándola, algo perpleja—. Y tampoco es probable que vayamos a tener ninguna que se ajuste a su perfil. No creo que encuentre ninguna en otra editorial. De hecho, le aconsejo que deje el campo de la edición. Pruebe en otros sectores —me dijo con la franqueza de una orientadora laboral mientras me acompañaba a la puerta.

Pasé días pensando en aquel desconcertante encontronazo, preguntándome qué habría hecho o dicho para ofender a aquella experta en jovencitas. ¿Estaban manchados los guantes blancos que me reservaba para las entrevistas? ¿Se me había caído el moño? Resolví que, como casi no había hablado, el problema debía de radicar en mi aspecto. Algo habría visto en mí —¿qué?—, algo tan sumamente inaceptable como para convencerla de que ningún editor me contrataría jamás. ¿Habría detectado con su ojo experto algo que desmintiera la recatada fachada que yo creí mostrarle? ¿Algo, quizá, que no fuera propio de una señorita? Hacía muy poco que había descubierto, extrañada, que en el mundo laboral la clase importaba más que la inteligencia. Y que a las chicas jóvenes los que podían ser sus jefes las juzgaban como si fueran candidatas a matrimoniar con el tipo de hombre, precisamente, que menos me interesaba.

Tardé mucho en darme cuenta de que era mi apellido el que me había descalificado. Mi madre lo habría adivinado de inmediato, pero ella me había educado para que me olvidara de que yo era judía, y su educación había surtido el efecto deseado. Por lo que respecta al refinamiento, ahora me parecía ridículo, lamentable incluso. No lo veía más que como una máscara necesaria.

La vida en la oficina y la vida real tendrían que permanecer separadas. Entre semana, cuando salía de casa por las mañanas, encerraba bajo llave a mi yo inaceptable, y luego, a las cinco, lo dejaba salir. Yo sabía que aquélla era la condición con la que tenía que vivir. Pero sólo por el momento. Yo contenía la respiración y aspiraba a mucho más. Algún día, esos editores que nunca me darían trabajo de secretaria serían mis editores. Y como escritora, mi inaceptable yo viviría la vida al límite, como habían hecho Jack y Allen. Ya me encargaría yo de escribir acerca de chicas muy distintas de las que aparecían cada semana en las páginas del *New Yorker*. Escribiría sobre habitaciones amuebladas y sexo. Debía tratar el sexo muy seriamente. No caería en la estratagema femenina de cerrar el capítulo con un discreto fundido en negro. Esto ya lo había decidido antes de conocer a Jack o leer *Aullido*. Era la escritura misma la que me empujaba en aquella dirección. A veces me detenía asustada y me preguntaba «¿Esto lo puedo decir?», y luego pensaba «Sí que puedo» y seguía. Por la noche solía llamar a Elise a su oficina para leerle las nuevas páginas de mi novela, y también me las llevaba a la clase de Hiram Haydn, donde parecía que a todos les gustaban tanto como a Elise. Embriagada por estas modestas muestras de aprobación, me quedaba despierta varias noches seguidas y seguía escribiendo; y me presentaba en MCA dormida y con el vestido sin planchar, y cometía un millón de faltas al mecanografiar las cartas, pero ¿y qué? Aunque —desoyendo el consejo de Jack— seguía reescribiendo todos los párrafos, las hojas de papel que guardaba en la caja de cartón verde de la máquina de escribir se convirtieron en cincuenta. Ya nadie podría confundir la novela que tenía en marcha con un simple relato corto.

Un día ventoso de finales de marzo me sujeté el moño con más agujas que de costumbre y solicité un trabajo en otra editorial, Farrar, Straus and Cudahy, en la que ya trabajaba una amiga de la clase de Hiram Haydn. Esta vez me contrataron enseguida. Era la secretaria de John Farrar. Y mi jefe era amigo del director editorial, Robert Giroux.

Había oído hablar mucho del señor Giroux incluso antes de entrar en Farrar, Straus. Era el editor que había descubierto a Jack, que había publicado *La ciudad y el campo* en Harcourt Brace y que había conseguido que revisara la novela y la acortara. Era alguien de quien Jack siempre hablaba con admiración. «Un gran caballero francés», decía, que sólo comía en los mejores restaurantes. Una vez que estaba un poco borracho Jack describió a Giroux, enigmáticamente, como «un gran panda blanco». Habían tenido un encontronazo que se remontaba a seis años atrás, al día en que Jack terminó *En el camino*. Después de pasar dos semanas escribiendo sin parar en el enorme rollo de papel de teletipo que Lucien le había dado presa de una energía incontenible y espontánea, Jack lo enroscó, se lo metió bajo el brazo y lo llevó enseguida a la oficina de Giroux. Allí lo desenrolló, triunfante: «¡Aquí tiene su novela!». Pero por lo que parece, Giroux no reaccionó con la alegría que la ocasión merecía. Contemplando con asombro y consternación el río de palabras que inundaba

su despacho, se preguntó en voz alta si resultaría posible reescribirlo. Ofendido, Jack le gritó que no cambiaría ni una sola palabra. Enrolló el manuscrito, se lo llevó y no volvió a aparecer por ahí.

Si bien aun a mi pesar, entendía la postura de Giroux, con veintiún años mis simpatías estaban con Jack. El exuberante Jack, el escandaloso Jack de quien sólo tenía noticias de vez en cuando. El loco de Jack, el imposible de Jack. El joven moreno que salió disparado con su manuscrito con rabia en los ojos, caminando aturdido por las aceras de la ciudad en las que la gente normal y corriente iba pensando en sus cosas. Jack Kerouac era su peor enemigo, eso es lo que cualquier persona razonable habría dicho. Tendría que haberlo reescrito todo como es debido, a doble espacio en papel de carta blanco de buena calidad, y luego, sólo luego, habérselo llevado a su editor después de concertar una cita de antemano, teniendo en cuenta el cansancio, los ojos enrojecidos, el sopor que, después de comer, se instala en las oficinas de los editores.

Pagó aquella tarde de errores con seis años de rechazos de editores mucho menos imaginativos que Giroux y, en su orgullo herido, incluyó a Giroux entre los que habían desestimado *En el camino*. Pero en 1957 la pelea ya había quedado suavizada por el paso del tiempo: ya era el remedo de un choque heroico entre el artista salvaje y el caballero. Cuando le escribí a Jack sobre mi nuevo empleo y le dije que había conocido a su antiguo editor, incluyó en la carta de respuesta saludos cordiales para Giroux, como si nunca hubieran perdido el contacto.

Fue la última carta que Jack me mandó por correo aéreo. La envió el 3 de abril, justo antes de embarcar en un paquebote rumbo a Marsella y poner fin, varios meses antes de lo previsto, a su visita a Tánger. «No dejo de cantar “Abril en París” (POR FIN)». Por si yo todavía albergaba ideas románticas acerca de su aventura norteafricana, aquella carta fue un auténtico jarro de agua fría: «La Medina está llena de callejuelas estrechas y húmedas, árabes con túnicas, puestos de verduras, humo de pescado frito y Allen Ginsberg rondando por ahí en busca de espárragos».

«Nos vemos en Nueva York antes del Cuatro de Julio», me decía en su carta al final de la hoja azul antes de escribir «besos».

De repente, el tiempo se encogió como un acordeón. «Antes del Cuatro de Julio». ¿En junio, entonces? Intenté descifrar el significado oculto de aquel «Nos vemos», que, en cierto modo, parecía más una ocurrencia que una promesa. Supuse que quería decir que volveríamos a estar juntos, pero ¿durante cuánto tiempo? ¿Se quedaría conmigo en Nueva York o se marcharía a algún otro lugar? ¿Y me llevaría con él esta vez? Yo ya estaba lista para que se me llevaran, sin duda. No tendría ningún reparo en abandonar mi «vida-sin-Jack» en Nueva York cargando tan sólo con el manuscrito de mi novela.

Aquellas primeras semanas de primavera, mientras en el ailanto nacían capullos rojos y pegajosos, mientras los escaparates de las floristerías de Broadway se llenaban de narcisos, mientras escribía a máquina docenas de cartas a desafortunados

escritores y rechazaba sus manuscritos con elocuencia distinguida y, en las tardes en las que la oficina estaba más tranquila, colaba en la máquina de escribir fragmentos de mi novela. Mientras comía sándwiches en Schrafft's con las chicas que había conocido en Barnard o pasaba en el Village más tiempo que nunca desde los dieciséis años, deseosa de disfrutar de la noche en un mundo cuyo centro había vuelto a desplazarse al Village —se había recuperado, lo decía todo el mundo, había entrado en una fase todavía indefinida; durante aquellas límpidas tardes, las calles se llenaban de más gente de la que recordaba haber visto jamás, jóvenes como yo que habían llegado en metro y caminaban y miraban y, en domingo, abarrotaban aquella plaza a la que todavía iban los cantantes—, pasé aquella primavera contando los días que faltaban, uno menos, uno menos, y pronto sería junio.

«Escríbeme a la oficina de American Express», me había dicho, y lo hice, pero nunca recibí respuesta. El abril en París lo había atrapado, o quizá los de American Express habían perdido todas mis cartas, o quizá había conocido a otra chica en Montmartre, dura y sofisticada, *cool*, morena como Tristessa. Aquello era lo más probable, no me quedaba más remedio que admitirlo.

Abril se disolvió en mayo. Una noche volví del Village tarde y en casa encontré un telegrama que alguien había deslizado bajo mi puerta. ZARPO HOY EN EL NIEUW AMSTERDAM. ¿PUEDO QUEDARME EN TU CASA? JACK.

Corrí al teléfono y llamé a la Western Union. ¿Podían enviar un telegrama a un barco? ¿Llegaría al momento? Recuerdo el mensaje que le dicté al operador: PUERTAS ABIERTAS DE PAR EN PAR.

No regresó por mí, sino porque extrañaba profundamente su hogar. Él quería América, un tazón de cereales al lado de la ventana de la cocina; quería Lowell, no Nueva York.

Al otro lado del Atlántico no había encontrado el Viejo Mundo, sino uno nuevo a cuya creación él estaba contribuyendo sin saberlo. A través de una perpetua neblina de marihuana había observado a la colonia de expatriados como un anciano consternado, advirtiendo una frialdad y una indiferencia más gélidas y muertas que cualquier fatalismo *hipster*, una pose que no expresaba nada. Se vio imitado, y aborreció lo que vio. ¿Era aquella hastiada indiferencia la suya? Aquellos nuevos jóvenes, con su calculada inercia y su lenguaje lacónico (que básicamente consistía, como observó con sorna, en la palabra «¿*no*?»), tenían la uniformidad de un ejército. Habían invadido Tánger y, cual enjambre, revoloteaban alrededor de Burroughs; cuando Jack fue a París, también los encontró. Se marchó rumbo a Londres, pero no se quedó en la ciudad ni siquiera una semana. Justo antes de embarcar, dio con el árbol genealógico de su familia en el British Museum y leyó, por primera vez, la emblemática divisa de los Kerouac: *Aimer, travailler, souffrir*[13].

Cinco días después de que le enviara el telegrama, llamó a mi puerta. Se quedó en el pasillo, sonriendo con aire tímido, con la mochila a sus pies. Había estado esperándolo desde muy temprano, había llamado a la oficina para decir que estaba enferma, había querido ir hasta el muelle para ver cómo atracaba el barco, pero ¿y si no le hubiera visto bajar? Ahora estaba aquí, y en un primer momento pensé: ¿Quién es? Pero le besé en la puerta y él entró conmigo. Dejó la mochila en el suelo y nos tumbamos en el sofá. El gato se paseó por encima de nuestros cuerpos con un desdén absoluto. *«Ti Gris, Ti Gris»*, lo llamaba Jack para atraer su atención, y entonces supe que había vuelto.

Sin embargo, resultó que no había vuelto del todo. Estaba de paso por unos días nada más —tres o cuatro, a lo sumo— para recoger algo de dinero que el editor le debía. Luego tomaría el autobús a Orlando, Florida, donde estaba su madre ahora. Quizá regresaría en otoño, cuando Viking publicara *En el camino*. Parecía un poco avergonzado.

—Tienes que dejar que me marche y me convierta en un ermitaño —me dijo, como si confiara en que yo lo entendería.

Recuerdo que fui al baño y lloré y me eché mucha agua fría en la cara antes de salir. Me armé de valor y dije, muy alegre:

—¿Y si te quedas una semana?

Pero sacudió la cabeza y dijo que no podía.

¿No había sido yo, me recordó, la que le había dicho que lo que necesitaba era un hogar? ¿No le había dicho exactamente aquello antes de que se embarcara en aquel viaje que, de haber tenido un poco más de sentido común, nunca habría hecho? Pues bien, ahora, por fin, tendría un hogar. En California. Berkeley era el lugar… una preciosa casita de madera con árboles y arbustos en flor en el jardín, donde podría

tumbarse en el césped y escribir haikus como Li Po y adonde Neal Cassady y Gary Snyder irían a visitarlo; pero la mayor parte del tiempo estaría solo. Pero en aquella casa no había sitio para mí, porque su soledad incluiría a su madre, trasteando con los cacharros en la cocina, mirando con una copa de vino tinto en la mano los concursos en el televisor que él le compraría. Siempre había soñado con cumplir la promesa que le había hecho a su padre: instalarse en una casa con Mémère, la que había trabajado en fábricas de zapatos para que Jack pudiera quedarse en casa escribiendo sus libros; la que, aun sin entender al vago, al desastre de su hijo, siempre lo había perdonado; la que no sentía ninguna simpatía por Allen; la que nunca había visto con buenos ojos a ninguna de sus esposas. Y no se había equivocado. Mémère era la mujer hacia la que Jack corría ahora.

—Pero tú me gustas mucho, Joycey —dijo.

Y por primera vez le pregunté a Jack:

—¿Yo le gustaría a Mémère?

—Puede ser. Sí, podrías gustarle. Aunque no aprueba el sexo antes del matrimonio —contestó.

Pues claro que no. Y mis padres tampoco. De repente, el problema estaba aclarado.

Volvía con Mémère igual que había viajado a Tánger, fantaseando con la aventura antes de llegar a su destino. Parecía que el poder de su imaginación lo dejara indefenso. Olvidaba cosas que cualquier otro habría recordado. Como, por ejemplo, cuánto se aburriría en la casa de Mémère, lo solo que se sentiría. Quizá Mémère no tenía ni siquiera intención de mudarse. Yo estaba convencida de que a las ancianas les gusta quedarse en un lugar fijo, y no ir dando tumbos de un lado para otro con todas sus cosas metidas en cajas, atravesando el país en autobuses de la Greyhound.

Pero también sabía que no podía decirle nada de esto, aunque él me recordara constantemente lo práctica que yo era y me tratara como a una persona de mundo, como a una autoridad en el campo editorial. Por muchas dudas que uno tenga, vapulear los sueños más profundos de la gente no está bien. Comparada con Jack, pensé, yo estaba muy curtida.

—Tendrías que buscarte un maridito —me dijo con una generosidad algo triste.

Le contesté que eso no era lo que yo quería.

—Bueno, pues entonces termina tu libro y viaja con Elise.

—¿Y si viajara a San Francisco? —pregunté.

Sentí un fogonazo de euforia al darme cuenta de que podría hacerlo. No necesitaba que Jack me llevara consigo, él sólo tenía que estar ahí cuando yo llegara. Le conté que empezaría a ahorrar enseguida y que, cuando estuviera en California, cobraría el subsidio de desempleo hasta que encontrara un trabajo. Que tendría mi apartamento en la ciudad y que podría venir a verme. Estaba harta de Nueva York, de todos modos, le dije. Había pasado veintiún años, todos los que tenía, en un solo lugar; era demasiado tiempo, él estaba en lo cierto.

A Jack no se le había ocurrido jamás que pudiéramos arreglar así nuestra relación. Había vuelto a sorprenderle.

—Haz lo que quieras, Joycey —me dijo—. Haz siempre lo que quieras.

Y, sin embargo, que te concedieran aquella libertad resultaba desconcertante. Se suponía que los hombres tenían que preguntar, que poseerte; no podías contar con que te dejaran tranquila. Yo quería que me quisieran. A diferencia de Alex, Jack tomaba lo que le dabas sin exigir más. Jack no quería que tú fueras otra cosa que lo que eras: *Ti Gris* el gato era sólo *Ti Gris*, y debía ser admirado en toda su incorregible, su redomada «tigrisicidad». A veces era Jack el que le daba de comer a *Ti Gris*. En cuclillas, inmóvil a una distancia prudencial del cuenco de plástico, observaba con afectuosa atención cada pequeña ingestión de comida. ¿Sería aquello, que te dejaran tranquila, una especie de amor?

Dos días más tarde, cuando Jack se fue a Florida, sólo pensaba en que cuando me bajara del autobús en San Francisco a finales de verano lo encontraría en la terminal de autobuses de la Greyhound esperándome, listo para cargar mi maleta por las calles de North Beach hasta que me hubiera encontrado una habitación bonita y barata en alguno de los hoteles en los que Allen había vivido, y allí haríamos el amor en la cama nueva. Y esa misma noche me llevaría a todos los clubes de jazz y me presentaría a todo el mundo; seguro que a Neal Cassady le encantaría, porque le recordaría de inmediato a su primera mujer, una pilluela rubia de dieciséis años llamada Luanne.

Aunque parezca mentira, la única mujer a la que Jack se llevó de viaje no fue ni Edie Parker, ni Carolyn Cassady, ni ninguna de las bellas *fellaheen* morenas por las que tanto suspiró, sino Gabrielle L’Evesque Kerouac, de sesenta y dos años, con un moño de pelo gris, gafas redondas y un rosario en el viejo bolso negro.

Mientras Jack se lamenta de lo deprimentes que son las estaciones de autobús, de lo terriblemente interminables que son las autopistas transcontinentales, de las noches que le ha hecho pasar a su madre, durmiendo sentada soportando el traqueteo, Mémère mira contenta por la ventana: las llanuras de Texas, el valle del Río Grande, el desierto de Mojave. Para que ni Jack ni ella desfallezcan se ha llevado, con muy buen criterio, unas aspirinas que los dos van alternando con coca-colas. Compra *souvenirs* y, en un restaurante en el que pide ostras, coquetea con un anciano y le anota su dirección en un menú. Mémère está encantada; la parada nocturna en un hotel cochambroso cuya vulgaridad humilla a Jack le parece una pequeña aventura. Para ella todo son alegrías y lujos, y no adversidades. Con su Jackie a su lado, por fin está viendo mundo. ¿Qué había conocido ella sino trabajo y pobreza y la misa del domingo? De niña, a los catorce, había entrado en la fábrica de zapatos; se había casado a los diecisiete, había tenido tres hijos. Una vida entera cosiendo y zurciendo, enjabonando y ahorrando. En materia de ahorro, superaba incluso a mi madre:

guardaba los últimos centímetros del hilo de un carrete, media patata, un cuarto de cebolla, una caja de alfileres de 1910. Las cajas que Jack había embalado para que Mémère se las llevara a California estaban llenas de lo que a alguien con dinero no le parecería más que basura. Quizá aquellos días en el autobús de la Greyhound le parecieron el viaje de novios que nunca pudo hacer.

Pero no había ninguna casa esperando a Jack y Mémère. Tan sólo un apartamento de tres habitaciones sin los muebles necesarios. Y cuando iban al supermercado, tenían que mirar hasta el centavo. Mémère odiaba Berkeley, odiaba las colinas y la neblina matutina que impedía que la colada se secara, odiaba a aquellos desconocidos locos que continuamente se dejaban caer por ahí para arrebatarle a su Jack, odiaba el sonido de la máquina de escribir de Jack que salía de detrás de la puerta cerrada de su habitación. Echaba de menos a su hija y a sus vecinos y el maravilloso sol de Orlando. ¿Por qué no podía Jack vivir con ella en Orlando, en una casa bonita? ¿De qué servían todos aquellos traslados estúpidos?, le preguntaba.

«Ahora espero tu llegada ansioso», me escribía Jack en su carta del 11 de junio, y añadía que tanto él como Neal me suplicaban que me diera prisa y llevara a Elise y a Sheila conmigo para que pudiéramos prepararnos para una nueva temporada. Berkeley estaba tranquilo y lleno de flores; San Francisco, más salvaje que nunca. Los periódicos iban cargados de noticias y artículos acerca de *Aullido*: acababan de prohibirlo por obscenidad, y la policía local había retirado los ejemplares de las librerías.

El tablón de anuncios de The Place, el local más popular de North Beach, estaba lleno de recortes de noticias sobre *Aullido*, y también de cuadros de artistas del lugar y de notas de recados telefónicos y de cartas que el propietario les guardaba a sus clientes. «Te encantará este lugar tan loco», escribió Jack. «En Nueva York no hay nada que se le parezca». Una noche se enzarzó en una pelea ridícula en The Place que me describió con regocijo: un hombre bajito y con gafas había estado pegándole a su mujer. Cuando Jack intervino, el hombre había intentado darle un puñetazo. Agarrando de los brazos a su agresor, Jack se había limitado a «dejarlo sentado» en el suelo.

Pero la carta se cerraba con un triste y desconcertante: «Esto es el final de la tierra, nena, te sientes solo – SÉ que, al final, terminaré regresando a N. Y. para vivir. Jack el loco».

En cuanto leí la carta quise ir a comprar el billete de autobús, pero llegar a San Francisco sin un centavo me daba miedo. Tenía que ahorrar doscientos dólares como fuera. Dejé mi apartamento y me instalé en casa de mi amiga Connie, que había trabajado para Robert Giroux. El cambio fue demasiado para *Ti Gris*, que se las

ingenió para abrir una ventana y salir por fin de mi vida. «Bueno, supongo que *Ti Gris* está de camino a China, donde se convertirá en un inmortal y se alejará cabalgando a lomos de un dragón», escribió Jack.

Mientras tanto, intentaba convencer a Elise de que me acompañara a California. ¿No habíamos planeado siempre embarcarnos juntas en una aventura? Lo único que tenía que perder era su horrible trabajo de mecanógrafa. De Tánger, Allen se había ido a París con Peter, y no volvería hasta la siguiente primavera. Y, de todos modos, esperarle resultaba peligroso. En Berkeley Elise podría estudiar un postgrado; sería muy fácil, decía Jack. Todo era fácil en California, tierra de cielos azules y calles arboladas y un millón de lugares y personas nuevos e interesantes.

«Espero que cuando llegues —me escribió Jack, inquieto— me dejes estar un poco preocupado en general, ya no sé qué hacer ni qué pensar. Por cierto, me gustaría dibujarte o pintarte, con calma…».

Diez

Precisamente cuando ardía en deseos de marcharme de Nueva York, la ciudad se convirtió, ante mis ojos, en una especie de París. La nueva ola cultural que se había formado en San Francisco avanzaba imparable hacia Manhattan arrastrando consigo a recién llegados de todo tipo —poetas, pintores, fotógrafos, músicos de jazz, bailarines —, artistas auténticos y muchísimos más aspirantes al título. Algunos se hundían casi al instante, mientras que otros emergían rápidamente a la superficie y quedaban a flote. Jóvenes y sin un centavo, se reunían en el extremo oriental del Village para luego separarse y desaparecer en anodinos distritos de depósitos y almacenes fabriles, en la Cuarta Avenida, con sus librerías de viejo, en las calles del Bowery llenas de botellas de vino rotas. Era una zona de una crudeza industrial, proletaria, fea; ni siquiera era legal vivir allí, pero los caseros estaban dispuestos a hacer la vista gorda. Era un territorio fuera de la ley que, silenciosamente, absorbía a personas que en plena noche se escabullían para sacar la basura o escondían la cama detrás de una fila de cuadros, siempre alerta por si el inspector de vivienda llamaba a su puerta.

Un grupo de pintores mayores sobrevivía allí desde finales de los años cuarenta. En *lofts* que la industria textil había abandonado y en cuyo suelo, entre las rendijas de la tarima, todavía podían encontrarse agujas de máquina de coser, se habían zafado de las ataduras del caballete y, aprovechando el espacio del que disponían —una de sus escasas posesiones—, habían fijado sus enormes lienzos sobre las paredes de yeso agrietado o los habían clavado en el suelo. Se deshicieron de las paletas y utilizaron los tableros metálicos de viejas mesas de cocina. Llovía pintura sobre las superficies blancas —pintura de pared, si faltaba el dinero para los óleos—, colores que se deslizaban formando riachuelos, mezclándose, salpicando, coagulándose suntuosamente en capas relucientes, dando fe del gesto del brazo del pintor en un segundo congelado, como el acta de una danza loca y solitaria. O como la música, decían algunos, como el *bop,* como un *riff* de Charlie Parker, yonqui incorregible y genio aniquilado por el exceso en 1955, héroe póstumo de los tiempos que se avecinaban. O como la «prosa espontánea» de Jack, otra danza en el flujo del tiempo. En el número final de la *Black Mountain Review* había publicado un manifiesto que muchos pintores de Nueva York no tardarían en leer: «Al ser el tiempo esencia de la pureza del habla, el idioma esbozado es flujo ininterrumpido de secretas ideas-palabras personales, y sopla (como músicos de jazz) el contenido de la imagen».

Si cambiamos los sustantivos por *cuadro, color, pincelada,* nos acercaremos al modo en que los pintores se definían cuando discutían acaloradamente en The Club, un *loft* de la calle Ocho donde solían reunirse, o mientras bebían cerveza en el Cedar Bar o, ya de madrugada, tomaban café en Riker's. Medio adormilados, volvían dando tumbos a sus estudios y encendían la luz para contemplar el nuevo lienzo de la pared, emparejándolo con las palabras que todavía les daban vueltas por la cabeza, exhaustos o deprimidos o peligrosamente exaltados; con el alquiler pendiente, sin

dinero para comprar un tubo de rojo cadmio, otra mierda de año sin galería.

Pero Jackson Pollock había roto el hielo, decían, lo había roto para todos, y luego se había muerto —al clásico estilo americano— en su Oldsmobile; había muerto en la riqueza y la fama que, para cuando las consiguió, tan poco parecían importarle. Tan poco, que perdió el control de su coche y chocó contra un árbol en la carretera de Montauk, de camino a una fiesta con su amante adolescente y una amiga de ésta. Era un suicidio a punta de alcohol, el accidente del que, pasado un año, todos seguían hablando obsesivamente. Contaban un sinfín de historias de Jackson y peregrinaban hasta Amagansett, a la tumba marcada con un bloque de granito que había estado junto a la casa de Pollock y que ahora exhibía su firma en una placa de bronce, como si hubiera firmado su propia muerte: el nombre del pintor que, al final, completaba el cuadro.

La leyenda se pega a los artistas cuya muerte parece un corolario de su obra. En estos paralelismos perfectos, el público experimenta una satisfacción perversa semejante a la satisfacción que el artista siente al terminar una imagen. Parecía muy propio de Jackson Pollock —cuyos cuadros eran expresiones de furiosa vitalidad, vertiginosas redes de pintura sacada directamente del tubo; del Pollock que pegaba colillas en sus lienzos con una aparente falta de respeto brutal por los refinamientos del Arte— atravesar el parabrisas a ciento treinta kilómetros por hora. Trece años más tarde, muchos considerarían la discreta muerte de Kerouac en Saint Petersburg impropia de él, ligeramente embarazosa; sumamente irónica, como mucho. Habría sido mucho mejor que hubiera terminado como Pollock o como James Dean o como Neal Cassady, que había muerto de frío en una vía de tren.

Siempre he creído que, más que de la fama o de su público, los artistas se alimentan los unos de los otros. Entregar tu obra al mundo es una experiencia que entraña un vacío especial; la obra se separa del artista rumbo al vacío, como un mensaje metido en una botella y luego lanzado al mar. La crítica machaca y humilla. A Pollock lo saludaron como a un genio antes de que muriera, pero ¿habría olvidado aquella ocurrencia tan repetida, la de que sus cuadros los podía haber pintado un chimpancé? En cuanto a los elogios, se quedan cortos, en cierto modo, no son más que superlativos huecos. El verdadero artista conoce las trampas de la vanidad. Dar rienda suelta a las ansiedades es muy peligroso. Pero ¿lo has *entendido*?, ésa es la pregunta obligada. Apreciar y admirar no bastan: ¿lo has *entendido*? ¿Y entenderás lo que voy a hacer a continuación? El lienzo húmedo en mi estudio, la página que he dejado en la máquina de escribir. El artista, poco razonable, también querría saber esto. Los elogios son cosa del pasado, de la obra acabada; es la obra inacabada la que preocupa al artista.

> Sigue en bruto perfiles en movimiento como de abanico sobre el contenido, como una piedra de río, así la mente fluye por encima del necesario centro de la joya (pasa sobre ella, una vez sólo), llega al punto de giro, donde lo que era «inicio»

> borroso se vuelve «final» necesitado de agudeza y el idioma se acorta en carrera para telegrafiar la carrera temporal de la obra, siguiendo leyes de «Forma Profunda», hasta la conclusión, últimas palabras, último hilillo de agua de la noche que es el «Fin».
>
> JACK KEROUAC

En mi memoria, el verano de 1957 llega con un incendio, una gigantesca conflagración en la calle Ocho con Broadway. Recuerdo el cielo nocturno llenándose de humo y llamas, y el clamor de los coches de bomberos; recuerdo que era viernes y que, como no tenía nada que hacer, me había quedado en el centro después del trabajo. Los almacenes Wanamaker's estaban ardiendo, el edificio antiguo e inmenso que, desde antaño, se alzaba como un emblema y una barrera entre el Village y el East Side. Aquel viernes por la noche quedó reducido a cenizas. El famoso reloj bajo el que tantas veces había pasado en enero para encontrarme con Jack se derritió como uno de Salvador Dalí.

Qué noche tan extraña. La inquietud estival, la muchedumbre contemplando el fuego, el olor de ceniza que lo invadía todo. Según los folletos que empapelaban el Village, aquella noche se inauguraban media docena de galerías en la calle Diez este. Parecía que las galerías, propiedad de los artistas y gestionadas por ellos mismos, hubieran ocupado, todas a la vez, los escaparates abandonados. Poco a poco, la destartalada manzana que quedaba entre la Cuarta Avenida y la calle Bowery se había convertido en un pequeño país de pintores. Franz Kline y Willem de Kooning, hombres cuyos nombres hacía muy poco que me resultaban familiares, vivían en aquella calle, como la mayoría de artistas desconocidos cuya obra estaba a punto de ver en las nuevas pequeñas galerías. La calle Diez tenía, para mí, el encanto de un lugar extranjero: aquella noche, entrar en la Diez fue como volver a descubrir Washington Square.

Bajo el extraño resplandor oscuro y anaranjado, mientras las sirenas pasaban aullando, grupos de gente deambulaban de un escaparate al otro discutiendo apasionadamente, riendo, felicitándose los unos a los otros, bebiendo vino en vasos de cartón, gritándoles a sus amigos «¿Ya has visto lo de March?»… «¡Eh, te veo en la galería Camino!»… «¿Franz anda por ahí? ¿Ha visto alguien a Franz?». Para entrar en la galería, primero tenías que mantenerte apartada de la estrecha entrada para dejar salir a un chorro de personas y, una vez en el interior, te abandonabas a un movimiento circular que avanzaba de un cuadro al otro, y tenías que mirarlo todo ni que fuera un momento, tanto si lo que veías te gustaba como si no. Aquélla era, al parecer, la regla no escrita: se debía prestar atención a las obras de todos los artistas.

La verdad es que yo no sabía qué pensar de los cuadros. ¿Qué se suponía que debía ver? ¿Dónde estaban las imágenes? En la universidad los profesores me habían

enseñado a buscar las imágenes; pero allí me costaba encontrarlas. Y eso que hasta en los cuadros más difíciles de Picasso del MoMA había sido capaz de verlas. Pero ahí sólo había pintura. Unas veces podías sentir una energía tremenda, o una emoción difícil de traducir en palabras; otras, el cuadro no te decía nada. ¿Era así como tenías que decidir cuáles eran buenos y cuáles malos?

Sin embargo, aquella noche los juicios de valor no importaban; lo que importaba era el acontecimiento. Y el acontecimiento en el que había participado no era el principio de algo, sino la revelación al mundo de lo que hacía años que se cocía entre aquellos pintores de cuya existencia sólo estaban al corriente ellos mismos.

Mayores o menores, todos aquellos pintores parecían poseídos por el mismo impulso: descubrir formas nuevas e ilimitadas.

El final de junio se acercaba. Un viernes por la noche Elise, al salir del trabajo, encontró un aviso en el sobre de la paga. Estaba despedida; no había explicación alguna.

El lunes por la noche volvió a la oficina. Fue hasta su máquina de escribir y se sentó en su silla. Todos las personas con las que había trabajado se quedaron mirándola como si su comportamiento entrañara algún peligro. Hacía meses que Elise las conocía, pero nadie parecía darse cuenta de eso. Cogió una hoja del cajón y la colocó en la máquina de escribir. Tecleó su nombre una vez, y otra, y otra, y cuando ya empezaba a cansarse, «jovencilla emponzoñada de whisky, qué mala figurota exhibes»[14].

Uno de los hombres se le acercó y le dijo discretamente:

—Señorita Cowen, usted ya sabe que aquí ha terminado. ¿Por qué no se va, como una buena chica?

—Quiero saber por qué me han echado.

—Usted váyase, ¿entendido? —contestó él.

Había llenado la página entera, así que la sacó de la máquina de escribir y cogió una hoja nueva.

—¡Eh! ¿Qué haces?

—Quiero saber por qué.

—Llamad al jefe —dijo alguien.

—Sí —los animó Elise—, llamad al jefe.

Lo esperó, preparada para escuchar lo que él tuviera que decirle. Sería la primera en admitir que no era especialmente buena en su trabajo. Cometía errores, llegaba tarde a menudo. Quería que el jefe le dijera también «Elise, eres una borracha y una bollera marimacho». Ella era un ser humano, igual que él. Los seres humanos se comunican sin intermediarios.

Se quedó sentada, tecleando, con la billetera en el regazo. Los empleados iban formando un corro a su alrededor, boquiabiertos, como si estuvieran mirando un accidente de tráfico. Aquello la distraía de su trabajo. Se detuvo y rodeó la máquina de escribir con los brazos; tenía la impresión de que el peso de la máquina la sostenía. Y entonces dijo con la voz clara: «Quiero una razón o una explicación»; y se sintió como Bartleby el escribiente sentado en la esquina de su oficina, repitiendo sin parar: «Preferiría no hacerlo».

Quien llegó fue la policía, tres agentes. Le pidieron que los acompañara. Y cuando se negó, la agarraron de los brazos, tirando, y le levantaron los dedos de la máquina porque seguía abrazándola. Las gafas se le cayeron al suelo. Todo estaba borroso cuando los tres agentes la separaron de la mesa y la arrastraron fuera de la oficina a toda prisa mientras sus pies arañaban el suelo.

—¡Quiero saber por qué! —gritó por última vez. En el ascensor, mientras bajaban, le pegaron un puñetazo en el estómago.

Llamó a su padre desde la comisaría. «Esto va a matar a tu madre», le dijo él.

Leo Skir recibió una llamada de Elise el martes por la mañana, muy temprano: su padre y su tío habían ido a buscarla, la habían dejado libre sin cargos, necesitaba ver a alguien. Leo le dijo que podrían encontrarse a la hora de comer. Un poco más tarde Elise me llamó y me comunicó que se marchaba a California. A mediodía Leo la esperó en una pizzería del Lower East Side, pero ella le dejó plantado. Estaba vendiendo sus libros en la Cuarta Avenida. Elise volvió a su apartamento, metió sus cosas en una maleta y, con ella en la mano, pasó por delante de la puerta del conserje sin pararse a pagar el alquiler.

Aquella noche fui a despedirla. Comimos *chop-suey* en silencio en la penumbra granate de un restaurante chino, y luego las dos esperamos hasta medianoche sentadas en el vestíbulo de la terminal de la Greyhound, bebiendo café sin azúcar en tazas de cartón, observando las idas y venidas de los parias de América.

Me había guardado un libro, una ajada edición de la colección Modern Library de *El idiota*. «Ya es hora de que lo leas», me dijo muy seria.

Aquella noche todos parecían fugitivos. Yo no tenía la sensación de que Elise se iba a San Francisco; simplemente desaparecía, pensaba, disolviéndose en un anonimato terrible. Le repetía que nos veríamos a finales de agosto. Alquilaríamos un apartamento juntas, ¿verdad? Mientras tanto, estaría bien que se pusiera en contacto con Jack. Pero aun así, tenía la sensación de que estaba marchándose para siempre.

Una noche el teléfono sonó. Era Jack llamando desde un bar de Berkeley. Había pasado todo el día dando vueltas por el jardín, pensando en lo que iba a decirme. «Joycey, no sé cómo decirte esto, así que seré franco. No quiero que te lleves una desilusión con San Francisco. Pero esta ciudad no vale nada. Ahora me arrepiento de habértelo pintado todo muy bonito y de que decidieras dejarlo todo. Sólo quiero avisarte para que no cometas un posible error por mi culpa, maldita sea».

Cuando le pregunté qué pasaba, me contó que la policía le había parado en cuatro ocasiones por caminar por la calle pasada la medianoche. Uno incluso le había puesto dos dólares de multa por haberse saltado un semáforo. El juicio por obscenidad al que Ginsberg tuvo que hacer frente por *Aullido* había dado lugar a todo tipo de problemas con la poli. Se estaban incautando de los libros de poesía de la gente. ¿Qué pasaría con *Gasolina*, de Gregory, o con el segundo número de *Evergreen Review*, en la que aparecía *Aullido*? «¡Éste es un lugar loco, absurdo, ridículo!». Se le terminaban las monedas y me dijo que me escribiría. Sólo quería que pensara bien lo que iba a hacer. «Me encantará verte cuando quieras. Me gustas mucho, eres una gran chica, tienes un corazón sincero. Pero presiento que me echarán de América».

La carta que me envió aquella semana describía una California cautiva en manos de lo que Jack llamaba la «Autoridad Policial Total». Aquello era un vivero de

ancianos jubilados por el que la policía patrullaba de noche, empeñada en que nadie se divirtiera. La California «salvaje, final de los mapas» que tanto amaba había desaparecido. «Figúrate que una mujer escribió que si Jesucristo estuviera vivo, habría llevado a la policía a la librería para secuestrar los ejemplares de *Aullido*; esta actitud tan negativa, tan de señora mayor, lo invade todo, las casitas nuevecitas y ordenadas y las calles impolutas con líneas blancas y sus señales que dicen CAMINE, PARE, NO CAMINE».

Él sabía que no podría soportarlo mucho más tiempo. «Admito que, vaya a donde vaya, siempre termino aburriéndome y perdiendo la cabeza, pero esto no lo puedo soportar». Incluso al «salvaje y maravilloso Neal» le habían privado de su libertad de movimiento. Los carcas de los policías le habían retirado el permiso porque conducía «como un ser humano en vez de como un anciano». Era probable que la Autoridad Policial Total terminara adueñándose del Este, aunque Nueva York quizá les resultara demasiado inabarcable e indómita.

Pensaba que tendría que instalarse en México. Quizá, si todavía estaba decidida a viajar a San Francisco, podríamos ir a México juntos cuando pudiera irse de la ciudad. Aunque él prefería que los dos saliéramos de Nueva York después de Navidad. «Pero decide lo que quieras y haz lo que quieras», concluía.

Descubrí que, excepto cuando se trataba de las gestiones cotidianas, hacer lo que *querías* era mucho más difícil que hacer lo que debías. Ojalá hubiera subido al autobús con Elise aquella noche, aquello lo habría decidido todo. «Me quedo aquí sólo por un tiempo», les repetía a mis amigos, «Me voy a San Francisco». Luego regresaba a casa y leía y releía las cartas de Jack, y empezaba a dudar, y me preguntaba si volvería a gustarle California o si sería de verdad tan terrible como él decía. ¿O acaso lo decía porque era de *mí* de quien quería escapar? Aquélla era la duda que más me obsesionaba.

En su carta se me escapó entonces algo que ahora me parece evidente: la extraña y omnipresente vejez de la Autoridad Policial Total, con aquella «actitud tan negativa, tan de señora mayor», la pulcra vida de jubilado que quería imponer. Ahora la relaciono con Mémère, quien todavía no me parecía una adversaria formidable: no era más que una anciana que ponía las cosas más difíciles.

Cuando le respondí, le conté que seguía decidida a marcharme de Nueva York, como había planeado. ¿Estaría en San Francisco cuando yo llegara? ¿Había tenido noticias de Elise, se la había encontrado? Pero pasaron semanas antes de que recibiera otra carta de Jack. De Elise sólo me llegó una postal de la calle Lombard, «la calle con más curvas del mundo». La mayoría de las casas de San Francisco eran blancas, me decía Elise, «estilo rotundo, se impone el exceso». Había ido a The Place, pero hacía tiempo que nadie había visto a Jack. «Echo un poco de menos el East Side», escribió. Pero ¿y su vida? ¿Qué era de su vida?

Un sábado por la noche, bien provista de monedas, me planto en la cabina del Cedar Bar y consigo el número de The Place —«un bar muy conocido de North Beach, operadora»—, y luego llamo a la señorita Elise Cowen, escuchando cómo suena el teléfono en la otra punta del país. Allí también es sábado por la noche, aunque aquí les llevamos tres horas de ventaja, que no se me olvide. Cuando el camarero contesta, oigo al fondo una algarabía submarina y ahogada en cerveza parecida a la que se oiría si alguien llamara al Cedar. La operadora pregunta por Elise, y oigo cómo el camarero grita el nombre: «¡E-lise Cowen! ¡E-lise Cowen!… Lo siento, no está aquí», dice. «¿Está seguro? Es una chica morena con gafas, acaba de llegar a la ciudad». «No, lo siento». No sé si preguntar por Jack, pero su fama me violenta. Ya lo imagino: «¿Kerouac? Todo el mundo quiere hablar con él».

Salgo de la cabina y regreso al huso horario de Nueva York, donde la radio transmite el partido de los Yankees y un montón de hombres en mangas de camisa escuchan esta familiar cantinela veraniega, discutiendo a voz en grito quién será el próximo bateador como los clientes de un bar de barrio normal y corriente.

Preparándose para la próxima ronda, que, según cómo le dé, será gratuita, el dueño del local seca la barra con un trapo. Le gustan sus clientes, son buena gente, tranquilos, grandes bebedores. Vino y cerveza, sobre todo, aunque algunos tomaban cócteles de whisky y cerveza. Nunca había pensado en tener un bar de artistas; eran ellos los que iban al bar, qué demonios. Entre sus clientes circulaba un chiste acerca de los grabados de Currier and Ives que colgaban de la pared. ¿Qué tenían de gracioso Currier and Ives? Si tienes paredes, pues cuelgas algo. Y aquellos cuadros eran tan buenos como cualquier otro.

Una semana empezó a correr esta historia por el Cedar: un conocido coleccionista se siente moralmente ultrajado por un cuadro abstracto que ha visto en la calle Diez. «¿Qué clase de pintura es ésta?», pregunta. «¿Y a esto lo llaman un cuadro?». El pintor le pide a este hombre furioso que le describa lo que ha visto. «Pues medirá metro veinte por metro ochenta, blanco, con una línea negra de veinte centímetros en el centro». «¿Y qué más quiere?», responde el pintor, triunfal. Una réplica zen atribuida a Franz Kline, con su bigote fino y puntiagudo de guerrero oriental, y sus ojos castaños llenos de una amabilidad triste y deslumbrante. Al final de la barra, cerca de la puerta, se sienta y saluda a sus camaradas: «Te invito a una, vamos…». A sus cincuenta años, el dinero es toda una novedad para él. Parece un niño asombrado: alquilará un estudio más grande, comprará una casa en Cape Cod, quizá, contratará a uno de esos chavales desgreñados recién salidos del Black Mountain College para que le monte los lienzos en el bastidor. Hoy acaba de comprar un pincel, el más caro que ha tenido en su vida —¡así de ancho!—, que le ha costado veinticinco dólares…

El Cedar parece una reencarnación del Waldorf, y algunos de sus clientes, de hecho, son los mismos, pero yo ya no soy una inconsciente chica de catorce años.

Una noche entré en el Cedar sin conocer a nadie, y en menos de una semana no sólo me había situado, sino que también me había echado una especie de novio, un antiguo alumno del Black Mountain lleno de entusiasmo que se llamaba Fielding Dawson y al que todo el mundo llamaba Fee. Me sentía algo culpable por cómo habían ido las cosas. «No voy a estar por aquí mucho tiempo», le comuniqué. «En cuanto tenga noticias de Jack, me largo a la Costa Oeste».

Pero como no tengo noticias de Jack, el plan de fuga me parece cada vez más irreal. Quizá nunca vuelva a tener noticias de Jack. Quizá el mejor modo de tener una relación sentimental consista en ser la parte que abandona, y no la abandonada. Mientras tanto, he dejado el apartamento de Connie y me he mudado a una habitación del Hotel Yorkshire, aquel en el que una vez juré que nunca viviría. El Yorkshire no es más que un almacén, un lugar al que sólo se puede ir a dormir. Comparto el baño con un desconocido al que no he visto nunca. Está entre las dos habitaciones: para entrar abres la puerta de tu cuarto y cierras con llave la del suyo desde el baño, y para salir, al revés. Si tuviera que decir dónde vivo, imagino que diría que en el Cedar. Incluso me paso por ahí a la hora de comer. De la calle, animada y brillante, penetro en un repentino crepúsculo marrón; me siento en una mesa del fondo y escribo en mi cuaderno y pido una sopa de pescado Manhattan. A Hiram Haydn, que ha presentado mi novela en Random House, le envío una postal con la dirección del Yorkshire. Me llama a la oficina y me reprocha con tono paternal: «¡Has tenido tantas direcciones!». Tres en un verano, un número nada despreciable.

A veces voy al pequeño estudio de Fee. Está en una bocacalle de la calle Bowery y es el peor lugar que he visto nunca, peor que el Yorkshire o que la antigua habitación de Elise en la calle 108. El edificio parece a punto de derrumbarse. Hay agujeros en la tarima del suelo y grietas enormes en el techo. No tiene calefacción (por suerte no estamos en invierno), y del grifo de 1907 no sale más que un hililllo de agua; papeles, botellas de cerveza, tubos de pintura vacíos, montañas de ropa por lavar en el suelo. Me siento en el catre mientras Fee dibuja mi retrato en un gran cuaderno con los impetuosos trazos de su carboncillo.

Fue el mismísimo Kline el que le enseñó a dibujar así un verano en Black Mountain. Fee sólo tenía dieciocho años. Era un muchacho aturdido recién salido del instituto de Saint Louis, que acababa de dejar a sus espaldas una reputación humillante, la de bicho raro de la clase, que él asumía con orgullo. Había convencido a su madre de que lo enviara a las verdes colinas de Carolina del Norte para conocer a la vanguardia de Estados Unidos: allí no sólo estaba Kline, sino también Buckminster Fuller, Paul Goodman, Willem de Kooning, John Cage, Merce Cunningham, Edward Dahlberg, Robert Creeley y Charles Olson. Una extraordinaria colección de personalidades visionarias, excéntricas y apabullantes. En aquella comunidad experimental e incestuosa la vida era tan intensa que Fee, como otros antiguos alumnos de Black Mountain a los que conocí, nunca se repuso del todo.

Incluso la decadencia de Black Mountain resultó radical. El cuerpo de profesores

se había dividido en facciones. En 1954 al colegio se le agotaron los fondos. Aquel invierno se quedaron sin carbón y sin comida. Un grupo reducido resistió talando árboles a fin de conseguir leña para calentarse, robando comida en el colmado, si hacía falta, disputándose la posesión de las pocas mujeres disponibles y bebiendo grandes cantidades del destilado ilegal de la zona. Pero el último año sólo quedaban el poeta Charles Olson y el pintor Joseph Fiore y una docena de estudiantes desharrapados. Un día de otoño de 1956 se montaron en varios coches y se marcharon de allí, apesadumbrados. Unos enfilaron hacia el Oeste, hacia San Francisco, otros terminaron en Nueva York, en el Village.

Siete años después de su primer encuentro con Kline, Fee todavía tiene el aire aniñado y los modales desgarbados de alguien que pasó su adolescencia en el campo de béisbol y que ahora se entrega al arte, a la embriaguez y a las intensas emociones del Cedar, siempre dispuesto a dejar que alguien o algo lo deslumbre. «Este Fee», decían los pintores mayores con el nostálgico afecto del viejo que ve cómo el joven se lo pasa en grande. Kline le invita a cerveza y sándwiches. «Si bebes tienes que comer, Fee».

Si no estuviera enamorada de Jack y, quizá, a punto de marcharme, la idea de convertirme en «la parienta» de Fee me habría resultado tentadora. Me encargaría de enderezarle un poco, de ordenar el estudio; pagaríamos el alquiler a medias, tendría un hijo o dos y me convertiría en una de esas mujeres cansadas, calladas, abnegadas y muy respetadas que algún sábado por la noche acompañan a sus maridos al Cedar con uno de esos sosos vestidos de segunda mano en los que el añadido de unos cuantos abalorios consigue imprimir cierta gracia. Incluso una jovencita puede transformarse en una señora, convertirse en el sostén del genio autodestructivo de otra persona. Quizá baste con alimentarse de las historias de Fee Dawson: «La noche que los ojos suplicantes e inyectados en sangre de Jackson Pollock aparecieron en la ventanita de la puerta del Cedar y John el camarero dijo: “Has sido un chico malo, Jackson. No puedes entrar”… La noche que Franz… La noche que Bill de Kooning entró y dijo…».

En realidad, son las historias de Fee y cómo las cuenta lo que, a mis ojos, lo hace irresistible. Es el biógrafo de cientos de instantes en los que, en mitad de la noche, o en una interminable tarde regada de cerveza, alguien pronunció una frase absolutamente perfecta y masculina, una frase inolvidable: una revelación que mereció horas de espera y de «me entiendes, ¿no?». Agotado, se agita en el taburete de la barra mientras intenta recordarla, casi al borde de las lágrimas, con la frente medio oculta tras mechones de pelo.

En Fee identifico rasgos de Jack y de Allen, unos rasgos que, en los hombres, me resultan atractivos: la búsqueda del momento culminante, de la intensidad por la intensidad misma, algo que, al parecer, sólo encuentran cuando están entre ellos.

Una tarde de mediados de julio tuve que pedir permiso en la oficina para salir una hora antes. Dije que tenía cita en el médico y cogí el autobús hasta Random House para reunirme con Hiram Haydn. Cuando entré en su despacho dijo: «Bien, queremos ser tus editores. ¿Y tú, qué opinas?».

¿Que qué opinaba? No era capaz de opinar nada. La carpeta azul con mis cincuenta páginas estaba en su escritorio; detrás, en las estanterías, estaban todos los libros que había editado. Como una colegiala, respondí: «Es genial»; pero yo sabía que una auténtica autora habría dicho algo mucho más rimbombante. Pulsó un botón y una secretaria editorial, una chica joven como yo, nos trajo café. «Te presento a Joyce Glassman», le dijo Hiram Haydn. «Ve a ver si Bennet Cerf está en su despacho».

Más tarde, cuando salió de Random House —que en los años del reinado editorial de Bennet Cerf era una mansión de piedra rojiza—, la autora Joyce Glassman se quedó parada en la avenida Madison, mareada, y se preguntó si la hora que acababa de pasar había sido la mejor de su vida; sin embargo, tenía la sensación de que no le pertenecía, de que no se la había ganado honradamente, de que tener un editor a los veintiún años no había sido más que un golpe de suerte, por no hablar de la desorbitada suma de quinientos dólares. Se diría que se había saltado algunas etapas indispensables: el amable desinterés y el desprecio de los editores, años de hambre y de lucha —como los que había pasado Jack— durante los cuales la camaradería de escritores igualmente condenados al anonimato habría sido su único apoyo. Bennet Cerf, en cambio, me había estrechado la mano. «Tu libro comercial», me dijo Fee cuando le conté la noticia.

Pero aquella semana mi suerte no acabó ahí. Al día siguiente, en la oficina, Robert Giroux me llamó a su despacho y me dijo que iban a ascenderme de secretaria editorial a asistente editorial. Aquel ascenso era todo un honor; sabía que podías quedarte de secretaria toda la vida. Quizá un día llegara a convertirme en editora, aunque eran muy pocas las mujeres que llegaban tan lejos, y las que lo conseguían eran señoras que ya pasaban de los cuarenta. Tenías que ser riquísima, o estar loca, o prometida, para dejar escapar aquel golpe de suerte. Acepté el puesto al instante, y sólo después me di cuenta de que, al hacerlo, había renunciado a California. Luego volví a casa, a mi habitación en el Yorkshire, y por fin encontré una carta de Jack.

La había enviado desde Orlando, donde acababa de mudarse con Mémère a un apartamento a la vuelta de la esquina de donde ella vivía antes; a todos los vecinos aquello les hacía muchísima gracia. Solían pasarse por la casa para reírse de Jack. Le quedaban treinta y tres dólares, el ejemplar de muestra de *En el camino* seguía en una estantería, olvidado, y, «superada la fase del agobio», ahora Jack se sentía rabioso; así que al día siguiente salía para México. Quizá Viking Press tendría a bien alimentarle.

Si quería podía reunirme con él, a menos que aún abrigara la idea de ir a San Francisco. Un autobús de la Greyhound —rumbo al sur, esta vez— nos llevaría a mí y a mi equipaje hasta él. En México había «apartamentos suntuosos» por veinte

dólares al mes. Podríamos ser dos escritores en México, juntos. Mientras tanto, se instalaría en un tugurio de once dólares y escribiría a la luz de una vela en su solitaria habitación. «Así que, dulce Joycey, decide qué quieres hacer».

Y decidí. La moneda cayó del lado del arte y el amor.

A la mañana siguiente le dije al señor Giroux que en agosto dejaría Farrar, Straus. Me iba a México para terminar mi novela y estar con Jack Kerouac. Parecía algo alarmado, pero se abstuvo de convencerme de que cambiara de opinión.

Adiós, Nueva York. En México quinientos dólares te aseguraban la subsistencia de por vida, o casi. Les dije a mis padres que me iba de vacaciones. Le dije a Hiram Haydn que dentro de seis meses tendría la novela terminada. Me compré un manual de conversación inglés-español y apunté las direcciones de bohemios mexicanos que me habían pasado los pintores del Cedar. «Estoy harto, loco», me había confesado Jack en su carta, pero yo estaba convencida de que en cuanto estuviera con él se le pasaría todo.

En California, en una noche de locura y luces de neón, Jack se zafó de la soledad que le había impuesto la senil Autoridad Penitenciaria; se largó a San Francisco con Neal Cassady y los otros cómplices borrachos que fueron a buscarlo a su casa. Con porros y vino pasando de mano en mano, el coche zumba por el puente del Golden Gate. «¡Guau!». Cantando a voz en grito, Jack va dando tragos del tinto de California con la cabeza echada para atrás, ahogando a Mémère, que, apretando los labios, se ha quedado en casa, delante de las sandeces que parpadean en el televisor. Con su pandilla de amigos, el prófugo va reclutando por los bares de North Beach en los que paran a un ejército de juerguistas, poetas, chicas, músicos sin trabajo, afables gorrones algo colgados: «¿Dónde te habías metido? Hacía tiempo que no te veía». A medida que esta noche de locura enloquece todavía más, las conversaciones que el alcohol va lastrando se tornan cósmicas —aunque más tarde resultará imposible repetirlas—, la intensidad de la música del *jukebox* traspasa el alma.

Perdido en el vino, Jack ya no es el cabecilla de esta turba jubilosa, sino su niño descontrolado, ciego. Le ceden las piernas como a un bebé. «¡Que alguien lo agarre!», y la redonda cara de Mémère le lanza un reproche: *¿Qué estás haciendo, mi pobrecito Ti-Jean?* Lágrimas de culpa inundan sus ojos, aunque en el Vacío en el que nada existe no existen las lágrimas, ni Jack, ni siquiera Mémère, la santa criminal que por entre las piernas expulsa bebés al agonizante cementerio del mundo. Lo único que queda es la terrible conciencia incorpórea de Jack.

En The Place ve a una chica extraña, morena e inquieta, de pie, parada entre la muchedumbre que se agolpa en el bar. Una chica perdida que no conoce a nadie, que no habla con nadie. Ha bajado a la calle dejando atrás una habitación de hotel de la que hace una semana que no sale y se ha metido allí. La última vez que Jack había visto aquel rostro estaba en una esquina del Village con Allen. Un nombre emerge en

su infalible memoria.

Elise.

«Yo era demasiado para ella, con todos aquellos borrachos detrás de mí», escribió enigmáticamente en la carta en la que me invitaba a reunirme con él en México. «Todo estalló… tenía miedo de escribirte… Pero aquí tienes a tu loco de atar».

En mi imaginación, México es como una de esas frutas que más vale no probar: dulce y de color de mango. Pégale un mordisco donde no debes al rosa anaranjado de su pulpa, y un veneno invisible invadirá tu sistema. Grupos de campesinos vestidos de blanco con pistolas, como en un cuadro de Orozco. Las palomas sobrevuelan en círculo la cúpula de la catedral. Gringos en las últimas, como el cónsul de Malcolm Lowry, se sientan en los balcones sorbiendo fuego líquido. Hay una habitación blanca con una cama con cabezal de hierro donde Jack y yo dormimos hasta tarde entre sábanas húmedas y enredadas mientras la luz se cuela por las tablillas rotas de las contraventanas; la sombra de las palmeras de la calle, las moscas zumban en el techo agrietado. El día nos espera, resplandeciente y traicionero: una aventura ignota que compartir.

«Qué fantástica mezcla de miedo y emoción debes de estar sintiendo ahora», me escribe Elise una semana antes de que me marche de Nueva York en un estado de temerosa felicidad que, no sé cómo, a casi cinco mil kilómetros de distancia, ella consigue describir con extraordinaria precisión. «Alégrate, dedícate a la fiesta y al amor en México. Dale a Jack recuerdos avergonzados, de mi parte».

Llamé a The Place tres noches seguidas después de leer la carta de Jack, hasta que logré encontrarla. No tenía ni idea de lo que iba a decirle, pero cuando conseguí dar con ella le conté la verdad: que lo sabía y que no pasaba nada y que cómo estaba. Eso era lo que me importaba. Estaba sin blanca, me dijo. Por lo demás, bien. Aquel lugar era raro; todavía no había encontrado trabajo. Pero pasar con una comida al día hacía que te sintieras agradablemente colocada, agudizaba los sentidos, así que quizá siguiera con la dieta. «Si por casualidad te llama mi padre, dile que estoy trabajando de camarera o algo así».

A la mañana siguiente le envié veinticinco dólares y ella me contestó con una postal con focas tumbadas al sol: «Eres un sol».

En Ciudad de México Jack se bajó del autobús de la Greyhound y caminó hasta la calle de Orizaba, hasta la casa en la que se había alojado otras veces, primero con Bill Burroughs después de la muerte de Joan y más tarde, al cabo de cuatro años, en un cuartucho de adobe en la azotea; aquél era un verano que flotaba en su memoria como una ensoñación de marihuana, como una desolación que ahora le parecía plácida. En el cuarto cerrado con candado había leído todos los sutras a la luz de una vela; castamente, atormentadamente, había amado a Esperanza Villanueva, la mexicana de inmensos ojos tristes que le conseguía la morfina. En la planta baja vivía Bill Garver, un yonqui viejo que casi nunca salía de su minúsculo apartamento, un ajado chamán de Manhattan que citaba a Mallarmé y hablaba de civilizaciones perdidas y que años antes se había ganado la vida robando abrigos. Nueve meses antes, la última vez que Jack lo vio, Garver le había dicho: «No volverás a verme con vida».

Siempre que quería visitar a Garver golpeaba en su ventana. Ahora, mientras se acercaba a la casa, advirtió que habían cambiado aquel cristal que llevaba tantos años roto. Le preguntó a la casera dónde estaba el señor Garver. *«Señor Garver se murió»*[15]. Entró y subió las escaleras hasta el cuartito de la azotea que todavía consideraba como propio, en el que había escrito *Tristessa* y los poemas que tituló *México City Blues*. La puerta estaba abierta, y dentro las paredes estaban recién encaladas; ahora una joven española con una blusa de encaje vivía allí.

Era la última visita de Jack a México. Caminó hasta el centro y encontró una habitación en un «siniestro hotel de mármol».

Tres días más tarde se despertó en el hotel en una temblorosa oscuridad que lo zarandeó; al principio pensó que estaba en el mar, en el fragor de una tempestad atlántica. Podía oír las paredes derrumbándose, las sirenas, los gemidos de las mujeres. El mundo de los vivos y de los muertos llegaba a su fin en el interior de la *Sutra del Diamante* del Paraíso, donde él yacía aterrorizado con el silencio zumbándole en los oídos.

Pero cuando los temblores del terremoto se apagaron, su visión del Apocalipsis lo abandonó y volvió a estar solo, a ser mortal, desterrado lejos de toda carne humana, del calor y del tacto, con el corazón helado.

Se levantó y arrancó páginas de su cuaderno garabateando frases delirantes en una carta que enviaría a Nueva York por correo aéreo. «Baja, te estoy esperando. No vayas al ridículo Frisco…».

¿Qué iba a ver en Frisco que me resultara nuevo, extranjero y extraño? Lo que iba a hacer, en cambio, era montarme en un avión rumbo a Ciudad de México (el autobús tardaba demasiado), coger un taxi que me llevara directa a la habitación de Jack, y llamar a su puerta.

Por si algo me hacía dudar —su incoherencia, que no podía evitar, o la «irresponsabilidad» que Elise le había reprochado con tristeza— me describió su monacal habitación, que ya entonces detestaba, como «magia árabe». Dormiríamos

en aquella opulencia enlosada, en una cama de matrimonio grande y limpia rodeada de enormes espejos ovalados de «orgía sexual». Nuestro baño privado tendría techos de seis metros de altura y «ventanas mahometanas». Y cuando nos cansáramos de la estancia del sultán y de sucumbir a las tentaciones de la ciudad, alquilaríamos una casita en el campo con flores en las ventanas. «Nos dedicaremos a escribir y cobraremos nuestros cheques en grandes bancos americanos y comeremos sopa caliente en los puestos del mercado y flotaremos en balsas de flores y bailaremos la rumba en tugurios imposibles de a 10 centavos la cerveza».

Quizá después de México yo podría ir a San Francisco a ver a Elise y terminar lo que Jack bautizó como mi «*tour* educativo». «Pero estoy solo, echo de menos tu amistad y amor». Tenía mil razones para viajar: comeríamos y beberíamos y haríamos el amor en aquella cama enorme, pasearíamos de la mano visitando pirámides aztecas y catedrales rosas. «Y espera a beber zumo de naranja recién exprimido en vasos de agua grandísimos cada mañana por sólo 7 centavos».

Tres días antes, ya le había contestado a Jack —envié la carta a casa de su madre— que iría a México; pero nunca recibió aquella carta. No habría hecho falta incentivo alguno. Ni habitación de magia árabe, ni pirámides, ni zumo de naranja. Me extrañaba que no lo supiera. Parecía que me viera como un espíritu libre, imagen que no terminaba de encajar con el concepto que yo tenía de mí misma. ¿Una chica capaz de sopesar fríamente entre la alternativa de México y la de San Francisco? Incluso había detectado a la ávida escritora que habitaba en mi interior y que yo siempre relegaba a un segundo plano. Iba a enseñarme cosas que la mayoría de mis compatriotas nunca vería. «Y puedes escribir un libro largo», me prometió.

Una tarde de 1975 crucé la frontera y vi Tijuana. Tijuana no era más que adobe y chabacanería deslucida, y apáticos vendedores de cerditos de cerámica empujando carros en el aire sofocante. No era el México de Jack. Nunca vi aquel país de palabras, ni llegué a penetrar en sus misterios. Nunca cogí un taxi en el aeropuerto ni recorrí, dando tumbos y asomándome por la ventanilla hasta divisar el número del hotel de mármol, las calles llenas de grietas enormes de las que retiraban los escombros del gran terremoto. Ni le dije al conductor que parara, contando los pesos a toda prisa y corriendo, ansiosa, a preguntar por el señor Kerouac. Milagrosamente, lo encuentro en el mismo estado de desamparo en el que escribió la carta. Y con mi presencia erradico para siempre su tristeza y esa lacerante inquietud que le impide disfrutar del lugar donde está y que envenena todos sus destinos.

Jack se marchó de Ciudad de México una semana antes de la fecha impresa en mi billete de avión, aquejado de una fiebre que parecía la última señal de que la ciudad se le estaba echando encima, de que lo estaba expulsando. «No quiero que te confundas —escribió justo antes de partir—, no he podido evitar este cambio de última hora». Iba de camino a Orlando, a casa de su madre. Nos veríamos en Nueva

York, en mi habitación verde del Hotel Yorkshire cuando *En el camino* se publicara en septiembre. Después de todo, el editor quizá estaría interesado en que hiciera algunas presentaciones. «Algún día verás México, ahora yo no podía aguantar solo y enfermo». Incluso pensaba que México podría haberme distraído tanto de la novela que traía entre manos que habría terminado totalmente desmoralizada. Pero ir a San Francisco habría sido tirar el dinero. «No te gastes el anticipo; cuando seas rica, vete a París».

Once

En el camino se publicó el 5 de septiembre de 1957. Recuerdo a la perfección que pasé el 4 de septiembre sentada junto a una de las ventanas altas y estrechas del apartamento al que me había mudado dos días antes. Recuerdo que desde ahí veía los edificios marrones de la acera de enfrente —que en aquella época, todavía sin restaurar, se veían muy deteriorados— y las empinadas escaleras de entrada en las que fumaban los porteros y que las señoras mayores subían muy despacio con sus perros jadeantes. Mirando al este, alcanzaba a ver toda la avenida Columbus y el Donnelly's Irish Bar, y más allá todavía, Broadway, por donde Jack, después de salir del metro con la mochila al hombro y doblar la esquina, subiría en el momento menos pensado. Doblaría a la calle 68 y, tras echarle una mirada sedienta y fugaz al Donnelly's, seguiría su camino rumbo a lo que, en la última carta que me había enviado desde Orlando, había llamado «nuestro apartamento». Se alegraba mucho de que lo hubiera encontrado, pero juraba que habría estado a gusto hasta en el Yorkshire. Cualquier cosa sería mejor que aquel México deprimente.

Le había enviado treinta dólares de mi anticipo para el billete de autobús a Nueva York, donde al día siguiente le entrevistarían para la revista *Time*, que también había enviado un reportero a París para que entrevistara a Allen Ginsberg. A mediodía ya había recibido varias llamadas de Viking Press. ¿Había llegado Jack Kerouac? ¿Podría decirle, por favor, que los llamara en cuanto llegara? ¿Podría decirle que le tenían preparadas muchas cosas? ¿Haría el favor de asegurarme de que los llamaría? El jefe de prensa parecía al borde de la desesperación. «¿Y con quién hablo, por cierto?», preguntó con cautela. ¿Estaría confiando asuntos de importancia a una de esas jovencitas disolutas sobre las que el autor de *En el camino* solía escribir? Le dije que era una amiga de Jack y añadí, con mi mejor acento de Barnard, que hasta hacía muy poco había trabajado en una editorial. Entre llamada y llamada, corría de vuelta a la ventana.

Todavía no había llegado el otoño, aquélla era la época del año en la que casi nunca ocurría nada importante, en la que la ciudad, aún adormecida por los últimos calores del verano, se tomaba un breve descanso antes de la irrupción de lo que Jack todavía denominaba, con fervor infantil, «la nueva temporada». Incluso el Cedar se había quedado vacío; los pintores se habían ido a nadar, como la gente con trabajos más normales que se tomaba vacaciones. El único acontecimiento digno de mención del verano se lo debíamos a la visita del poeta Robert Creely, al que Fee me había descrito en una ocasión como un personaje bastante llamativo: iba envuelto en una capa negra, era tuerto y llevaba barba, como un pirata, y tenía un aura terrible que, allí adonde fuera, provocaba peleas espantosas. Creely siempre salía ileso, pero no era raro que los desventurados que le acompañaban a los bares de trabajadores que

frecuentaba terminasen con una silla quebrada en la cabeza. Se decía que eran legión las mujeres que habían sucumbido al encanto de Creely, quien solía robárselas por poco tiempo a novios y maridos. «Por amor: Yo / te abriría la cabeza y colocaría / una vela / detrás de los ojos», escribió en «The Warning». Incluso a Jack le impresionaba la reputación de Creeley. «Por favor, escribe y cuéntame sin dejarte detalle —había escrito desde Florida— cómo y dónde conociste a Bob Creeley y lo que pasó y lo que dijo y lo que va a hacer ahora. Ya sabes que es un personaje misterioso, y todo el mundo se andaba preguntando dónde estaba». Pero todo lo que podía contarle se reducía a una noche algo aburrida que pasé en una mesa del Cedar en la que Creeley, Fee y un par de poetas de Black Mountain demasiado pobres para marcharse una temporada de la ciudad habían discutido la teoría que Charles Olson había expuesto en *Verso proyectivo*. Luego se pusieron a jugar con una pelota de béisbol, como hacían en Black Mountain, hasta las dos de la madrugada.

En Cape Cod, o quizá fuera en Nantuckett Sound, Orville Prescott, el crítico del *New York Times* —conservador, de mediana edad— disfrutaba de sus vacaciones. En la calma chicha de aquel agosto, la crítica de *En el camino* recayó sobre un hombre más joven: Gilbert Millstein. Hacía años que seguía la trayectoria de Kerouac, desde que se tropezó con la frase «generación *beat*» en la novela de John Clellon Holmes *Go* y, decidido a ir más allá de la definición, le encargó a Holmes un artículo al respecto.

Aquella combinación de fechas había sido un magnífico golpe de suerte; lo parecía, al menos; igual que algo más tarde pareció una brillantísima estrategia de Viking Press.

Al atardecer del 4 de septiembre, el autobús de la Greyhound entraba en Manhattan por la puerta trasera. Atravesó las llanuras de Jersey, las marismas antaño pobladas de juncos que el petróleo arrasó donde las chimeneas de las fábricas vomitan una llama eterna y donde, de repente, el puente de Pulaski se recorta, oxidado, contra el cielo; un Kline que no cabría en ninguna galería. Y allí empiezan a divisarse los rascacielos de la ciudad, fantasmas de plata que se alzan sobre la basura fétida, sobre las azoteas de amianto de barrios míseros, señalando la última etapa del viaje.

Era un trayecto que Jack se sabía de memoria. Nueva York era el implacable campo de pruebas de los sueños, nunca te concedía lo que tanto le habías pedido, siempre te escamoteaba algo. Cuando salió su primer libro, nadie le habría convencido de que las cosas eran así, pero ahora estaba dispuesto a conformarse con mucho menos de lo que en aquella primera ocasión le había parecido innegociable: el dinero suficiente para apañárselas una temporada, algunos buenos momentos que recordar más adelante, el elogio que consiguiera arrancarles a los críticos acerca de lo rompedora que resultaba la musicalidad de su prosa (era muy poco probable que miraran el tema de la novela con buenos ojos).

No sabía muy bien qué pensar de *En el camino*. La había escrito seis años atrás, cuando era muy joven, y trataba de sus aventuras con Neal. Cuando le dio a éste uno de los primeros ejemplares encuadernados en California, advirtió cierta frialdad en su mirada. Y de todos modos, los editores de Viking habían violado su espontaneidad. Ahora, cuando ya era demasiado tarde, se arrepentía de todas las revisiones que había accedido a introducir. En cuanto a *Dr. Sax* y *Visiones de Cody*, los libros que él consideraba sus obras magnas, las más revolucionarias e impactantes, ningún editor había mostrado interés alguno.

Sin embargo, imaginaba la fama con una inocencia absoluta, con el anhelo del tímido por establecer nexos más tangibles con el mundo. Con un libro podías ser conocido sin ponerte al descubierto. Cuando ya estuviera cansado de las fiestas literarias y de las locas noches de Manhattan, cogería su dinero, se despediría de sus amigos de Nueva York y se pondría en marcha otra vez, más libre que nunca.

De pie al lado de la ventana mientras la tarde del 4 de septiembre se convertía en noche, le daba vueltas a una cuestión muy alejada de la literatura. En realidad, estaba pensando en una frase anticuada que a los millones de futuros lectores de Kerouac no les parecería, en absoluto, propia del escritor: «Me muero de ganas de estrecharte entre mis brazos». Estaba escrita a lápiz al final de una carta que me había mandado cinco días atrás.

Vi a un hombre que caminaba por la calle 68: cabello negro y reluciente, camisa hawaiana con un estampado azul chillón, tan azul como sus ojos… Pasó un instante antes de que estuviera completamente segura. Y entonces corrí escaleras abajo.

> *En el camino* es la segunda novela de Jack Kerouac, y su publicación es un acontecimiento histórico en la medida en que el descubrimiento de una auténtica obra de arte reviste una trascendencia vital en una época en la que la atención se ha fragmentado y la sensibilidad ha quedado embotada por los superlativos de la moda (multiplicados un millón de veces por la naturaleza y el impacto de los medios de comunicación).
>
> GILBERT MILLSTEIN, *The New York Times,*
> 5 de septiembre de 1957

En la esquina de la calle *66* con Broadway, delante de la boca de metro, había un quiosco. Justo antes de que dieran las doce de la noche, nos levantamos, nos vestimos a oscuras y bajamos hasta allí, adormilados, con la pesadez de la vigilia que te asalta después de hacer el amor. Según Viking, al día siguiente saldría la crítica. «Quizá será increíble, ¿quién sabe?», dije. Jack no parecía tan convencido. Aun así, siempre podríamos parar en Donnelly's de vuelta a casa para tomarnos una cerveza.

Vimos cómo descargaban los periódicos del camión. El viejo del quiosco cortó el cordel marrón con una navaja, compramos el primero del montón y nos quedamos debajo de una farola pasando las páginas hasta que encontramos la sección «Libros del *Times*». Mientras leía el primer párrafo me mareé un poco, me sentía como si estuviera subida a una noria que giraba demasiado deprisa, balanceándome en el vacío, riendo y jadeando a la vez. Jack permaneció en silencio. Cuando terminó de leer la crítica, preguntó: «Es buena, ¿no?». «Sí. Es muy buena, buenísima».

Caminamos hasta Donnelly's, abrimos el periódico en la barra y leímos la crítica juntos, línea por línea, un par de veces o tres, como estudiantes enfrascados en el análisis de un texto difícil del que, les parecía, iban a tener que responder.

> […] la expresión más bellamente ejecutada, la más clara y la más importante que ha surgido en el seno de la generación que el propio Kerouac definió años atrás como *beat* y cuyo principal avatar es él mismo. Si *Fiesta*, más que ninguna otra novela de los años veinte, llegó a ser considerada el testamento de la generación perdida, no cabe duda de que *En el camino* será reconocida como el testamento de la generación *beat*.

Aquello era muy emocionante, y también aterrador. Había leído muchas críticas durante mis dos años de experiencia editorial: ninguna había contenido una sentencia tan categórica acerca de la historia. ¿Qué esperaría la Historia de Jack? ¿Qué esperaría una generación de su avatar? Recuerdo que deseé que, en lugar de estar en París, Allen estuviera con nosotros para explicárnoslo todo.

Jack no paraba de mover la cabeza. Curiosamente, más que alegre parecía extrañamente perplejo, como si no lograra comprender por qué no se sentía más contento.

Volvimos al apartamento y nos metimos otra vez en la cama. Jack se acostaba siendo un desconocido por última vez en su vida. Cuando el teléfono lo despertó a la mañana siguiente, ya era famoso.

Quien llamaba era Keith Jennison, uno de los editores de Jack en Viking, que venía a toda prisa al apartamento con media caja de champán. La cargó por las escaleras —cuatro pisos— y luego nos bebimos el champán con zumo de naranja —actitud más propia de la generación perdida que de la *beat*— mientras el teléfono no dejaba de sonar: periodistas que querían entrevistar a Jack, viejos amigos emocionados, invitaciones a reuniones varias, y mi madre, que quería saber cuándo iría a su casa a cenar y qué era todo aquel barullo en el apartamento. Era la radio, le dije. Pero en realidad era Jack, que había bebido mucho champán en muy poco tiempo y, con una borrachera descomunal, había roto un silencio que a Keith Jennison debía de parecerle algo lúgubre para hacer gala, por fin, de la vociferante jovialidad que la ocasión requería. Jack interpretaba las normas de cortesía a su extravagante manera; en cierto modo, su honor le obligaba a cumplir las expectativas que despertaba en los demás. Vaciamos las tres botellas de champán con una celeridad que dejó a Keith Jennison boquiabierto. Cuando se marchaba de vuelta a la oficina, bastante alegre, por cierto, me apartó a un lado. Tomó mis manos entre las suyas, las estrechó ligeramente y me miró a los ojos, ansioso. «Cuida bien a este hombre», me dijo.

El primero de los muchos periodistas que entrevistaron al autor de *En el camino* llegó al apartamento unas horas más tarde para desentrañar la verdad de la generación *beat* y de su avatar. ¿Qué sentía uno, siendo *beat*?, preguntó. «Cuéntame, Jack. ¿Cuándo te diste cuenta de que erais una generación? Y, según tus cálculos, ¿cuántas personas la integran? ¿América se volverá *beat*? ¿Nos estás pidiendo que demos la espalda a nuestra familia y a nuestro país y que sólo pensemos en divertirnos? ¿Y qué sociedad nos espera dentro de dos años?».

«¡Eh! —contestó Jack—, bebe un poco de champán. Esta mañana mi editor se ha presentado con todo este champán».

«Muchas gracias, pero no, seguiré con el café». Anotó algo en su cuaderno y le explicó que quería mantener la cabeza clara para la entrevista. Jack le aconsejó que probara a escribir algo colocado. El periodista le dijo que algún día, quizá, pero que para su profesión no resultaba muy conveniente, tenías que ajustarte a los hechos. Y entonces Jack se explayó con él y le confesó que él había querido ser periodista, un periodista deportivo famoso, y que su padre siempre andaba con la gente del periódico cuando era impresor en Lowell. Al entrevistador aquello no parecía interesarle demasiado. «Y volviendo un momento a la generación *beat*, Jack, ¿por qué consideras que tus amigos y tú mismo estáis "golpeados"?».

Mientras escucho a escondidas desde la cocina, donde estoy hirviendo agua para el café, pienso que este periodista con pinta de haberse tragado la crítica de Millstein sin haber entendido nada de nada no vale gran cosa. Millstein hablaba de excesos y

diversión y «desvaríos violentos», pero también insistía en que Jack expresaba una necesidad de afirmación, «aunque se encuadre en un contexto en el que creer resulta imposible», había escrito citando al crítico de la generación perdida John Aldridge. ¿Tan difícil de entender era eso?

¿Golpeados? Jack se ríe, perplejo, y niega con la cabeza, y luego, con una paciencia inesperadamente cortés, se enfrasca en una explicación acerca del origen del epíteto que el ángel *hipster* Herbert Huncke pronunciara por primera vez en 1947, en una esquina de Times Square, en un instante evanescente de cansancio exaltado; los ecos de aquella palabra, sin embargo, siguieron resonando en la cabeza de Jack y adquirieron un significado completamente nuevo que se remontaba al *beatífico* católico. «En realidad, *beat* quiere decir *beatífico*». ¿Lo entiendes? Jack se esfuerza por dejar las cosas claras para que su entrevistador comprenda bien su explicación, respetando el afán del periodista por la exactitud, aunque él sabe que la exactitud y la verdad no son lo mismo.

Durante los próximos meses volverá, una vez, y otra, y otra, a explicar la etimología de la palabra con un cansancio cada vez mayor; la repetirá a otros periodistas y en fatigosos artículos que él mismo escribirá. Parpadea a la luz blanca y sofocante de los focos mientras la repite ante las cámaras de televisión, la repetirá ante micrófonos de auditorios. Y sus palabras irán diluyéndose, vaciándose; el vino hará que fluyan inconexas de los labios del bobo avergonzado que ocupa el escenario.

En 1957 nadie tenía tiempo para etimologías. La gente quería algo rápido, un lenguaje reducido a eslóganes, ideas servidas a una velocidad de anuncio que no permitía quedarse con una antes de que otra la reemplazara. La «generación *beat*» vendía libros, vendía jerséis negros de cuello alto y bongos, boinas y gafas de sol, vendía una vida que parecía peligrosamente divertida y que, por tanto, sólo dejaba dos alternativas: o la condenabas o la copiabas. Los matrimonios de zonas residenciales podían organizar fiestas *beatnik* los sábados por la noche y beber mucho y magrear a esposas ajenas. No recuerdo cuándo se popularizó la palabra *beatnik*. ¿En octubre, quizá? Su invención se atribuye al columnista de San Francisco Herb Caen. Con una habilidad extraordinaria, lo resumió todo en una palabra. Aquel sufijo de ecos rusos (el lanzamiento del *Sputnik* estaba muy presente en la conciencia del público) evocaba la idea del amor libre, de una pizca de comunismo (nada que pudiera llegar a convertirse en una amenaza) y de una sensación general de torpeza. La «generación *beat*» estaba ligada a una historia, a una génesis, a un desarrollo. Pero con los accesorios adecuados se podía fabricar a un *«beatnik»* en un abrir y cerrar de ojos.

Cuando bajaba por las mañanas siempre encontraba el buzón atiborrado de cartas que remitía Viking. Todas empezaban igual: «Querido Jack». Él cogía una, comenzaba a leerla, pensando que algún viejo amigo estaría dando señales de vida, y se topaba con

los anhelos o las fantasías de un desconocido.

Querido Jack: me muero en este pueblo de catetos.
Si pudiera conocerte, tocarte…

Querido Jack: no sé adonde quieres ir a parar y ya he tenido que dejar de leer tu libro media docena de veces porque me daba vértigo y me asqueaba y me emocionaba y me confundía, y pensé: a la mierda. Pero cuando llego a casa por la noche harta del trabajo y de las tonterías de toda la gente cerrada que siempre sabe dónde dormirá por la noche y dónde comerá al día siguiente, cojo el maldito libro y ¡guau! ¡Felicidades! Si te cansas de Nueva York y no te importa estar rodeado de un montón de collies y de gatos, llámame y pásate por aquí un fin de semana. Soy una antigualla, no te preocupes, las situaciones incómodas quedan descartadas…

Querido Jack: Jefferson dijo —y vaya si lo dijo—: «He jurado ante el altar de dios hostilidad eterna a cualquier forma de tiranía sobre la mente del hombre», ¡una hostilidad que el pueblo americano hace suya! Hostilidad, por descontado, a la obscena tiranía del Vaticano y de su perverso conciliábulo de célibes…

«Cartas de mis *fan-niks*», las llamaba Jack.

Las cartas de chiflados eran menos preocupantes que las otras, las solitarias misivas de personas tan necesitadas que exigían que la página se convirtiera en carne: «Si me concedieras diez minutos de tu tiempo, comprobarías cuánto tenemos en común».

Un día apareció en el montón una carta de Edie Parker, la primera esposa de Jack. La leyó un par de veces, se quedó sentado, pensativo, y luego volvió a contarme la historia de cuando Edie lo sacó del calabozo y se casaron en el ayuntamiento, con los polis de testigos. Y pensar que la loca de Edie siempre había querido casarse con él… «Pero tú no —añadió—. Nosotros seguiremos siendo amigos. Es mejor». «¿Qué ha sido de Edie?», le pregunté. Me acercó la carta. Leerla me parecía feo, pero necesitaba ver qué le decía después de tantos años. Edie Parker era la heroína de la leyenda de Jack, y en la ficción su arrojo se veía recompensado: se quedaba con el héroe para siempre. En cambio, había estado casada por un tiempo con un hombre de negocios del Medio Oeste y ahora volvía a tener ganas de sentirse viva. Hacía trece años que Jack le había dicho: «No podemos vivir de sándwiches de mayonesa», y ahora ella soñaba con acompañarle en la gira mundial que, estaba convencida, él iba a emprender.

Yo no quería que ni Jack ni nadie me hiciera sentir así. Yo quería sentirme viva siempre, no quería envejecer como mis padres o como aquella Edie vieja a los treinta

y cinco años. Pero la carta de Edie se me antojó un telescopio a través del cual podría divisar un tiempo, en el futuro, en el que Jack no estaría, únicamente estaría yo, viviendo una vida distinta que ahora no llegaba a imaginar. Durante un sólo minuto tuve una visión clarísima y dolorosa.

Mientras tanto, Jack llenaba mi presente. La fama le resultaba un país tan lejano y extraño como México, y en aquellas tierras ignotas yo era su única compañía. No tardó en darse cuenta de que aquel país tenía las fronteras cerradas: no podías escapar de la fama cuando ya te había hartado, aunque ella sí que podía desterrarte cuando se hubiera cansado de ti. Te agasajaba y te apedreaba, te halagaba y se reía de ti; y todo en un día, a veces. Te arrancaba tus secretos y difundía insinuaciones insultantes a tus espaldas. Corrompía tu vida con diversiones pasajeras; invadía tus sueños. La noche que leyó la crítica de Millstein, Jack soñó que una procesión de niños le seguía coreando su nombre. Con una herida en la cabeza, escapaba con su ejército rumbo a Mongolia. Pero en el Victory Theatre la policía de la fama casi lo detiene.

Ojalá, pensaba a menudo, pudiera aparecer de la nada, como hizo Edie Parker, para pagar la fianza y liberarlo de su horrible éxito. Pero casi siempre terminaba esperando a su lado, intentando convencerlo de que se marchara de lugares en los que había pasado demasiado tiempo demasiado borracho, donde los hombres querían meterlo en una pelea y las mujeres, terriblemente voraces, se le colgaban del cuello. «Tú sólo tienes veintiún años —me dijo una en una ocasión—. Yo tengo veintinueve. Tengo que follármelo ahora».

«Vamos, Jack —le decía tirándole de la manga—. Hora de marcharse. De verdad». A veces se enfadaba, pero a la mañana siguiente siempre me daba las gracias.

En los estudios de la WOR-TV me senté en la cabina de cristal con el jefe de prensa de Viking mirando a Jack en un monitor en blanco y negro. Era el nuevo programa de John Wingate, y la casualidad había querido que se titulara *Nightbeat*. Los programas de entrevistas eran una novedad, y en aquella época causaban furor. La gente podía sentarse tranquilamente en la sala de estar para ver cómo los famosos se ponían en evidencia. Era un espectáculo muy democrático. Jack se sentó en un taburete giratorio y lo enfocaron como a un sospechoso a punto de someterse al tercer grado, con el pelo enredado y húmedo y la cara flácida. Yo sabía exactamente cuánto vino había tenido que beber para poder presentarse en el estudio, y temí por él.

—Jack, cuéntame qué es lo que buscas exactamente —le pidió John Wingate con aquella voz suya de presentador, suave y altanera.

—Estoy esperando a que Dios me muestre su rostro.

Y era verdad, pero aquélla no era una verdad adecuada para la televisión. El anfitrión te abocaba al *strip-tease*, ésa era su función, pero tú nunca podías desnudarte ante el público.

Aquella noche Jack supo que había cruzado una línea peligrosa. Había sido incapaz de proteger aquella faceta visionaria que debía permanecer oculta, que sólo

podía manifestarse en sus sueños o en sus libros. Pasó los dos días siguientes en el apartamento sin hablar apenas, ni siquiera conmigo.

Recuerdo que intenté transformar a la chica de veintiún años que yo era en una experta en la fama y los famosos. Alguien tenía que encargarse de que Jack les diera a las cosas la importancia que merecían. Le reñí por habérselo tomado todo demasiado en serio. «Lo estás haciendo todo mal. Crees que los que te entrevistan serán tus amigos, y luego, cuando lo tergiversan todo en sus artículos asquerosos, te sientes dolido». Jack lo admitió, muy avergonzado. «¿Por qué no rechazas las cosas que no quieres hacer?», le aconsejé.

Aquélla le pareció la mejor idea que yo había tenido jamás. Se escondería conmigo y dejaría de beber, comería un montón de beicon con huevos y sopa de guisantes Lipton y leería la *Sutra del Diamante*. Durante unos días dijo que no a todo. Pero luego accedió a escribir unos artículos para *Esquire*, *Playboy* y *Pageant* y a hablar con algunos periodistas y a salir en programas de televisión y a actuar en diciembre en el Village Vanguard, un club de jazz.

Pero no fue capaz de presentarse en la fiesta que Gilbert Millstein organizó en su honor una noche. Se quedó en la cama, temblando, y tuve que llamar y decirle que no podría ir; no se encontraba muy bien, expliqué.

John Clellon Holmes había viajado desde Connecticut para la ocasión. Jack no quería hablar con Millstein, sólo hablaría con Holmes. Aquella noche sólo era capaz de hablar con un viejo amigo. Le preguntó a Holmes si podría escaparse de la fiesta un rato.

Holmes vino al apartamento, se sentó con Jack y lo calmó un poco. Jack le contó que ya no sabía quién era.

Delante del Victory Theatre los críticos esperaban para lanzar ladrillos contra el gorila, el neandertal, el «vago afiebrado» cuyo incendiario manifiesto parecía amenazar todo aquello que ellos consideraban sagrado; que, con la basura que arrojaba al césped de su templo del saber —coches desguazados y botellas de vino barato rotas, zapatos viejos y ominosos polvos blancos—, les estropeaba las vistas de las que disfrutaban desde los ventanales de su torre de marfil. Pronto los locos deambularían por los marmóreos pasillos de la cultura. ¿Y qué sería entonces de la buena educación? Los que se consideraban auténticamente modernos, por su parte, identificaron en la novela *En el camino* algo decididamente anticuado y tacharon a Jack de sensiblero. También había ofendido a los gramáticos con aquella prosa desestructurada que definieron como una incomprensible sarta de tonterías. Los fans esperaban en la puerta trasera del teatro a que saliera alguien parecido a Neal Cassady; y el que salió fue Jack. «Tu amigo es gay, ¿no?», me preguntó una joven actriz que aquella tarde había estado coqueteando con él infructuosamente. «Lástima que sea alcohólico», comentó uno de los anfitriones de un cóctel literario en Park

Avenue que se había encargado de que Jack tuviera el vaso siempre lleno. Durante unas semanas, por Hollywood corrió el rumor de que Sterling Lord había vendido *En el camino* por 100 000 dólares. («El Señor es mi agente, nada me falta»[16], fue la ocurrencia de Jack, y en sueños se lo fundía todo en una casa para Mémère, mucho más fastuosa de lo que hubiera imaginado jamás, a la que regresaría su hijo —el barón Jean Louis Lebris Kerouac— tras un vuelo triunfal a la Costa Oeste, donde se codearía con Frank Sinatra; unirían sus viriles voces en una canción y dejarían de piedra a las jóvenes aspirantes a estrella en los bares de Beverly Hills). En los antiguos dominios de Jack —la calle Bleecker, la calle MacDougal, el San Remo y el Kettle of Fish— los subterráneos susurraban que Jack Kerouac se había vendido y nunca volvería a escribir una sola palabra que valiera la pena.

Por aquel entonces yo realizaba intentos esporádicos de llevar un diario. Un día escribí:

> En estas noches interminables a las cinco de la mañana me asalta una especie de pánico… No sé por qué. Cuando era más pequeña y tenía que llegar a casa puntual y veía a mi padre levantándose de la cama para mirar la hora en el reloj con una linterna, quería quedarme fuera para siempre y ver el amanecer y tomarme un café a las seis de la mañana en cafeterías con chicos delgados de rostro anguloso y americanas de pana, y quería volver a casa andando por todas las calles de la ciudad, y derrumbarme, exhausta, en el sofá de alguien en una habitación con seis personas tumbadas sobre la alfombra, como si las hubieran asesinado… Ahora, sin embargo, insisto con ademán escandalizado en que ya es hora de volver a casa, aunque en realidad no quiero ir a casa y probablemente me cueste dormir. Pero sólo soy capaz de articular determinados sonidos, que significan «Mírame. Dime que sabes que estoy aquí».

Sin embargo, hubo un fin de semana maravilloso en el que nos escapamos de todo. El mes de septiembre ya estaba tocando a su fin. En el azul del cielo se apreciaba aquella pátina dorada, finísima y brillante, que llega con los primeros fríos del otoño. Conducíamos hacia el norte del estado con Lucien y Cessa, rumbo a su casa de Cherry Valley. Durante semanas no había visto más que el interior lleno de humo de habitaciones y bares. Me parecía vivir en un tiempo nocturno envuelto en la neblina gris de las melancólicas resacas de Jack. Recuerdo que miraba maravillada los árboles congregados a la vera de la carretera, tantos y de colores tan distintos; sus hojas ya comenzaban a virar a infinitos rojos, naranjas y amarillos.

Lucien iba al volante con las mangas arremangadas, con los brazos delgados y rubios al aire, y aquel día tenía un aire aniñado que delataba su belleza, fatal y picara. Conducía con furia deliberada, saltándose, travieso, todos los límites de velocidad, librándonos con nerviosa precisión de varios encontronazos con la muerte. En el asiento de atrás, Cessa estaba furiosa, agarrando con fuerza a los niños. Sólo Jack permanecía impasible: Lucien el audaz nunca tendría un accidente, nos aseguraba a Cessa y a mí. En la radio sonaba «A Foggy Day in London Town», y Jack empezó a canturrear, arrastrando las sílabas en las notas más largas, al estilo de Charlie Parker. En Rensselaer County un locutor interrumpió la canción para anunciar que los rusos habían lanzado con éxito el *Sputnik*. Lucien murmuró entre dientes: «Estos astutos hijos de puta nos han ganado, Jack». «Al fin y al cabo, todo es vanidad», respondió él, «una gota en la eternidad del océano».

Enfilamos por un camino de tierra que atravesaba un huerto de manzanos y nos detuvimos delante de una granja de madera. Jack y Lucien cargaron a los niños, dormidos, hasta la casa. Eran casi las cuatro y el aire ya era más frío. «Lucien, tendremos que encender el fuego esta noche», dijo Cessa subiendo las escaleras a toda prisa con un montón de mantas para tapar a los niños. Jack le dijo que nada le gustaba más que el resplandor rojizo de una estufa panzuda, y salió con Lucien a cortar madera.

Yo oía los hachazos mientras deambulaba entre los manzanos. Sus ramas habían estado cargadas de fruta, pero muchas yacían ahora en el suelo, de resultas de una tormenta. Me hacía mucha ilusión ver tantas manzanas aquí y allá, esperando en el césped húmedo a que alguien las recogiera. Corrí a la cocina, cogí un cubo y me dispuse a llenarlo rápidamente, inspeccionando cada manzana a la menguante luz de la tarde y tirando las que ya estaban blandas y marrones. El suelo olía como si estuviera empapado de vino. Había hecho muchas cosas en mi corta vida, pero nunca había cogido manzanas. Le enseñé mi cubo a Jack, muy ufana. «¿Y qué demonios vas a hacer con estos chismes agusanados?», me chinchó Lucien. Le dije que haría un pastel.

Era una cocinera novata sin experiencia alguna en la pastelería, pero no iba a dejar que aquello me detuviera. Había visto cómo mi madre hacía la base de los pasteles con galletas integrales, y decidí que la imitaría. Lo único que me faltaba eran

las galletas. Le pregunté a Lucien dónde quedaba la tienda. «A unas dos millas de campo», respondió enigmáticamente. Cuando le pregunté qué era una milla de campo, me dijo que eso sólo podría decírmelo un granjero.

—Te acompañaré andando, Joycey —se ofreció Jack.

—¿Andando? Por Dios, Jack, coge el coche —protestó Lucien.

Jack se empeñaba en andar, y Lucien seguía insistiendo. Al final nos metimos en el coche y, muy despacio, Jack salió del huerto marcha atrás y enfilamos lentamente por el camino de tierra hasta una curva que quedaba antes de llegar a la carretera. Jack se paró allí y dijo que deberíamos bajarnos. Me quedé de piedra cuando me contó que siempre había sido más pasajero que conductor, pero no quería herir los sentimientos de Lucien. Aunque podía conducir un poco, caminar hasta la tienda y disfrutar de la puesta de sol le parecía una idea mucho mejor.

Anduvimos el resto del camino a paso ligero mientras el cielo se volvía rosa y el sol se ponía detrás de los montes de Berkshire. Llegamos a la tienda justo cuando el dueño estaba cerrando. Jack no sólo compró las galletas que me hacían falta, sino también helado de vainilla para los niños, una botella de *bourbon* para Lucien y un bote de nata para montar; me dijo que el pastel que iba a hacer debía llevar, por fuerza, nata montada. El dueño nos acercó a nuestro coche en el suyo y, a paso de tortuga, llegamos al huerto. Jack salió y cerró la puerta con un golpe. Me sonrió —sabía que yo no soltaría prenda— y entramos en la casa.

Una intuición ciega fue la que me guió aquella noche mientras rebuscaba en el estante de especias de Cessa, oliendo el contenido de tarros de cristal, espolvoreando sobre las manzanas cortadas una pizca de esto y cantidades temerarias de lo otro. «¿Y clavo, Cessa, qué te parece?». Ella se reía y decía: «¿Por qué no?».

Me gustaba muchísimo. Era una mujer alta, guapa y competente; de rostro alargado y delicado; alrededor de los ojos tenía la piel algo marchita y aquello, curiosamente, le otorgaba un aspecto todavía más encantador. Ya había bañado a los niños, les había puesto el pijama, había preparado el relleno del pollo y había cogido calabazas en el jardín. E incluso cuando se ponía furiosa con Lucien, se notaba que estaba loca por él. Gracias a ella, Lucien era, de todos sus amigos, el que llevaba una vida más asentada: una vida que recordaba a la de la gente normal y corriente y que parecía casi auténtica, a pesar de la sensación de amenaza que nunca dejabas de percibir, a pesar de las sombras que se agolpaban en las esquinas.

A Jack, Cessa le parecía una diosa de la vida doméstica sólo superada por Mémère. Que ella me aceptara significaba mucho para mí. Ahora que me había embarcado en lo que antaño había considerado, algo infantilmente, la «Vida Auténtica», la vida normal y corriente empezaba a parecerme exótica, como los árboles que había visto en la carretera.

Nunca he probado un pastel tan bueno como el que hice aquella noche. «Pastel

del Éxtasis», exclamó Jack. Dejó el tenedor en el plato y corrió a la cocina a por la nata que me había olvidado de traer. Entre Jack y Lucien decoraron todas las porciones con una montaña cremosa, decisión que contribuyó a que el postre resultara todavía más extático.

Años más tarde, una biografía diría: «Lucien llamaba a Joyce “Pastel del Éxtasis”, y su relación con Jack se prolongaría, con altos y bajos, durante un año y medio», hecho que no sólo destierra para siempre la verdadera historia del pastel, sino que además no deja lugar para matiz alguno.

El domingo por la mañana, muy temprano, Jack y yo salimos a pasear; aquél era el día de mi vigésimo segundo cumpleaños. Húmedos bosques otoñales que olían como si estuviéramos dentro de una seta, lámparas hechas con calabazas que colgaban de troncos secos, arbustos cargados de frutos escarlata, una niebla que nos envolvía como una tela de araña. Bajo los pinos descubrimos matas de musgo que parecían constelaciones de diminutas estrellas de color verde lechoso. Al final salimos a un prado en el que el sol había secado la hierba. Nos tendimos juntos en él. Apoyé la cabeza en el pecho de Jack. Su corazón latía en mi oído como un reloj que atrasara un poco. Después de un buen rato, rompió el silencio: «Bueno, sé que tendríamos que quedarnos aquí y casarnos y no regresar nunca a Nueva York». Con la alegría más triste del mundo, le dije que eso también lo sabía yo.

Pero luego pensé en que cumplía veintidós años; aunque nunca había sido tan mayor, me di cuenta enseguida de que seguía siendo muy joven, al fin y al cabo. Y como si estuviera flotando sobre Jack y sobre mí misma, bajé la vista y me dije: puedo hacerlo, puedo quedarme así, aquí con él. No pasa nada. Tengo todo el tiempo del mundo.

Aquella tarde regresamos a la ciudad y a la fama de Jack. Como no había apuntado las cantidades de los ingredientes que había utilizado, el pastel del éxtasis resultó imposible de reproducir; o quizá todo se reducía a que sólo podía hacerse con las manzanas del huerto de Lucien, justo cuando hubieran alcanzado el punto de madurez perfecto.

Volvimos a Cherry Valley en otra ocasión, en octubre. Esta vez, Jack tenía un plan: Los Carr y yo volveríamos a la ciudad en coche en domingo y lo dejaríamos solo con provisiones para una semana. Caminaría por el bosque, cortaría troncos para el fuego, se prepararía platos sencillos, no hablaría con nadie. Cuando subiéramos a buscarle el fin de semana siguiente, lo encontraríamos completamente recuperado. La soledad siempre le había sentado bien. Y una semana solo en la vieja casa de Lucien no era nada al lado de los sesenta y tres días que había pasado en la cabaña del vigilante de incendios en el Pico de la Desolación. Además, yo también necesitaba tomarme unas vacaciones de él. Últimamente, Jack no era capaz de ir a ningún lado sin una botellita de Thunderbird en el bolsillo. Se daba cuenta de que tanta bebida me asustaba. Dijo

que él me agotaba y que se sentía mal por ello. Y yo no estaba escribiendo mi libro. ¿Cómo se lo explicaría a Hiram Haydn?

Aquella noche de domingo se quedó de pie en el porche, diciéndonos adiós con la mano y sonriendo mientras el coche se alejaba; parecía un leñador, con su camisa de franela roja.

Como se me estaba acabando el dinero del anticipo, aquella semana busqué un trabajo temporal de mecanógrafa. El martes, cuando llegué a casa después de salir de la oficina, las luces del apartamento estaban encendidas; oí que en el baño corría el agua de un grifo. Estaba tan convencida de que Jack seguía en casa de Lucien que me aterroricé; luego él grito que pasara a verle, que quería hablar conmigo. Lo encontré tumbado en la bañera caliente con su botellita de vino.

Había tardado un día entero en volver a la ciudad haciendo autoestop. Había pasado horas al lado de la carretera, esperando a que alguien lo recogiera. Pero esa mañana, en cuanto se levantó, supo que no iba a aguantar. No quería contarme demasiadas cosas al respecto. Sólo que hacía demasiado frío, que le había costado mucho conseguir que el fuego no se apagara. Probablemente habría bajado al día siguiente, de todos modos, o al cabo de un par de días, con bronquitis. «Siento haberte estropeado las vacaciones, Joycey». Con aire perdido y asustado, se quedó allí, desnudo en el agua humeante, con un frío terrible en su interior. Dijo que ya era hora de regresar a Florida.

Unos días más tarde fui a despedirle. Siete semanas atrás, no tenía ni para un billete de autobús. Ahora que las cosas le iban bien y que era un autor relativamente famoso, viajaría en tren. De camino a Penn Station, paramos en una hamburguesería que se llamaba The White Tower. Jack pidió ocho hamburguesas para llevar, poco hechas, con ketchup. Embutió la bolsa de hamburguesas en su mochila. Tenían que durarle todo el viaje hasta Orlando, me dijo.

Doce

Elise había vuelto a desaparecer, atomizada en los espacios azules y azotados por el viento entre Nueva York y San Francisco. La última vez que me escribió desde la Costa Oeste —todavía convencida de que estaba a punto de marcharme a México— se despidió con estas palabras: «Ahora N. Y. será el viejo árbol que cae en el bosque vacío». Desde aquella carta, todas las que yo le mandé a su pensión habían sido devueltas al remitente. En Florida, Jack escribió al poeta Michael McClure y le preguntó si alguien de The Place conocía a Elise o la había visto últimamente. Nadie. «Ya lo tengo —me consoló Jack—, les enviaré información falsa a mis agentes en Frisco, les diré que Allen ha vuelto a Nueva York, y Elise se enterará y regresará a la ciudad, ¿de acuerdo?». Pero Allen todavía estaba en París con Peter Orlovsky, y se quedaría allí hasta el verano siguiente.

Lo único que podía hacer era escribir un poema, y lo hice en una interpretación personal del estilo *beat*:

Elise
subió al autobús de la Greyhound.

Después de sabotear
algunos relojes
en la ciudad
me dejó el resto,
y un destino
de *chop-sueys* infinitos,
y un ejemplar roto de *El idiota*.
No tenía gran cosa.

Cuando las puertas eléctricas se cerraron
y el aire acondicionado se puso en marcha,
los caminos de cuero negro
se la llevaron.

Sus amigos
celebran su marcha
con cerveza y puñetazos.
Sus padres
en su impenetrable salón
han cerrado las persianas.

Sobreponiéndome a una timidez inmensa se lo envié a Jack, a quien le gustó más que todo lo que le había mostrado hasta entonces; incluso me animó a que lo enviara a una revista de jazz de Nueva Orleans. Pero me daba vergüenza, no sé por qué, y no lo mandé nunca.

Aquel otoño asesinaron a una chica de veinticuatro años en North Beach. Incluso los periódicos de la Costa Este se hicieron eco de la noticia. ASESINATO BEATNIK, proclamaron los titulares. Habían encontrado su cuerpo —violado y molido a palos— tendido entre los cubos de basura de un callejón. La identificaron como «una inadaptada», una de aquellas chicas que entraban y salían de los hoteluchos de la zona. Despreocupada y borracha, cohabitó con varios hombres hasta que uno puso fin a su corta y desquiciada vida. Algunos porteros y camareros la recordaban. Se lo estaba buscando. «Pobrecita», añadían al final.

Se llamaba Connie, pero en aquel breve yo leí el nombre de Elise. Durante un extraño momento llegué a pensar que se trataba de la misma persona, que Elise, decidida a desaparecer del mapa, había adoptado la identidad de la chica asesinada. Y luego me quedé convencida de que Elise y Connie se habían conocido. Podía verlas a las dos, envueltas en albornoces viejos, sentadas en el borde de una cama bebiendo vino al resplandor del fluorescente de una habitación como la del Yorkshire. Sabía que Elise habría intentado cuidar de Connie, igual que Allen acogía a los marginados, a los locos.

Una noche de noviembre me lanzo a una misión de rescate. Peter, que está en París, ha recibido noticias preocupantes de Lafcadio. Su hermano, que desde que él y Allen se marcharon estaba de vuelta en Long Island, en Northport, tiene problemas con su madre, que asegura que el muchacho está loco. Dice que le pega. Ella, por su parte, le tiró un abrelatas que le rajó el brazo hasta el hueso. Peter tiene miedo de que Lafcadio termine en un psiquiátrico público, como su hermano Julius, y está dispuesto a volver a casa. Mientras tanto, alguien tendrá que convencer a Lafcadio de que se calme.

Albergo dudas muy serias acerca de mi capacidad para hacerme cargo del asunto. Durante los meses en los que coincidimos, Lafcadio no me dirigió la palabra ni una sola vez, nunca levantó la vista de aquellos dibujos suyos, quizá ni se acuerde de quién soy. Era Elise la que le llevaba a los museos y hablaba con él. Ojalá supiera de qué. De todos modos, su madre me confundirá con una trabajadora social y no abrirá la puerta.

Aun así, le pido a Howard Schulman, un amigo de Elise de Columbia —la única persona con coche que conozco— que me lleve a Northport. Howard Schulman es propenso a sufrir brotes esquizofrénicos, pero entre ataque y ataque resulta una persona absolutamente lúcida, si no brillante. Jack, que le conoció aquel otoño, dice que tiene «unos ojos buenos, luminosos».

Conduce el Chevy que sus acaudalados padres le han regalado por su vigésimo

primer cumpleaños con una violencia que supera a la de Lucien. Mientras, yo estudio a la luz de una linterna los garabatos del mapa que Peter me mandó desde París. Estamos buscando un camino de tierra que sube por una colina; cuando al fin damos con él, se ve tan traicionero y lleno de maleza que tengo que bajarme del coche y abrir la marcha a pie con la linterna, guiando a Howard a voz en grito. Él conduce asomando la cabeza por la ventanilla y se ríe como un tonto mientras me dice que probablemente terminemos matándonos. Cerca de la cima de la colina tendría que estar el gallinero reconvertido en casa —«cubo rojo pequeño», marcó Peter en el mapa— en el que Lafcadio Orlovsky ha vivido durante los últimos cinco meses. «¡Secuestremos al niño!», grita Howard, aunque para salir pitando yo tendría que volver a hacer el numerito de la linterna mientras él conduce marcha atrás.

Por fin logro enfocar una pared roja, pero la casa está tan oscura que parece vacía. Nos acercamos andando y yo golpeo la puerta y grito, nerviosa, «¡Lafcadio! ¡Lafcadio!».

La puerta se abre y allí está Lafcadio, mucho más grande de lo que yo recordaba: ha crecido un montón, y en sus mejillas incluso asoman algunos pelos delicados. Se nos queda mirando con sorpresa y cautela. Y sí que hay luz en la casa, sale del televisor, como un gas azulado y casi imperceptible. Alguien —¿la señora Orlovsky?— se mueve con dificultad por detrás del chico y entra en otra habitación.

—Soy la amiga de Elise, me conociste en Nueva York, y éste es Howard Shulman, Lafcadio. —Pasados unos momentos asiente con la cabeza y dice hola entre dientes. Tendría que haberle traído papel de dibujo, o algo—. Peter está preocupado porque ya no le escribes. Quiere que sepas que está intentando conseguir algo de dinero para volver a casa. Sólo tienes que esperar un poco, y ya estará de vuelta. Pero no quiere que te metas en líos. Sé que Elise se acuerda de ti, y Jack te manda saludos.

—Elise me manda postales —dice Lafcadio.

Y pienso, enormemente aliviada: *Entonces es que está viva*.

—¿Quieres ir a dar una vuelta? —le pregunta Howard—. ¿Qué te parece, Lafcadio?

Lafcadio sacude la cabeza, no quiere.

—Dile a Petey que todo irá bien —susurra, y cierra la puerta.

De vuelta a la ciudad, condujimos por Northport buscando un lugar donde comprar hamburguesas. En la oscuridad, y a pesar del sufrimiento de los Orlovsky, el pueblo nos pareció romántico. Había muchos olmos y pilas de hojarasca en los jardines y casas de madera grandes y antiguas con porches espaciosos y panochas de maíz colgadas de las puertas. La calle principal desembocaba en una bahía cuyas aguas lamían, negras y brillantes, un embarcadero al que todavía estaban amarrados algunos botes de recreo. También había un parque con una anticuada glorieta; algunos

adolescentes se besuqueaban en las escaleras.

En realidad, todo aquello era tan rematadamente americano que de repente eché de menos a Jack. Quizá fuera allí donde él podría vivir y yo podría estar con él; ésta, sin embargo, fue una conclusión a la que llegué algo más tarde mientras, aquella misma semana, le escribía una carta: «Parecía Nueva Inglaterra. Parecía un lugar en el que podrías instalarte algún día. Y podrías ir a Nueva York cuando quisieras para ver a los de Viking y a todos tus amigos».

En Florida, con Mémère, por lo visto Jack había recuperado su antigua euforia. Cuando se enteró de que *En el camino* estaba en el número once de la lista de *best sellers* del *Times*, predijo que en Navidad ya estaría en el primer puesto. Desde Nueva York Lillian Hellman le había propuesto que escribiera una obra de teatro. Cogió prestada la máquina de escribir de su cuñado y escribió los tres actos en veinticuatro horas. «No pude dormir hasta que estuvo terminada. He descubierto que escribir teatro es pan comido. Podría escribir un millón de obras, como Lope de Vega». Quería titularla *Beat Generation* «para aprovechar el tirón de la publicidad».

Alquiló una máquina de escribir nueva con la que, pensaba, podría avanzar en un «swing, swing, swing» a noventa y cinco palabras por minuto, y se compró un rollo de papel de teletipo «que llega de Orlando, Florida, a N. Y. City… larguísimo, un dólar cuarenta» en el que estaba decidido a escribir *Memory Babe*, una nueva novela acerca de su infancia. En un rollo más pequeño quería escribir la versión final de su traducción de la *Vajracchedika Prajña Paramita*, que leía cada mañana, como la Tora. Y siempre andaba ocupado con sus poemas («perms»)[17], que a veces me enviaba escritos a máquina en el reverso de sus cartas. Sus «perms» solían ser salvajemente escandalosos. En uno muy grosero se dirigía a la «Dulce Emily Dickinson». La Dulce Emily Dickinson se había reído de «los fenómenos naturales que aquejan a los hombres velludos», pero quizá al morir aprendió por fin una lección de humildad. «Nos vemos en el cementerio», se despedía el poeta.

Y yo, que comparada con Jack no era más que un lamentable caracol, me esforzaba otra vez por avanzar con mi novela, renqueante; ¿por qué no podría seguir el consejo de Jack y terminarla de una vez, sin preocuparme por si era buena o mala? «Está escrito en las estrellas, no tienes poder sobre las estrellas, y yo tampoco. Las Estrellas Ya». Para animarme, le escribía a Hiram Haydn cartas tranquilizadoras sobre mis progresos («Como verá, no me he dado a la fuga ni nada por el estilo. Me temo que durante un tiempo me sentí algo desmoralizada, pero aquí estoy»). Le prometía que al cabo de tres meses tendría un borrador completo, y luego guardaba la carta en un cajón.

Ahora estaba a punto de enviarle al pobre hombre mi quinta dirección de contacto en seis meses. Acababa de mudarme al último apartamento barato; éste estaba en el centro —por fin—, en la calle Trece este. Nunca había conseguido llegar tan lejos de

la casa de mis padres. Incluso Sheila se había largado a París; ella fue, en realidad, la única del grupo que viajó allí. Según Peter Orlovsky, trabajaba en la Berlitz y tenía un novio árabe muy siniestro.

Como ya me había gastado los quinientos dólares del anticipo de Random House, tuve que volver a trabajar de secretaria a tiempo completo. Las agencias de empleo me habían advertido de que mi historial laboral resultaba algo irregular. Mi nuevo jefe era un hombre irascible que en un solo año había tenido nueve secretarias y que, antes de pasarse a la edición, se había dedicado al negocio del desguace de automóviles. Había llenado su despacho de intelectuales oprimidos con doctorados en las disciplinas más peregrinas. En una ocasión se jactó de haber contratado a «rojos, mariquitas», a cualquiera que hiciera bien su trabajo. Y a «beatniks», añadió; al parecer, mis desvelos por parecer absolutamente respetable no lo habían engañado.

«Mi pequeña secretaria de medias negras», me llamaba Jack en sus cartas. ¿Cómo iba a ser una *beat* si tenía un trabajo fijo en una oficina y escribía una novela sobre una chica de universidad privada a punto de despedirse de su virginidad? «Si tuviera que ir buscando trabajo como tú, a los dos días me llevaban a rastras al loquero —me escribió—. Por eso soy un vagabundo, un vagabundo del dharma, un trotamundos con el saco a cuestas, y siempre lo seré». Quizá el profesor X no se equivocaba cuando nos decía que los auténticos escritores estarían viajando en trenes de carga.

Pero el nuevo empleo me duró poco. Era un viernes de diciembre, día de paga, el sol brillaba y yo no conseguía cuadrar el talonario de mi jefe, que volvería después de comer para chillarme. Me comí mi sándwich de queso de 35 centavos en Chock Full o' Nuts y luego llamé al gerente para decirle que dejaba el trabajo. Aquel fin de semana escribí una carta de renuncia en la que enumeraba los defectos de mi jefe y que cerraba así: «Sé que no le importa lo que les pasa a sus empleados a partir de las cinco, pero descubrí que me sentía tan muerta y abatida después de un día en la oficina que no era capaz ni de leer el periódico, y mucho menos trabajar en mi novela. Y he llegado a la conclusión de que, aunque me pagara 100 dólares a la semana, no me compensarían».

Para mi alborozo, a los dos días recibí esta carta con una respuesta de mi jefe garabateada al dorso (su método favorito para ahorrar material de oficina). Decía que sentía mucho haberme causado «incomodidad» y que nunca llegó a sospechar que pudiera estar hiriéndome tanto. Embriagada por mi victoria moral, miré en el billetero y vi que todavía me quedaba dinero para pasar, exactamente, una semana de libertad alejada de la oficina. Engrosaría, por fin, las filas de los que se buscaban la vida.

Buscarse la vida era lo que todos hacían en mi barrio, que no tardaría en conocerse como el «East Village». Los pobres originarios del Lower East Side se habían buscado la vida sin esperanza alguna, por supuesto, vendiendo su trabajo por un sueldo miserable. Sus hijos crecieron y se marcharon a Queens o a Jersey, y las viviendas que dejaron vacías las ocuparon niños de clase media agrupados bajo el poco preciso epígrafe de «artistas» y que por un tiempo, bajo el influjo de la nueva filosofía y rechazando los valores de sus padres, creyeron que el dinero no les servía para nada. Nómadas sin mochila, acamparon alegremente entre ucranianos sombríos, polacos suspicaces, fruteros italianos y judíos que habían trabajado en fábricas textiles y que ahora agonizaban en el cuarto piso de un edificio sin ascensor. El trabajo era, para aquellos recién llegados, lo que un bolo para un músico de jazz: una atadura breve. Un contrato de temporada tenía valor como método para conseguir un seguro de desempleo. Esquivar un auténtico empleo durante tanto tiempo como fuera posible, y por cualquier medio, era todo un triunfo. Pero las mujeres sí que podían salir de casa y ganarse el sueldo, porque ellas no tenían obligaciones creativas que atender. Y a las mujeres no les importaba, y si les importaba, callaban; tardarían años en hablar.

Entonces los alquileres eran bajos, comer no costaba prácticamente nada, los servicios estaban en el pasillo, las bañeras, en la cocina, y sólo debías abrirle la puerta al casero si no había más remedio. Las furgonetas de la compañía eléctrica aparecían por las calles los viernes por la mañana para dejar sin luz durante el fin de semana a unos morosos que, aunque saldaran sus deudas aquella misma tarde, estaban condenados a una oscuridad punitiva. En previsión de emergencias, muchos hacían acopio de velas de Yahrzeit o de las de los puertorriqueños, del color del arco iris. Escribían poemas acerca de cucarachas que vivían en las estufas, en la madera, escondidas en zapatos o en las tripas de radios portátiles, y que copulaban al calor invernal, impregnado de aromas de chocolate, de la calefacción a gas. Las mujeres se pasaban recetas de estofado de huesos de pollo o de sopa de lentejas con mollejas; el tofu todavía no había llegado a Occidente.

No tardé en advertir que los poetas solteros seguían a rajatabla una «estética de la mugre». Cuando se mudaba a un apartamento ruinoso, el poeta, leal, lo conservaba en ese estado; llenaba de nicotina el aire que aprisionaban unas ventanas permanentemente empañadas y acumulaba tantas botellas de cerveza que, al final, no había cubo de basura digno de alojar aquellas pilas de vidrio, auténticos monumentos al líquido ambarino.

Y también estaban los que se negaban a ver aquellos edificios como lo que eran e insistían en que, una vez reducidos a su mínima expresión, restaurados a su estado primigenio, eran «lugares encantadores». Eliminaban trabajosamente las capas de yeso de las paredes para dejar a la vista un ladrillo que siempre había estado enyesado; lijaban la pintura de alféizares y dinteles; arrancaban décadas de linóleo para dejar al descubierto un entarimado —en ocasiones, incluso un parqué—

perfectamente conservado por generaciones de amas de casa que, como mi madre y la de Jack, siempre cubrían las cosas «buenas».

Mi madre no podía entender por qué había vuelto a las calles que mis abuelos tanto habían luchado por evitar. «Al menos nunca vivimos en el Lower East Side. Vivíamos cerca del Bronx Park cuando era una buena zona. Al menos nunca vivimos en los barrios bajos».

Yo adoraba los barrios bajos, mis barrios bajos, los dulces barrios bajos de la bohemia y los *beatniks* donde los girasoles y las campanillas florecían en verano en las escaleras de incendio; y las viejecitas, vencidas por el peso de sus generosos bustos, se asomaban a la ventana apoyadas en almohadas de plumón de oca, autoproclamadas guardianas de la calle; y Tompkins Square, con su iglesia con una cebolla por cúpula, tenía el color gris de las fotos de Moscú. ¿Quién no querría buscarse la vida en la Segunda Avenida? Yo compraba *bagels* a siete centavos y encurtidos a diez centavos, y me sentaba hasta el amanecer en Rappaport's, donde te daban una cesta de panecillos gratis, bebiendo café con un trombonista de jazz de Saint Louis y un poeta recién llegado de Chicago.

Treinta años atrás, la cultura yiddish había florecido en la Segunda Avenida. Sólo habían sobrevivido unas cuantas cafeterías *kosher*. A la vuelta de la esquina de mi apartamento había un bar llamado Slugger Anne's; era el antiguo Café Royal, el legendario centro de reunión de artistas e intelectuales judíos. Durante su exilio, Trotski editó el *Novy Mir* en el sótano de una casa de Saint Mark's Place, la transitada puerta de entrada al West Village. Ahora podías ver a W. H. Auden bajando las escaleras de la entrada de su casa en zapatillas de camino a la tienda de la esquina; resultaba difícil pasear por la zona sin toparse con alguien a quien habías conocido dos noches atrás y cuya amistad conservarías durante el resto de tu vida. El East Side volvía a florecer. Si no podías vivir en la calle Gay, vivías en la Trece este, y sabías que nunca regresarías a casa de tus padres, al Upper West Side.

Mi nuevo apartamento era pequeño y oscuro. En el hueco del conducto de ventilación las plantas perdían color hasta que se morían. El antiguo inquilino había pintado de negro la cocina, abierta al salón. Como no tenía gran cosa que poner en aquellas dos habitaciones, las decoré según el principio que me había explicado un pintor en el Cedar: el espacio entre los objetos creaba un campo magnético a su alrededor. En el apartamento de al lado vivía Mike, el portero alcohólico que, de vez en cuando, me daba unos sustos de muerte llamando a la puerta a las tres de la madrugada para que le dejara entrar a «arreglar las cañerías» mientras su mujer, en bata y rulos, chillaba *«¡Kurva! ¡Kurva!»* en el descansillo. «¿Qué quiere decir *kurva*?», le pregunté a una vecina muy agradable, una bailarina casada a la que el portero nunca incordiaba. «No estoy segura —respondió—, pero creo que es *puta* en polaco». Al otro lado vivía una mujer que llevaba una peluca negra, la mejor amiga de la esposa del portero. Cuando yo subía por las escaleras, siempre entreabría la puerta para ver quién me acompañaba, y una vez la pillé rociando perfume en mi

puerta. «¡Porque estás toda la noche hirviendo col y me vuelves loca!», me gritó.

De todos modos, no pasaba mucho tiempo en casa. Todavía tengo una cicatriz triangular en el pulgar derecho que me recuerda la noche que volví corriendo a mi apartamento después de una larga jornada como mecanógrafa en una compañía de seguros, dispuesta a salir de nuevo en cuanto hubiera despachado el pesado trámite de hacer la cena. Dos chuletas de cerdo congeladas que se habían pegado amenazaban con retrasar mis planes. Quise separarlas con un cuchillo y en el intento me llevé por delante un trocito de pulgar; cubrí la herida con un trapo de cocina y salí rumbo al Cedar, sangrando por el camino.

Franz Kline me pidió que le dejara examinar mi pulgar y me soltó un sermón.

—Si fuera tu padre, te llevaría a que te dieran puntos.

—Es que no quería perderme nada —le dije.

—No. Claro que no. —Sin soltarme la muñeca, movió la cabeza con un brillo de traviesa comprensión en la mirada.

Aquel otoño a muchos pintores les llegó, por fin, la época de vacas gordas. Con los trajes de pana marrón nuevos que se habían comprado en Hudson’s de la calle Bowery, se pasaban por el Cedar de camino a la inauguración de alguna galería en la parte alta de la ciudad. Por el Cedar también comenzaron a aparecer caras conocidas de la escena social, hadas madrinas envueltas en magníficas pieles, potenciales coleccionistas de arte y de artistas. Las esposas de algunos pintores respondían ante la amenaza llevándose los modelos más atrevidos de las tiendas de segunda mano: peinetas de inspiración española y vestidos de cuentas de los años veinte cuyas sisas, si la propietaria de la prenda bailaba con demasiado desenfreno, solían rasgarse. Se arropaban con mantones de Manila, llevaban medias de rejilla de color morado y daban en llamarse «prerrafaelitas *beat*».

Todos los sábados por la noche se organizaban fiestas. Por el Cedar corría la voz de que un expresionista abstracto muy prometedor había invitado a algunos amigos íntimos, algunos coleccionistas y galeristas importantes, y al rato el sorprendido anfitrión se veía invadido por hordas de espontáneos que habían subido cinco pisos cargados con latas de cerveza y botellas de vino Gallo; y también con hierba, que en aquellas fiestas se fumaba en corrillos pequeños, con discreción, con solemnidad y ceremonia. De vez en cuando se vedaba el acceso a algunos aspirantes a invitado y la cosa acababa a puñetazo limpio, pero la mayoría de las veces entraban todos. Aquellas fiestas eran como gigantescos trenes vibrantes en hora punta llenos de pasajeros oscilantes, todos arrastrados a un destino lejano: la siguiente aventura amorosa, la siguiente fiesta, la siguiente resaca, el siguiente tazón de sopa de *won ton* en la calle Mott a las cinco de la mañana.

El mejor lugar para terminar la fiesta era el Five Spot, en la esquina de la calle Dos y la calle Bowery, que aquel verano había abierto, como por arte de magia, en lo que había sido un antiguo bar frecuentado por vagabundos. Los nuevos dueños lo habían limpiado un poco, habían metido un piano y habían colgado pósters en las

paredes con anuncios de inauguraciones de galerías. Los vínculos con la escena cultural quedaron claros desde el principio. Allí, por el precio de una cerveza podías escuchar a Coltrane o a Thelonious Monk. En ocasiones, algún pintor metido a músico, como Larry Rivers, se sentaba y atacaba un tema con fuerza, con gesto serio. Kenneth Rexroth voló a Nueva York desde San Francisco y organizó un fin de semana de poesía y jazz. Quería hacer valer sus derechos sobre aquel territorio de la Costa Este antes de que Jack o Allen o Gregory Corso volvieran a la ciudad y le robaran la primicia.

Pero sobre todo recuerdo una noche en la que una mujer negra de mediana edad y cara triste se quedó de pie junto a la mesa en la que había estado sentada y cantó maravillosamente, con una voz rota y desconsolada que yo estaba segura de haber oído antes. Cuando terminó todos se quedaron en silencio y luego se levantaron y rompieron a aplaudir. Era la gran Lady Day, a quien la policía de Nueva York había retirado su licencia de cabaret y que muy pronto moriría, bajo detención policial, en la cama de un hospital. Frank O'Hara, que también escuchó a Billie Holiday cantar aquella noche, escribió una poesía:

> y ahora estoy sudando mucho y pensando en
> apoyarme en la puerta del váter del 5 SPOT
> mientras ella susurraba una canción al correr del teclado

dedicada a Mal Waldon y yo y todos dejábamos de respirar

Voy caminando hacia el este en la penumbra invernal. De eso hará unos veinte años. Estoy a punto de pasar por delante de la Cooper Union, donde me tropezaré con una joven a quien un día consideraré mi amiga más antigua. Ya lleva una hora de pie en la calle, encogida en el viento helado que sopla en Astor Place. Una personita menuda, embutida en un viejo abrigo de *tweed* de sus tiempos de estudiante y envuelta en varias bufandas de punto, que reparte folletos ciclostilados —o al menos lo intenta— con el anuncio de un recital de poesía que tendrá lugar esa misma noche; nadie se para a coger uno, hace demasiado frío. Toma un folleto con una mano entumecida mientras con la otra sujeta los demás y me lo alarga. «¡Coge uno!». Hay en su voz una desesperación tan risueña que no me queda más remedio que detenerme (además, creo que me suena de algo), y termino quedándome allí y la ayudo hasta que empieza a nevar; esto ya es demasiado, pensamos las dos, ya no hay poesía que valga. Así que entramos en el *deli* B&H y apretamos los dedos contra las gruesas tazas marrones de café para desentumecerlos mientras el temporal de nieve golpea la ventana y el débil neón de la Segunda Avenida adquiere tonos pastel.

«¡Ven al recital!», me anima cuando le anuncio, a regañadientes, que tendría que irme a casa. Su marido es uno de los poetas, y ella es una mujer enamorada. Por él, ella se quedaría de pie en todas las esquinas heladas del mundo. Ella también escribe poesías, pero nunca las ha leído en público —ni las menciona, en realidad—, convencida de que no son lo suficientemente buenas. («Algunas sí que eran bastante buenas», admitirá con fiereza años más tarde).

Hacía dos meses que yo había visto y escuchado a su marido el poeta; en mi fuero interno, me pregunto si será de verdad tan bueno. Había estado leyendo sus poemas en una nueva cafetería de la calle Bleecker a la que Jack me llevó una noche, un local minúsculo que acababa de abrir en el sótano de un albergue para vagabundos. Cuando entramos, todos se volvieron para mirarnos. «Ése es Kerouac», susurraban. El poeta, un joven negro, bajo y elegante con su cuidada barba de catedrático, levantó la vista de la página algo nervioso; era un poema académico salpicado de algunos toques deliberadamente «modernos». Más tarde se nos acercó y se presentó como LeRoi Jones. «Y esa mujer de allí es Hettie», nos dijo orgulloso. Así que era de allí de donde la conocía. Ella nos sonrió, pero el fuego protector de sus ojos era para su marido. A pesar de las complicaciones raciales, parecían estar más unidos que la mayoría de las parejas que conocía. Se diría que encajaban hasta en su fragilidad.

Unos meses antes de que conociera a Hettie Jones, en Laurelton, Long Island, se expedía el certificado de defunción de una joven llamada Hettie Cohen. Aquel día ella les comunicó a sus padres su intención de casarse con Roi y se marchó llorando en un coche lleno de cajas con las cosas de la habitación en la que había crecido. Transcurrirían muchos años antes de que volviera a pasar una noche bajo aquel techo o a cenar en aquella casa durante las fiestas judías, o incluso a hablarse con su

hermana. Jamás había conocido a nadie capaz de desarraigarse de un modo tan drástico.

Billie Holiday nunca cantó en Laurelton. En 1957 no se veían personas de color en las calles de aquel pueblo. Y que la hija de alguno de sus vecinos se casara con un negro resultaba una idea descabellada. Lo que unos padres esperaban de una chica como Hettie —una buena chica judía que había sacado buenas notas en el colegio y que había ido a la universidad— era que se casara con un chico de un barrio mejor y les diera nietos de mejillas rosadas a los que ver de vez en cuando. Gracias a la educación recibida, esta chica estaría familiarizada con lo que llamaban, con sumo respeto, Cultura: *El lago de los cisnes*, *My Fair Lady*, una suscripción anual al club de lectura.

En el impoluto hogar en el que Hettie creció, los libros, la música y el polvo brillaban por su ausencia. Tuvo que construirse su mundo interior ella sólita. Contaba con la biblioteca pública y el Centro Judío de Laurelton. A los trece años, Hettie mortificó a sus padres entregándose a un encendido fervor religioso; cuando, misteriosamente, su devoción remitió, se quedaron tranquilos.

Aquel misterio tenía una explicación: los chicos habían ocupado el lugar de la religión. Gracias a unos ciegos toqueteos en el asiento trasero de un coche aparcado delante de un jardín oscuro, incluso Laurelton podía transformarse en una jungla tentadora. Y si no eras suficientemente mayor como para irte de allí, siempre te quedaban otras vías de escape. En el escenario del auditorio del instituto, Hettie se empapaba de los personajes que interpretaba. Solían decirle que tenía dotes de comediante: una consolación, a la práctica, por carecer de la belleza clásica imprescindible para hacerse con el papel de niña mona.

En la universidad femenina de Virginia en la que decidió matricularse para alejarse de todo aquello que le resultaba familiar, Hettie se preparó para el teatro. En algunas chicas jóvenes, el deseo de pisar las tablas no es más que el deseo de conquistar la vida, de escapar de lo cotidiano para entrar en un universo más vasto, más exigente.

Un estudiante de Derecho de la Universidad de Nueva York con el que estuvo a punto de prometerse cuando se licenció le dijo a Hettie en una ocasión que, a pesar de todo, terminaría en Scarsdale, como Marjorie Morningside, quien también se había entregado al desenfreno bohemio antes de sentar la cabeza. Los jóvenes ambiciosos de los cincuenta, a los que les costaba reconciliar la llamada de la libido con la búsqueda de una esposa decente, solían invocar la figura de Marjorie, la díscola princesa judía protagonista del *best seller* de Herman Wouk. Si tus intereses no se ajustaban a la ortodoxia, siempre habría algún chico dispuesto a echar mano de sus técnicas argumentativas con la intención de que los abandonaras, demostrándote que no eran genuinos. Por aquel entonces, la nueva pasión de Hettie era el jazz, y el jazz podría arrastrarla hasta Dios sabe dónde.

El primer estilo en despertar su curiosidad fue el Dixieland. Incluso conocía a un

grupo de músicos blancos aficionados, licenciados de Columbia. Se hacían llamar los Red Onions y tocaban el anacrónico «Saints Go Marching In» en fiestas y algún que otro club, y también las últimas piezas de Bix Beiderbecke un par de sábados por la noche al mes. Pero no tardó en descubrir que también existía algo más: la música de verdad; y la música de verdad era negra. Para Hettie, el negro se convirtió en el color de muchas otras cosas, de las cosas más auténticas que había conocido jamás, de una expresión de la experiencia más pura, de una sabiduría primigenia que los barrios blancos les negaban a sus hijos.

En 1955 Hettie vivía en la calle Morton, en el Village, y trabajaba de secretaria en una revista de jazz llamada *The Record Changer*, que resistía a duras penas y que al cabo de poco tiempo cerraría. LeRoi Jones —que ya había pasado por «las calles proletarias de Newark, estrechas y grises, la superabundancia marrón de Howard University y el desesperado hastío del ejército del aire»— llevaba el correo de la publicación. Aunque se había criado en un barrio obrero, pertenecía a una familia de clase media de maestros y funcionarios. Le bautizaron con el nombre de Everett LeRoi Jones, pero hacía muchos años que se había desprendido de su nombre de pila. Quizá con aquel LeRoi delataba, inconscientemente, sus ambiciones. En el auge contestatario de finales de los sesenta volvió a cambiar de nombre para llamarse Amiri Baraka.

Cuando Roi dejó el ejército y llegó al Village, todos leían *Aullido*. A día de hoy, él sigue considerándolo la «influencia poética más importante de la época» por haber dejado al descubierto «la desolación espiritual de la América contemporánea». Le escribió una carta a Allen en un trozo de papel de váter y se la mandó a París. Le preguntaba «¿Eres sincero?». Allen le contestó que estaba cansado de ser Allen Ginsberg.

A los veinticuatro años, LeRoi Jones era cariñoso, divertido y sencillo. Pero Hettie también supo ver el fuego y el talento que anidaban en su interior. En la camaradería cotidiana de la oficina, se hicieron amigos enseguida. De noche, cada uno ocupaba los pensamientos del otro. LeRoi Jones recuerda que Hettie fue una de las primeras mujeres con las que habló en su vida; pero para él ella significaba mucho más que eso. Una empatía rara y profunda los atrajo inexorablemente. Una solitaria tarde de domingo se encontraron por casualidad en la avenida Greenwich y se convirtieron en amantes. Al día siguiente, sola en su apartamento después de que él se hubiera marchado, Hettie vaticinó que se casarían; y era consciente de los riesgos y los costes que su matrimonio entrañaría. Fue un momento de extraña lucidez. Aquel verano, en el festival de jazz de Newport, vería a los hijos de otras parejas interraciales y pensaría que sí, que ella y Roi tendrían niños, que aquello también era posible.

«Los dos nos adentramos en el matrimonio —escribe LeRoi Jones— cual vacilantes exploradores en la costa de algún país desconocido. Pero no estábamos preparados para los conflictos interiores que América depararía a una unión como la

nuestra, y nuestra vida en el Village a duras penas nos protegió de los conflictos tradicionales, los exteriores».

El ensayo acerca de estos años que publicó en 1980, *Confesiones de un antiguo antisemita,* constituye una desconcertante apología de su vitriólico repudio del ambiente cultural *posbeat* —corría el año de 1965— y de la mala fe de la que hizo gala al denunciar públicamente a su esposa Hettie y a los amigos blancos que siempre lo apoyaron y lo arroparon.

Pero en 1957 todas estas cosas aguardaban en el futuro. En aquellos días de emoción y esperanza —esperanza en las cosas de verdad, en las convicciones profundas, en las experiencias vividas; en todo aquello que no fuera mera pose— parecía anidar un potencial de transformación tremendo. Parecía perfectamente posible que la novedad y la amplitud de miras plasmadas en los poemas, en los cuadros y en la música llegaran a desbordar Saint Mark’s Place y las mesas del Cedar y, llevándose por delante las antiguas barreras sociales y raciales, sanaran las dolorosas heridas del alma de mi país. Nosotros, los niños de los silenciosos cincuenta, sabíamos muy poco de las realidades políticas. Vivíamos en la ilusión de que nuestra pasión nos bastaría. Creíamos, como dijo en una ocasión Hettie Cohen Jones, que para cambiarlo todo sólo hacía falta empeñarse lo suficiente. Y aunque su unión con Roi fue improvisada y «vacilante», aunque aquel matrimonio no tardó en perder el favor político de los militantes por los derechos civiles y fue condenado a un ostracismo que se sumó al odio que destilaban las miradas de los blancos, aquella unión también debería interpretarse —a estas alturas, incluso LeRoi debería hacerlo — como un acto de un valor extraordinario.

Fui a aquel recital con Hettie y, para mi sorpresa, los poemas que leyó Roi me parecieron mucho mejores que los que había oído con Jack. Costaba creer que fueran del mismo poeta. Se diría que, en cuestión de semanas, Roi había pasado a otro nivel, que había aprendido, asimilado. Resultaba evidente que había estado leyendo a Allen, y le rendía homenaje en versos como

> (Oh, generación venerada
> sobre el resto.
> Oh, generación de falsos
> blancos de mierda
> Os venero…
> Sois todos tan hermosos).

Pero la acritud de aquella voz era enteramente suya.

En un poema que escribió al año siguiente, veo a la Hettie de entonces —idéntica a la de ahora— tan nítidamente como si Roi la hubiera fotografiado:

Mi esposa es zurda
hecho que conlleva una férrea de-
terminación. Una espiritualidad
absoluta. QUE ES RARO, NENA.
El modo en el que algunos
se pasan la vida intentando ser
diferentes. Qué pecado y qué lástima.

Pero, claro, ella ha sido bohemia
toda la vida… medias negras
que no aceptan órdenes. Me siento
pacientemente, intentando
enderezarla. SÁCATE EL DICHOSO
LÁPIZ DE LA MANO.
ESTÁS ESCRIBIENDO AL REVÉS. Y así. Pero
nada. Y se nota
en lo que hace. Café zurdo,
huevos zurdos; cuando llega
a casa por la noche… me alarga la mano
izquierda para que se la bese. Mierda.
Y ahora la barriga se sale de la silla.
Dicen que es un bebé. Pero
yo no estoy tan seguro.

Y llevando en su seno al primer hijo de los dos, Hettie atraviesa la avenida Greenwich una tarde de primavera, embarazadísima, con un vestido de flores rojo muy ancho que acaba de hacerse con la máquina de coser, y se ríe cuando el camionero se asoma por la ventanilla para gritarle: «¡Eh, mamita!».

Trece

Siempre que observaba a parejas bohemias como Roi y Hettie, me entraban ganas de sentirme también anclada a alguien. Y aquél era un deseo que no me hacía ningún bien, porque, desoyendo mi buen juicio, la única persona a la que quería estar anclada era a Jack. Yo le ocultaba aquel deseo tan vergonzoso lo mejor que podía, llenando mis cartas de vividas impresiones acerca de mis idas y venidas por el East Village y de la gente a la que había visto. «Escríbeme tan a menudo como quieras —me animaba— y, por cada carta que me mandes, yo te escribiré dos». Pero él parecía capaz de leer entre líneas. Su cariño solía ir acompañado de advertencias. Éramos amigos, «como dedos entrelazados», pero él quería que supiera que, durante los cinco años siguientes, descartaba cualquier idea romántica: aquel tiempo lo consagraría a escribir y publicar. Pasado ese tiempo, y sólo entonces, podría relajarse, viajar por el mundo a cuenta de los derechos de autor en busca del amor, y «escribir, de verdad, mis grandes obras maestras mágicas y secretas (sólo para mí)… no hace falta que te preocupes por rubias o morenas…».

En Orlando, Florida, no había ni rubias ni morenas; allí le protegía Mémère, y ni siquiera podía conseguir un ejemplar del *New York Times* para ver qué tal iba su libro. «Aquí sólo hay escorpiones, lagartos, arañas enormes, mosquitos, cucarachas gigantescas y espinos en la hierba». En cada una de sus cartas, se las ingeniaba para decirme, de un modo u otro, que se sentía solo.

«¿Y por qué no voy a verte?», le propuse. Un joven director del off-Broadway al que conocíamos me había contado que pensaba viajar en coche a Orlando para leer la nueva obra de Jack; en el coche había sitio para mí. Si Leo Garen visitaba a Jack, ¿por qué no iba a poder hacerlo yo?

Le costó casi un mes decirme que no; arguyó, entre otros motivos, que el único lugar en el que podría dormir era un «catre del ejército al lado del sofá de mi madre en el salón-cocina-dormitorio, y la otra habitación es mi cuarto, y es tan pequeño que tienes que cerrar la puerta para poder ir al baño». Además, trabajaba en *Memory Babe* día y noche; de todos modos confiaba en tenerla terminada antes de Navidad, entonces iría a Nueva York y nos veríamos. Además, como todavía estaba sin un centavo, no quería malgastar el dinero que había reservado para la comida. Había escrito a máquina hasta el final de la página, como siempre, pero el resto de la carta rezumaba la misma frialdad, y la firmaba con su nombre franco-canadiense: Jean Louis. Jean Louis es alguien a quien te está vedado conocer, parecía decir.

Era obvio que había ido demasiado lejos al atreverme a sugerir que Mémère, Jack y yo podríamos estar bajo el mismo techo. No volví a tener noticias de él hasta poco antes de que regresara a Nueva York, y entonces dejó bien claro que no iba a volver para estar conmigo.

Esta vez sólo regresaba porque Gilbert Millstein le había organizado una lectura pública en el Village Vanguard, y aquél era un dinero que Jack no podía rechazar. Se

instalaría en el apartamento de su viejo amigo Henri Cru, dormiría durante el día, se levantaría al anochecer para escribir su novela, que ya no era *Memory Babe*, sino un nuevo libro titulado *Los vagabundos del Dbarma*, «mejor que *En el camino*». La idea de que le interrumpieran sus «éxtasis de noche estrellada» le sacaba de quicio. Pero tendría que hacer de «músico interesante» por un tiempo. Se disfrazaría cada noche y «saldría a paso ligero» con Henri Cru rumbo a sus recitales. Todos sus amigos estarían entre el público, por supuesto. «Si esto no me mata, ya no me matará nada». En primavera se compraría una furgoneta con todo el dinero y se perdería por el Oeste con su saco.

Ahora quería vivir con Henri y estar en el Village y ver la tele de Henri. «Escucha, Joycey… No quiero causarte más molestias porque, como te dije, soy armenio y no quiero casarme hasta que haya cumplido los 69 y tenga 69 nietecitos preciosos. Por favor, no te enfades conmigo, quiero estar solo, Greta Garbo». Ya se figuraba que su aparición en el Village Vanguard sería un fiasco descomunal.

A la semana siguiente el Village se llenó de pósters que anunciaban la actuación de Jack en el Vanguard. Procuré no reparar en ellos. No asistí al primer recital ni leí las críticas del periódico. No le llamé a casa de Henri Cru. Me convencí de que todo había terminado, me esforcé por no echarme a llorar en la Segunda Avenida y deseé que no fuera tan famoso, porque así no tendría que estar oyendo su nombre a cada rato. Me esforcé por actuar con la misma frialdad que había adoptado Jack y por pensar en él sin rastro de simpatía. Decían que estaba haciendo el ridículo en el Vanguard, actuando como un payaso borracho. ¿No era aquello lo que Jack había predicho? «Tienes que ser dura», me aconsejó Hettie; eso, sin embargo, no se nos daba bien a ninguna de las dos.

Un día me llamó. «¿Quieres venir a escucharme? Esta noche les pasaré tu nombre a los de la entrada». Fui sola y me senté en una mesa oscura del fondo rodeada de parejas de universitarios cogidos de la mano. Cenicientas de Radcliff y chicos con el pelo al rape y jerséis de lana que se habían acercado a la ciudad para ver a su héroe durante las vacaciones de Navidad. La luz fue apagándose y sonó una fanfarria de aires vagamente vodevilescos, un largo redoble de tambor; Jack entró en el escenario tambaleándose y estuvo a punto de tropezar con el piano. Agarraba una botella de Thunderbird como si la vida le fuera en ello, con la misma mirada trastornada que exhibía en los estudios de televisión. Parecía haber olvidado dónde estaba o qué era lo que tenía que hacer. Sólo sabía que los músicos eran sus amigos, quizá los únicos que tenía en aquel momento, y cuando empezaron a tocar se dispuso a canturrear satisfecho, lejos del micrófono, enseñándoles la botella mientras le daba la espalda al público.

La perplejidad inicial de aquellos jóvenes se convirtió en impaciencia y, más tarde, en hostilidad. Cuando algunos de aquellos atildados jóvenes comenzaron a silbar y a aplaudir, uno de los músicos le dijo a Jack, con mucha amabilidad: «Eh, es hora de actuar».

Y consiguió encontrar el micrófono y leer un párrafo o dos de *En el camino* mientras Zoot Sims le acompañaba al piano, pero el público empezaba a pagar y a marcharse; el lugar se quedó vacío antes de que él terminara. Después incluso los músicos parecieron apresurarse en recoger sus instrumentos y dejaron a Jack en la banqueta del piano preguntando abatido: «¿Adónde vais?». «Tenemos que largarnos, Jack. Mañana será otro día».

No me había visto en la mesa del fondo. Me levanté y me dirigí hacia él. Le daría las gracias por haberme invitado y luego haría acopio de todas mis fuerzas para salir por la puerta y marcharme a casa. Quizá él estaría tan borracho que ni me preguntaría qué me había parecido la actuación y yo no tendría que mentirle. Le quería, pero yo no significaba nada para él.

Advertí que, naturalmente, una chica había hecho acto de presencia, un pálido espectro de la noche de rasgos marcados y aquella indiferencia *hipster* que yo nunca conseguiría imitar. Abrochándose el abrigo muy despacio, se quedó esperándole de pie con aspecto de haberle esperado —con éxito— en otras ocasiones.

—Buenas noches, Jack —lo saludé rápidamente.

—¡Joycey!

Gritó al pronunciar mi nombre, con una voz tan triste que se me olvidaron todos los consejos de Hettie, que me había animado a que me mantuviera firme. Me acerqué a él y le besé en la boca. Me agarró de los brazos y apoyó la frente en la mía; no me soltaba.

—¿Puedes sacarnos de aquí? Quiero ir a algún sitio contigo, pero estoy demasiado cansado para hacer nada, ¿entiendes? Demasiado cansado, demasiado borracho. No te importa, ¿verdad? ¿Puedes sacarnos de aquí?

Sí que lo saqué de ahí. Lo llevé a su habitación del Marlton, el mismo hotel en el que se alojaba la noche en que lo conocí. En esta ocasión había terminado allí porque se había peleado con su viejo amigo Henri Cru, un fardo de más de ciento treinta kilos al que Jack conocía de sus años en la escuela preparatoria Horace Mann, y que era un célebre cocinero. Había preparado uno de sus más elaborados festines en honor de Jack, y Jack le había ofendido al presentarse demasiado borracho para comer.

El Marlton, con su clientela integrada por yonquis y viejos bohemios alcoholizados que vivían de la asistencia social, era probablemente el último lugar en el que la gente que había pagado para ver actuar a Jack le buscaría. Comparado con el Marlton, el Yorkshire parecía un hotel de lujo. El ascensor no funcionaba, y mientras subíamos por las escaleras sucias Jack se topó con un par de músicos a los que conocía. Los saludó como a hermanos a los que hacía años que no veía. Dijeron que tenían un poco de hierba, y antes de que pudiera darme cuenta ya estaban con nosotros, apiñados en la minúscula habitación de Jack, con la cama de hierro y la cortina rasgada y la desvencijada cómoda de hotel de mala muerte.

Sólo podría escapar de aquella noche eterna si me iba a casa. Y me quedé en la

cama de Jack, envuelta en mi abrigo, mirando cómo las luces de Navidad parpadeaban en las ventanas de las casas de la acera de enfrente.

El contrato de Jack con el Vanguard finalizó un par de días más tarde: una semana antes de lo previsto. Se instaló en mi casa. Como un fugitivo, se escondió en el apartamento, y siempre que me iba a trabajar, cerraba con llave y descolgaba el teléfono. De día, sólo salía a la calle para comprar cigarrillos en veloces carreras hasta la esquina. Cuando yo llegaba por la tarde con mi bolsa de la compra, lo encontraba tumbado a oscuras con la mirada perdida. Podía sentir el silencio del Vacío cernirse sobre nosotros, colándose con el polvo gris por la ventanita del conducto de ventilación. Yo revoloteaba por el apartamento encendiendo las luces, trasteando con los platos, preguntándole qué quería para cenar. ¿Patatas? ¿Una ensalada? A veces me tumbaba a su lado. Apretando la cara contra su espalda, dejaba que el sueño me invadiera y me despertaba a medianoche acordándome de lo que había soñado. En uno de mis sueños, la multitud desmembraba a Jack ante mis ojos. «No te fíes de los sueños, Joycey —me dijo—. Sólo son proféticos a nivel subconsciente».

El reloj de aquellas semanas atrasaba. Era lento, tan lento que tardaba cuatro segundos en avanzar uno solo. El tiempo se me antojaba una melodía familiar, pero sonaba tan lentamente que me costaba muchísimo reconocerla. Las notas se hundían en un pozo muy profundo, en una calma vibrante. Podríamos haber estado en el Pico de la Desolación en lugar de en la calle Trece.

Una mañana me desperté y oí el ruido de la máquina de escribir. Jack estaba trabajando en mi vieja Roy al portátil. Me quedé en la cama, temía que si me levantaba le distraería. Entonces el ruido cesó y la puerta del apartamento se abrió y se cerró. Pasados unos minutos estaba de vuelta con beicon y naranjas, anunciando que, esta vez, él se encargaría del desayuno y luego pasaría el día escribiendo y, además, cuando yo volviera de la oficina, me llevaría al cine. Acababa de darse cuenta de que nunca habíamos ido al cine juntos, como las parejas normales.

Aquella noche me llevó al viejo Varieties Theatre de la calle Bowery a ver *Chantaje en Broadway*. Compró dos entradas de veinticinco centavos y me estrechó la mano. «No volverás a ver un lugar así nunca más. No te asustes, no me iré al servicio para dejarte plantada». Aquél era uno de los lugares que frecuentaban los vagabundos para escapar del frío, me explicó. Se sentaban día y noche en los asientos rotos, dormitando y tosiendo, viendo la película que estuviera en cartel tantas veces como hiciera falta. No eran quisquillosos. Durante algunas épocas de su vida él también lo había hecho. Aquellos días ya no volverían; yo sabía que eso era en lo que Jack estaba pensando.

En aquella época yo creía, muchísimo más que ahora, en las propiedades terapéuticas del arte. Pensaba que bastaba escribir con total sinceridad acerca de tus

preocupaciones para superarlas y enterrarlas definitivamente. Le insistía a Jack para que escribiera un libro sobre la fama. Me prometió que lo haría, y también que yo saldría en él. La historia empezaría con el descenso de las montañas, y lo escribiría como estaba escribiendo *Los vagabundos del Dharma*, con una prosa sencilla para que la gente normal y corriente pudiera leerlo. Frases más cortas; esto les gustaría a los de Viking. La idea de complacer a alguien más que a él mismo le resultaba nueva, pero se dio cuenta de que era práctica. Retomaría *Memory Babe*, que le estaba dando algunos problemas, y adoptaría el nuevo estilo para escribirla, ¿por qué no? Entretanto, *Los vagabundos del Dharma* se convertiría, muy probablemente, en el gran superventas que *En el camino* no había sido y le permitiría comprarse una casa y ocultarse de todos para siempre, si quería.

—¿De mí también? —le pregunté.

—Me escaparé a Nueva York de vez en cuando y siempre vendré a verte y te llevaré al Bobo's de Chinatown. Pero soy demasiado viejo para ti, ya lo sabes. No soy más que un viejo zen lunático.

—Eso lo dices siempre.

—Ay. Nunca te crees lo que te digo.

Me dio uno de los primeros ejemplares de *Los subterráneos*, lo sacó de la caja que le había mandado Grove Press. Aunque los sucesos que relataba habían transcurrido en Nueva York, en la cubierta había una fotografía del puente del Golden Gate. Los subterráneos eran los *hipsters* crepusculares que Allen le había descubierto a Elise en el San Remo, y Heavenly Lane —donde Leo Percepied amó y, por error, absurdamente, perdió a Mardou Fox— era una calle de casas de vecindad llamada Paradise Alley; quedaba a dos manzanas de mi apartamento, en la calle Once este.

Refugiado en la casa de su madre de Ozone Park durante tres días de 1953, Jack había exorcizado con una máquina de escribir el dolor que le produjo el final de su corta aventura con Irene May. La belleza de *fellaheen* de aquella joven negra cautivó tanto a Jack que en una ocasión le dijo a Lucien Carr que Irene era india. Pero el poder de aquella belleza tan absoluta aterrorizó a Jack. Irene lo comprendía con una perspicacia alarmante y poderosa, y también supo encarnar a la perfección sus fantasías sexuales. Jack hizo lo que pudo para alejarla de él; nunca se quedaba con ella más de un par de días, y la agotaba con sus maratonianas noches de borrachera por el Village. Ella dejó a Jack para irse con Gregory Corso. Jack quedó aliviado y desconsolado.

Un extraño estado de dolor y emoción se apoderó de mí mientras, sentada, leía aquellas palabras. Ya en la primera frase, Jack me había pillado desprevenida con lo que estaba dispuesto a revelar acerca de un hombre llamado Leo: «ésta es la historia de un hombre que no se tiene mucha fe, y al mismo tiempo de un inútil egomaníaco…».

Y por encima de cualquier otra cosa, en este libro Jack parecía manifestar su imperiosa renuncia al amor sexual. Jamás llegué a imaginar que fuera consciente de aquellas verdades que llegó a confesar, verdades más duras y más implacables de lo que yo estaba dispuesta a admitir, por mucho que estuviera leyéndolas. «¿Ahora me crees?», me susurraba Jack al oído con una tristeza infinita.

«Leo —le hacía decir Jack a Mardou—, no me parece que te convenga vivir siempre con tu madre». Aquéllas podrían haber sido palabras mías.

No había rastro de esperanza en aquella frase, no era más que una opinión. Que Leo supiera que ella estaba en lo cierto no cambiaría las cosas: lo impedía el peso de su urgencia por volver a casa, sus miedos neuróticos, las resacas, el horror… Mémère era omnipresente; Leo, impotente. Mémère era la eternidad, el gran Siempre inmutable, el único hogar que su hijo había conocido jamás, su terrible e inexpugnable refugio. Como una diosa, Mémère subyugaba a Leo, poseía su alma. Las otras mujeres —las rubias y las morenas— flotaban en la conciencia de Jack como sombras. En este libro de un amor perdido, Jack incluso había adoptado el nombre del esposo de su madre.

> Vi que se inclinaba ante mí la cara de mi madre, con ojos impenetrables, labios inmóviles, pómulos redondos y gafas que brillaban a la luz ocultando la mayor

> parte de su expresión; en un primer momento ésa me pareció una visión horrorosa…

«Me gustaría poder cuidarte todos los días —murmura ella con sus labios helados —. Pauvre ti Leo».

En la habitación en la que otro niño ha muerto, un jovencito, Jean Louis Kerouac, está en la cama esperando a su Mémère. Ella le dará un beso y apagará la luz entregándolo a la oscuridad que se ha llevado a su hermano. Un día él se acostará y no se despertará nunca más, a pesar de los rezos de las monjas del colegio y de los curas vestidos de negro y del llanto de su madre.

Ella entra en su habitación y se inclina sobre él y, durante un instante sólo, él no la reconoce. Su rostro ha perdido su juventud, el dolor lo ha transformado en piedra. Y quizá ella piensa: ¿La vida me robará también este hijo? Piensa Nunca dejaré que se marche. Lo protegeré de todas las cosas malas.

La piedra se abalanza sobre él y se convierte en carne.

Nadie tiene la culpa.

Los subterráneos me enseñó que Jack y yo no podríamos llegar más lejos, que yo no podría esperar nada más. Pero no estaba dispuesta a admitir lo que decía de Jack y Mémère.

Lo que más me dolió, sin embargo, fue el recuerdo de Irene May. Si Jack tuviera que vivir con una mujer, sería con una como esta Irene, y no con alguien como yo. ¿No me había advertido, desde el primer día, que yo no era su tipo? Nunca diría de mí:

> Y también veo la tierra en tus ojos, eso es lo que pienso de ti, posees una especie de belleza muy especial, no es que yo tenga la manía de la tierra y de los indios y de todo eso, ni que quiera pasarme la vida hablando de ti y de mí pero veo tanto calor en tus ojos, la verdad es que cuando te haces la loca no advierto ninguna locura en ti sino alegría, alegría, y una especie de picardía infantil, y te amo, la lluvia repicará sobre nuestros aleros algún día, amor mío.

En la belleza de Irene, Jack vio una fatalidad mágica. Quizá ella podría habérselo arrebatado a Mémère; tendría que haber sido más paciente, menos inquieta. A la intensa y transformadora luz de la memoria de Jack, Leo y Mardou estaban hechos el uno para el otro. Ni los celos me impidieron llorar con Jack cuando llegué al momento en el que se separaban. ¿Aquélla era una historia real? «Yo no escribo novelas —me dijo Jack en una ocasión—. Sólo escribo libros. BOOOGS —dijo—. Así

los llamo yo»[18].

Le enseñó el manuscrito a Irene May cuatro o cinco días después de terminarlo y le dijo que, si se lo pedía, lo echaría al fuego. «No me haga reír —le diría Irene a un entrevistador años después—. Jack nunca habría quemado el manuscrito original. No me lo creo. Pero entonces lo hice». La crudeza de su estilo le impactó muchísimo, pero entonces estaba convencida de que *Los subterráneos* nunca llegaría a publicarse, de que terminaría en el archivo de las novelas «imposibles» de la agencia literaria MCA. Cuando se publicó en 1958, ella no se alegró.

Jack quiso hacer las paces con ella una noche y me llevó con él. Aquel libro me había hechizado tanto que verlos juntos me daba miedo; y dejar de verlos, también. Yo sabía que si Leo y Mardou llegaban a abrazarse ante mis ojos, por mucho que aquello me angustiara, no podría evitar que mis simpatías estuvieran con ellos.

Irene May vivía en un edificio de apartamentos de alquiler del West Village. Mientras esperaba con Jack delante de su puerta oí gimotear a un bebé. El bebé era de Irene. Vivía sola con él en un apartamento sin agua caliente que olía a leche y pañales y aceite Johnson's; hacía trabajitos de mecanógrafa para sobrevivir. A veces pasaba la noche entera escribiendo a máquina, y cuando el bebé se ponía enfermo no podía ni bajar a la tienda. No parecía enfadada con Jack, ni tampoco contenta de verlo. Sólo parecía agotada. *Los subterráneos* no era más que otra preocupación que se había sumado a las que ya le hacían la vida bastante difícil.

Sin prestarme atención, se dirigió a Jack con el afecto mordaz de los que han sabido transformar los golpes de la vida en una inteligencia encallecida; otros, sin embargo —y Jack era uno de ellos— no hacían más que dar vueltas haciendo el idiota. Bueno, tú y yo sabemos que estás condenado, parecía decirle. *Los subterráneos* no era un retrato fidedigno de Irene ni de nada, tan sólo era una imagen distorsionada sobre la que se abalanzarían los periodistas. No parecía haber reparado en la ternura del libro.

Con la cabeza cada vez más gacha, Jack iba bebiendo, melancólico, de la botella de vino que había traído. El bebé se despertaba a cada rato y se ponía a llorar; Irene tenía que ocuparse de él.

—Deberíamos marcharnos, Jack —le repetía, pero él, terco, no me hacía caso.

—Quiero quedarme.

Irene se echó a reír.

—Bueno…, verás…, hoy no, cariño.

—Venga, Jack. ¡No me hagas esto!

Me sentía humillada, estaba decidida a poner fin a la velada.

Levanté la vista y vi que Mardou Fox me miraba con esos ojos oscuros y brillantes que Jack había descrito; observaba, entre cansada y divertida, cómo otra mujer intentaba llevar a Leo Percepied a casa.

Una vez me dijo que me amaba. Fue en enero, justo después de coger el tren para volver a casa de Mémère.

> Bueno, permite que te diga que disfruté de nuestras últimas horas (y semanas) juntos más que nunca, me pareces la chica más dulce del mundo y quiero que sepas que te respeto por esto y que incluso te quiero (como mujer, como amiga, como todo).

Sin embargo, estas palabras no me alegraron. No podía sacarme de la cabeza la idea de que Jack estaba preparándose para despedirse de mí. Cuando uno ha pensado en esfumarse, quiere dejarlo todo en orden.

En primavera volvería al norte con Mémère y se instalarían en la casa que le iba a comprar. En Long Island, pensaba. Viviría con ella en aquella casa.

Mémère ya había puesto sus condiciones: no quería que ni Allen ni Burroughs le visitaran. «Suena un poco raro —admitió Jack en una ocasión, cuando hablábamos por teléfono—, porque la casa la compraré yo y tengo treinta y seis años».

Por fin tendría una guarida tranquila en el bosque de la que escaparse cuando quisiera ir a Nueva York, el País de la Gente. Sentado delante de su máquina de escribir en Florida, donde todavía trabajaba en el manuscrito de *Los vagabundos del Dharma*, soñaba con «retomar el contacto con los seres humanos» durante una temporada.

Jack estaba en un lugar lluvioso, fúnebre, desprovisto de vibración alguna. «Le dije a mi sobrino que no se trajera a nadie —se quejaba—, y claro, ahora la casa está llena de amigos suyos. Está riéndose de mí en mi propia casa. Seguro que mi madre les advierte en susurros que estoy loco, que no me hagan caso. Y tengo que quedarme encerrado en mi habitación».

«Cómprate una botella de oporto Petri y siéntate en la alfombra y pon un disco de Sid[19] y enciende unas velas», me aconsejó con un poco de nostalgia. «¿Sabías que Nueva York está llena de vibraciones eléctricas? En Nueva York, la lana del jersey negro que me pongo para dormir siempre crepita y se eriza».

En una de las cartas que me escribió desde la aburrida Florida expresaba algunas dudas acerca de *Los vagabundos del Dbarma*. Le parecía que el final fallaba, que le faltaba un climax enloquecido como el de *En el camino*, pero pensaba que a Viking le gustaría de todos modos. Sí, estaba convencido de que el libro era muy legible —a fin de cuentas, eso era lo que él había querido— y, en algunos pasajes, «sublime».

«Tenme al corriente de las bromas que corran sobre mi recital del Vanguard o de lo que sea, señorita Todoídos».

Me pidió que le enviara la sección inmobiliaria del *Times* del domingo y se la mandé durante varias semanas. Había recordado mi descripción de Northport y buscaba una casa allí.

«He visto un anuncio con buena pinta», me comunicó en febrero. Pronto estaría

de vuelta para hablar en persona con los agentes inmobiliarios. Cuando se hubiera instalado en Long Island, sin embargo, confiaba en que mantendría su nueva dirección a resguardo del gran público, «Edward R. Murrow» incluido. Temía que algunos chiflados se presentaran en su casa y le arruinaran aquella soledad que con tanto esmero había preparado. Quizá le daría su dirección a Lucien. «Lucien está loco, pero no me importaría que mi mejor amigo Lucien se metiera en mi casa, pero, pero… andan buscándome demasiados *hipsters*».

Un día, cuando entré en el baño de mi apartamento de la calle Trece este y cerré la puerta, el pomo del otro lado, con el eje y todo, se cayó al suelo. Me entró un ataque de pánico: no sabía cómo iba a salir de ahí. No había ninguna ventana por la que pedir auxilio. Quién sabe si al cabo de algunas semanas la gente del Cedar advertiría mi ausencia. «¿Habéis visto a Joyce por aquí últimamente?… Ah, sí, debe de estar en California». Hettie empezaría a preocuparse, podía confiar en Hettie. Y Jack se preguntaría por qué ya no le llegaban más cartas mías. Pero para cuando echaran la puerta abajo y encontraran el cuerpo acurrucado sobre la alfombrilla de baño ya sería demasiado tarde.

El mango de un cepillo de dientes me permitió escapar de aquella suerte ignominiosa. Más tarde me eché en la cama y me puse a llorar; no salía de mi asombro por el miedo que había pasado.

La vida se me complicaba. El portero y su mujer ya sospechaban de mí antes de la visita de Jack en diciembre. Ahora sabían lo peor. La loca del apartamento 3 era una de esas *beatniks*, vivía con hombres. Ellos eran toda una autoridad en la materia, aunque jamás hubieran oído hablar de Jack o de *En el camino*. Sexo y suciedad y comunismo en la puerta de al lado y, si se descuidaban, su respetabilidad al garete; aquello era lo que significaba *beatnik*. Sacar la basura o recoger el correo se convirtieron en actividades peligrosas. Los dos se plantaban en el descansillo para dar rienda suelta a su encendida ira, colorados, descompuestos, gritando su odio con la voz ronca: «¡*Beatnik* asquerosa, tú, tú, sí, tú! ¡Tú, señorita, acostándote con vagabundos! ¡Lo sabemos todo! No nos engañas, ¿nos oyes?».

«¡Continuad así! —les contestaba a voz en grito, temblando—. ¡Se lo diré al casero!». Pero sabía que no lo haría, y ellos también. A veces, cuando volvía del trabajo, veía al portero en la calle, delante del edificio. Entonces daba un par de vueltas a la manzana hasta que desaparecía, o desistía y me iba al Rappaport's o a casa de Hettie o al primer lugar que se me ocurriera, odiándome por pasar tanto miedo. Siempre que salía de casa y cerraba la puerta del apartamento, pensaba en lo maravilloso que sería no volver nunca más, en lo tranquila que me quedaría.

Una noche mis pies incorpóreos me guiaron hasta el Cedar a través de la nieve.

Pasé horas allí, sentada a la mesa de una gente a la que casi no conocía, muda, temblando. Tenía muchísimo frío, pero no sabía si el frío lo llevaba dentro o entraba en ráfagas desde la calle. Entonces se me ocurrió que quizá estuviera enferma, oficialmente enferma. Volví a casa a pie, subí como pude las escaleras hasta mi apartamento y me tomé la fiebre, por prurito científico: 40,5 grados. Me tumbé en la cama con la sensación de que, por fin, me elevaba sobre mi desesperación, muy alto, flotando en una atmósfera en la que ya nada importaba.

Tardé un día en llamar a la calle 116. Como tantos otros hijos pródigos, temía más el regreso al hogar que la muerte.

Mi padre vino a buscarme con su abrigo y aquel sombrero de ala ancha que siempre llevaba en invierno sobre su cabello, ralo y peinado con esmero. Se quedó en la habitación del conducto de ventilación, sin pasear la mirada por el lugar en el que vivía su hija más que cuando no le quedaba más remedio.

Hacía un par de meses que no le veía. Siempre había tenido la cara redonda, como yo, pero ahora me parecía que podía distinguir los huesos bajo la piel, los dientes de un hombre envejecido.

Me envolvió con una manta, aunque yo llevaba el abrigo puesto, y me llevó a su casa en el taxi que esperaba en la calle. Mi madre me acostó en la habitación de la que me había marchado casi tres años antes, aquel cajón rosa de mi infancia. Allí estaba mi globo terráqueo abandonado, brillante, el cajón de mis composiciones, y los ejemplares sin una mota de polvo de *Ivanhoe, Belleza negra* y *El último mohicano*. La nieve caía suavemente en el patio mientras yo me dormía. Cuando me desperté por la mañana, oí que mi madre pasaba la aspiradora bajo el piano, mi antiguo enemigo.

Me quedé allí tres semanas. Me sorprendió muchísimo lo bien que nos llevábamos y lo corteses que nos mostrábamos; como en los viejos tiempos —antes de que comenzara a alejarme de ellos—, cuando nunca levantábamos la voz. Desde que me había ido de casa siempre había temido que, si flaqueaba, aquella infancia que mi madre tan concienzudamente había custodiado me atraparía de nuevo. Temía las preguntas acerca de mi vida que pudieran hacerme.

Durante aquellas semanas sólo parecieron alarmarse en una ocasión, cuando les conté que conocía a Jack Kerouac. Pero ¿no toma estimulantes?, me preguntó mi madre, asustada. No, respondí, eso es en sus libros. No volvieron a preguntarme por él.

Mi auténtica vida era algo que nunca conocerían, igual que yo nunca conocería la suya del todo; aun así, ellos seguían queriendo a la niña que yo había sido. Aquella niña siempre los tendría a su disposición. Se diría que estábamos inexorablemente ligados los unos a los otros; aquél era un vínculo incompleto, imperfecto, nuestro doloroso amor seguiría siendo tan implícito como todas las verdades que nunca sacaríamos a la luz.

Un día me curé y llegó la hora de volver al apartamento. No intentaron

convencerme de que me quedara.

Catorce

En enero Leo Skir tuvo noticias de Elise. Le había escrito desde el hospital Cedars of Lebanon de San Francisco, donde acababan de practicarle un aborto terapéutico. En marzo Elise lo llamó para pedirle dinero. Quería volver a Nueva York. Regresó a la ciudad a mediados de marzo, justo cuando Jack volvía para buscar su casa nueva.

Nunca la había visto así de flaca. Por fin se había cumplido el sueño de su vida: estar delgada. ¿No le encontraba —me preguntó, esperanzada— cierto parecido con Katharine Hepburn? El pelo le llegaba ahora por debajo de los hombros; otra mejora, admitió. Era una Elise totalmente nueva y mejorada. Buscaría un trabajo de inmediato, y un apartamento cerca del mío, y subiría a Washington Heights todos los viernes para cenar. Quizá en otoño le pidiera dinero a su padre para estudiar un postgrado. Quizá. Entretanto, se instaló en casa de Leo Skir, que tenía un nuevo apartamento enorme en el Upper East Side, en una casa de piedra marrón propiedad del escultor Chaim Gross.

No dijo mucho acerca de lo que había pasado en California, se limitó a contarnos cuatro cosas sin entrar en detalles. Estaba «el tío ese» con el que había vivido una temporada, un pintor irlandés y, sobre todo, alcohólico; era el que le había dejado el regalito. Siempre fue «el tío ese», nunca pronunció su nombre. Poco a poco, a retazos, descubrimos la historia del aborto. En California, conseguir que un médico recomendara un aborto terapéutico era dificilísimo, pero no le quedaba otra alternativa, no tenía dinero para pagarse un aborto. Y no iba a llamar a sus padres, ¿no? Así que se lanzó a una peregrinación que la llevó de un doctor a otro. Se sentó en muchas salas de espera. Al final, logró convencer al personal de psiquiatría del hospital Cedars of Lebanon de que estaba al borde del suicidio. «Quizá no hice tanto cuento. Quizá, a aquellas alturas, estaba realmente al límite».

La historia había durado cuatro meses. Y cuatro meses eran demasiados, por supuesto. Era Navidad, además, y todos los médicos se iban a esquiar. «Así que la cosa se complicó, no bastaba con un simple raspado —dijo muy tranquila—. Pero fue bien. La recuperación se alargó, eso fue todo».

A mí no me contó lo peor. Elise todavía me veía como esa hermana pequeña a la que debes proteger del lado más crudo de la vida. En cambio, a Leo le confesó que le habían practicado una histerectomía.

Los libros que leía en el metro cuando venía a verme eran de Apollinaire y Ezra Pound. Había robado la edición de New Directions de los *Cantos* de la librería de la Universidad de Columbia. En casa de Leo dormía hasta bien entrada la mañana y se levantaba mucho después de que él se hubiera ido al trabajo. Cuando volvía por la tarde, solía encontrársela en pijama, leyendo. A Elise esto la avergonzaba, pero se sentía incapaz de ponerse en marcha para hacer todas las cosas que había planeado. Leía las ofertas de empleo en el *Times*, marcaba algunas, y luego tiraba el periódico a la basura. «Leo me agobia igual que mi madre», decía con una risa lúgubre.

En una ocasión le pregunté si había conocido a la chica a la que mataron en North Beach. Lo certero de mi intuición me asustó un poco. Elise y Connie habían sido vecinas en un hotel. El día que murió, Connie llamó a la puerta de Elise para pedirle cigarrillos. «¿Sabes de qué me habló? De lo mucho que le gustaría tener uno de esos vestidos anchos que se habían puesto de moda. Acababa de ver uno por ocho dólares en un escaparate y se lo iba a comprar. Eso era todo lo que quería; aquélla era la idea que tenía de la belleza. Se había reducido a eso, quiero decir. Llevaba ocho dólares encima cuando murió».

Jack regresó a Nueva York en marzo rebosante de energía y buen humor. Ahora que estaba de vuelta en el País de la Gente, parecía que nunca tuviera bastante. Ni sus peleas con Viking por las revisiones de *Los vagabundos del Dharma* consiguieron amargarlo. Las largas veladas del Cedar lo dejaban atontado, dócil como un bebé, y yo, la sobria del grupo, era la encargada de llevármelo a casa, a sus huevos con beicon, intentando acallarle mientras cantaba en el descansillo apoyado en la barandilla. Parecía haber olvidado por completo su intención de ir hasta Long Island para hablar con los agentes inmobiliarios. Tenía muchas otras cosas que hacer. Creía que, por fin, estaba aprendiendo a ser famoso.

Cuando hablaba por teléfono con Mémère le soltaba excusas en francés. Steve Allen, el presentador estrella al que Mémère siempre veía en la tele, el que una vez se sentó con los músicos en el Vanguard, quería que Jack grabara un disco. A Sterling Lord le llovían ofertas de todas las revistas. Jack podría dedicarse a despachar artículos sobre los *beats* durante el resto de su vida, con eso le bastaría para ganar miles de dólares. En otoño iría a Hollywood para conocer a Marlon Brando, al que veía como el Dean Moriarty perfecto para una película de *En el camino*. La fama se había convertido en un billete que le permitiría viajar a donde él quisiera.

Ahora que Jack volvía a llenar mi vida, me di cuenta de que lo que antes me había pesado no había sido el miedo, sino la soledad. Incluso Mike el portero ya no me parecía terrorífico. «¿Qué tal?», le saludaba Jack mientras subíamos las escaleras unidos por el pecado. Pensé en seguir aquel ejemplo de cortesía descarada, pero no logré pasar de dirigirle un saludo mudo de vez en cuando, moviendo un poco la cabeza.

Una noche en el coche de alguien pisamos el acelerador rumbo a Brooklyn; Jack iba a dar una conferencia a un grupo de estudiantes del Brooklyn College. El coche iba absurdamente lleno de gente. Nos acompañaban la vecina bailarina y su esposo, y un par de poetas y músicos a los que acabábamos de conocer, y Elise, y dos o tres personas más a las que no recuerdo. Yo iba delante, sentada en las rodillas de Jack. Íbamos pasándonos un porro de marihuana y riendo. Las ventanillas cerradas habían creado una atmósfera densa y cannábica. En la Segunda Avenida con la calle Houston nos paramos en un semáforo. Al lado se detuvo un coche patrulla; un poli bajó y se

nos acercó. Nadie movió un músculo. ¿Sería aquello el final de todo?: JACK KEROUAC ARRESTADO CON PANDILLA BEATNIK.

Jack tuvo el aplomo de apagar el porro y tragárselo. El conductor bajó la ventanilla con cautela, un poquito nada más. Temíamos que al policía lo atacara una nube de humo de marihuana. «Están conduciendo sin luces», nos reprendió. «Gracias, agente». Subimos la ventanilla y seguimos nuestro camino. Para recobrar la compostura necesaria para su charla, Jack se administró una generosa dosis de Thunderbird.

La «conferencia» la organizaba el Departamento de Inglés. Se presentó una muchedumbre de estudiantes de Literatura Inglesa armados de cuadernos y dispuestos a escuchar una disertación sobre estilos, símbolos e influencias pronunciada, huelga decirlo, con voz ampulosa. Qué equivocados estaban. Yo había asistido a muchas conferencias de ese estilo en Barnard, sobrios actos celebrados en una gran sala que solían concluir con un té para todos los asistentes servido por una estudiante apostada al lado de un samovar dorado. El autor era un dignatario del monte Olimpo de la literatura; no podía ser un lunático zen y desaliñado cuyas respuestas, de tan directas y sencillas, se intuían insultantes. «¿Por qué escribe, señor Kerouac?». «Porque me aburro». Aquélla no parecía la respuesta propia de un «auténtico» escritor que se había atrevido a compararse con Dostoievski. ¿Dostoievski también se aburría? ¿Y Proust? ¿Los estaría timando aquel hombre? «¿Por qué publica lo que escribe?». «Por dinero», respondió Jack con bastante sinceridad.

En la sala empezó a correr el rumor de que Kerouac ganaba una fortuna. El público se dividió rápidamente en dos bandos: los que creían que el hombre del estrado estaba atacando su dignidad personal, y los que se daban cuenta, emocionados, de que Kerouac *era* su libro, la encarnación de *En el camino*. David Aram, un joven músico y compositor al que Jack conocía desde hacía poco, recuerda que una estudiante de cabello rizado le preguntó a Jack si su madre se preocupaba por él, con todos aquellos viajes por el desierto de México. Las filas de ambos bandos —integradas mayoritariamente por jóvenes que todavía no se habían marchado de casa — estallaron en una sonora carcajada.

Un grupo de admiradores secuestró a Jack y al resto de la comitiva y nos llevó a una fiesta en Brooklyn. Un chico se armó de valor y le preguntó a Jack qué se sentía al fumar marihuana. Jack le buscó un porro y se molestó en explicarle a conciencia cómo debía inhalar el humo. Abrumado por aquel curso intensivo, el chico fue tambaleándose al baño y vomitó.

A pesar de lo confiado que Jack se había mostrado aquella primavera, yo tenía la sensación de que nunca aprendería a ser un personaje público. Nunca sería egocéntrico: era demasiado inocente, y no tenía interés alguno por manipular a los

demás. Los que querían a Jack habían entendido, desde el principio, que aquélla era su naturaleza.

De todos los nuevos amigos que hizo Jack —de los cientos de admiradores, seguidores y aduladores que le garabateaban su número de teléfono en los trozos de papel que siempre andaban cayéndosele de los bolsillos—, David Amram fue el que mejor entendió a Jack. Todos le llamaban «Dave el Risueño» por la felicidad que irradiaba. Era inquieto y bondadoso, era un ángel del piano y la trompa que vivía en Greenwich Village; hablaba con el ritmo acelerado y trepidante de los músicos de jazz, con una velocidad que solía marear a sus interlocutores. Sus frases, una ráfaga de disparos, maravillaban a Jack y le recordaban a Neal Cassady. ¿Cómo lo hace?, se preguntaba cabeceando con admiración, abrumado por aquella descarga de palabras. Cuando Jack decidía que alguien le gustaba, la persona en cuestión se convertía al instante en alguien «extraordinario».

Dave el Risueño convenció a Jack de que participara en una velada de poesía y jazz —con Philip Lamantia, un poeta de San Francisco, y Howard Hart, uno de Nueva York— en un teatrito de la calle Bleecker. Ya habían hecho algunas pruebas en diciembre, y Jack se había sentido tan cómodo mientras Amram, al piano, llenaba los silencios que incluso se arrancó a canturrear. Aun así, aquella nueva actuación le producía vértigo.

La primera velada fue bien, pero la tarde del 22 de marzo —la víspera del segundo recital— fue a dar un largo paseo por el Village. De vez en cuando me llamaba desde una cabina para decirme que había decidido rajarse. O que sólo actuaría si sus amigos podían entrar gratis. O me pedía que le pasara a Peter Orlovsky, que acababa de llegar de París y había venido a verme. ¿Y si leía los poemas de Peter?

Peter me había pedido la máquina de escribir porque quería enviarle a Allen una crónica larga y tierna sobre todo lo que estaba pasando en Nueva York. Hacía horas que andaba en ello, ayudándose de un solo dedo. Elise también se había dejado caer por casa. Nos preparó sándwiches de cebolla para comer. Cuando Peter le preguntó si quería decirle algo a Allen, hizo un ademán negativo con la cabeza y dijo: «Sólo hola». Pero yo escribí: «Allen: Nueva York está llena de nieve y poetas, chicas que bailan, Elise, etc. Vuelve pronto a Nueva York. Todos te echan de menos».

Cuando Jack volvió de su paseo con una garrafa de vino, ya había decidido que, pasara lo que pasara, no decepcionaría a Dave Amram. Se sentó un rato a la máquina de escribir mientras Peter le dictaba entusiasmado: «Jack leerá sus poemas esta noche con Lamantia y Hart de muy buena gana y de su pecho saldrán palomas y les pedirá a todos que en lugar de aplaudir se cojan de la mano…».

Dave el Risueño me gustaba tanto que me encantó comprobar que Elise se escabullía con él después del recital. Ojalá se enamoraran. Elise terminó varias noches seguidas en su casa, pero al cabo de una semana, más o menos, todo había terminado. Ninguno de los dos se lo tomó mal.

Otro de los personajes «extraordinarios» que Jack descubrió aquella primavera fue un fotógrafo suizo llamado Robert Frank. Un día que acompañé a Jack a Viking Press conocí a Robert. Estaba sentada en la sala de espera mientras Jack hablaba en el despacho con Keith Jennison y Malcolm Cowley, y Robert Frank entró con un par de cajas en las que había metido parte de su obra. Había pasado varios años viajando por el país, haciendo fotografías para un libro que quería titular *The Americans*. Confiaba en convencer a Jack de que le escribiera la introducción. Me preguntó si quería echarles un vistazo a las fotos. La primera que vi era de una carretera en algún lugar del Oeste: asfalto brillante a la luz de unos faros y en el medio una raya blanca que se perdía en la oscuridad. ¡El camino de Jack!, pensé de inmediato.

A Jack le encantaba el humor europeo de Frank, adusto y pesimista. Le hizo muchas preguntas acerca de su trabajo, maravillado por su talento para fundirse con el entorno, para volverse casi invisible mientras esperaba la imagen que capturaría con su Leica. Robert era un gran fotógrafo porque sabía cómo transformarse en sombra, me dijo Jack.

Nos convertimos en visitas frecuentes del *loft* de la esquina de la calle Nueve con la calle Bowery en el que Robert vivía con su mujer, Mary, y sus dos hijos pequeños, un niño y una niña. Mary no era mucho mayor que yo. Se había casado con Robert después de graduarse de la Escuela Superior de Música y Arte. Era escultora, y estaba trabajando en una pieza de madera inmensa que esperaba en un rincón del estudio. Había algo heroico en Mary. Me recordaba a las mujeres de la época clásica de Picasso. A veces, cuando Robert nos invitaba a cenar, parecía ausente, casi huraña. Había estado trabajando en su pieza, pero los niños habían empezado a hacer de las suyas, se habían puesto insoportables, y luego ya era hora de preparar la verdura. ¿Cómo iba a trabajar en esas condiciones? Lo que necesitaba era un espacio para ella sola. Se recogía el pelo largo y castaño en un moño y llevaba fuentes enormes y suculentas a la mesa redonda de roble en la que Jack y Robert hablaban de futuras colaboraciones. Quizá cuando Allen regresara de Europa Robert podría rodar una película con Jack, Peter, Gregory Corso y Allen. «¿Qué te parece, Mary?», le preguntaba Jack. «Claro, hacedlo». Y luego volvía a los fogones, sofocada e iracunda, posando la mirada en el bloque de roble a medio cincelar que esperaba en una esquina al lado de la ventana.

Entonces solía llegar más gente que se sentaba a la mesa redonda. Algunos estaban invitados; otros no. Un par de amigos de Frank venían todas las noches, o eso me parecía. Corría el vino, sonaba el tocadiscos y la velada se transformaba en una fiesta improvisada. Para que los invitados se animaran a bailar, Mary corría al dormitorio y se ponía uno de aquellos maravillosos vestidos de los años veinte que coleccionaba. Y la escultora, madre y ama de casa aparecía ante nosotros transformada en una criatura de la noche cubierta de lentejuelas. Pasado el enfado, Mary era la más animada del grupo; sacaba a Jack a bailar un tango y él lo bailaba

como si entre los brazos llevara una pelota de fútbol, y los dos niños bailaban alrededor de la pareja como locos con los ojos brillantes de cansancio, gitanillos encantadores que deberían haberse acostado hacía horas. Si alguna vez tengo hijos, pensaba entonces, querría que fueran así de asilvestrados. Y a veces también me entraban ganas de ser más extravagante, de dejarme llevar. Pero el rasgo de Mary que más sobresaliente me parecía era que se mostraba tan orgullosa de su trabajo como un hombre. Para ella —en teoría, al menos—, su trabajo siempre era lo primero, aunque las otras facetas de su vida la apartaran constantemente de su objetivo.

Recuerdo que aquella primavera me embargó una sensación que siempre reencuentro en los momentos más felices de mi vida: la sensación de pertenecer a una familia infinita. Lo único que había que hacer era ir descubriendo a cada uno de sus miembros. Durante un tiempo, diría que Jack sintió lo mismo, y con mucha intensidad. Ya no se escondía como en enero. Incluso me di el gusto de confiar en que, aunque encontrara una casa en la que instalarse con su madre, no se quedaría allí mucho tiempo. Cuando él no estuviera en la ciudad, aprovecharía para emplearme a fondo en mi novela. No sé por qué, pero cuando Jack estaba conmigo yo no era capaz de escribir nada. Mis ganas de estar con él siempre se imponían a mis ganas de sentarme a la máquina de escribir. Me preguntaba si eso cambiaría cuando viviéramos más tiempo juntos. ¿Sería Jack el tipo de persona al que puedes terminar acostumbrándote?

Hace poco, en un ejemplar de Zen *Flesh, Zen Bones* que hacía años que no abría, mi hijo encontró un papel verde. Era un trozo de sobre de hojas de papel cebolla Eagle-A. En el reverso Jack había anotado parte de una conversación que debimos de mantener uno de esos días de primavera de 1958.

> Me contaron que W. C. Handy acababa de morirse
> —Yo dije «Nunca nació»
> —«¡Cómo eres!», dijo ella.
>
> «La esencia pasó como algo llamado W. C. Handy», pensé, «pero como la esencia ni va ni viene, W. C. Handy debió de estar ahí desde el principio». Menuda losa en la mente.
>
> «No me lo creo. No veo ningún Dharma», dijo ella.

—¿Quién escribió esto? —me preguntó mi hijo.
—Jack Kerouac.
—Tendrá mucho valor, mamá.
—Probablemente —le dije mientras contemplaba ese fragmento del pasado que

tan inesperadamente había recuperado. Tenía la sensación de que aquella conversación acababa de tener lugar. En aquel trozo de papel estaba nuestro dichoso caballo de batalla; pero él lo había reflejado con humor muy tierno; había logrado componer un acorde de notas disonantes que, sin embargo, resultaba grato al oído. Volví a sentir aquella extraña paz a la que siempre he llamado «familia».

Una noche de abril de 1958 Jack salió de copas con Gregory Corso. Los dos antiguos subterráneos se entregaron a un *tour* por el Village y visitaron los escenarios de sus años más anónimos. Todos parecían conocer a Jack Kerouac; desde estudiantes de instituto a *hipsters* de mejillas hundidas que, enganchadísimos y demacrados, abandonaban sus umbrales y se materializaban para pedirles un préstamo. Hacia la una de la noche terminaron en el bar que quedaba delante del San Remo, el Kettle of Fish, frecuentado en aquella época por una clientela de bebedores duros y peleones que se ganaban la vida trabajando en mudanzas. En el bar estalló una pelea. Un desconocido insistía en que Jack Kerouac le había insultado. Ni Jack ni Gregory se acordaban de qué le habían hecho.

Cuando salieron a la calle se vieron rodeados por aquel tipo y sus amigos. El desconocido tumbó a Jack en la acera y empezó a golpearle la cabeza contra el bordillo mientras Gregory le observaba aturdido y horrorizado gritando: «¡Para! ¡Para!».

Llamaron al timbre de casa y me desperté. Cuando abrí la puerta vi a Jack agarrado al hombro de Gregory. Se tenía en pie a duras penas. Tenía la cara ensangrentada.

Gregory no callaba, alteradísimo: aquello era lo peor que había visto en su vida. Jack parecía tan aturdido que temí que sufriera una conmoción cerebral.

—Tenemos que llevarlo al hospital —le dije a Gregory mientras corría a buscar el abrigo. Jack no paraba de repetir que no quería ir.

—Dejadme solo —mascullaba entre gemidos. No le diría a nadie del hospital cómo se llamaba. Nadie debía enterarse de quién era, insistía. Mojé una toalla para limpiarle la sangre de la cara—. ¡El hospital no!

—¡Tienes que ir! —le suplicaba tirándole de los brazos, casi llorando.

Le pedí a Gregory que me ayudara, lo bajamos a la calle y caminamos cuatro manzanas hasta el hospital Beth Israel con Jack a cuestas.

—¡Cauterizad mis heridas! —gritaba como un loco en el vestíbulo de mármol vacío—. ¡Cauterizad mis heridas!

En urgencias lo registré con el nombre de Jack Glassman. Según los médicos, Jack no sufría una conmoción cerebral, sólo tenía cortes y moratones. No le quedarían secuelas. Pasadas unas horas, con una gasa blanca sujeta con esparadrapo en la frente, Jack y yo salimos con paso inseguro a la fría luz del amanecer.

Al día siguiente me dijo que tenía que salir de Nueva York lo antes posible. Nunca había pensado en quedarse mucho tiempo, de todos modos.

Él recordaba de aquella noche incluso menos cosas que Gregory. Hasta la visita al hospital le parecía un sueño. ¿De verdad había pedido que lo cauterizaran? ¿De dónde habría sacado aquella idea? Se miró en el espejo y vio, horrorizado, que tenía la cara hinchada. Quizá pensara en la pesadilla que tuvo la noche antes de que saliera *En el camino*: vendado, había huido de las fuerzas oscuras que querían capturarlo en

el Victory Theatre.

Durante varios días se quejó de que a los médicos se les había escapado una herida que tenía dentro de la cabeza, y también de un dolor en la muñeca derecha que le impedía usar la mano con normalidad. Y en cierto modo, yo también le había fallado: como Mémère había predicho, había terminado lastimándose.

Justo antes de volver a Florida, Jack le pidió a Robert Frank que nos llevara en coche hasta Northport. Había decidido comprarse la casa aquel mismo día. A Robert el plan le pareció precipitado. Me miró escéptico. Pero ni él ni yo íbamos a lograr que Jack cambiara de opinión. Sólo volvería a sentirse a salvo en un hogar bajo las riendas de su madre. Cada kilómetro que se perdía bajo las ruedas del coche de Robert me confirmaba que en Northport Jack estaría más lejos de mí de lo que yo hubiera imaginado jamás.

Estaba sola en el asiento trasero. Delante, Jack y Robert hablaban de la película que rodarían juntos en otoño. Al menos Jack tendría que bajar a la ciudad para trabajar en el proyecto. Robert también le llevaría a una tienda de la calle Delancey para que se comprara un escritorio tan grande como el suyo. La casa de Jack estaría llena de todas las cosas que él siempre había querido: inmensas butacas antiguas de madera y muebles de roble, e incluso un piano, quizá, con el que aprendería a tocar jazz. Estaría tan a gusto en Northport con Mémère en la cocina preparando el rosbif para la cena… Tendría muy pocos motivos para salir de casa.

Era un día de primavera de luz cegadora. Los árboles parecían haber florecido de la noche a la mañana. Northport estaba envuelto en una bruma verdosa. En la bahía faenaban los marisqueros; estaban de pie en botes planos que se mecían sobre el agua azul. Robert avanzó despacio por la calle principal hasta que localizamos una agencia inmobiliaria. Antes de entrar, Jack se puso una gorra de béisbol que se había comprado esa mañana y se la ajustó sobre la frente.

Detrás de la mesa estaba sentada una mujer teñida de pelirrojo y cargada de bisutería. Se quedó mirando fijamente la gorra de Jack y mis medias negras, las sandalias de Robert y su halo áspero y alborotado de pelo castaño, y luego se presentó: Mona. Cuando Mona oyó el nombre de Jack, reaccionó con un arqueo de cejas indescriptible. Ahora parecía infinitamente más animada. Había oído hablar muchísimo de él, por supuesto. No había leído ninguno de sus libros, pero podíamos estar seguros de que los sacaría de la biblioteca. Y antes de que pudiéramos darnos cuenta, ya lo llamaba Jack y le describía Northport como si fuera el París de la bahía de Long Island. Un famoso actor retirado vivía en la zona, y alguien que escribía para el *Reader's Digest* también. Incluso tenían un escultor, un hombre muy especial que trabajaba con metal soldado. Sería todo un placer presentárselos.

Jack dijo que quería estar muy tranquilo.

Aquello decepcionó a Mona, pero en cuestión de segundos Northport ya se había

transformado en el lugar más tranquilo del mundo, una cripta en la que un escritor en busca de la soledad podría enterrarse. ¡Un momento! Ahora que sabía lo que él buscaba, acababa de acordarse de que tenía la casa perfecta, una casa «antigua» con una buhardilla que resultaría ideal como estudio. Victoriosa, nos enseñó una foto de una casa de madera con un pequeño porche y un tejado a dos aguas.

Jack se emocionó y llamó a Robert. Aquella casa se parecía a las de Lowell. Mona cerró la agencia y nos llevó en coche hasta ella.

El instituto de Northport quedaba a la vuelta de la esquina, y las canchas se extendían hasta lo que sería el jardín trasero de Jack. En septiembre ya podría sentarse en su estudio de la buhardilla para ver cómo se entrenaba el equipo de fútbol de Northport.

Se me encogió el corazón. Yo sabía que, como Mona había dicho, la casa era perfecta.

Allí todavía vivía la familia que se mudaba; un traslado al Medio Oeste por negocios. Jack, que ya había comenzado a fantasear acerca de su vida en aquel lugar, seguía a Mona con desinterés, escaleras arriba y escaleras abajo, mientras ella nos enseñaba la casa parloteando sin cesar —la cocina se podía reformar—, decidida a descubrir si yo era la prometida de Jack. «Es ideal para los niños», añadió finalmente dirigiéndome una sonrisa astuta y equivocada.

«Me la quedo», le dijo Jack en el coche. No quiso ver más casas.

Mona nos aseguró que aquélla había sido la venta más rápida de su carrera.

A la mañana siguiente Jack cogió el avión para volver con Mémère; así podrían comenzar a hacer las maletas enseguida. Los trenes le parecían demasiado lentos, demasiada gente se ponía a hablar con él. A partir de entonces, decidió Jack, sólo viajaría en avión.

Aquel verano Elise cogió sus dos maletas, dejó el apartamento de Leo Skir y se mudó al mío. Por fin éramos compañeras de piso. Ahora que guardábamos las formas y lavábamos la gastada ropa interior en el fregadero de la cocina mientras Lady Day nos cantaba «I Cover the Waterfront» desde el tocadiscos, éramos, por fin, como las chicas que salían en el *New Yorker*.

Mi compañera de piso se ganaba la vida posando de modelo en la Art Students League; desconocidos armados de carboncillos observaban sus pechos rotundos y la cicatriz de su vientre. Yo mecanografiaba las cartas que me dictaba un jefe con una amante casada y desesperada que le llamaba por teléfono haciéndose pasar por la señora Brown o la señora Green; cada mes, él mandaba dinero a Bolivia: la cuota de una colonia clandestina del país a la que pensaba retirarse si se producía un holocausto nuclear. Mi compañera de piso y yo los imaginábamos a los dos en una novela de William Burroughs, juntos por fin en Bolivia.

Por la noche, florecíamos y salíamos. O recibíamos en casa a Leo Skir, a Howard Shulman el loco, a Peter Orlovsky y a conocidos del Cedar de cualquier tipo y condición que nos acompañaban a casa. Descubrí que las dos de la madrugada era la mejor hora para escribir mi novela si me tomaba uno de los dexamiles de Elise. En el East Side todo el mundo tomaba dexis. Una receta bastaba para media docena de personas.

Le dimos dexamil a Jack cuando vino a Nueva York desde su nueva casa, pero se diría que nada lograba acelerar el ritmo de *Memory Babe*. Nos dijo que ahora que tenía la forma, ya había perdido interés. Las navidades en Lowell, 1933. Todo le quedaba muy lejos, no podía recordar los detalles de la Visión Dorada del Pesebre de Ti-Jean.

Jack, sin embargo, siempre se había acordado de todo.

Fui a verlo a Northport una vez, pero en la estación me equivoqué de autobús y acabé en el jardín de un psiquiátrico en el que hombres que llevaban zapatos sin cordones vagaban por el césped arrastrando los pies. No me había repuesto de la impresión cuando llegué a la casa de Jack. Mémère me recibió en la puerta con su delantal floreado y me preguntó a qué hora salía el tren de vuelta a Nueva York. No podía pasar la noche ahí, me explicó Jack, porque bajo aquel techo sólo podían dormir juntos los matrimonios, y nosotros no estábamos casados. Vi su estudio, su vieja mesa de oficina, sus cuadernos de sueños, el rollo de *Memory Babe* en la máquina de escribir. Lo había interrumpido. Un grupo de adolescentes llegó a la casa y nos llevó en su descapotable a la casa de la playa de alguien. Jack se emborrachó mientras una chica de diecisiete años que estaba enamorada de él me contaba que Jack era la persona más triste que había conocido en toda su vida. Para cuando nos acompañaron a casa de Mémère, Jack ya estaba fuera de juego. Se quedó dormido en la mesa, con la cabeza apoyada al lado del plato de rosbif con puré de patata, zanahoria rehogada, cebolla y un bollito de pan. «Bebe demasiado, bebe demasiado. No hago más que decírselo. No sé qué voy a hacer», se quejaba Mémère, enfadada.

Me cogió por sorpresa con una especie de halago: «Jackie dice que lo cuidaste muy bien».

«Joyce, por favor, no vuelvas a venir», me escribió Jack unos días más tarde. No quería alterar las «tiernas costumbres» de una anciana. Nunca llegué a descubrir lo que Mémère pensó de mí. Sólo sé que, cuando la ayudé a lavar los platos, le molestó que gastara tanta agua caliente. Aquella prodigalidad la había escandalizado. Eso, y que yo fuera judía.

Elise solía decirme que, para olvidarme completamente de Jack, tendría que tocar fondo. Y que aunque no volviéramos a estar juntos, al cabo de unos años volvería la vista atrás y me alegraría de haberlo conocido. De todos modos, yo siempre iba a ingeniármelas para que me pasaran cosas. «Así que no estés demasiado triste, Glassmangirl». A veces, muy a su pesar, ella se reconocía «curada»; no de su amor por Allen, sino del deseo que sentía por él. Mirándose en el espejo el día de su vigésimo quinto cumpleaños, dijo: «Quién sabe cómo llevaré el pelo a los treinta».

Cerca de Columbia, Howard Shulman conoció a un alumno de Lionel Trilling. Siempre nos decía que estaba seguro de que iba a gustarnos, y un día se presentó en el apartamento con un chico rubio, delgado y de aire impaciente con una pelusilla por bigote. Keith Gibbs era de Berkeley, California; su voz tenía el acento dulce y melodioso del Oeste. Forcejeaba con sus poesías, decidido a desaprender lo que había aprendido en Columbia, como Jack y Allen. A finales de verano, nos contó, él y Howard Shulman viajarían a California en el viejo coche de Howard. Elise, de quien había oído tantas historias, pareció intimidarle muchísimo; Keith incluso se rió de lo mudo que se quedaba cuando ella le hablaba. Para ganársela, le contó sus aventuras haciendo autoestop, y cosas así; no eran más que cosas de chico.

Los cuatro nos fuimos a pasear por el Lower East Side para enseñarle a Keith partes de la ciudad que nunca había visto. Mientras bajábamos por la calle Trece este antes de que amaneciera, oímos los cánticos que salían de una iglesia pentecostal puertorriqueña que se había instalado en una sinagoga abandonada. Keith dijo que teníamos que entrar. Tres mujeres vestidas de negro y un anciano estaban cantando, llorando, exhortando a Dios en español acompañados de una pandereta. Mientras escuchábamos sentados en sillas rotas, a todos, ateos avergonzados, nos asaltó la tristeza. Keith le dio la mano a Elise. Cuando salimos de la iglesia vimos que el cielo, ahora de un tono gris plata, parecía manchado. «El cielo está aborregado», dijo Keith. Me encantó aquella palabra. Me retiré a un lado con Elise y susurré: «Haz que pase algo». Ya era hora de que alguna de las dos fuera feliz.

Aquella noche Keith subió al apartamento con Elise. Hizo autoestop hasta Carolina del Norte y le escribió cuatro cartas muy largas, pero sólo le envió una. «Cómo empezar, empezar». Volvía a experimentar problemas con las palabras. «Me pregunto qué significará mi amor para ti; no qué podría significar…». Cuando volvió

a Nueva York se instaló en nuestro piso durante una temporada. A finales de agosto se marcharía con Howard a California. Y de la noche a la mañana, Elise decidió que iría con ellos.

Una semana más tarde, Allen Ginsberg volvió de París.

Recibí muchas postales de aquel viaje. En Rutherford, Pensilvania, había «camiones de color pastel y puestas de sol verdes», y «un urinario con el rótulo escrito en alemán de Pensilvania». Llegaron a Sandusky, Ohio, después de cruzar los montes Allegheny, donde alguien dijo: «Tienen más de un millón de años, pero puedo sentir cómo empujan hacia arriba», y en Cleveland encontraron «un bar de negros genial donde Howard bailó con una tía que se lo estaba pasando en grande y que le metió mano en el paquete» en el que bebieron vino que sabía a «Thunderbird yiddish… Estoy tan bien y en plan ¡sí!, ¡sí!, ¡sí! Las casas de Cleveland son trampas para jóvenes y corrales de engorde. La luna me ha cambiado. Casi lo lamento».

«Como un bólido por Colorado», decía la última, una postal del paso de Rabbit Ears, U. S. 40, alt. 2950 m.

Jack y yo nunca volvimos a estar juntos. Aquel otoño nos separamos para siempre en una esquina.

Ya eran demasiadas separaciones, demasiadas noches caóticas y empapadas en alcohol, y, siempre, aquella desconcertante distancia suya en la que se mezclaban la protección paternal y el rechazo: «Tú haz lo que quieras». Yo necesitaba a alguien que tuviera deseos propios.

Estábamos en un restaurante. En la mesa que compartíamos con un montón de pintores había otra mujer, otra de las morenas de Jack, mayor que yo. Ya habían caído demasiadas botellas de vino cuando vi que los dos andaban muy ocupados descubriendo, sin recato alguno, que eran almas gemelas. Llegué al límite, al punto de «esto no cambiará nunca»: lo que había estado soportando hasta entonces se me apareció, de repente, insoportable.

Le pedí a Jack que saliera a la calle conmigo. Con un nudo de dolor en la garganta, me esforcé por dar con las palabras que más le dolieran.

—¡No eres más que un fanfarrón!

—¡El amor no correspondido es una pesadez!

Furiosos, nos miramos fijamente, entre llorosos y divertidos. Eché a correr, esperando que me siguiera. Pero no lo hizo.

Una noche, pasados unos meses, volví a verlo mientras iba de camino a casa acompañada por otro hombre. Lo vi al otro lado de la Segunda Avenida con Allen y Peter y la mujer a la que había conocido en el restaurante. Nevaba mucho. Iban todos cogidos de la mano y avanzaban tambaleándose contra el viento cual friso de chamanes danzantes. Miré furtivamente a su rostro iluminado por el neón rojo del escaparate de Rappaport's —tan lejano ahora— mientras la nieve se interponía entre los dos y el tráfico chirriaba calle abajo.

Acababa de terminarse el año. Era el primer día de 1959.

Quince

10 de abril de 1959

Querida Joyce:

Estos primeros días de primavera en Berkeley nos están volviendo locos a todos. Niebla matutina más densa que el humo y luego azul y verde y pétalos de colores todo el día. Hay un parque cerca de donde trabajo y me paso la hora de la comida tumbada, haciendo el vago con las hormigas.

Howard vive con nosotros. El día que escribió un poema largo sobre la debacle de la civilización hubo dos terremotos. Keith se ha convertido en una fiera de los diccionarios: pasa días sin dormir y asalta al primero que pasa con sus teorías y sus frases y, al final, con una sonrisa traviesa, deja que el sueño le venza. Nos parece que Sam el gato del espacio lo ha hecho por primera vez. ¿Quién dijo que el clima y los colores del Mediterráneo no estuvieron detrás de su civilización?

¿Qué haces últimamente?

Keith ha recibido parte de su herencia, y en cuanto estén listos los papeles empezamos a buscar furgoneta. Keith se buscará un trabajo y a mediados de julio, más o menos, nos largamos a México. Me muero de ganas de que llegue el verano. Mexicali Rooose te quierooo / si empieza a despejar / saldré a pasear / de vuelta al camino… Oh, mi niña, mi niña / ¿dónde dormiste anoche? Dios, qué ganas de ponerme en marcha.

¿Algún plan especial para el verano? ¿Quieres ir a México en furgoneta? El jefe está subiendo las escaleras. Le birlo un sello y corto.

Besos para ti y para Nueva York

Elise

*

Una noche de febrero de 1962 mi madre me llamó. «Tu amiga se ha suicidado —dijo —. Ha salido en el periódico».

Salí corriendo a comprar el *New York World-Telegram*. No era más que un breve: MUJER DE 28 AÑOS MUERTA.

Elise se había tirado por la ventana del salón de sus padres en Washington Heights. Acababa de salir del hospital psiquiátrico de Hillside, y sus padres pensaban llevársela a Miami.

Estuve un buen rato con la vista fija en la palabra MUJER. ¿Habíamos crecido? ¿Nos habíamos convertido en mujeres?

Nunca hizo aquel viaje a México con Keith que había planeado tres años antes. Allen pasó por Berkeley en primavera y fue a verla. Poco después, ella volvió a Nueva York. Allen vivía con Peter Orlovsky en un apartamento de la calle Dos este

—una colmena de diminutas habitaciones— en el que siempre había algún desconocido durmiendo y el teléfono no paraba de sonar. Le buscó a Elise un apartamento en el mismo edificio.

Cuando Allen terminó *Kaddish*, el extenso poema sobre su madre Naomi, Elise pasó a máquina el manuscrito. «¿Todavía no lo has superado?», le preguntó. Pregunta que Allen registró en su diario.

En otra entrada (6 de diciembre de 1960) escribió:

Acabo de levantarme y más sublime que un
poema es Elise de pie
al alba en mitad de la habitación de
negro ciega de mescalina

Tres meses y medio más tarde (23 de marzo de 1961), Allen y Peter se embarcaron rumbo a Europa en el vapor *América*.

En el muelle, Elise mira por encima de las gafas,
Janine pálida rubia de chaqueta negra ondeando
la bufanda y Lafcadio con media sonrisa, agitando
un sombrero de paja ambiguamente —Peter en
cubierta se guarda el corazón en la mano y lleva
una gorra rusa— y cuando yo grito sus nombres
los veo, alejándose con sus calaveras.

«¿Yo? ¿Reproducirme? ¡Nunca!», escribió Allen en su habitación de hotel en París. «El sufrimiento de la existencia es un fracaso absoluto».

Empecé a perderle la pista a Elise después de que Allen se marchara. Entró en una espiral descendente, atrapada en los negros torbellinos del East Village, experimentando con drogas que expandían la conciencia hasta desgajarla. Se esfumó de la calle 107 este para vagar de un apartamento oscuro e infecto a otro con todas sus pertenencias metidas en una bolsa de plástico.

La metedrina la marchitó. Una vez llamó a mi puerta a medianoche para pedirme la máquina de escribir; en la barbilla le habían crecido tres pelos largos de vieja. Unas semanas más tarde se la llevaron de su apartamento y la internaron en el hospital de Bellevue.

Dentro de un armario, en el suelo, se dejó unos cuadernos. Leo Skir se los llevó. Contenían las poesías que Elise nunca le había enseñado a nadie.

Sola
llorando

me desperté llorando
sola
en un parque negro por lecho

Había una que quizá fuera la última que escribió; contenía mensajes dirigidos a mí y a los demás, los perplejos espectadores que creímos conocerla.

Sin amor
Sin compasión
Sin inteligencia
Sin belleza
Sin humildad
Veintisiete años bastan

Madre: demasiado tarde —años de mezquindad—
[lo siento
Papi: ¿qué pasó?
Allen: lo siento
Peter: Sagrada juventud rosa
Betty: qué audacia femenina
Keith: gracias
Joyce: tan niña preciosa
Howard: Cuídate cariño
Leo: Abre las ventanas y shalom
Carlo: deja que pase

Dejadme salir ahora por favor;
Por favor dejadme entrar

Sus poemas circularon durante una temporada. El suicidio hizo de Elise un mito efímero. Cuando viajaba con Peter por Nairobi, Allen la incluyó en la lista de sus muertos:

Nos echaron del banquete de bodas de Mboya por no llevar corbata y chaqueta
en el maravilloso calor de Nairobi: noches frescas cerca del cine a la vuelta de la esquina del restaurante indio
caminamos por una gran plaza, fuimos al médico por los microbios o el estudio de la logística, o la Paranoia Cósmica
los inhumanos hablando al Micrófono Conciencia
¿Se llevaron a Elise? Está donde están los muertos que se terminaron en las piras funerarias de los ghats[20]

o padecieron la «brutalidad china» en el Himalaya.

Dos años más tarde Allen echó mano de sus contactos para que el *City Lights Journal* publicara algunos de los poemas de Elise. La pequeña fotografía que los acompañaba era la de aquel pasaporte que nunca utilizó. Allen escribió un breve texto acerca de ella con la ayuda de Lucien Carr. De un verso a otro, indistinguibles, sus voces se van alternando:

> ¿Cuántos años tenía la buena de Elipse cuando se
> largó alegremente? Lástima que, en su lugar, no
> se largara gente que no me gustaba. Siento por
> Elipse más lealtad que amor.
>
> Los poemas, son raros. Pero tienen esa rareza
> especial que nace de las personas directas y hones-
> tas (si es que la honestidad existe). Y la belleza
> de los versos que ella podía ver y yo podía
> ver pero que ninguno de los dos supo ver en ella…
>
> No sé si fue Lucien o Allen quien escribió: «Tie-
> ne esa soledad vigilante». Me gustaría creer que fue
> Allen.

*

Algunos de nosotros desafiamos a la muerte y nos reprodujimos. ¡A la porra los hongos nucleares del día del Juicio Final! Precipitadamente, quizá, poblamos el incierto futuro con nuestros bebés.

Kellie Elizabeth Jones nació una mañana de mayo de 1959. Cuando Hettie se puso de parto LeRoi estaba fuera de la ciudad, en un recital de poesía, y nadie sabía si llegaría a tiempo. Un montón de poetas del Black Mountain y yo la llevamos al hospital. Los camilleros la sentaron en una silla de ruedas de hierro y se la llevaron mientras nosotros nos quedábamos fumando un cigarrillo tras otro en el pasillo de linóleo verde, impacientes.

«¡Adiós!», nos saludaba con la mano, sonriendo con una serenidad pasmosa. «Hasta luego…». Nos mandó un beso mientras se alejaba, sola, a dar a luz al hijo de Roi.

*

Mi padre murió cuando yo tenía veinticuatro años —una operación de úlcera con complicaciones—, antes de poder tomarse las espléndidas vacaciones que durante tantos años había estado planeando con mi madre.

Mientras le cogía la mano sentada en su cama, me dijo que era preciosa. Murmuró algo más, y tuve que bajar la cabeza para oírle.

—Tendríamos que haber ido a Europa.

*

A los veintiséis años publiqué mi novela.

Vi París a los veintiocho, después de que James Johnson, mi primer marido, muriera en un accidente de moto en la calle Grand.

Siempre le habían gustado las motos. Juntos nos montábamos en su Harley de segunda mano y llegábamos a Cape Cod, y rodábamos por las carreteras hasta Montauk. Rodeaba su cintura con los brazos y le clavaba las rodillas en la cadera; y me enseñó a imitar los movimientos de su cuerpo para balancearme en las curvas, y a no tener miedo cuando nos internábamos en el «callejón de la muerte» al pasar entre dos coches que avanzaban más despacio que nosotros, muy atentos a la arena o a las manchas de aceite que podían matarte si las pisabas demasiado deprisa. En moto juntos, teníamos la ilusión de ser invulnerables. Fue el verano más feliz de mi vida.

A veces la Harley nos llevaba a Northport. Para aquel entonces Jack y Mémère ya se habían mudado a una casa en Hyannisport, pero en Northport todavía quedaba quien le recordaba. Mi marido quería saberlo todo de mi pasado, tenía que contarle hasta las cosas más dolorosas. Parecía entender mejor que yo por qué había querido a Jack, qué anduve buscando. ¿Ya lo había encontrado, verdad? Y le decía que sí, que por fin lo tenía.

Mi marido había estado en Anzio, en un dragaminas que soportó dos meses y medio de bombardeos continuos. A la vida y a la muerte, me dijo, no las separaba más que el grosor de un cabello. Yo no soportaba que me hablara de esas cosas.

Cuando murió, le creí.

*

Un museo del cine repone *Pull My Daisy*, la película que Jack hizo con Robert Frank. Con algo de miedo, voy a verla por primera vez en veinte años. Sus imágenes son memoria solidificada. Ahí están Allen, Peter y Gregory, bromistas benévolos; todos jóvenes hermosos. Una luz que me resulta familiar, tiznada de hollín, entra por las ventanas del *loft*. Dave Amram toca la trompa. Y Jack, el narrador invisible, se convierte de repente en todo el mundo, con una lucidez perfecta, tierna, absurda. Lástima que las mujeres no aparezcan más que como aguafiestas.

¿Podría recordar la voz de Jack? Intenté compararla con la que oí por última vez al teléfono en 1964, cuando él me llamó de improviso, terriblemente solo y borracho, desde algún lugar. «Nunca quisiste más que un poco de sopa de guisantes». Lo cual no era cierto, por supuesto. Pero, cuando colgó, yo lloré.

—¿De qué iba todo esto? —me pregunta mi acompañante mientras los créditos aparecen en pantalla.

—Del derecho a seguir siendo un niño, creo.

*

Nunca terminé de encajar en los años sesenta. A pesar de todos sus fuegos de artificio, me parecieron decepcionantes, como si un desenlace prometedor hubiera quedado truncado. Ante mis ojos, los *hippies* reemplazaron a los *beatniks*; los sociólogos, a los poetas; los lienzos desnudos, a los Klines. Desanimada, contemplé la emergencia del «estilo de vida». La antigua intensidad se disolvió en el «Haz lo que te toca», consigna que evocaba una libertad en la que no quedaba rastro de las luchas pasadas. El éxtasis ya era químico, para olvidar bastaba con una receta del médico. La revolución estaba en el aire, pero nunca triunfó; y si hubiera triunfado, Jack no habría tenido cabida en sus ortodoxias.

Cada vez más lejos de los focos, se retiró a los bastidores polvorientos, a la salida de artistas; se internó en un túnel que, reculando varias décadas, lo devolvió al Lowell de su primera visión. Y como le pareció provinciano y desprovisto de su antiguo encanto, Jack hizo un esfuerzo desesperado por hacer suyos sus prejuicios y sus enconadas sospechas. Ya lo había escrito el doctor William Carlos Williams: los puros productos de América acaban volviéndose locos.

¿Habré cometido la insensatez de aferrarme a aquellos años en los que, por primera vez, se abrieron las puertas de un mundo que yo nunca conseguí explorar tan a fondo como deseaba?

Veo a una joven Joyce Glassman de veintidós años y el cabello suelto sobre los hombros, toda de negro como Masha en *La gaviota* —medias negras, falda negra, jersey negro—; a diferencia de Masha, sin embargo, no lleva luto por su vida. ¿Cómo va a llevar luto, si está sentada justo en el centro del universo, en el lugar nocturno donde todo confluye, en el único lugar vivo de Estados Unidos? Como mujer, no participa del todo, aunque esto ella no lo sabe; está sentada, emocionada, mientras las voces de los hombres —siempre los hombres— se elevan y se apagan con pasión y sus jarras de cerveza entrechocan y el humo de sus cigarrillos sube hacia el techo y la cultura muerta, sin duda, se despierta. Con estar ahí, se dice ella, basta.

Me niego a renunciar a sus esperanzas.

Y sólo quiero romper con su silencio; y con el silencio de Elise

Bajo la triste cebolla

sueños ciegos en una habitación azul

que, póstumamente, da fe de las lecciones que aprendió en libros de Pound robados, y con los poemas que Hettie amordazó en cajas durante demasiados años…

*

Soy una mujer de cuarenta y siete años aquejada de una permanente sensación de transitoriedad. Si el tiempo fuera un fragmento musical, uno podría tocarlo tantas veces como hiciera falta hasta que sonara bien.

Para la traducción de algunas citas incluidas en el presente volumen se han tomado versiones en castellano ya disponibles

Eliot, T. S., *Cuatro cuartetos*, trad. de Esteban Pujáis Gesali, Madrid, Cátedra, 2006.

—,*Prufrock y otras observaciones*, trad. de Felipe Benítez Reyes, Valencia, Pre-Textos, 2000.

Ginbserg, Allen, *Aullido y otros poemas*, trad. de Rodrigo Olavarría, Barcelona, Anagrama, 2006.

Holmes, John Clellon, *Ésta es la generación beat: la filosofía de la generación beat*, trad. de Daniel Pastor, León, Universidad de León, 1997.

Kerouac, Jack, *Ángeles de desolación*, trad. de María del Carmen Azpiazu, Barcelona, Caralt, 1975.

—,*En el camino*, trad. de Marín Lendínez, Barcelona, Anagrama, 2005.

—,*Los subterráneos*, trad. de Rodolfo J. Wilcock, Barcelona, Anagrama, 2004.

—,*Los vagabundos del Dharma*, trad. de Mariano Antolín Rato, Barcelona, Anagrama, 2004.

O’Hara, Frank, *Poemas a la hora de comer*, trad. de Eduardo Moga Bayona, Barcelona, DVD, 1997.

Pound, Ezra, *Cantares completos*, trad. de Javier Coy, Madrid, Cátedra, 2006.

Rilke, R. M., *Los cuadernos de Malte Laurids Brigge*, trad. de Francisco Ayala, Losada, 2003.

Thoreau, Henry David, *Walden, seguido de Del deber de la desobediencia civil*, trad. de Carlos Sánchez-Rodrigo, Barcelona, Parsifal Ediciones, 1989.

Wolfe, Thomas, *El ángel que nos mira*, trad. de José Ferrer, Barcelona, Bruguera, 1983.

Yeats, W. B., *Antología poética*, trad. de Daniel Aguirre Oteiza, Barcelona, Lumen, 2005.

«No es necesario que haya amor en un libro para que nos encante, pero sí mucha ternura».

JOSEPH JOUBERT



JOYCE JONSHON nació y se crió en Nueva York en una familia convencional de clase media. Comenzó a frecuentar los ambientes bohemios del Village cuando era todavía una adolescente, una manera de mostrar su rebeldía frente a sus autoritarios padres. Se independizaría siendo estudiante en Barnard College, cuando tenía sólo diecinueve años; en esa época trató a alguno de los miembros más destacados de la generación beat, entre otros a Jack Kerouac, con quien mantendría un romance intermitente durante varios años. Dejó sus estudios para trabajar como editora y escritora, actividades ambas a las que ha dedicado gran parte de su vida. Además Joyce Johnson ha sido profesora de Escritura creativa en las universidades de Columbia y Nueva York; y ha colaborado frecuentemente con distintos medios de prensa escrita. Es autora de los libros de ensayo *What Lisa Knew: The Truth and Lies of the Steinberg Case* y *Door Wide Open: A Beat Love Affair in Letters*, 1957-1958, de las novelas *In the Night Café*, *Bad Connections* y *Come and Join the Dance*; así como de las obras autobiográficas *Missing Men* y *Personajes secundarios* (1983) por la que recibió el National Book Critics Circle Award.

Notas

[1] Dense prisa, por favor, es la hora <<

[2] Puede que mamá tenga / puede que papá tenga / pero Dios bendiga al niño / que tiene el suyo. De «God Bless the Child». (N. de la T.) <<

[3] «Siempre hieres a quien amas». (N. de la T.) <<

[4] «Llévame a casa otra vez, Kathleen». (N. de la T.) <<

[5] «Que no se rompa el círculo». (N. de la T.) <<

[6] «La parrilla». (N. de la T.) <<

[7] La palabra *hipster*, surgida en la década de 1940, designaba a los individuos que adoptaron un estilo de vida rebelde influidos por los negros y los músicos de jazz; los *hipsters* se distinguían por el empleo de una jerga propia, el consumo de drogas, la apatía y un rechazo de las convenciones. (N. de la T.) <<

[8] Subtitulado «Informe sobre la influencia comunista en la radio y la televisión», este panfleto se publicó en Estados Unidos en 1950 con el ánimo de denunciar a escritores, actores, músicos y periodistas sospechosos de manipulación comunista. (N. de la T.) <<

[9] *Glassgirl*: chica de cristal. (N. de la T.) <<

[10] Golpeado, castigado. (N. de la T.) <<

[11] En español en el original. (N. de la T.) <<

[12] Campesina o labradora en los países árabes. (N. de la T.) <<

[13] «Amar, trabajar, sufrir». (N. de la T.) <<

[14] Pangrama. (N. de la T.) <<

[15] En español en el original. (N. de la T.) <<

[16] El apellido Lord, «señor», permite el juego de palabras. (N. de la T.) <<

[17] Abreviatura de «permutaciones». (N. de la T.) <<

[18] De *books*, libros. (N. de la T.) <<

[19] Sidney Bechet. (N. de la T.) <<

[20] Escalinata que, en algunos ríos de la India, desciende hasta el agua. (N. de la T.) <<